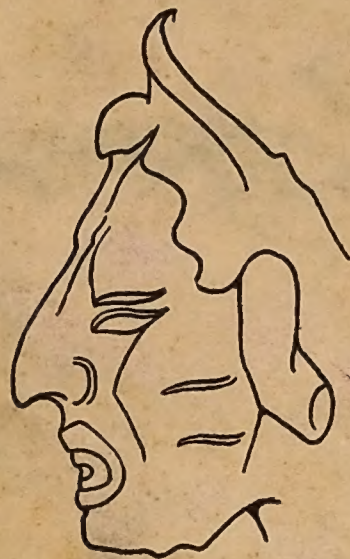


SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

EN LOS CONFINES DE
LA SELVA LACANDONA
EXPLORACIONES EN EL ES
TADO DE CHIAPAS = 1926
ENRIQUE JUAN PALACIOS



MEXICO 1928
DIRECCION DE ARQUEOLOGIA

Robert Wauchope
1936.

F 1256.M59
En los confin cen,over
3 0081 002 635 856

Central Library
JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES
NASHVILLE TENNESSEE



Robert L. Wauchope
Collection

Oversize
F
1256
.M59

861689

JUL-0257

DATE DUE

AUG 28 2007
RET'D FEB 27 2008
AW

DEMCO NO. 38-298



EN LOS CONFINES DE LA SELVA LACANDONA

EXPLORACIONES EN EL ESTADO DE CHIAPAS

MAYO-AGOSTO 1926

ENRIQUE JUAN PALACIOS

INSPECTOR DE ARQUEOLOGIA

CONTRIBUCION DE MEXICO AL XXIII
CONGRESO DE AMERICANISTAS

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

Mexico. Dirección de arqueología

TALLERES GRAFICOS DE LA NACION
MEXICO

1928



EN LOS CONFINES DE LA SELVA LACANDONA

EXPLORACIONES EN EL ESTADO DE CHIAPAS

INDICE

INDICE

	Págs.
Capítulo I. Rumbo a Chiapas.....	3
Capítulo II. Reliquias arqueológicas de Tonalá.....	13
Capítulo III. A través del Estado.....	31
Capítulo IV. Una metrópoli famosa.....	43
Capítulo V. Comitán de las Flores.....	51
Capítulo VI. El Cerro Hun Chabín.....	61
Capítulo VII. Un descubrimiento arqueológico.....	67
Capítulo VIII. Otras ruinas.	71
Capítulo IX. Por la frontera.....	77
Capítulo X. Datos diversos.	83
Capítulo XI. Trío de viajeros.	89
Capítulo XII. Hallazgos arqueológicos en Las Cañadas.....	95
Capítulo XIII. La ciudad Maya precolombina de Poco-Uinic.....	109
Capítulo XIV. Rumbo al País de los Lacandones.....	141
Capítulo XV. Entre El Real y Ococingo.....	151
Capítulo XVI. La Aguja de Diamante de Tumbalá.....	161
Capítulo XVII. El Usumacinta.	167
Capítulo XVIII. Palenque.	171
Apéndice I.	177
Apéndice II.	189
Apéndice III.	195
Apéndice IV.	205
Bibliografía.	213



Ciudad arqueológica de Poco-uinik (Santa Elena), Estado de Chiapas, descubierta por Enrique J. Palacios y Miguel O. de Mendizábal.

CAPITULO I
RUMBO A CHIAPAS

Preliminares de la expedición

EN el curso de los meses de junio a agosto de 1926, el autor de estas líneas efectuó una expedición a través del territorio del lejano Estado de Chiapas, recogiendo ciertos datos y realizando algunos hallazgos de carácter histórico y arqueológico. El relato del viaje y la pormenorización de esas noticias constituyen el propósito de la presente obra.

La expedición de que se trata tuvo carácter oficial; y se llevó adelante en esa forma, aun cuando no llenó precisamente los fines que sus organizadores se propusieran. Fué patrocinada por el Gobierno mexicano, presidido, a la sazón, por el ciudadano general Plutarco Elías Calles, habiendo prestado su apoyo al proyecto por conducto de las Secretarías de Estado y del Despacho de Educación Pública y de Agricultura y Fomento, confiadas, entonces, respectivamente, a los ciudadanos doctor José Manuel Puig Cassauranc e ingeniero Luis León. También el Subsecretario de Educación Pública, ciudadano profesor Moisés Sáenz, se interesó vivamente en el desarrollo de la idea.

La iniciativa partió, propiamente, de la Secretaría de Agricultura, encontrando su origen en algo por cierto muy de lejos o nada relacionado con las investigaciones de arqueología.

Con motivo de la campaña emprendida para la extinción de la langosta, plaga que en 1926 y en años anteriores había asolado diversas zonas del país, en particular hacia el Sureste de su territorio, el ingeniero Amalio Ruiz de Velasco, el doctor Alfonso Ernesto Dampf y otras personas empleadas en aquella Secretaría discurrie-

ron una exploración que tuviera por objetivo localizar los centros de desarrollo del temible acridio, a fin de atacarlo en su raíz. Al ir madurando el proyecto, reflexionaron en que el núcleo probable de diseminación de la plaga debía hallarse hacia los confines de México, Guatemala y Belice; y en el estudio teórico del viaje, consultados los datos relativos a la zona, hallaron que, geográficamente, se trata de una región en parte virgen; geológicamente, es casi desconocida; desde el punto de vista de la historia natural ofrece grandes perspectivas al investigador, puesto que su feracidad es proverbial; y etnográfica y arqueológicamente debe considerársela como un centro privilegiado ya que, precisamente en sus bordes y tanto al Norte como al Sur y al Este como al Occidente, existen algunas de las urbes prehispánicas más célebres por sus monumentos, Palenque entre ellas, los descendientes de cuyos constructores, en completa decadencia, vagan todavía entre los espesos bosques que cubren aquellas comarcas tropicales.

La consideración de estas perspectivas de estudio llevó a las personas de referencia a pensar que no solamente técnicos en parasitología y en agricultura deberían formar parte de esa expedición, sino también especialistas de las otras materias incidental o directamente susceptibles de investigarse.

Con este convencimiento, y autorizados por el Ministerio de que dependían, los señores Ruiz de Velasco y Dampf ocurrieron a las sociedades científicas y a distintas Secretarías de Estado invitándolas a enviar representantes a la expedición. Fué en esta forma como se acercaron a la Dirección de Arqueología, confiada al ciudadano inge-

niero José Reygadas Vértiz; y enterado del plan en mira, dicho funcionario vió en él perspectivas de buen éxito y designó al suscrito como representante de la oficina, habiendo obtenido de los ciudadanos Secretario y Subsecretario de Educación, la confirmación del nombramiento y diversas facilidades para realizar el proyecto.

Por los primeros días de mayo celebráronse las juntas iniciales en el Ministerio de Agricultura, entre las personas designadas para la expedición, las cuales ascendían a cosa de treinta, entre quienes figuraban distinguidos especialistas en diversas materias. Mencionaré, de pronto, al naturalista doctor Carlos Reyche, al meteorologista don Artidoro Pinto, al naturalista, etnógrafo y filólogo, profesor Marcos Becerra, al arqueólogo don Germán Beyer, al sociólogo Frank Tannembaum, al etnólogo Miguel O. de Mendizábal, al biólogo, doctor Ernesto Dampf, al representante de Guatemala, ingeniero Muñoz, al ingeniero Francisco Cravioto y al naturalista Pérez Angulo. Concurrió, con el carácter de médico de la expedición, el doctor Enrique E. Méyer, a cuyo entusiasmo por la naturaleza y corte-sía debo algunas de las fotografías que ilustran este libro. Iban, asimismo, algunos topógrafos, escritores y fotógrafos, los señores Garmendia, Torsvan, Soto, Zamudio, Navarrete, Alba, Velázquez de León y Altamirano, militares los dos últimos.

El propósito de las citadas reuniones fué cambiar ideas acerca del derrotero por seguir, las finalidades en mira, las secciones en que podían agruparse los viajeros y la distribución de los trabajos. Se notó, desde luego, que se concedía mucha importancia a las investigaciones de carácter arqueológico. Ello no parece extraño considerando que la región por explorar se considera, y con justicia, el centro por excelencia o uno de los principales del florecimiento de la antigua cultura de los mayas, habiéndose realizado en sus confines varios de los descubrimientos más brillantes de ruinas de ese origen, como Palenque en los límites de

Chiapas y Tabasco, y Yaxchilán sobre los bancos del alto Usumacinta.

Pensóse, en un principio, iniciar la expedición por el Estado de Tabasco, dividiendo los expedicionistas en tres grupos, los cuales convergerían a Palenque. Uno de ellos trataría de seguir, en lo posible, la ruta de Cortés en su célebre viaje a las Hibueras, con el propósito de reconstruirlo. Al efecto, el recorrido de este grupo principiaría en Coatzacoalcos (Estado de Veracruz), ya que el tramo que separa ese puerto, de Orizaba y la ciudad de México, puede tenerse por conocido. Palenque constituiría el punto de partida de la expedición formal, o sea de la entrada en las regiones semivirgenes o enteramente desconocidas. Los viajeros permanecerían ocho o quince días en las célebres ruinas contemplándolas y estudiándolas, dividiéndose, después, en dos grupos. Uno remontaría el Usumacinta, deteniéndose en las urbes y ruinas precolombinas que se asientan en sus márgenes (Piedras Negras, Yaxchilán, etc.); y el otro se internaría directamente en la inmensa selva virgen que cubre los terrenos en parte montañosos, en parte bajos, por cuyos valles corren las aguas del Lacanhá, el Santa Cruz, el Jataté, el río Azul, el río de las Perlas, el río de San Román, el Lacantún y otros caudales que aportan sus linfas al gran río de los Monos (Usumacinta), es decir, desde Palenque hasta las monterías de San Román Tzendales.

Sería ésta, sin duda, desde diferentes puntos de vista, la parte más interesante y en propiedad novedosa de la exploración; particularmente para los investigadores de arqueología e historia natural. Los indios lacandones, pueblo de filiación lingüística maya, y probables descendientes de los constructores de las ruinas, habitan esa selva, sustraídos a la vida que llamamos civilizada y diseminados en pequeños grupos, a los que se aplica regionalmente el nombre de "caribales." No sería remoto que, ocultas entre los repliegues del terreno y bajo el manto de vegetación exuberante, se en-

contrasen reliquias, edificios y monumentos dignos de revelarse al mundo.

Una vez cruzada la comarca, los grupos volverían a reunirse y proseguirían rumbo a territorio de Guatemala, explorándolo en distintas direcciones y convergiendo finalmente a Coban, población de aquella República.

Parece oportuno advertir, aquí, que la zona de que se trata ha sido en parte reconocida por exploradores, tales como Sapper, Tozzer, Maler y Blom, y también por los empleados y trabajadores de las monterías; pero aún faltan tramos muy extensos que pueden darse por vírgenes. Su exploración ofrece, de seguro, excelentes perspectivas.

He ahí, en resumen, los puntos principales del programa elaborado. Resueltas las cosas, hacia fines de la primera decena de mayo, el ciudadano Presidente de la República, con el propósito de favorecer la idea, acordó un subsidio especial de \$10.00 diarios para todos los exploradores que fueran empleados de algunas de las oficinas gubernamentales. A la vez, la Secretaría de Agricultura se comprometió a facilitar las bestias de transporte y carga que iban a necesitarse; proveyó a los viajeros de mapas dibujados por topógrafos de sus oficinas y de algunos artefactos útiles en viajes por el rumbo en mira, tales como mosquiteros, etcétera; y se recabaron seguridades anticipadas de que las autoridades del tránsito, donde las hubiera, prestarían las necesarias garantías y su ayuda en caso de solicitarse. Se estimó en un plazo de tres meses el tiempo indispensable para entrar a territorio guatemalteco, cumplidos los propósitos esenciales de la expedición.

Todo preparado en esa forma, y provisto cada quien de un equipo bastante completo de campo, hubo que modificar a última hora, sustancialmente, el derrotero de referencia, por haberse puesto en cuarentena el Estado de Tabasco a causa de alguna epidemia allí desarrollada. El trastorno hizo dar de mano el proyecto de recons-

trucción de la ruta de Cortés y demás preparativos referentes a Tabasco. Eligióse, entonces, la línea del Ferrocarril Panamericano, para entrar al Estado de Chiapas por el Sur, y no por el Norte, como en el proyecto primitivo. Los expedicionistas deberían llegar a San Cristóbal las Casas, o bien a Comitán, población situada cerca del extremo de la zona poblada del Estado. Una vez allí, se adquirirían los elementos materiales de transporte—bestias, monturas, etcétera—; se conseguirían arrieros y guías; y se distribuirían en grupos los viajeros, señalándose a cada cual, según datos tomados en el terreno, la ruta que mejores perspectivas ofreciese.

Tal fué, finalmente, el camino seguido, aun cuando la modificación se hizo precipitadamente, sin el estudio en detalle de las variaciones a que el nuevo programa debería dar ocasión. Pero esto tocaba de cerca a los organizadores, representantes de la Secretaría de Agricultura y de la Junta de la Langosta. Así es que, dado el toque de marcha, fué hacia el 18 de mayo, por fin, cuando los excursionistas tomaron el nocturno del tren de Veracruz, en donde, propiamente, la expedición tuvo comienzo.

De Veracruz a Tonalá

De tal manera difiere esta parte del viaje de la que constituyó la que pudiera llamarse su segunda etapa, en la cual, desintegrada la comisión exploradora del Sureste, como se nombró oficialmente, sólo unos cuantos expedicionarios conseguimos seguir adelante, con independencia del conjunto al que en un principio pertenecíamos, que vale la pena relatarla separadamente, aun cuando con suma brevedad. Me limitaré, al efecto, a un resumen de anotaciones tomadas del diario de viaje.

Un día de permanencia en Veracruz. En las Oficinas de la Junta Directiva de la Campaña encontramos curioso objeto, una escultura en piedra, antigua, que representa... ¡una langosta! Y no dejo de acordar-

me de cierto juego de vocablos puesto en moda y que los empleados de la Junta me refieren regocijadamente. A propósito del timbre adicional de un centavo con que se recarga ahora el porte de la correspondencia para sostener la campaña, el personal respectivo es apellidado popularmente con el nombre de "langostas." Según ello, el ejemplar arqueológico hállase alojado con toda propiedad.

Por lo demás, nada de extraño tiene que los aborígenes representaran al temible insecto, ya que la plaga debe ser antigua como el planeta o poco menos. He visto ejemplares pequeños en obsidiana roja, por cierto de talla exquisita. Era su poseedor, en 1925, un señor Garza, coleccionista de la capital. No hay quien no conozca la pintura del chapulín a que debe su nombre el famoso cerro de Chapultepec, tan destacado y prominente en la Pintura de Sigüenza y en la Tira del Museo. El ejemplar de la Junta de Veracruz es de piedra basáltica. Afirman que procede de Cotaxtla. Mide 30 centímetros de longitud, 12 de alto y 15 de anchura. Representa al acridio en posición natural de reposo, con las alas plegadas.

Partimos de Veracruz a las 10 a. m., por el ferrocarril que, en Tierra Blanca, entronca con la línea de Córdoba a Santa Lucrécia. El paisaje ofrece su aspecto conocido. Primero terrenos bajos y a trechos arenosos, con manchones verdes aquí y allá. Vegetación rastrera dominando. Algunos potreros. Por momentos, la curva del Golfo se vislumbra con su destello de zafir.

Al acercarse a Tierra Blanca y después de esta estación..., la fisonomía peculiar de los pequeños poblados jarocho. Rancheros mordiendo el inevitable tabaco. Voces, juramentos mal sonantes. Ambiente inconfundible de alegría bulliciosa. El campo un tanto mustio; a la distancia, los perfiles poco escultóricos de la sierra de San Martín, el ronco Tuxtla. La cimera de plata del Orizaba se perdió a nuestras espaldas.

Un velo de calígene, sutil al extremo, lo envuelve todo.

Transpone el sol el meridiano, y entramos en grandes planicies irrigadas por hermosos ríos. En puente de muchos arcos, compleja estructura de hierro asentada en poderosísimos soportes pétreos, salvamos el río de las Mariposas (Papaloapan). Casi no lo arrugan las ventrudas lanchas-motóres, pintadas de verde o rojo, que suben y bajan con cierta somnolencia. Cargan racimos de plátanos, procedentes en su mayoría de Tuxtepec, dos o tres leguas río arriba. A la margen del caudal..., la mole brillante y rumorosa de espesos bananeros. Después, El Hule, estación bulliciosa, donde la etnografía de origen africano ofrece su espectáculo peculiar en mulatas y cuarteronas: los blancos dientes, los carnudos labios, la franca sonrisa, las apretadas gudejas, los gruesos zarcillos y lo basto de las formas: ¡bien dadas, seguro!

La planicie se dilata, en seguida, con orgullo, como en alarde de que tenemos tierras, no vayan ustedes a creer... ¡Hasta el lomo de distantes montañas desaparece. Ni el Tuxtla ni la cordillera oaxaqueña! Pero las palmeras, en su insospechada plenitud, colmándolo todo. ¡Qué espesura!... Estos son los panoramas tropicales que describe Luis Lejeune; las espesuras donde habita el tapir, por estos rumbos llamados danta. Y pensar que inacabables hectáreas de esto tan pintoresco pertenecen a un licenciado Maraón, de Córdoba. ¿Quién no lo envidiaría? A trechos, ábreanse las palmeras y aparecen hermosos plantíos de piña de la tierra, las deliciosas piñas-esmeralda. Pero es probable que también abunden las garrapatas...

Cruzamos el Tesechoacán y también el Colorado, gruesas venas de agua que bajan de la sierra, lodosa y color de chocolate la segunda. Río arriba, sobre peñas de aspecto impresionante, se ven ciertas figuras talladas antaño por los aborígenes, un sol entre otras, según creo; diversos viajeros me lo han asegurado, y parece que lo cuen-

ta Lejeune. Pero ya se hace noche; y el tren se hunde definitivamente entre la masa inmensa e inacabable de los palmares...

Cerca de la media noche llegamos a Santa Lucrecia, donde hacen su aparición las reinas del istmo, las clásicas tehuanas. Vuelvo a contemplar y a admirar los rasgados ojos, de largas pestañas; la trenza con entretejidas cintas de colores, acomodada sobre la cabeza a modo de diadema natural. Magníficos torsos, hombros redondos y bellos brazos al desnudo. Los altos pezones. El rítmico y desenfadado andar, la suelta camisa y el flotante olán. Y la total silueta armónica y rica de policromía. Y la gárrula vivacidad...

Penetramos a la línea del Ferrocarril del Istmo; y, cerca del amanecer, nos acercamos a San Gerónimo, quiere decir, a Picacho, donde entronca la vía panamericana.

La Peña del Encanto

Reconozco el paisaje. Llanura extraña y parda. Espesos chaparrales. He ahí el Dani-guiati, adusto y solitario, aislado en medio del llano, como un arrecife del antiguo Golfo que llenó estos senos—dejando sus arenas en recuerdo—, hasta lamer los flancos de las sierras azules de Tlacotepec y de la Garza, que lo limitaban a Occidente. Semeja la mole una enorme y pensativa es-



Fig. 1. Peña del Encanto. Cerro Dani-guiati. Tehuantepec.

finge acechando para todos los rumbos. El cerro es de granito; granito de alto abajo, que ora se fragmenta en minúsculos guijarros donde chispea el cuarzo colorido, como si fuera de rubíes y de carbunclos; ora se desgaja en inmensas peñas de tendencia arredondeada, con lomo gris, tendidas a trechos como rebaños de enormes paquidermos. Aquí el granito ofrece típicamente la variedad de la pegmatita. Sobre una de las peñas mayores, partida en gajos, y de la cual una porción quedó alzada a manera de valba, con vista al distante océano, hacia la región de las lagunas encantadas donde moran los huaves y por cuyo rumbo el sol asoma a diario, descúbrese una extraña inscripción compuesta de infinidad de signos, la cual ocupa buena parte de la superficie de la roca (fig. 1).

Difícil entender su complicado simbolismo. Algunos signos parecen modernos, es decir, agregados posteriormente; pero el conjunto se creyera original. Una figura humana céntrica concentra el interés de la inscripción. Enfrente se distingue larga hilera de discos, semejantes a los numerales de las fechas en lenguaje indígena. Por esta analogía, hay quien piense que se trata de una anotación calendárica, la data de algún evento importante, el nombre de cualquiera numen o caudillo... Sin embargo, es difícil decidirse sobre la inteligencia de los emblemas, que presentan mucho de extraño. El doctor Seler los conoció a su paso por el Istmo; pero no consigna explicaciones mayores, limitándose a un dibujo o fotografía, que aparece en los libros publicados por su esposa.

Los símbolos presentan coloración roja, en contraste con el fondo blanquizco moteado de puntitos grises de la peña. No acierto a señalar de qué pintura se trata. Pero hay un hecho curioso: desprendiendo la costra superficial del granito en alguna de las porciones pintadas—lo que, naturalmente, debe intentarse con cautela—, no desaparece la pintura ni se deforman los rasgos delineados. Sea cual fuere la causa,

advuértese que el color ha penetrado profundamente en la roca. Por este motivo acostumbran en las cercanías llamarle **Peña Encantada**.

El personaje céntrico apenas ofrece rasgos que permitan filiar su procedencia cultural. Ostenta al parecer un gorro o tocado de figura cónica. ¿Obra de los huaves? ¿Representación de Quetzalcóatl, marcando el paso de los llamados toltecas en su emigración rumbo a tierras meridionales? Verdad que, según las constancias mejor averiguadas, los grupos étnicos de ese nombre atravesaron el Istmo, divididos tal vez en dos ramas, una por la costa del Golfo, otra siguiendo el litoral del Pacífico, en marcha para Yucatán y Centroamérica. Es cierto que dejaron en estas comarcas recuerdos evidentes de su arribo. Pero no resulta sencillo decidir si los jeroglíficos del Dani-guati registran el acontecimiento. Al menos, yo no encuentro suficientes motivos para una afirmación.

Por tierras de los huaves

Una vez en el Panamericano, avanzamos entre espesos chaparrales de vegetación pardusca que, a uno y otro lado de los rieles, dan la fisonomía del paisaje. Allí viven y proliferan abundantemente los felinos. Cruzamos los cauces, hoy escasos de agua, del Ostuta y otros ríos. Bajan de la cordillera, del eje montañoso que, como un gran espinazo, se levanta a nuestra mano izquierda ligando la columna vertebral de ambas Américas. He ahí las cumbres de San Miguel y Santa María Chimalapan, cubiertos los flancos de cafetales. Más allá del cerro de la Gineta, en los confines de Chiapas, desarróllase una región virgen, áspera y boscosa, plena de riscos y de barrancos, en la que reina como señor absoluto el jaguar americano. Ni una insignificante aldea se oculta entre las rugosidades del terreno. A corta distancia de Santa María, entre despeñaderos pavorosos, nace el río del Corte. Partirá el Istmo en dos porcio-

nes y llevará sus linfas al vaso del Golfo vertiéndolas en la desembocadura del Coatzacoalcos.

Pero el ferrocarril no cruza esa región. Se desliza por las tierras bajas y a trechos arenosas del litoral, suelo ganado a las olas en milenios de azolve y sedimentación. A mano izquierda tenemos el espinazo de montañas; hacia nuestra derecha, en la distancia, las albuferas de Tehuantepec, las famosas lagunas Duic-laoi, en cuyas islas y riberas habitan los huaves. Algunas de esas isletas son volcánicas: lava moderna en medio del granito. De algún lugar inmediato proceden los enormes y típicos vasos, decorados con la figura de Tláloc (fig. 4), que



Fig. 2. Monolitos sin relieves, en Paredón, Tonalá (Chiapas).

constituyen una gema de las galerías del Museo Nacional. Barro blanquizco-amari-lento especialísimo con grandes fragmentos de cuarzo empotrado, en que se reconocen las arenas del rumbo. La representación del numen, interesantísima. Resístese uno a creer sean obra huave, salvo que los actuales indígenas de esa familia, individuos de aspecto lamentable, hayan degenerado más hondamente que cualquiera otro de los grupos aborígenes. Pescadores en su mayoría. Andan puede decirse que desnudos. El color atezado al extremo. El pelo muy ne-

gro y largo, cayéndoles en mechones. La expresión semisalvaje. Varias veces estuve contemplándolos en la barra del río Tehuantepec, entregados a la pesca mediante grandes redes que arrojan a mitad de la corriente.

Pero si no salieron de sus manos —o las de sus antecesores— los dos célebres vasos, ¿de quién pudieran provenir sino de pueblos de linaje nahoa, de los llamados toltecas, cuyo paso por el Istmo aparece registrado en tantas formas?

A la falda de las montañas o en sus primeros repliegues ocúltanse el ingenio azucarero de Santo Domingo (donde desafiaba a mil adversarios mi dilecto amigo Gonzalo de Murga), y los poblados de Niltpec y Zanatepec. Cerca del último admírase una piedra con la figura del sol en relieve, y otra que representa a la luna; ambas de trabajo precortesiano.

Al fin penetramos en Chiapas, sobre la misma faja litoral que flanquea las enormes cumbres de la cordillera.

Por allí, el cerro de la Gineta, cerca de cuyas vertientes pasaba culebreando el antiguo camino carretero de Tuxtla y San Cristóbal a Tehuantepec. Camino carretero a la usanza antigua, en no pocos parajes simple camino de herradura. Por él se arrastraron, en espacio de siglos, emblema de los tiempos estáticos, las peculiares carretas chiapanecas tiradas de bueyes, bajo cuyo redondo cobertizo de palma o tules languidecían, las familias viajeras, largas semanas en su perezosa peregrinación bajo los furores de la lumbre del trópico. Ahora el convoy de acero y el motor de gasolina, aprovechando cómodas carreteras, han suplantado ese antiguo medio de transporte.

La villa Tonalteca

Estación Arriaga o Jalisco. Arribamos a las 11.30 a. m., del sábado 22 de mayo. Este es el sitio donde habremos de dejar el tren ganando la vía que ha de conducirnos

al interior de las Chiapas—como ante se dijo—, para lo cual utilizaremos la gran carretera recientemente terminada gracias a los esfuerzos de varios patriotas, entre quienes se destaca el recuerdo del coronel Francisco León, Gobernador en un tiempo del Estado. Pero antes avanzaremos hasta Tonalá, estación del ferrocarril situada un poco más lejos, y población importante del mismo nombre, cerca de la cual existen ruinas arqueológicas de subido interés.

Dista el centro de Tonalá dos kilómetros, próximamente, de la estación del ferrocarril, conduciendo una larga y estrecha calle embanquetada, a la plaza del lugar, que adornan árboles copudos de siempre verde y espléndido follaje. En derredor, como es usual en México, levántanse los edificios de las oficinas públicas. Portales con arquerías, y a su abrigo “los puestos” de las refresqueras y las mesas y sillas de cervecerías y cantinas. Las casonas más sólidas y antiguas, ahora convertidas en hoteles, ofrecen al forastero sus camas de lona y de tijera, y sus no inmaculados mosquiteros o pabellones.

Abruma el calor. Tonalá goza fama de ser algo como un horno, una especie de antesala del infierno. Otros pretenden que Tapachula comparte con ella los honores de la primacía en materia de temperatura. Situada pocos metros por encima del océano, teniendo el macizo de la cordillera como un muro por el Norte, y asentada sobre terreno en buena parte arenoso, ganado al Pacífico, el lugar en efecto es cálido en extremo (aun su nombre se traduce por lugar caliente, o tierra del sol); pero nosotros te-

nemos la fortuna de no registrar arriba de 36° centígrados.

Bullicio y actividad en la villa. Vive de los productos de la ganadería (en que es rico el cercano valle del Rosario); del comercio de frutas; de la pesquería y la sal procedente de sus albuferas, también llamadas joyas y pampas. Tiene, además, algunas industrias regionales.

Aun cuando ya se escuchan en el Istmo, he aquí uno de los centros por excelencia de los tocadores de marimba, encantador y dulce instrumento musical oriundo de Chiapas y de Guatemala. Originariamente procedió de los negros africanos importados por los frailes dominicos, en tiempos de la colonia, para el trabajo de las fincas azucareras. No del Asia y las Islas de la Polinesia, a través de los tzendales, como se ha pretendido con tanta audacia como desenfado. Las teclas del instrumento, heridas por globos de caucho puestos al extremo de leves varillas, se trabajan en “hormiguillo colorado.” Este árbol y muchos más abundan en el rumbo, entre otros las ceibas, de las cuales se admiran ejemplares gigantescos. Bajo su sombra protectora, lugares hay donde congréga el mercado entero de un pueblo. Razón tuvieron los aborígenes divinizando al coloso; lo cierto es que, frecuentemente, vemos su imagen en los códices.

Divagando por el jardín tonalteco a las primeras horas nocturnas en busca del alivio de la brisa, no hay deleite igual a escuchar los acentos de la marimba, plenos de sugerencias y evocadores de poesía.

CAPITULO II

RELIQUIAS ARQUEOLOGICAS DE TONALA

Monumentos de los alrededores

LA visita interesante de este lugar se debió, en primer término, a las excitativas y entusiasmo de nuestro activo y dilecto compañero don Marcos Becerra, sabedor de la existencia de los monumentos arcaicos. No se trata, en realidad, de un descubrimiento, ni en el sentido de que nuestras frases constituyan la primera descripción del sitio o el primer relato enviado al mundo científico, de especialistas en la materia. Los chiapanecos de diversas partes estaban de antiguo enterados acerca de la existencia de las ruinas, sin concederles por cierto mayor importancia; y en particular, los pobladores de Tonalá encontraron lápidas con jeroglíficos y figuras humanas en relieve, habiendo adornado con algunas de ellas el zócalo o plaza de la población. Además, los esposos Seler visitaron el lugar, en el curso de su viaje a Guatemala. El doctor le consagra breves líneas en su relato; pero la señora Cecilia Sachs de Seler se muestra más explícita, y en la primera y segunda ediciones de los interesantes libros que dedicó a las expediciones y trabajos arqueológicos realizados en compañía de su esposo, reserva varias apreciaciones a Tonalá, incluyendo fotografías de algunos de sus monumentos.

A juzgar por dicho material, me parece que nosotros exploramos con alguna más extensión el paraje. Ello me induce a condensar aquí el resultado de nuestra visita.

La arqueología de la comarca parece distribuída en tres partes:

a). Paraje denominado El Montezuma, cerca de la ranchería del Paredón, 12 kilómetros al SW. de Tonalá.

b). Construcciones y monumentos de "Iglesia Vieja," urbe prehispánica situada

en el primer escalón de los contrafuertes de la cordillera, 12 kilómetros al Norte de Tonalá.

c). Objetos arqueológicos de variada naturaleza existentes en la población moderna de Tonalá, verosímilmente traídos, algunos, de otras partes.

* * *

a). Nos dirigimos a la ranchería del Paredón a bordo de automóvil, haciendo la totalidad del recorrido en 90 minutos, sobre terreno enteramente plano. Trátase de un breve caserío de pescadores, asentado a la orilla de la extensa y muy prolongada albufera llamada regionalmente Mar Muerto. Sus aguas son las del Pacífico; pero recogidas dentro de este cerco apenas si el océano consigue comunicarles leve oleaje. La gente ribereña habita míseros jacales de varejón grueso; y vive consagrada a la pesca, realizando su producto en Tonalá. Usan al efecto redes de grandes dimensiones; y en horas de descanso las mantienen en la playa suspendas sobre altos morillos clavados en la arena. Su trato más común es con los huaves de las lagunas de Tehuantepec a quienes llaman "mareños," teniéndolos por audaces y expertos navegantes. Poco al Sur del Mar Muerto estuvo hasta años recientes el llamado Puerto Arista, ahora extinto, que pretendió servir de llave a los productos chiapanecos.

A corta distancia del aduar de los pescadores reconócese la localidad arqueológica de que se deriva el nombre nahua y alterado de Montezuma, puesto, a no dudar, por analogía, en tiempos más o menos modernos. El terreno es del todo arenoso, quiere decir, verdadera playa; pero la tierra vegetal traí-

da por el viento se ha depositado irregularmente, y crece la vegetación a trechos con la lozanía propia de la latitud.

Los vestigios consisten en brevísimos montículos apenas levantados cuatro o cinco varas sobre el nivel del suelo. Su forma aparece por completo indistinta. Su estructura muestra tierra y piedra en bruto. Cerca de estas colinitas o encima de ellas encuéntrase, caídas entre la hojarasca, algunas lozas de granito, de caras alisadas y figura un tanto regular (fig. 2), a manera de los obelis-



Fig. 3. Una stela lisa en Paredón.

cos de las urbes mayas. La mayor de estas piedras (fig. 3) apenas excede de un metro de altura, por 45 centímetros de ancho y 18 de espesor. No muestran el menor vestigio de haber ostentado inscripciones o relieves de ninguna clase. Pero recuérdese que en las urbes de la citada procedencia es co-

mún el hallazgo de obeliscos semejantes, lisos únicamente, bien porque su adorno fué pintura y ya desapareció; ora porque no hubo tiempo para labrarlo; o, finalmente, porque el monumento, sin otra particularidad, constituía por sí solo un objeto conmemorativo o de reverencia.



Fig. 4. Vaso de barro (Tlálóc) procedente de la región huave.

Esta última hipótesis me parece verosímil, y no pienso en relacionar, necesariamente, la localidad de Paredón con lugares de cultura maya. Pero la situación de la piedra sobre el breve montículo, a la vista del mar, en el único sitio prominente de la comarca, indica a las claras que se trata de una pieza relacionada con el culto o puesta a modo de conmemoración en el pequeño adoratorio. Que se encuentre lisa, podría indicar, o bien que el pueblo que la erigió era muy primitivo, o rama secundaria de los habitantes de

la poderosa ciudad asentada en la montaña vecina.

Encuéntrense, también, vestigios de cerámica en los alrededores. Pero invariablemente se trata de objetos del tipo más tosco. Son fragmentos de paredes muy gruesas, ásperos al tacto, sin pulimento ni decoración. Pasta de arcilla un tanto rojiza. No hallamos ni una pieza completa, ni una figurilla que nos diese luces.

El nombre de Montezuma ¿será una aplicación moderna? ¿Un recuerdo del paso de las huestes aztecas en sus expediciones guerreras a Centroamérica? Nada tendría de extraño. Recuérdese que Ahuizotl emprendió la conquista de Soconusco, llevando consigo, dícese, a Nezahualpilli. Posteriormente, la fama de Motecuhzoma se generalizó. Y existen constancias en diversas partes de la República, de que cualquier vestigio arqueológico, a falta de otro nombre, se designa asociándolo al del famoso tecuhtli mexicano.

Las ruinas de la montaña

Nuestra visita a las ruinas actualmente señaladas con el nombre de "Iglesia Vieja," se efectuó el domingo 24 de mayo. Hicimos el viaje a caballo, recorriendo entre las 6 y las 9 de la mañana, cuesta arriba, las tres leguas que dista el sitio de la Tonalá moderna. Ibamos los señores Marcos Becerra, Miguel O. de Mendizábal, Hermann Beyer, el pintor catalán Rafael Sala, Frank Tannembaum y el que escribe.

El conjunto de monumentos parece el núcleo de una urbe, es decir, se trata de un grupo de adoratorios dispuestos en sistema, en torno de los cuales debió diseminarse la población arcaica.

Las construcciones descansan en una meseta de costados abruptos, sobre cuya plataforma (fig. 5) se domina ampliamente el paisaje de la costa hasta el océano. Fortificada como lo estuvo, esta meseta debió ser punto menos que inaccesible. Por el Norte se respalda en las eminencias de

la cordillera, entre las que sobresale el cerro de Tres Picos, altísimo y boscoso y poblado de pumas y jaguares de gran talla, algunos de los cuales llegan a asomarse al paraje de las ruinas, según relatan rancheiros de las inmediaciones. Lo juzgo verosímil, atento que toda esta gran sierra, desde



Fig. 5. Meseta en que asientan las ruinas de Tonalá.

los confines de Guatemala hasta Guerrero y Michoacán, constituye el **habitat** por excelencia, en territorio mexicano, de esa clase de felinos.

La meseta misma ofrece escasa vegetación, en contraste con sus flancos densamente vestidos de arboleda. Alguno que otro estoraque y arbustos de diversa especie, a trechos. En cambio, enormes moles de granito alzándose del suelo como al capricho, en revuelta confusión, sugieren un campo desolado, un cementerio extraño de la época de los gigantes paleolíticos. Es el mismo panorama que ofrece la gran cordillera por doquier en sus arrugas infinitas; el espectáculo que he visto en Tlaxmalac, y en las cercanías de Chilpancingo (Estado de Guerrero), en el país de los mixes, cerca de Petapa y San Juan Güichicobi (Oaxaca), y en el Istmo de Tehuantepec. Moles de forma arredondeada tumbadas al acaso, con lomos parduscos por la capa de líquenes imperceptibles, como un rebaño de monstruos cuaternarios sesteando. Pero el corazón de esas rocas fulgura con los destellos del cuarzo. Es el alma de granito de la cordillera.

De pronto vemos que el terreno se regulariza. Avanzamos por explanadas espa-

ciosas de contorno rectangular. Una grade-
ría cierra la plaza prestando acceso a una
segunda plataforma, en los costados de la
cual distínguense estructuras a manera de
frentes de simétricos edificios. Una nueva
serie de escalones de piedra; y he ahí la ter-
cera plataforma. Hacia su extremo se le-
vanta un edificio (fig. 6) o, mejor dicho,
el basamento pétreo de un antiguo edificio.
Este conjunto, próximamente orientado de



Fig. 6. Edificio con escalera derruida. Tonalá.

Sur a Norte. Por su costado oriental el ce-
rro se deprime en talud violento, a cuyo tér-
mino corre el agua de la barranca.

Caminamos hacia la izquierda, al Oeste,
ascendiendo tramos de cerro, y hallamos
otras plazas fronteras a grandiosos edificios.



Fig. 7. Monolito con relieves. Tonalá.

Al centro de aquéllas, un pozo o mina mo-
derna, practicada de seguro en busca de te-
soros. No revela sino la naturaleza feldes-
pática del suelo, por cierto en principio de

desintegración. Se comprende que la roca
estuvo durante milenios bañada por el mar.

Proseguimos, ahora sin rumbo fijo, por-
que las desigualdades del terreno no lo per-
miten; vagamente caminamos hacia el Norte
y el Oriente. He ahí una estructura; y no
distante, un enorme bloque de granito, con
relieves en la superficie (fig. 7). El declive
del cerro se hace más pronunciado; pero en
muchos sitios el desnivel aparece regulari-



Fig. 8. Terraplenamiento de la montaña.
Tonalá.

zado, mediante rimeros de piedra, dispuestos
en terrazas sucesivas (fig. 8). A lo lejos, su-
giere aquello algo como desmesuradas esca-
leras; pero conocida es la costumbre indíge-
na de terraplenar los flancos de los cerros



Fig. 9. Piedra lisa, a manera de altar,
en una plaza de las ruinas de Tonalá.

para fines principalmente de agricultura.
Llegamos, por fin, a vasta plaza mayor que
las anteriores, aun cuando no exactamente
regular. Su contorno está cortado por hon-

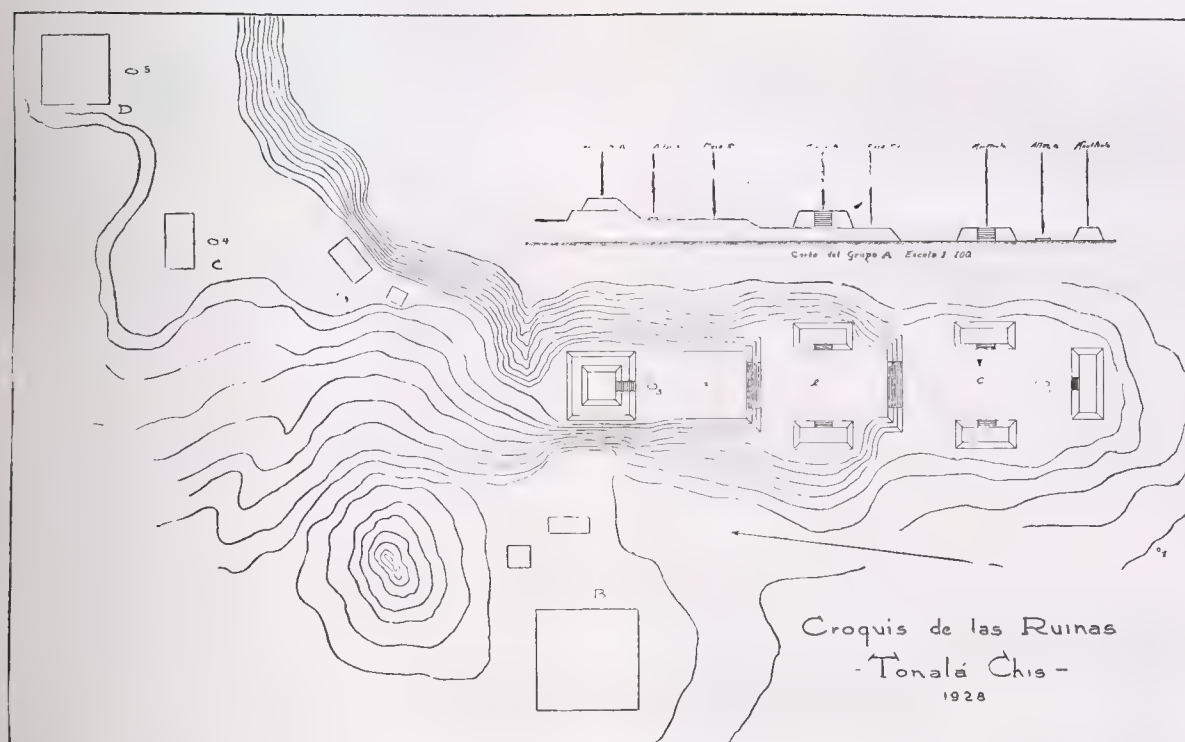


Fig. 10. Croquis de las ruinas de Tonalá.

das depresiones del cerro. Ciérrala por el Norte un grupo de imponentes edificios, los mayores de estas ruinas. Hacia el centro descubrimos una piedra gigantesca, perfectamente plana en la superficie superior. La posición, el aspecto, a las claras sugieren un altar (fig. 9).

Un poco más al Norte, las ondulaciones del terreno manifiestamente revelan un camino. Salva la barranca, traspone las cumbres... La gente comarcana pretende que se prolonga hasta territorio guatemalteco.

Tal la primera impresión de este antiguo asiento de la cultura aborigen.

Sistema de estructuras

Las construcciones de Tonalá, a que convencionalmente puede darse el nombre de edificios, forman cuatro grupos principales: A, B, C y D. Su distribución aparece en el croquis (fig. 10).

Están formadas de bloques de granito, sobrepuestos y acomodados diestramente, sin mortero o argamasa. Impresiona su magnitud; los hay que exceden de tres metros de largo, por el ancho y espesor correspondientes (figs. 11 y 12). Apenas se concibe cómo



Fig. 11. Sillares de revestimiento.
Ruinas de Tonalá.

mo pudieron los aborígenes mover y regularizar piedras tan enormes.

Empleo la palabra regularizar, porque con dificultad me animaría a dar a aquellos bloques el nombre de sillares, aun cuando

en su mayoría aparezcan prácticamente cuadrados. Sospecho que los indígenas conocieron procedimientos para desprender la piedra en las canteras, a corta diferencia con el aspecto prismático que los bloques



Fig. 12. Enormes bloques del frente de los edificios.
Tonalá

presentan en la actualidad. Lo infero de sus diversas dimensiones. Puede asegurarse que, colocados los unos junto a los otros, no hay sin embargo dos iguales. Lo propio pude observar en Yohualichan (Puebla) y en otros lugares. Si el corte de los prismas fuera un resultado sistemático, parece probable que se encontraran muchos de las mismas dimensiones. Pero no las presentan ni en longitud ni en grueso, como puede advertirse en la fotografía. Creo, pues, que lograban desprender el bloque en el tamaño que salía, limitándose entonces a regularizar las caras y perfeccionar su aspecto de prisma.

La acomodación de las lajas constituía la segunda parte del trabajo. Alternan los bloques mayores con los de menor tamaño, acomodados unos y otros ordenadamente, con miras a la estabilidad y aun a la estética del conjunto. Aun cuando ocurre en la generalidad de los casos, no puedo decir que los sillares más grandes ocupen siempre las posiciones inferiores de las estructuras. En el grupo D, sobre lo que llamaríamos el primer cuerpo, dispuesto en talud muy ligero, viene una serie de sillares en saliente; y quizás para hacer resaltar éste como cornisón,

los bloques componentes presentan enorme tamaño.

En muchas partes entiendo que los sillares constituyen un revestimiento; es decir, los constructores, encontrando laderas o terrenos en declive que ofrecían una cara suficientemente regular, procuraron aprovecharlos remodelándolos; y ya preparado el terreno aplicaron las hiladas de piedra. El conjunto toma, entonces, el aspecto de un frente o fachada de edificio (fig. 13).



Fig. 13. Ladera revestida. Tonalá.

Así lo vemos, por ejemplo, al Occidente del grupo A, plaza c. Una colina natural flanqueaba esta explanada por la izquierda, esto es, al Occidente; por el Norte la cierra un edificio en forma; por el Sur la limita una gradería que conduce a la siguiente plaza; por Oriente hay restos de pequeños edificios y luego el tajo sobre la barranca. Los sillares adosados a dicho flanco de colina occidental completan, por lo mismo, la regularidad simétrica de esta plaza.

No creo que los núcleos de estas construcciones obedezcan al sistema tan generalizado en los tlalteles, de masas compuestas de tierra y piedra en bruto. O bien las ondulaciones y ligeros levantamientos del terreno constituyen el núcleo; o está hecho de sillares, pero más breves que los exteriores. En varios edificios pude reconocer las hiladas de bloques pequeños detrás de los grandes sillares exteriores. Es probable que hacia el interior subsista el mismo sistema, lo que explicaría la solidez de las estructu-

ras y su relativo buen estado. Parecen macizas en su totalidad. Quizá por ello apenas se notan esos grandes terreros peculiares de las estructuras rellenas de material blando. En Tonalá las construcciones aparecen en ruina, ciertamente, en particular por la destrucción de los edificios que coronaban los basamentos; pero éstos no puede decirse que estén desbaratándose, como en otras partes (fig. 14).



Fig. 14. Basamentos en ruinas. Tonalá.

Las escaleras también están formadas de bloques prismáticos, diferentes en tamaño; pero acomodados con mucha regularidad. Ligan, unas con otras, las plataformas situadas a distintos niveles. Ocupan la parte céntrica de las terrazas y frentes de edificio (fig. 15).



Fig. 15. Edificios con doble cuerpo y restos de estructuras superiores. Tonalá.

En resumen, el conjunto de las ruinas de Tonalá sugiere fácilmente la imagen de una vieja ciudad megalítica, de las cuales

en México apenas se conocía, en cierto modo semejante, la de Chimalacatlán en los límites de Morelos y Guerrero, de que trata el obispo Plancarte en "Tamoanchan." Pero ésta de Chiapas, es más considerable. Y si por tratarse de moles pétreas superpuestas y simplemente acomodadas una encima de la otra, merece el nombre de ciudad ciclópea, no deja de percibirse sentido de arquitectura en el proceso de edificación. Algunos de los edificios presentan dos cuerpos. Sin pretender que su perfil obedezca a la combinación de talud y paño vertical, tan frecuentes en los restos de otras civilizaciones (nahua, etc.), reconócese, sin embargo, en alguna que otra estructura, particularmente en el grupo D, algo como sugestión de friso o cornisa, por virtud de hallarse los bloques de la parte superior del muro dispuestos en saliente respecto del paño inferior, en el que es posible apreciar un talud ligerísimo.

La impresión dominante es grandeza y majestad.

Las plazas aparecen escalonadas, dividida una de la contigua por anchas escaleras de numerosos peldaños (treinta y cuarenta) para levantar los cuales se aprovecharon las desigualdades del terreno. En medio a una de las graderías, vese desplomada una gran piedra en figura de estela u obelisco, la que bien pudiera ocultar inscripciones. Su peso nos impidió removerla. Hacia el Sur de la plaza extrema del grupo A, descúbrese una roca enorme volcada en tierra. Los aborígenes tallaron en su superficie, vagamente, el rostro de una divinidad con semblante de mono (fig. 16), animal que jugaba papel de importancia en la mitología indígena e integraba uno de los días del calendario.

Algunos de los basamentos de doble cuerpo, levantados en los costados de las plazas o en el fondo de las mismas, presentan en su plataforma superior cimientos y vestigios de estructuras superiores que allí se asentaban. Ya hicimos notar cómo cuando el núcleo del edificio no es artificial, sino

que un talud de colina aparece revestido de piedras de figura regular, uniformemente arregladas, hace juego dicho revestimiento con los edificios contiguos o fronteros, los cuales sí están artificialmente formados en toda su masa.

Hay una plaza muy interesante en el grupo D. Aparte las dimensiones, mayores que en las otras explanadas, encuéntrase en el centro un enorme monolito cilíndrico, liso y plano. La naturaleza de altar parece obvia; sin que resulte absurdo, quizás el suponer que desempeñara funciones de piedra de sacrificios.



Fig. 16. Monolito que figura un rostro de mono (volcado en tierra). Tonalá.

Y llama la atención la escasez de restos de cerámica, excepto en el Grupo B; pero por todas partes se distinguen trabajos de terraplenamiento, cimientos y vestigios diversos y aun trazas de un camino, el cual se dice que, faldeando la cordillera, se prolonga en dirección a Guatemala. Los naturales afirman la existencia de ruinas menores en las cercanías, en extensión de muchos kilómetros. Se comprende que, aun cuando secundarias, todas dependían del sistema cuyo núcleo principal está en la urbe de aspecto ciclópeo. Los fragmentos de cerámica encontrados no bastan para formar juicio sobre el tipo cultural de los indígenas.

Monolitos

Si la escasez de cerámica nos mantiene en incertidumbre respecto de la filiación

cultural de los constructores de Tonalá, hay, en cambio, varios monolitos con figuras ejecutadas en bajorrelieve. Encontramos tres de esta clase, además de la piedra en forma de altar del grupo D y de otra pieza, toscamente modelada en forma humana, existente al Sur del conjunto de los edificios, antes de llegar a las ruinas. Los rancheros de las inmediaciones acostumbran llamarle La Mona (fig 17). Distinguiremos este ejemplar con el número 1.



Fig. 17. Pilar apellidado "La Mona." Tonalá.

Los monolitos en cuestión ofrecen el mismo material de granito, de que se compone la montaña entera. Por su posición hacia el centro de las plazas o enfrente de las escaleras de los adoratorios parecen altares del antiguo culto, cuyos templos coronaban los pétreos basamentos que aún hoy limitan el costado de las explanadas. Describiremos los tres monolitos con relieves.

El número 2 se encuentra en la plaza meridional (a) del grupo A (fig. 16). El

número 3 descansa al pie de la escalera que da acceso al edificio terminal de la plaza c del grupo A (fig. 18). El número 4 se encuentra al SE. del edificio del grupo C (fig. 19). La piedra de contorno próximamente circular y superficie lisa del grupo D, será el número 5.



Fig. 18. Monolito núm. 3. Tonalá.

La figura llamada La Mona es propiamente un pilar. Cabeza vagamente configurada, en especial por la ranura del cuello; el escultor señaló, asimismo, mediante ligero rebaje de la piedra, la silueta de los brazos. Apenas se adivinan, mejor que ver-



Fig. 19. Monolito núm. 4. Tonalá.

se, las indicaciones de los dedos denotados con entalladuras. Las facciones del rostro han desaparecido, si es que estuvieron marcadas claramente. Quizá por no ofrecer indicación visible de piernas los campesinos le atribuyen sexo femenino. El ejemplar mide alrededor de 1.65 m. de altura. Mani-

fiesta considerable antigüedad. Tipo con exceso primitivo en parangón con los otros ejemplares encontrados. No podemos creer que se remonten todos a la misma época, aun cuando hayan sido trabajo de la misma gente.

El monolito número 2 está volcado en tierra, como dije; pero la fotografía se presenta de modo que pueda percibirse la porción esculpida. Aprécianse con claridad los ojos redondos y quedan rastros de la nariz chata del animal. Los rasgos de la boca también se conservan. Hacia la región auricular hay unas oquedades cilíndricas que atraviesan todo el espesor del bloque. Abajo de la barbilla distínguense otras dos perforaciones comunicadas entre sí. Fácil es concebir algún collar o adorno suspendido. La piedra en que todo está labrado alcanza magnitud enorme, que excede de tres metros de longitud.

Aun cuando tosco, revela este ejemplar mayor destreza que el número 1. La cara del mono está bien sugerida. El artífice sabe horadar la roca; logra practicar acanaladuras; dirige el labrado en el sentido que pretende; obtiene planos; inicia el bulto redondo. No le falta, en fin, cierta expresión, todo dentro de una innegable rudeza.

El monolito número 3 fué conocido del doctor Seler y aparece entre las ilustraciones del libro de su esposa. Sin embargo, los sabios alemanes tal vez no pasaron adelante de la plaza donde descansa este ejemplar, pues entiendo que hacen caso omiso del enorme monolito del grupo C, la piedra de la plaza D y aun la figura de mono antes aludida. Limítase a decir, el escritor, con referencia a la localidad de que se trata: "No encontramos gran cosa de esculturas en la montaña; pero sí a granel pirámides grandes y pequeñas, sitios nivelados y caminos sólidamente dispuestos, cimientos y estructuras provistas de escalones."

En el monolito número 3 el material aparece dócil en manos del artífice. No deja en bruto el bloque de la escultura, sino que le comunica la forma que pretende, tí-

pica de altar, como los llamados "tortugas" de Quiriguá. El contorno es circular. El objeto aparece combado sugiriendo un cuerpo de quelonio o monstruo semejante. La degradación de planos es del todo simétrica; sabe el artista manejar el bulto redondo. Pero el carácter más notable lo constituyen los rasgos ornamentales y rostros humanos esculpidos en bajorrelieve.

Mirando, al Sur, para la plaza, descúbrese la figura de mayores dimensiones. Es un rostro animal, de tigre o serpiente o monstruo mitológico con los rasgos peculiares a esos seres. Los tres restantes costados presentan caras humanas. El relieve alza poco más de un centímetro.

Todas las caras poseen fuerte expresión; sus rasgos distintivos son precisos (fig. 20). La del monstruo ostenta gran



Fig. 20. Monolito núm. 3 (cara con vista al Norte).

voluta supraorbital, un par de largos y filosos colmillos junto con dientes de distinto corte, ojos redondos y ancha nariz. El tratamiento recuerda el que mayas y nahuas aplicaban a la representación de la serpiente; pero bien puede verse aquí un felino, algunos de cuyos elementos se asemejan a los del ofidio en el arte indígena (fig. 18).

Tampoco se percibe esa espiral desprendida de la comisura de los labios, tan frecuentemente figurada en las culebras.

Multitud de emblemas y entrelaces, tal vez ornamentales, cubren la superficie del monolito. Distínguense con claridad unos como nudos, de cuyo interior se despren-

den otros, rematando en largas cintas o flecos.

Las caras humanas ofrecen el mayor interés (fig. 20, 21 y 22). No son idénticas; pudiera tomárselas por representaciones etnológicas. En unas se aprecian labios bel-



Fig. 21. Monolito núm. 3 (cara con vista al Oriente).

fudos; otra los muestra regulares. De las orejas de ésta cuelgan pendientes alargados; aquélla los tiene redondos. Todas llevan en la frente un adorno semejante a media luna, con un punto o disco central. La más interesante, quizás, es la que mira a la escalera del adoratorio terminal de esta pla-

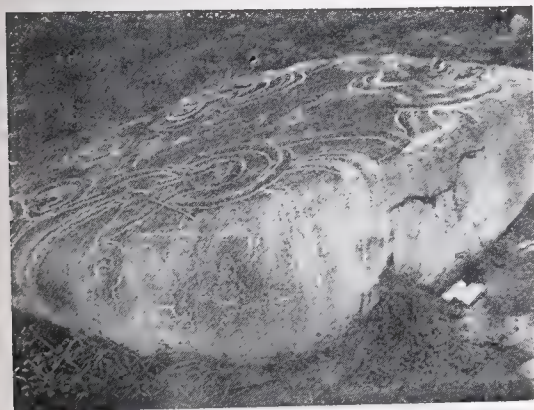


Fig. 22. Monolito núm. 3 (cara con vista al Poniente)

za, opuesta al rostro con facciones de tigre. Su perfil es aguileño, del tipo de algunas familias indígenas (zapoteca, etc.), a diferencia de los otros dos rostros.

Ha de ofrecer sentido de importancia el simbolismo de estas caras. Verosímilmente

no se trata de retratos individuales; en cambio, bien pudieran ser retratos étnicos. Involuntariamente el pensamiento se remonta a las cuatro familias del Popol-vuh. La conjetura encuéntrase plausible recordando que los personajes que las presiden llevan nombre de tigre (Balam) en lengua quiché. Las semejanzas de los altares en forma de tortuga, de Quiriguá, y otras consideraciones análogas inducen a pensar, en presencia de los vestigios tonaltecas, que pudiera tratarse del florecimiento cultural que culminó más tarde en las ciudades centroamericanas. Concluiremos indicando que el ejemplar mide, aproximadamente, dos metros de diámetro.

El monolito del Grupo C duplica las dimensiones del primero, sobre todo por lo que mira a altura, la cual se levanta del suelo alrededor de un metro. Reconócese, también, la figura de un monstruo (fig. 23)



Fig. 23. Otro aspecto del monolito núm. 4.

a modo de enorme quelonio, juzgando por el contorno general y el combado lomo de este sér fantástico; pero se advierten a las claras fauces enormes y dientes como los que mayas y nahuas solían poner a las serpientes. Por lo demás, sabemos que los altares de Quiriguá en realidad no representan tortugas; a juzgar por ciertos rasgos se trata del llamado dragón de dos cabezas, típico de la mitología maya. Diversos emblemas en bajorrelieve cubren el cuerpo del monstruo de Tonalá. Es difícil pronunciar-se acerca de su simbolismo. Nótanse moños

o nudos dispuestos a manera de ajorcas o brazaletes y con cintas colgantes hacia la región que correspondería a las muñecas o tobillos del animal. En las articulaciones de dichos miembros se reconoce una figura semialmendrada, como la que los artistas mayas acostumbraron colocar en el mismo sitio. Diseminadas en el cuerpo aprécianse multitud de figuras a modo de estrellas de cuatro picos: sólo conocemos algo parecido en el centro del jeroglífico Lamat, día del calendario maya. Pudiera ser un emblema astronómico.

No hay katunes, como en los monstruos de Quiriguá. El tratamiento decorativo de seguro es menos elaborado. Pero, irresistiblemente, el aspecto de esta figura de granito trae a la mente la imagen de las esculturas descubiertas entre las selvas centro-americanas: los altares de Copan y de Quiriguá. Es difícil no pensar frente a tales analogías, en un lugar de encuentro de culturas; o bien en el paso de familias aborígenes venidas del Oeste y caminando rumbo al Sur y a Oriente, adonde desarrollaron después el florecimiento cultural que vemos esplender en Quiriguá, Copan y otras ciudades que llamamos mayas.



Fig. 23a. Otro aspecto del monolito núm. 4.

Sí juzgamos decisivo el carácter del tratamiento ornamental en los monolitos 3 y 4. A buen seguro no se trata de un arte primitivo, como el de la piedra de La Mona. Aparte el dominio del material, el escultor sabe su camino y aplica variados recur-

sos de composición, delineación y síntesis. Acentúa los rasgos significativos y equilibra muy bien las partes del dibujo. En el monolito 3 la línea de los entrelaces decorativos consigue expresiones de suavidad, gracia y elegancia. El rostro humano orien-



Fig. 23b. Otro aspecto del monolito núm. 4.

tado al Norte alcanza carácter de suma naturalidad y verdad. Hay pericia en el manejo del bajorrelieve; y tómese en cuenta la dureza del granito.

Trátase de un período menos adelantado en su evolución, probablemente, que el de los ejemplares del llamado Imperio Antiguo, de la cultura maya; pero no se dirá que estamos en presencia de un arte en sus principios. Si se hubieran reconocido katunes, el problema quedaría resuelto; e igualmente si las afinidades con los monumentos de Monte Albán ofrecieran mayor evidencia. Entretanto, puede afirmarse que dos o tres de los seres típicos de las artes maya y nahua, el mono, el tigre, la serpiente o el monstruo de naturaleza híbrida, aparecen en Tonalá; y queda la puerta abierta a nuevas indagaciones.

Otros vestigios arqueológicos

(c). Por lo que toca a los vestigios arqueológicos encontrados en la población moderna, enumeraremos:

1° La lápida con figuras en bajorrelieve, erigida en el ángulo SW. de la plaza de Tonalá.

2° La lápida con figuras y caracteres en bajorrelieve erigida cerca del andén de la estación del Ferrocarril Panamericano.

3° Objetos de cerámica en poder de particulares.

La fotografía de la primera lápida viene en el libro descriptivo de los viajes de la señora Cecilia S. de Seler. El monumento es un prisma de granito, roto ligeramente por arriba. Mide cosa de metro y medio de alto por cerca de uno de ancho y veinte centímetros de espesor. Se ignora la procedencia exacta del objeto; pero es verosímil que haya sido encontrada en las cercanías de Tonalá.

Aparecen dos personajes figurados en bajorrelieve en las opuestas caras de la piedra, demostrando que, desde su origen, estuvo verticalmente erigida como en la actualidad. Ambos se miran de perfil; su actitud es parecida; y la representación de cuerpo entero, salvo los pies, perdidos bien por rotura de la roca o porque nunca existieran. El personaje de aspecto principal muestra facciones grotescas y desproporcionadas, boca y nariz enormes y una extraña barba. Porta un gorro trapezoidal. De su cuello pende largo collar con cañutos en pares, alternando con una careta humana y rematando en un moño y otra máscara al parecer animal (mono o algo semejante). El brazo en ligera flexión sostiene ese pesado collar. Lleva "máxtlatl" con dos puntas colgantes. Está ceñido por un fajo o cinturón. Cuelga a lo largo de la pierna una como bolsa sacerdotal, excepto que se trate de un lazo; aquello parece probable. Las pantorrillas llévalas sujetas por cintas que se anudan hacia la parte posterior en un moño.

La actitud es de marcha. La ejecución del relieve un tanto enérgica. El tratamiento no deja de ofrecer semejanzas con el de los monumentos de Monte Albán.

El personaje del reverso muestra parecida actitud. Relieve no tan vigoroso, y

menos elaboradamente tratada la figura. Distínguese un lazo que hace nudo y cuelga por delante del cinto del individuo.

Una lápida desconocida

La **stela** erigida en la estación del ferrocarril es más importante. Era enteramente desconocida. La ilustración (fig. 24) indica sus dimensiones. Clara aparece su afinidad con las figuras de Monte Albán. El per-

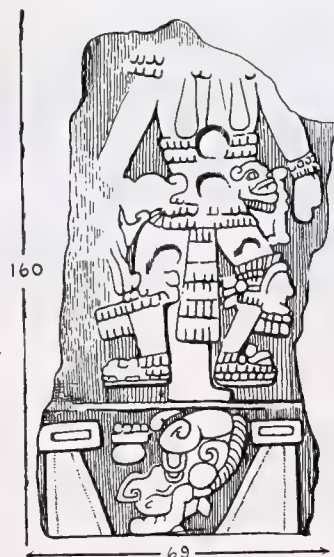


Fig. 24. Lápida existente en la estación del ferrocarril. Tonalá.

sonaje de la parte superior hállase ataviado en estilo muy semejante al de los caudillos o númenes de los códices mixteco-zapotecos. En particular se aprecian las rodilleras con máscaras, revestidas de mosaico de turquesa. Otra analogía resaltante la encuentro en los dos templos colocados en la parte inferior; varias lápidas de Monte Albán los presentan en extremo parecidos. El contacto con la cultura maya se nota en la figura de la parte inferior, cuya mandíbula parece de hueso. Si la fecha inmediata no estuviese desgastada y se pudiera leer, tal vez allí reconoceríamos el **link** tanto tiempo buscado, de las dos culturas. Pero la analogía con las fechas mayas es notoria.

Esculturas en barro

Encontramos los objetos de barro en poder del señor Carrera, presidente municipal de Tonalá en ese entonces. Son dos cabe-



Fig. 25. Cabeza de barro (perfil) existente en Tonalá.

zas humanas (fig. 25). Mide la mayor 36 centímetros de altura. Barro amarillento, cocido excelentemente. Nótase la maestría

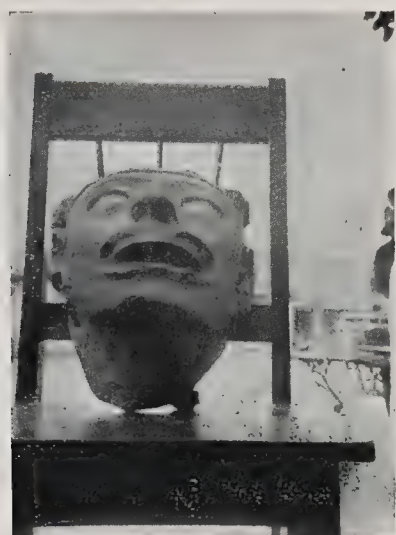


Fig. 26. Cabeza de barro (frente) existente en Tonalá.

del tratamiento. Espléndido modelado y seguridad en los rasgos. Gran expresión. Interesa el vigoroso perfil. Ancha la cabeza

y de tipo aguileño la nariz. Los ojos de gran abertura (fig. 26), horizontales. Ningún tatuaje, ni bezote, ni otro género de adorno facial. Sí parece llevar una banda de lienzo o cuero encuadrándole la frente. Es obvio que estamos en presencia de un retrato directo.

La otra pieza es menor y se conserva en menos buen estado. Cabeza humana del mismo tipo étnico, aun cuando tiene rota la nariz. Luce una especie de casco que,



Fig. 27. Cabeza de barro emergiendo de unas fauces. Tonalá.

examinado con atención, sugiere las abiertas fauces de una serpiente. La cabeza del individuo surge de ellas, como en multitud de piezas escultóricas de mayas y de nahuas.

Por el color del barro y la presencia de partículas grandes de cuarzo diseminadas en su masa, le encuentro analogía con los famosos vasos en figura de Tláloc, existentes en el Museo Nacional y procedentes de las lagunas de Tehuantepec. El origen de las piezas de Tonalá no lo conoce de cierto su actual propietario; pero recuérdese que

este rumbo ha mantenido activo tráfico con los "mareños" de las lagunas.

De todos modos, robustecen los ejemplares en cuestión las analogías antes señaladas entre las civilizaciones nahua, zapo-

teca y maya y la que tuvo por teatro la región tonalteca. Insistimos en ver aquí una región de contactos culturales, de paso y encuentro de pueblos en movimiento migratorio.



Acuarela del Sumidero (antigua).

CAPITULO III
A TRAVES DEL ESTADO

2

21

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

REGRESAMOS a Xalisco o Estación Arriaga, el 25 de mayo, para tomar la carretera que debe conducirnos al corazón de Chiapas. Nuestro avance es rapidísimo, a bordo de poderosos coches Dodge. Partiendo de Arriaga a las 2 p. m., a las 10 de la noche estamos en las calles de Tuxtla Gutiérrez, capital hoy en día del Estado.

Cruzando la cordillera

El camino ofrece variadas e impresionantes perspectivas. Dejamos a la derecha el cauce del Lagartero (fig. 28), y principiamos el ascenso de los primeros contra-



Fig. 28. Estación Xalisco (Arriaga), Chiapas.

fuertes de la serranía. La cordillera se levanta enfrente, asombrándonos con su mole. ¿Vamos a vencer esas cumbres? Audaz y temeraria la carretera. Curvas violentas; abismos a pico; zig-zags en desarrollo atrevidísimo. El chauffeur imprime velocidad desatentada a la máquina. Pensamos con recelo en la presencia súbita de un coche que viniera en dirección contraria y con la misma rapidez. Cada recodo del camino renueva la pavorosa expectativa. A trechos, encontramos viandantes a la antigua usan-

za; indígenas conduciendo la típica y crujiente carreta de Chiapas, tirada por lentos bueyes. Como la carretera es nueva y todavía no se acostumbran los naturales a la presencia del automóvil, nótase perceptiblemente el temor con que ven aproximarse al monstruo, especialmente en las curvas muy ceñidas. Descoloridos y temblando se arriman a la roca, mientras los espantados bueyes permanecen al borde del precipicio, donde un paso en falso les haría abismarse—¡y ha sucedido!—con carga y todo. Y todavía los chauffeurs, salvajes de la peor naturaleza, no contentos con no moderar la rapidez de su marcha, suelen permitirse el estúpido entretenimiento de hacer resonar el claxon al emparejar con los animales, poniendo en gravísimo peligro a las personas y quizá a los niños que descansan bajo el toldo de la carreta. Desearía, verdaderamente, tener autoridad en presencia de semejantes atentados, para abusar de ella fusilando a los cafres que así atropellan la humildad de los indefensos y los pobres. Y no creo que en países civilizados fuera menor el castigo que un sheriff enérgico les aplicara... aun cuando tuviera que hacerlo a espaldas de la ley. Una advertencia final: por regla general los citados brutos no son regionales; se trata de individuos llegados de las ciudades grandes y de la capital. Ni es raro que los propietarios de los coches resulten más salvajes que sus mismos empleados.

A imponente altura sobre la montaña de granito distínguese la llanura del mar al término de un inmenso panorama. Después... nos hundimos en el laberinto de eminencias (fig. 29). Vencido el eje continental con alturas entre mil y dos mil metros, penétrase al altiplano chiapaneco. Lla-

nuras espaciosas. Valles muy abiertos, con arbolados de igual fisonomía que la que conocemos en el centro del país. Paisajes de dilatada lontananza. Al aproximarnos a Tuxtla el terreno desciende; el calor se acentúa. La vegetación es intrincada, predominando extensiones cubiertas de chaparral,



Fig. 29. Montañas de la Cordillera (Chiapas).

un tanto parecidas a las que viéramos en el Istmo. Breves caseríos. Las casonas de las haciendas en uno que otro sitio... Cadenas transversales de montañas cerrando el horizonte a trechos.

En la capital de Chiapas

Viénele su segundo nombre a Tuxtla Gutiérrez, de Joaquín Miguel Gutiérrez, milite y político federalista oriundo de la población, cuya estatua se contempla en el jardín público. El primer nombre es nahua y denota tierra de conejos. Tiene equivalente zoque en la palabra **Coyatoy**; en tzeltal se dice **tul lum**. Asiéntase la ciudad sobre terreno un tanto plano, limitado en varias direcciones por moles montañosas de tonalidad pardusca dominante. Al SW. se levanta la cumbre del Mactumatzá, en lengua zoque **once piedras** u **once estrellas**. Hacia el NE. perfilanse los cerros que recogen el cauce del Grijalva.

Calles angostas con embanquetado; en su mayoría trazadas a cordel. De un piso casi todas las casas; algunos hoteles y edificios públicos tienen dos. Amplísima y destartalada plaza, con portalones. Frondoso parque en cuyas avenidas resuenan por

la noche los ecos de la marimba tuxtleca, tan afamada como la tonalteca. El viajero puede procurarse ciertas comodidades; pero el agua es escasa, de mala calidad y abunda en sedimento. Bastaría esta circunstancia, quizás, para mover el asiento de los poderes públicos a San Cristóbal las Casas.

El mercado se abastece, principalmente, por los productos de las hortalizas de la vecina Chiapa de Corzo, rica productora de legumbres, fruta, etc. Sin la proximidad de este centro, en gran parte indígena, y sin el trabajo de sus industriosos naturales, Tuxtla languidecería lamentablemente.

Las clases dominantes pertenecen a la raza blanca y a los grupos mestizos; los indígenas son zoques, de filiación lingüística afine al mixe de Oaxaca.

Hay una biblioteca pública donde se hacinan volúmenes de las ricas librerías monásticas de San Cristóbal las Casas, arrebatados desatentadamente en el curso de los períodos revolucionarios.

Los alrededores de Tuxtla presentan diversidad de parajes interesantes y pintorescos. Visitamos el famoso **Sumidero** del río Grijalva. La fama ha envuelto ese lugar en velo de misterio, revistiéndolo de perfiles pavorosos.

El Sumidero del Grijalva

Preténdese que el caudal desaparece perdiéndose por espacio de algunas leguas y sin salir a flor de tierra, sino hasta las cercanías de los pueblos de Osumacin y Chicuasen, al Norte de Tuxtla. La conseja debió ser persistente supuesto que el paraje lleva el nombre de **Sumidero**. Sin embargo, multitud de personas en Chiapas saben que no hay tal subterráneo. Lo cierto es que el río se estrecha en grado sumo y sus orillas se acantilán levantándose a altura vertiginosa. Deja de ser, entonces, navegable la corriente; y volviéndose el terreno muy frágoso se hace difícil y aun casi imposible transitarlo. Al resultar punto menos que inaccesible aquel lugar salvaje, contados in-

dividuos se acercan a reconocerlo; y de ahí las fantásticas versiones difundidas sobre el particular.

Hicimos la excursión el 27 de mayo, encabezados por don Marcos Becerra, conocedor del paraje y bien enterado de sus circunstancias. La caminata fué lenta, gracias al paso de las típicas carretas (fig. 30),



Fig. 30. Excursión en carretas chiapanecas.

empleadas por casi todos los expedicionistas. Partimos cerca del amanecer, no llegando a las riberas del Grijalva (fig. 31) antes del mediodía, después de bajar considerablemente. La altura de Tuxtla sobre el mar alcanza los 600 metros; la depresión del río, en esta parte, apenas excede de 300.



Fig. 31. Riberas del Grijalva.

El calor, lo propio que en Tuxtla, molesta no poco; con frecuencia excede de los 35° centígrados. En el día de nuestra visita y en el fondo del cañón alcanzó a 38½°.

Como las lluvias vienen atrasadas este año, el caudal va reducido. Estimo en 80 metros la distancia (fig. 32) entre las dos riberas. Los bancos son arenosos al principio. Hay diversidad de especies vegetales, entre otras una muy curiosa: el árbol de la lluvia. El ejemplar que admiramos es un palo de talla mediana, tal como un huancastle regular. El follaje aparece verde claro, de tonos alegres. Con no poca sorpresa sentimos, a instantes, el efecto refrigerador de brevísimas gotitas, a modo de rocío, cayendo de las altas ramas. Los naturalistas consignan diversas explicaciones sobre el particular.

Pasamos a la margen derecha del río hallando en sus bancos, altos de seis y más metros, restos de construcciones indígenas, vaga indicación de cimientos, algo como un



Fig. 32. Cruzando el río Grijalva.

pequeño montículo y cantidad de alfarería muy tosca. Ello nos trae a la memoria la imagen de las armas concedidas a San Cristóbal, antigua metrópoli de Chiapas, por el rey de España; copiaremos en seguida el texto de la cédula:

“Don Carlos por la divina . . . Por cuanto el Consejo, Justicia, Regidores, Caballeros, escuderos, oficiales, homes buenos de la Villa de San Cristóbal de los Llanos, que es en la Provincia de Chiapa, nos hizo relación que los vecinos e conquistadores de la dicha villa, en la conquista e pasificación de aquella provincia, pasaron muchos peligros e trabajos, poniendo sus personas a

mucho peligro y riesgo y que habiendo conquistado la mayor parte de la dicha provincia, los indios naturales de ella se recogieron a una sierra que está cerca de la dicha Villa, por medio de la cual pasa un Río muy caudaloso, que se dice el río de Chiapa: el cual entra en ciertas cuevas que hay en la dicha sierra donde los dichos indios se recogían e hacían fuertes para su defensa a las cuales no se puede entrar si no es por el dicho río, por ser la dicha sierra peña tajada de ambas partes, y no haber otro camino para entrar en ciertas cuevas que en ella hay, donde los dichos indios mataron muchos españoles e indios amigos; e que después de haber los dichos vecinos conquistadores pacificado los dichos indios, y traídos a paz, se tornaron a alzar y revelar contra nos, y nuestra corona real y se hicieron fuertes en la mitad de una de las dichas peñas y que para los ofender no tenían otra entrada, salvo por cima de la dicha peña, hasta donde estaban los dichos indios, ocho o diez estados con cuerdas y otros artificios, y que de esta manera los tornaron a pacificar, e traer a nuestra obediencia, como agora lo están. E nos suplicó y pidió por merced, mandásemos a señalar armas a dicha Villa según e como las tie-



Fig. 33. Cortina de piedra del cañón del Sumidero.

neni las otras ciudades e villas de las nuestras indias e como la nuestra merced fue-se..."

Conformándose con esta descripción, poco adelante del lugar citado el caudal se estrecha, desaparecen los bancos arenosos, levántanse las peñas laterales a altura enorme (fig. 33), tajadas a pico; y avanzamos con dificultad entre moles gigantescas desprendidas del cantil (fig. 34), y amonto-



Fig. 34. Peñascos desprendidos, en el cauce del Grijalva.

nadas en horrible confusión. Síguese por recodos violentísimos mirando por encima de nuestra cabeza la peña alzada verticalmente (fig. 35), cosa de 300 metros. Panoalias de líquenes se prenden en aquellos muros de tonalidad rojizo-amarillenta. Y por alguna grieta vislúmbrase el principio de ignoradas cavernas. Llegamos, finalmente, adonde el río se encañona de tal modo, que el caudal entero se recoge en una vena de apenas cinco metros de ancho, disparada con vigor de catapulta (fig. 36). Hay que renunciar a ir adelante; el profesor Becerra asegura que el resto del cañón ofre-

ce parecido aspecto, sin que las aguas desaparezcan en ninguna parte. El Sumidero del Grijalva no es, pues, tal sumidero. Y emprendemos el retorno."



Fig. 35. Tajo en el cañón del Sumidero.

Tuve la suerte de hallar documentos y manuscritos de la propiedad del eminente historiador chiapaneco, don Manuel La-



Fig. 36. Torbellinos y rápidas del Sumidero.

rráinzar. Figura, entre ellos, una acuarela del Sumidero; según la fantasía del anónimo artista de la primera mitad del siglo XIX.

No deja de sugerir el aspecto caótico y salvaje del lugar, lo que hace oportuna su reproducción (fig. 37). Incluyo, asimismo, la copia de fragmentos de una exposición dirigida por José Farrera y José Salvatierra a don Ramón Larráinzar, Gobernador de Chiapas en 1844, acerca de un proyecto de exploración "de los obstáculos del río Grande de Chiapa, desde Quechula hasta dicha villa (Chiapa), para poderse navegar."

Finalmente encontré, y agrego, un bien escrito estudio de la misma región, a lo que parece obra del benemérito chiapaneco Fr. Víctor María Flores, uno de los hombres ilustres del Estado. Descartando los asertos relativos al diluvio, no dejarán de encontrarse allí ideas dignas de conocerse, sobre todo porque revelan el modo de pensar, entonces, de un hombre inteligente acerca de tales materias. Por lo demás, algo parecido opinaban los sabios de todas partes. Y en lo concerniente al diluvio las apreciaciones geológicas del escritor chiapaneco toman un aspecto de más exactitud, si las referimos no precisamente al cataclismo bíblico, sino a alguna de las inmersiones experimentadas por el Continente, cuyos efectos se patentizan a las claras en las rocas sedimentarias y en los fósiles que el examen del terreno revela. También ofrece atractivos el brillante y enérgico estilo del escritor.

Ambas piezas aparecen en el Apéndice de esta obra.

En Chiapa de Corzo

Partimos de Tuxtla Gutiérrez el 1° de junio, a bordo de poderosos carros Dodge. Pocas leguas adelante se cruza el Grijalva, ancho aquí, con cerca de ciento cincuenta metros en la presente época del año, por el hermoso puente colgante construido en el gobierno de don Ramón Rabasa. Después sigue el caudal recibiendo el río del Sabino por su margen izquierda, hasta encañonarse tres leguas abajo en el descrito Sumidero.

La atractiva Chiapa de Corzo descansa

en la margen opuesta del río, salvado el puente de acero. Es ésta el centro de una población indígena activa y muy industrial. Constituye uno de los acertijos etnográficos y arqueológicos del país. No se trata de indios zoques ni de tzeltales o tzotziles, los cuales confinan con Chiapa por Oriente y Occidente. Asegúrase que la inmigración chiapense es especial. Se les ha relacionado con los "chiapas" del Paraguay y con los "mangues" de Nicaragua. A su lenguaje algunos llaman "socton." La afirmación del origen nicaragüense procede del cronista Remesal y de allí han continuado transcribiéndola muchos autores sin más averiguación, ni atender a que Remesal mismo omite los fundamentos de su aserto. Unicamente expresa: "Vinieron antiguamente de la provincia de Nicaragua unas gentes que, cansadas de andar y de las descomodidades que la peregrinación trae consigo, se quedaron en tierra de Chiapa, y poblaron en un peñol áspero orillas de un río grande que pasa por medio della, y fortificáronse allí, porque nunca se quisieron sujetar a los reyes de México, antes tenían continuamente guerra con sus capitanes. El risco donde pusieron su vivienda es peña taxada, alta y con dificultosas entradas: y desde ella hacían guerra a las guarniciones de Cinacantlan, que eran de mexicanos: con quien siempre tuvieron pendencias por el odio que los cobraron y por tenerlos en poco, nunca quisieron emparentar con ellos." "Los de Chiapa... señores de otras tres provincias que tenían sujetas por armas, que eran los Zoques, Celtas y Quelenes, todos de lenguas diferentes." (Remesal; capítulo XIII; origen de la gente de Chiapa y su primera conquista; reimpresso por Flavio Antonio Paniagua; tomo I, página 21; 1908, San Cristóbal, Chiapas.)

Quedan muy pocos, si es que algunos indígenas, que hablen el llamado socton (si es que existe); y éstos viven en las riberas del río Chiapa o Grijalva y del río Sochiapa.

El lugar fué importante antes de la conquista; y allí convergieron los esfuerzos del

soldado de Cortés, Diego de Mazariegos, quién, después de Luis Marín, que desde 1522 la había tomado y abandonado, consumó al fin la conquista del territorio que nombraremos chiapaneco, apoderándose de Chiapa, el centro que más resistencia opuso a los españoles. Sus defensores lucharon con bravura, pereciendo en las rápidas del Sumidero donde prefirieron abismarse antes que rendirse. Antes los propios chiapas habían sabido resistir la invasión nahua, bien que los mexicanos ocuparon muchos puntos del territorio; entre otras partes, mantenían guarnición en Chamula y en Zinacantan.

Por su laboriosidad continúan los actuales indios chiapas (naturales de Chiapa) a la cabeza de los indígenas del Estado. Las porciones ribereñas de su comarca producen en abundancia maíz, yuca, garbanzo, añil, frutas diversas y la chíá (de cuyo último vocablo piensan algunos que procede el nombre del lugar, parecer objetado por don Marcos Becerra y otros etimologistas). A este propósito encuentro en la excelente memoria del Dr. Robles Domínguez de Masariegos, canónigo de la Catedral de Ciudad Real y Diputado a Cortes por su provincia en 1813, la siguiente explicación: "...Como los indios jamás hubiesen oído el horroroso estruendo de la artillería, logró ponerlos en dispersión, facilitándose el paso del río caudalósísimo en cuyas márgenes está situado el expresado Cerro de la Batalla, llamado en idioma indio "Tepetchía," de donde se deriva la voz chiapa."

Trae el indio, al centro del Estado, el pescado de Tonalá y el cacao de Pichucalco. Entre sus industrias regionales debe mencionarse la pintura de los **xicalpextli**, el calabazo decorado con flores de brillante color que portan las tehuanas sobre la cabeza, llevando frutas o artefactos domésticos. Los ingredientes con que se aplica esa pintura indeleble deben ser sustancias vegetales, cuyo secreto guardan los indios. El barniz se prepara con aceite de chíá. Usase el arte-

facto en Tuxtla y en otros pueblos; pero su principal comercio hácese con Tehuantepec.

Amplísima, inmensa la plaza de Chiapa. La población muy simpática. Calles rectas y largas; casas, en su inmensa mayoría, de un piso, con techos de dos aguas y muy bien encaladas. En la plaza admírase la gran fuente monumental o "pila de la villa de Chiapa," que la apellidaban antaño (figs. 38 y 39). La fábrica es de ladrillo espléndidamente cocido y luce arcos, bóvedas, torreones y almenas. Los arcos, de medio punto y resaltados. El friso con ornato en punta de diamante. La planta afecta el trazo de la corona del rey de España. Entre los papeles de Larráinzar hallé un dibu-



Fig. 38. La "pila" de Chiapa de Corzo.

jo a tinta (fig. 40), obra de principios del siglo XIX, que vale la pena reproducir. Lo acompaña una curiosa nota: "Dice la Crónica: en el año de 1559. A los de Chiapa se les añadió otra ocasión de contento y ale-

gría en el fin del oficio de la fuente que está en medio de la plaza principal—que es una de las buenas y bien trazadas que hay en todas las Indias. Trazóla y comenzóla el R. P. Fr. Rodrigo de León y en ausencia suya



Fig. 39. Exterior de la fuente monumental de Chiapa de Corzo.

la prosiguió... hasta echarle agua el año de 1562, y como los Indios la viesén subir en alto tuviéronlo al principio por un milagro tan grande que las viejas se hincaban de rodillas y se daban golpes en los pechos como quien vía cosa divina..."

En otra nota, de letra más moderna, lee-se: "La pila de Chiapa es de orden gótico puro, 15 varas de alto hasta la cornisa; 45 de circunferencia; es de forma octógona; el agua venía de una legua de distancia por medio de una cañada de cal y canto y se repartía del mismo modo en toda la población."

Conforme, excepto en lo del orden gótico, lo que no puede ser con arcos de medio punto.

Encontramos diversas curiosidades en Chiapas, indígenas y de la época colonial. Parece que siempre las hubo en abundancia, de lo que se han aprovechado los turistas. Centro importante en la época prehispánica; población de rica agricultura posteriormente, se explica la afluencia de gentes y de cosas. Vi alabardas, "coquitos" chiapanecos, "tachuelas" de plata quintada, idolitos de los aborígenes, etc. ¿Los coquitos, qué son? Trátase de verdaderos cocos, con pie de labor de plata y artística-

asegura que muchas de las piezas domésticas de cocina en Chiapa, Comitán, San Cristóbal, Tapachula y otras ciudades chiapanecas hacíanse del noble material argentino. Casi todo desapareció, ora por las revoluciones, ora por la voracidad de los comerciantes de antigüedades. Citaré entre éstos al señor Liverpool, de México, quien me cuenta de los cargamentos de objetos valiosos que adquiriera, entre ellos centenares de cascabeles indígenas comprados como cobre y que resultaron... ¡de oro!



Fig. 40. Dibujo antiguo que representa la plaza de Chiapa.

mente decorados en líneas y superficies un tanto esgrafiadas. Usábanlos las antiguas familias de Chiapas para tomar el chocolate. Las "tachuelas" son hermosas vasijas de plata quintada, con asas de varia labor. Suelen llevar el nombre del propietario en el fondo; alguna vi que ostentaba el del doctor Corzo. Ahora constituyen entre nosotros adornos de vitrina; en Chiapas sirvieron para colocar pastas de dulce, leche, etc. Se

Los ídolos abundan; pero los coleccionistas me precedieron. Hay que esperar nuevas recolecciones en los barbechos. Daré sólo la acuarela (fig. 41) de una vasija muy interesante aun cuando rota, adquirida en el lugar. No ostenta pulimento ni pintura. El barro amarillo, la textura áspera, las paredes sumamente gruesas. Tosca la factura. Pero se aprecian las tres patas o soportes de sección cónica, caracterís-

tica de la cerámica de las familias maya, nahua y sus afines. Puede clasificarse la vasija entre las antropomorfas, por el rostro humano modelado en el vientre. Ahora bien, dicho rostro presenta muy pronunciado, a lo que se advierte, el tipo maya peculiar: el perfil característico, la frente deprimida, el labio inferior grueso y algo caído. El hecho encierra importancia. Si procede el ejemplar de los antiguos chiapa, como parece verosímil; si no se trata de un ejemplar importado, quiere decir, aportado co-

mercialmente al sitio en tiempos prehispánicos o posteriores; si, finalmente, se encontraran otros semejantes, podría ello revelar que los chiapa constituyen una rama de la gran familia maya; no habiendo entonces motivos para buscarles extraña procedencia. Faltos de evidencia lingüística, ya que nadie ha logrado identificar, que sepamos, el pretendido socton, queda este factor tomado a las artes plásticas y muy digno de tenerse en cuenta.



Fig. 41. Acuarela que representa una vasija de barro encontrada por el autor en Chiapa de Corzo.

CAPITULO IV

UNA METROPOLI FAMOSA

[illegible]

La antigua Ciudad-Real

EL ascenso de Chiapa a San Cristóbal, fuerte en más de 1,500 metros, supuesto que la antigua capital del Estado descansa a los 2,104 sobre el mar, salva por soberbias rampas y grandiosas espirales trazadas en la nueva carretera, los escalones de la majestuosa cordillera de Hueitepec (cerro grande), eje central de las montañas del Estado, cuyas ramificaciones, ásperas e innumerables, se extienden en todos sentidos y particularmente hacia el Norte, arrugando la región septentrional de Chiapas hasta volverla un laberinto.

En el primer escalón descansa Istapa, centro de explotación de viejas salinas, como el nombre lo indica, asentada entre llanuras barrancosas. Sigue el vallecito de Zinacantan, asiento de tzotziles, descendientes de los adoradores del dios-murciélago (zotz) y nombre de uno de los meses del calendario maya. La lengua es afín de aquélla; trátase, seguramente, de una rama de la propia cultura.

Cruzamos hermosos bosques de coníferas. Tras escalar las elevadas gargantas del valle de San Cristóbal, a 2,300 metros de altura, descúbrese el ameno valle de la antigua Hueyzacatlan, nombre mexicano de lo que los tzeltales llamaban Jovel (zacate pajón). Allí Mazariegos fundó Villarreal, después llamado San Cristóbal de los Llanos, más tarde Ciudad-real, en recuerdo del pueblo de origen de su fundador; y, desde 1844, San Cristóbal de las Casas, como homenaje al esclarecido dominico que aquí principió su heroica lucha en favor de los indígenas.

El panorama

¡Pocos panoramas igualmente risueños! Colinas verdes dondequiera, blancas capillitas coronando su cima, boscajes de égloga, arroyos murmuradores... y en medio, las bien trazadas avenidas de una vasta ciudad, orgullosa de edificios, animada de comercio, llena de templos, ornada de umbrías alamedas... y con peculiar y aristocrática fisonomía, que enamora y sorprende a los viajeros.

Condiciones geológicas

El macizo del Hueytepec es calizo, de la edad cretácea. Su depresión austral—la depresión central del Estado—origina la cuenca del gran río de Chiapas o Grijalva, en cuya margen opuesta se endereza la cordillera andina, de granito primitivo. Líganse las dos cadenas en diversos sitios, determinando mesas y accidentes geográficos varios y circunscribiendo la gran cuenca mencionada, entre los altos de los Cuchumatanes (en los confines de Guatemala), y la sierra de Petapa, en las cercanías de Tuxtla. El inmenso vaso así formado constituyó el asiento de un mar interior más antiguo que el Eoceno, época a que se remonta la fractura origen de la depresión. Cuando la energía de las aguas rompió su cerco practicando la abertura del Sumidero, aquel mar se vació dejando al descubierto la magnitud de la cuenca. Mientras las terrazas que la limitan sobrepasan alturas de dos mil metros, el cauce del Grijalva corre entre los 300 y 400 por encima del mar. La importancia de la erosión puede apreciarse en el tajo del Sumidero, cuyas paredes, recortadas casi a pico, miden muy cerca de medio kilómetro. Análogamente, los cerros calcáreos que limitan el valle de San Cristóbal encierran

oquedades donde se recogen grandes cantidades de agua, cuyos desplazamientos por motivos tectónicos o sísmicos, inundaron en diversas ocasiones la comarca. Ese peligro, aminorado por trabajos de ingeniería, sigue amenazando a los habitantes de la culta población.

La ciudad de San Cristóbal

Duró nuestra visita a San Cristóbal del 1º al 3 de junio. Centro de tal importancia ofrece infinitos atractivos. Sus calles componen un mosaico de razas. Afluyen allí indígenas de habla tzeltal, tzotzil, zoque y chañabal. Conocimos a los famosos chamulas (de la vecina San Andrés Chamula), con sus típicos cotones listados de color gris. Se les tiene por los indígenas más fuertes de la República, asegurándose que transportan un piano auestas, hazaña que me resisto a creer. Fuertes lo serán, sin duda; pero yo los encuentro menos atléticos que los bachajones del Norte del Estado.

El que fuera por tanto tiempo sede episcopal, revélase en el número y la belleza de los templos de esta urbe. Erigióse el obispado desde 1539, siendo su primer prelado efectivo el venerable Fr. Bartolomé de las Casas, del Orden de Predicadores (dominicanos), quien llegó en 1545. Con el nombre de San Vicente extendióse la provincia eclesiástica, habiendo llegado a formar distintos monasterios, y a poseer numerosas y riquísimas haciendas, no pocas de las cuales conocimos en nuestra visita por las comarcas de Comitán y de Ococingo. En tiempos de la desamortización, aquellos bienes pasaron a manos de particulares, entre los cuales se destacan, como era de suponerse, los corifeos liberales de entonces. Arranca de ahí el enriquecimiento de los descendientes de Matías Castellanos.

Conocimos en San Cristóbal la iglesia de la Caridad, el Carmen, Guadalupe, San Antonio, San Francisco, La Asunción, Santo Domingo y la Catedral. Sobresalen en grado extraordinario las últimas. La arqui-

tectura chiapaneca del tiempo de la Colonia no deja de tener un sello peculiar. Trátese de iglesias pequeñas o de consideración, en Amatenango, en Teopixca, en Comitán, en San Cristóbal y dondequiera distínguese en la fachada, culminando sobre un cuerpo doble o sencillo, con lienzos de pared ocupados por nichos y a veces flanqueados de medias cañas o pilares, una espadaña central, de grandes aberturas para las esquilas, y, lateralmente, una o dos torres de escasa elevación. Quiere decir, el campanario y no las torres constituye en estos edificios la porción prominente. Todas las iglesias aparecen encaladas con esmero.

Bellezas arquitectónicas

Por su esplendor, la Catedral y Santo Domingo me recordaron las buenas arquitecturas oaxaqueñas. Aquélla apoyada en nobles estribos; la fachada, de dos cuerpos puros en estilo y un frontón central supe-



Fig. 42. Iglesia de Santo Domingo. San Cristóbal las Casas, Chiapas.

rior, de bellas proporciones, conteniendo la espadaña y ostentando airoso remate. Espaciosas las naves, con altas columnas de orden compuesto, estriadas, y arcos y bóvedas acasetonados. Los altares de buena concepción y dibujo.

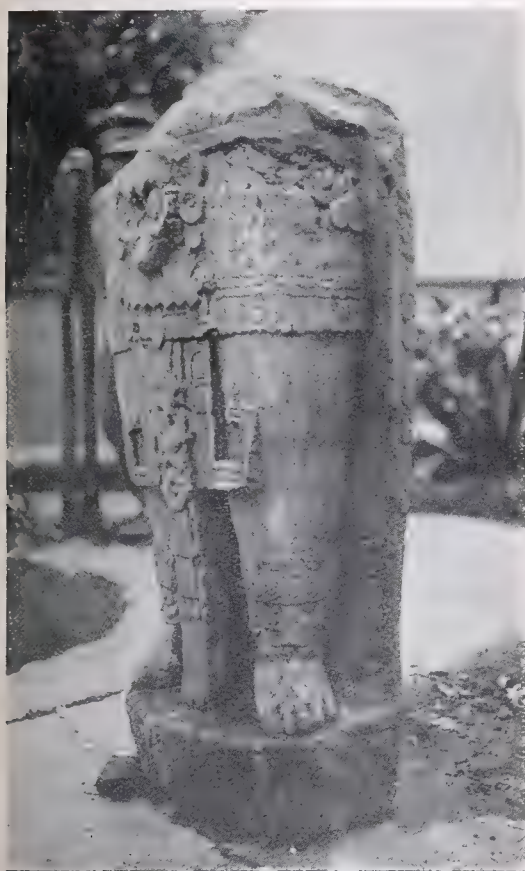


Fig. 43. Escultura maya (procedente de Tonalá) existente en San Cristóbal.

Santo Domingo es superior. La fachada (fig. 42), de hermosa cantera, con pátina y tonalidades encantadoras, ocre y violadas. Tres cuerpos la componen. Nichos con imágenes esculpidas. Resaltados los lienzos laterales en que se apoyan las torrecillas, y dispuesta la parte central dando sugestión de porche. Macizos de columnas flanquean la puerta de medio punto y la ventana que ilumina el coro. El frontón superior ceñido de remates. La nave, un tanto chaparra; pero luciendo riqueza de retablos en oro, al gusto Churriguera, con figuras de brillante estofa. Junto a parques y alamedas de

umbroso follaje, tan nobles edificios imprimen a San Cristóbal señorial aspecto.

Debo la fotografía de Santo Domingo a la gentileza del Dr. Enrique Méyer.

Objetos de los mayas

Encontramos en San Cristóbal, junto al jardín frontero a Catedral, una escultura maya con jeroglíficos (figs. 43, 44, 45, 46). Antes la reconocieron y estudiaron Tozzer, Spinden, Morley y Blom; éste presenta análisis, dibujo y fotografías en "Tribes and Temples." Representa un personaje ataviado al estilo de las esculturas de Toniná, sitio probable de su procedencia; verosíblemente la hizo transportar a San Cristóbal el obispo Orozco y Jiménez, cuyo interés por estos asuntos se manifiesta en los varios documentos históricos de Chiapas, que consi-



Fig. 44. Otro aspecto de la figura 43.

guió dar a la imprenta. Aparece el ejemplar de que se trata roto, a la altura del pecho; carece, por tanto, de cabeza. El máxtlatl indica que se trata de un varón. Porta una pieza, a modo de mandil, pesada y con profusión de ornatos, entre ellos una

careta, al parecer de mono o calavera humana; colgajos dispuestos en greca y barritas entrecruzadas sugiriendo, acaso, vértebras. Lleva camisa. Usa ajorcas de rica labor y sandalias. La figura hállase tallada próximamente en bulto redondo; es trabajo excelente de escultura. Suma redondez en los contornos. Los pies casi en posición natural, no vueltos en ángulo violento para afuera, como es frecuente en el primer período. Esto revela, desde el punto de vista estilístico, una época avanzada, tal vez del llamado Gran Período; pero los señores

costados de la estatua. Todas se hallan muy destruidas. Los citados arqueólogos, con sagaz análisis, ven a la izquierda los elementos de una Serie Suplementaria, y el día y mes de una data terminal de Serie Inicial, leyendo allí 5 Ahau, 3 Tzec. La



Fig. 45. Otro aspecto de la figura 43.

Morley y Blom, estudiando los jeroglíficos grabados en el ejemplar, proponen una lectura según la cual el objeto dataría de los comienzos del Período Medio.

Cuatro hileras de jeroglíficos, dos a la izquierda y dos a la derecha, decoran los



Fig. 46. Otro aspecto de la figura 43.

fórmula correspondería a 9.11.5.0.0. Hay irregularidades, sin embargo, como el glifo del mes, que dista mucho de verse claramente; pero la lectura me parece probable. En la hilera de la derecha creo percibir una Serie Secundaria con tunes—B2—y katunes—B3—; pero no puedo articularla por destrucción de los elementos. Un glifo diurno aparece (8?).

En la esquina Noreste de las calles que ciñen el jardín principal, empotrada al muro, vese una figura de piedra de tipo bastante primitivo.

Centros de cultura

Una biblioteca de primer orden, diseminada después por militares que piensan que destruir libros antiguos es hacer obra revolucionaria. Por fortuna parte de ella trasladose a Tuxtla. Otra de carácter particular existe. Perteneció al historiador chiapaneco, licenciado Flavio Paniagua, y ahora la conserva con esmero la distinguida señorita profesora Joaquina Paniagua. El mayor servicio que prestó a la historia el culto escritor citado, fué la recopilación en tres volúmenes de los pasajes más importantes

de las obras de Remesal, Núñez de la Vega, Juarros, García Peláez, el Br. Robles Domínguez Mazariegos, Gage y otros, casi todos escasos; junto con unos apuntes de estadística, geografía, historia y etimología del Estado, éstos de su cosecha. La recopilación lleva por título el que sigue: "Documentos y Datos para un Diccionario Etimológico, Histórico y Geográfico de Chiapas. San Cristóbal las Casas. Chiapas. 1908."

La ciencia histórica debe un homenaje a la memoria de Paniagua. Sus hijas ameritan una pensión.

CAPITULO V

COMITAN DE LAS FLORES

DEJAMOS San Cristóbal, no sin admirar en poder de distintas familias nuevos ejemplares de objetos de arte, coquitos, tachuelas y, sobre todo, "macuquinas" o "macacos," como aquí les dicen, aplicando tales nombres a monedas españolas de los siglos XVI, XVII y XVIII, usadas entonces en la Provincia de las Chiapas. Son piezas de ocho, cuatro, dos, uno y medio reales. Los viajeros las buscan como coleccionistas o para portarlas a manera de dijes; pero abundan las falsificadas. Las más antiguas no son circulares; presentan un corte muy irregular.

Sólo unos cuantos expedicionarios seguimos para Comitán; los demás permanecieron en San Cristóbal, donde, finalmente, la comisión debía desintegrarse. Explicaré los motivos en breves palabras. Los últimos preparativos, consistentes en adquirir caballerías y bestias de carga, debían ultimarse aquí, prosiguiendo entonces los viajeros con dirección a Palenque, divididos en tres grupos. Comitán fué el punto de partida que nosotros elegimos. Habiendo servicio de automóviles en esos días, entre las dos poblaciones, por no haberse desatado las lluvias, nos encaminamos en coche a Comitán con el propósito de hacernos allí de las acémilas, mientras llegaba la orden de marcha conjunta hacia Palenque. La idea nos dió los mejores resultados, porque se encuentran en Comitán facilidades de compra de caballerías, en tanto que los comisionados detenidos en San Cristóbal tardaron mucho en conseguirlas, originando su retraso graves trastornos en el plan de la expedición, y dando lugar a que la estación de aguas amenazara con toda su fuerza. A la vez, ocurría que varios de los viajeros no habían arreglado previamente la cuestión

de sus viáticos y gastos, todo lo cual daba lugar a cambio de cartas y telegramas con México y a las demoras consiguientes. No pasó mucho sin que el desaliento y el desorden aparecieran. La experiencia de lo ocurrido demuestra, pienso, que en expediciones de esta clase, todos los detalles, aun los de menor cuantía, deben quedar oportunamente definidos, llevando cada viajero en su equipaje y en el bolsillo el dinero, los objetos y el plan exacto o muy aproximado de la misión que se le confía.

Partimos para Comitán el jueves 3 de junio. Comprende el recorrido 25 leguas. Los coches pueden completarlo en 12 ó 14 horas; pero la carretera estaba en condiciones lamentables—que se hacen imposibles, al desatarse las aguas—, y tuvimos que hacer noche en la hacienda de San Francisco, 4 leguas antes del término del viaje.

En camino

El camino se desarrolla entre cerros calizos en extremo, pedregosos a trechos, con sensible dirección al Oriente y un tanto rumbo al Sur. Dos terrazas en graderías naturales del terreno se descenden, cada una formando una planicie o llanada, esto es, un "plan," que dice la gente del campo.

En la primera se asienta Teopixca, lugar de importancia agrícola y con perspectivas mineras halagüeñas, que no han cuajado todavía. Una interesante caverna natural existe en los alrededores. La comarca está cubierta de bosques de robles, ocotes, pino blanco y rojo y otras coníferas. En el siguiente plan, a 1,590 metros sobre el mar, y cosa de 500 metros bajo el nivel de San Cristóbal, descansa la villa comiteca, última de las que, por este rumbo, pertenecen a Mé-

xico. Doce leguas adelante—una jornada—alcánzase la frontera de Guatemala.

Población de ensueño, hermosa, animada, bien calificada como Comitán de las Flores. En idioma tzeltal, llámasele Balun-Kanan; quiere decir, nueve estrellas. Clima delicioso, templado, apenas menos blando que el de San Cristóbal. Por las mañanas, aun en junio, se experimenta cierto fresco. Nada tiene que pedirle esta temperatura a la afamada de Cuernavaca. Al emprender el viaje pensaba que estos rumbos límites de Guatemala serían una especie de trasunto del infierno; y vengo a encontrarme con algo semejante a un paraíso. Ni siquiera nos molesta un mosco. No cabe duda que, dondequiera, la altura modifica favorablemente el clima; aun a los 16 grados de latitud.

Naturaleza del terreno

Comitán se recuesta al pie de las estribaciones de la sierra central chiapaneca, cuyo último espolón por esta banda, el cerro Hun Chabín, donde hay vestigios arqueológicos, se yergue (fig. 47) al N.-45-



Fig. 47. Cerro Hun-Chabín (Comitán).

W. de la urbe. Aun cuando existe una extensión bastante plana sobre la que se asienta el centro de la población, todavía sus últimas casas, hacia Oriente, descansan en plano inclinado. Inicianse, después, espaciosas llanadas ceñidas al Norte por la prolongación de la sierra; al NE., por los cerros de Margaritas, a distancia de tres leguas; al

Oriente, por las montañas guatemaltecas, y al Sur, por los cerros de Zapaluta, 18 kilómetros distantes. Hacia Oeste limitan los llanos comitecos (fig. 55), tres ramales de montes, uno finalizando en el cerro de Gouc o Guc, donde encontramos la Piedra Parada; otro que comprende la ciudad arqueológica de Tenam y uno tercero que se prolonga en dirección a Zapaluta.

El conjunto del panorama ofrece dilatadas perspectivas, alegrado por su verdor perenne. El aspecto de los llanos incita a recorrerlo. A los primeros tramos sorprende la abundancia de guijas de cuarzo diseminadas en el terreno. Aquella matatena cubre toda la extensión alcanzando al arranque de las elevaciones montañosas, éstas de material calizo. En los primeros cortes determinados por alguna que otra barranquilla puede apreciarse que el guijarro cuarzoso, ligeramente conglomerado, alcanza una potencia de cosa de siete metros. En otra parte el material de que se trata aparece a ras del suelo formando breves crestas. La presencia de tales elementos hace pensar en el lecho de un antiguo mar, tal vez eocénico o del comienzo del Plioceno, el cual arrasara materiales de las cadenas primitivas que circunscriben la región. En tal hipótesis, su extensión habrá sido considerable, puesto que la cordillera andina dista largas 30 leguas hacia al S., y todavía más rumbo a Belice, donde se elevan otras montañas graníticas (Cockscombs Mts). Böse sostiene esta idea, arguyendo que la configuración actual del territorio chiapaneco data del Plioceno, habiéndola originado un enérgico levantamiento. Tan lo fué, que vemos aquí alzado a 1,600 metros, en los llanos de Comitán, el lecho del antiguo mar. La zona centroamericana a la que, geológicamente, pertenece Chiapas, estuvo sumergida todo el Eoceno, hasta principios del Plioceno, cubriendo un dilatado mar tan grande territorio; iniciase, entonces, el movimiento orogénico que levantó el terreno plegándolo y fracturándolo hasta el máximo en la forma que vemos en la actualidad, al caminar por

el apenas transitable suelo chiapaneco. Esta misma anfractuosidad manifiesta la juventud del levantamiento. Las montañas calizas que ciñen por Oeste los llanos de Comitán, prolongándose rumbo a Occidente, incluyendo las serranías de San Cristóbal, pertenecen a algunos de los pisos del Cretáceo cuyos estratos se depositaron am-

tros de hondura por cosa de 200 de diámetro. Parece que estos hundimientos de la masa caliza abundan en el rumbo; Seler describe varios inmediatos a Sacchaná y Chaculá, en la frontera guatemalteca, y refiere que los indígenas cultivan el interior. Su aspecto le recordó comarcas calcáreas del Kartz, en Europa. Equivocadamente muchas personas

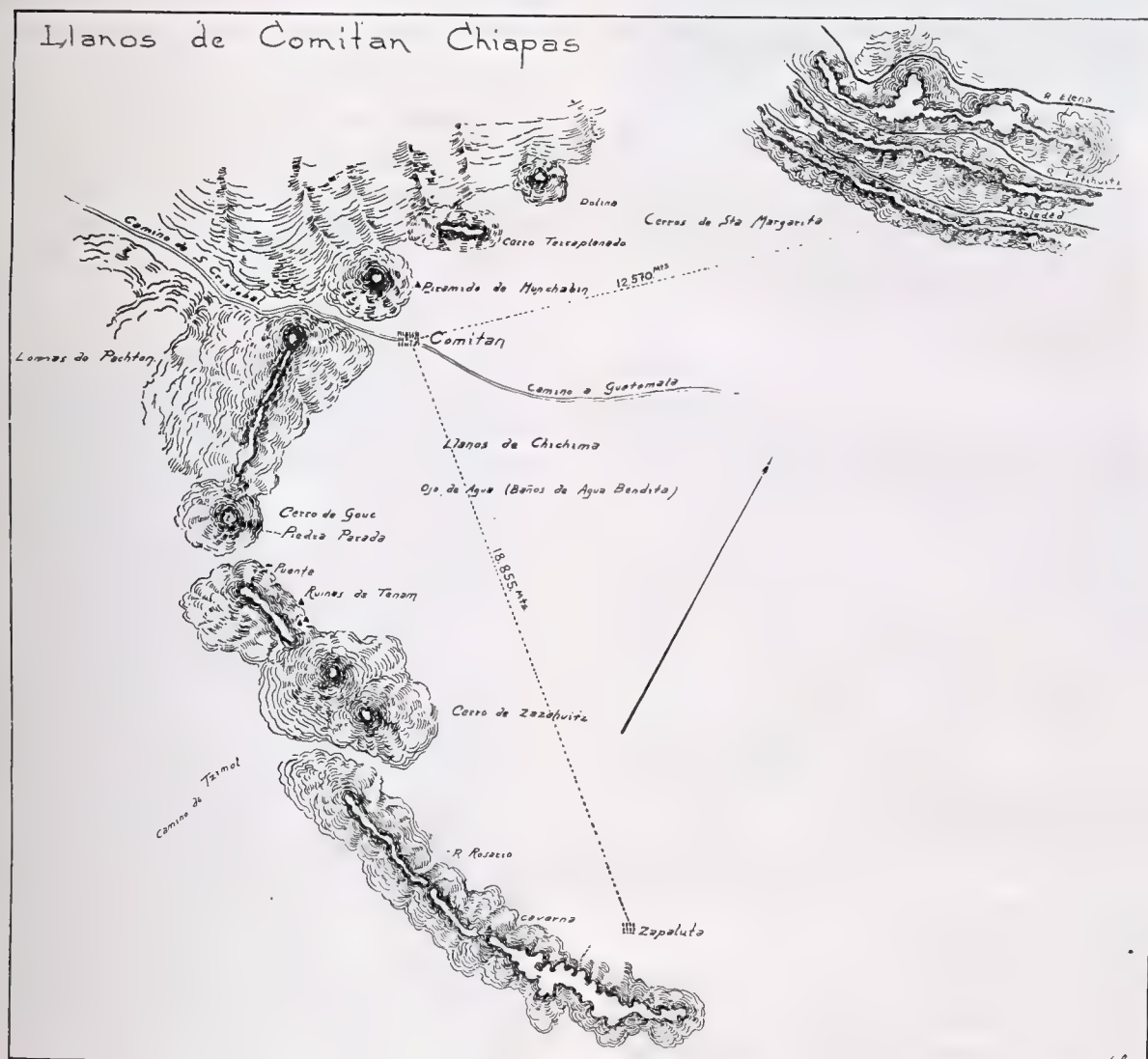


Fig. 55. Croquis de los llanos comitecos.

plísimamente en el país, y entre los cuales hay partes que descansan directamente sobre el arcaico; el hundimiento alcanzó al Cretáceo Medio y de entonces datan dichos sistemas.

A corta distancia del cerro Hun Chabín, hacia el Noreste, visitamos una dolina de boca próximamente circular. Mide 60 me-

confunden las dolinas con cráteres volcánicos; no vimos huellas de vulcanismo en la comarca.

Encontramos algunos guijarros de cuarzo convertidos en idolillos por los aborígenes, quienes los tallaban en forma de rostro o figura humana (fig. 60, a y b).

Flora

Predominan en la vegetación del rumbo el cedro, el sauce y el espino; los cerros están cubiertos de ocotes, y, más arriba, de robles. Comitán mismo es un vergel y sus



Fig. 60. Guijarros de cuarzo, esculpidos, figurando idolillos.

huertas lucen profusión de frutales. Abundan la palma real, el manzano y los perales, el "chulul" (especie de zapote), el odorante limonero, la guayaba, el chirimoyo y el cidro. Hacia el Sur, por las cercanías de Zapaluta, mangos, colcolabes, coyoles y tzitzé.

Los llanos son buenos productores de maíz. En Juncaná, camino de la frontera, se ufanan de que las mazorcas no conocen rival en la República. Alcanzan, ciertamente, 60 y 70 centímetros. La ganadería, como en la mayor parte de Chiapas, era una de las fuentes importantes de la riqueza pública; ahora las fincas están en decadencia, arruinadas por la revolución. Los núcleos de la industria pasaron a la nación vecina, adonde emigró el ganado llevado con violencia y vendido a vil precio. Los ranchos fronterizos—rumbo de Xan, el Rosario, etcétera—, quedaron agotados; las fincas mayores perdieron sus mejores elementos. Algunas comienzan a restablecerse con lentitud (El Puente, Santa Rita, en la jurisdicción de San Carlos, etc.). El ganado era de todas clases: caballar, mular, vacuno, etc.

Productos

La fabricación del aguardiente regional nombrado comiteco constituyó—y sigue siéndolo en corta esfera—, otro de los ele-

mentos de vida de la zona. Se le considera superior al tequila, berreteaga, habanero, etcétera; pero los fuertes fletes impiden el transporte a los grandes centros del país. Es un licor fermentado y destilado. El producto se toma de un maguey regional. Se combinan en la fórmula dos cántaros de alcohol de caña, agua y piloncillo, y un cántaro del pulque de la planta. Ahora soporta el licor un fuerte impuesto.

Algunos tejidos de algodón y lana, hechos en telares de mano, ameritan mención. Sin embargo, en esta clase de productos sobresalen por sus colores y dibujos, fajas y "sábanas," como les dicen, procedentes de Guatemala. Las comitecas imitan a las extranjeras, obra asimismo de indígenas. Los turistas solicitan con aprecio esta clase de lienzos, usándolos para tapizar muebles o muros. Vale una sábana alrededor de seis pesos. Tienen muy buen gusto y brillante colorido. Recordaré, también, los cotones de lana de los indios, cuyo tejido es tan apretado que reemplazan con ventaja un impermeable. Añadiéndoles mangas y cuello de pieles resultan muy vistosos; no dejamos de adquirir algunos para la expedición. Se compran en unos cinco pesos.

Por mucho tiempo circuló en la región moneda sudamericana (guatemalteca, chilena, peruana, etc.); en vez de la de México. Hecho, al parecer tan extraño, se explica por la dependencia económica en que la falta de buenas comunicaciones con el centro mantuvo a toda la región respecto de Guatemala. Gran parte de la riqueza industrial y productiva de Comitán halla salida comercial a aquel país. Aun relaciones de otra índole existen; y no pocas familias de una y otra procedencia están emparentadas. Hacia 1921 un decreto del Presidente de la República prescribió el uso de la moneda mexicana y la desmonetización de la extranjera.

Fauna

La fauna de la región reviste interés. Apréciase su variedad en las curtidurías y en la casa de los taxidermistas, así como en el mercado adonde los indígenas suelen llevar pieles de felino. Uno de los comerciantes, don Noé Aguilar, hombre de gusto, prepara con suma destreza pieles de diversa clase que le proporciona su hijo Raúl, excelente cazador. Pude admirar allí diversidad de buenos ejemplares de gato montés, tigre, puma, mono (o batz, en maya, según aquí les dicen), mico de noche, de piel dorada muy bonita, águila, garzas, loros y pájaros diferentes; y, lo que fué más extraordinario... ¡un quetzal vivo! Difícil se me hacía creer a mis ojos; pero allí estaba el



Fig. 61 bis. Un quetzal en estado de domesticidad.

precioso animalito, libre, puede decirse que doméstico (fig. 61 bis), caminando a su gusto por el patio de la casa de don Noé, bien que con las alas recortadas. Conocida es la conseja, la cual tiene mucho de ver-

dad, de que los quetzales no resisten la esclavitud; por lo que el ave constituye el símbolo nacional de Guatemala. Me refirió el cazador la captura del suyo. Tuvo la suerte de sorprender una bandada y consiguió herir a uno de los quetzales más tiernos. Como la herida fué muy leve e interesó nada más el ala, el trogónido se alivió pronto; y probablemente por su juventud parecía no resentir el cautiverio. Era tan manso que nos lo colocábamos en el dedo, como un loro cualquiera, y ahí permanecía sin espantarse. Supimos después que don Noé lo vendió en el mismo estado de domesticidad, en la suma de ochenta y seis pesos. Es posible que haya entristecido y muerto al extrañar la compañía de la hembra. Otros ejemplares hermosamente disecados vimos de venta en casa del taxidermista; su precio medio es de cincuenta pesos. Según el cazador, abundan todavía o al menos no son tan escasos en la comarca fronteriza, por Tepancoapan y Tzisco, ocho o diez leguas distantes de Comitán; y en las cañadas de Santo Domingo y Patihuitz, al Norreste de la misma población. De la última, ceñida de elevados y boscosos cerros, trae Raúl sus mejores ejemplares de batz, mico de noche, tigre y puma. Los de batz, provistos de largo pelaje negro, son muy solicitados para cuellos de abrigo de señora; se venden entre cuatro y seis pesos. Un poco más valen las buenas pieles de tigre y de puma. Adquirí un abrigo con mangas en cuya hechura entraron cuatro o cinco pumas; cuello, solapa y mangas hechas de piel de perro de aguas, la primorosa nutria mexicana.

La villa comiteca

Comitán posee aspecto atractivo. Casas bajas en su mayoría, bien encaladas y con techo de teja. Iglesias del mismo estilo peculiar, sello de la arquitectura dominicana en la región: la fachada con hornacinas y columnas; culminando en medio el campa-

nario; y en uno o los dos flancos pequeñas torrecillas (fig. 62).

Vida comercial activa, aun cuando ya resiente la invasión libanesa. Calles empedradas y con embanquetado. El jardín público brindando la sombra de sus mangos, palmas y árboles copudos, al amparo de los cuales y a la vista de la estatua de Domínguez, héroe del 5 de Mayo en Puebla, desfilan las hijas del lugar con el señuelo de sus



Fig. 62. Iglesia de San Caralampio, patrono de Comitán.

lindos ojos, limpios colores, formas esbeltas, simpática sonrisa y trato muy agradable, en el que el recato constituye uno de los mayores hechizos. En tan apartado confín del territorio mexicano, la mujer es gala natural, presea valiosa, salvada hasta hoy de los contactos corruptores de la civilización.

Nótase facilidad para la vida; cierta holgura generalizada. No hay sórdidos aspectos de miseria. Caso curioso: el trato íntimo de las familias recuerda el estilo antiguo de la clase media acomodada, en las capitales

mexicanas de importancia, México, Puebla, etcétera. Parecidas costumbres. Afabilidad y decoro. El mismo tipo de menaje doméstico: la conocida sala familiar, con ajuares de Viena, consolas en los rincones, el piano en sitio prominente y los retratos de los patriarcas de la casa colocados en lugar de honor. Pisos de ladrillo pulido, limpidísimos; macetas y flores muy vistosas alegrando los frescos corredores; jaulas de carrizo con canarios y jilgueros suspendidas en las ventanas.

Y el trato fino, hospitalario y decoroso al par que sencillo, espejo de elevadas virtudes domésticas; aquéllas que retrataron los costumbristas del siglo XIX y que el torrente de la llamada civilización moderna ha destrozado dondequiera, excepto en alguno que otro rincón escondido en aislamiento salvador.

Sobresaliendo entre las familias que nos prodigaron atenciones, cumple recordar la de don Ernesto y don Artidoro Pinto, miembro éste de la Comisión Científica y cicero nuestro en Comitán. La respetable señora madre de este compañero, su hermano Ernesto, sus otros familiares, todos se esmeraron en agasajarnos y les debemos homenaje de agradecimiento. Siempre oportuno y previsor, reflexivo y atinado, multitud de los datos que recogimos los debemos a la deferente asiduidad del citado señor Pinto.

Otro de nuestros buenos guías fué don Mauro Quintero, tabasqueño últimamente radicado en Comitán, donde ha sabido ganarse el aprecio general por sus excelentes cualidades y espíritu de empresa y progresista. Gracias a su iniciativa se han emprendido obras importantes para el abastecimiento de agua potable en cantidades mayores a la población, la que, por entonces, no disfrutaba sino escasamente del precioso elemento. Don Mauro reconoció en cerros cercanos la presencia de gruesas venas líquidas interiores; y organizó una compañía cooperativa entre los vecinos, encaminando los trabajos a la perforación y después al bom-

beo y conducción del agua. La mejora habrá de señalarse en Comitán con piedra blanca. Pero, para nosotros, más interesante resultó descubrir que, entre las varias inclinaciones del simpático personaje, figúrase la arqueológica. Sin otro estímulo que su despierta inteligencia, don Mauro había reconocido la riqueza de la región, en vestigios de esa clase; y aun tenía emprendidos ciertos trabajos de exploración un tanto sistemática, hechos no sin cautela e intuición de este género de labores.

Muchos años antes (más de veinte) el doctor Seler y su esposa visitaron Comitán, reconociendo aquél las construcciones artificiales del cerro Hun Chabín, un kilómetro al N.W. de la villa. Con posterioridad, en 1925, dos años antes que nosotros, Franz Blom, de la Universidad de Tulane, estuvo aquí mismo, encontrando las excavaciones y diversos trabajos del señor Quintero, según relata en "Tribes and Temples."



Fig. 49. Monolito de la "Piedra Parada." (?)

No se reducen al citado cerro las investigaciones de don Mauro, sino que las extendió a muchas partes con el afán continuo

de hallar vestigios reveladores de las culturas desaparecidas. De sus labios supimos la existencia de una peña erecta en la cumbre



Fig. 50. Peña erecta en el cerro de Guc (Comitán).

de un cerro—sobre todo esto hablaremos adelante—; y aun cuando no había dado con ella (sus datos provenían de gente del campo), mucho nos valieron sus indicaciones en la busca del objeto; y al fin, juntos él y nosotros, llegamos a encontrar el monumento que, pienso, será aquel a que alude el obispo Núñez de la Vega designándolo con el nombre de "Piedra Parada" (figs. 49 y 50).

De otros hallazgos y referencias, ora de piezas arqueológicas existentes en manos de particulares, ora de parajes con vestigios de ruinas, puede decirse que, frecuentemente, a cada uno de nuestros pasos precedió algún consejo o indicación del culto amigo; y tampoco los ha escatimado a diversos exploradores extranjeros que han visitado Comitán. Actualmente el señor Quintero representa a la Dirección de Arqueología en

esa zona, con el carácter de encargado vigilante de las ruinas.

Timbres históricos

Comitán guarda en sus anales timbres históricos gloriosos. Fué allí, en la Casa Consistorial, donde se firmó por los miembros del Ayuntamiento, el 28 de agosto de 1821, la declaración de libertad e independencia del poder de España, ejemplo poco después imitado en la América Central, cuya acta de emancipación lo invoca anunciando que aquellos pueblos seguirían el mismo camino. En la declaración pública de independencia Comitán se adelanta a la nación mexicana, bien que el movimiento de libertad se consumó en la capital azteca pocos días más tarde; y que fué su repercusión en las lejanas Chiapas, una de las causas efec-

tivas que movieron el patriotismo de los comitecos. Y fué también el representante de la ilustre villa, Pbro. don Pedro Solórzano, de la Diputación regional de la Provincia de Chiapas, quien, a nombre de los Ayuntamientos de Comitán y Ciudad-Real y llevando la representación de funcionarios civiles y eclesiásticos, formuló la libre determinación de la Provincia de romper el vínculo político que la unía a Guatemala y federarse con las provincias mexicanas, adhesión recibida con gozo fraternal y gran entusiasmo, según acta suscrita en México por Iturbide y los ministros de la Regencia el 16 de enero de 1822, la cual se confirmó y celebró públicamente en Chiapas por el pueblo y diversas autoridades eclesiásticas y civiles el 14 de septiembre de 1824. Desde entonces Chiapas forma parte de la familia mexicana.

CAPITULO VI

EL CERRO HUN CHABIN

VIMOS algunas reliquias arqueológicas esparcidas en la zona. Nuestra primera visita fué al cerro Hun Chabín, situado 1 kilómetro al N. W. de Comitán.

Consideremos la cuestión del nombre. En lengua chañabal o tojolabal, que es la que se habla en la zona, el vocablo **juné** significa **uno**. En tzeltal, idioma de muchos pueblos del rumbo, ocurre lo propio. Finalmente, **jun** es uno en maya. Nótese la afinidad de la raíz. Ahora bien, en la lista de días del calendario indígena, **Chabín** ocupa el décimosexto lugar, el correspondiente a **cib**, del sistema cronológico de los antiguos mayas. Pensaba de la Vega que los nombres de los veinte días procedieron, originalmente, de grandes personajes, guerreros o númenes, llamándoles "gentiles;" en particular, afirma del que ocupa el lugar décimooctavo, **chinax**—correspondiente al **etznab** maya y al **técpatl** nahua—que sobresalió en la guerra. Tratándose de términos relacionados con el calendario, natural es su asociación con cifras; y doblemente por la costumbre indígena de aplicar a las deidades o a personajes de importancia iguales términos y números. Los códigos mixteco-zapotecas ofrecen multitud de ejemplos narrando las hazañas, por ejemplo, del señor **7 mazatl** (7 venado) u otros por el estilo.

En el caso del cerro de Comitán la conexión entre el numeral y el vocablo no parece arbitraria, según esto. En tal virtud, las reliquias arqueológicas de la eminencia deberán guardar enlace con el calendario, o lo que es igual, con la cultura maya.

He aquí las palabras del prelado: "...y porque no se pierda entre los Padres Curas la memoria de los gentiles para predicar contra ellos y sus supersticiones, se ponen aquí

por el orden que están en sus calendarios correspondientes a las veinte generaciones de Señores, según y como están, por el orden siguiente: Mox (alias Ninus), Igh, Votan, Ghanan, Abagh, Jox, Moxic, Lambat, Molo (con otros mulo), Elab, Batz, Eoob, Been, Tlix, Tziquin, Chabín, Chic, Chinax, Cahogh, Aghual." ("Constituciones Diocesanas" por Fr. Francisco Núñez de la Vega; Número 35, XXXI).

La existencia de los vestigios se conocía desde el viaje de Seler, quien advirtió los montículos piramidales de la cima. Pero el iniciador de investigaciones detenidas fué don Mauro Quintero, encargado actual de las ruinas arqueológicas de la región. A su juicio, el cerro entero (fig. 47) ha sido objeto de trabajos indígenas en la época precortesiana. Arriba estaban los adoratorios principales, de los que ahora sólo quedan las pirámides que los sustentaron. Nótanse, después, en todas direcciones, terrazas escalonadas (algunas con huellas del cemento que revistió sus pisos), en la sucesión de los cuales el señor Quintero cree encontrar eslabones de una antigua rampa que, circunscribiendo en espiral el cerro, prestaba acceso a las plataformas superiores. Por el N.W. se encuentra una oquedad, especie de cantera, donde se creería distinguir restos de las últimas lajas a medio desprender, por cierto ya cortadas en principio de prisma, por los antiguos arquitectos; y una abertura a modo de lumbrera, practicada en el techo de la cueva, indica, acaso, que, en ahorro de esfuerzos, pudieron haber sacado por allí las piedras. Más abajo, en línea recta con el eje de la pirámide superior, descúbrese la boca de un pozo o galería, en dictamen de don Mauro comunicado antiguamente con los teocalli de arriba. Por aquí y por allá, a alturas diversas, hay restos de tumbas aho-

ra abiertas por los buscadores de tesoros; pero en las cuales pueden apreciarse las hiladas de piedras bien dispuestas que las componían, junto con otros detalles de su estructura. Don Mauro mismo encontró allí osamentas y con ellas objetos de la industria humana: cuentas, orejeras, etc. Finalmente, en su avidez de explorador, acabó por descubrir particularidades de singular interés. Siguiendo el eje del montículo superior, tomado a la mitad de lo que habrá sido su fachada con vista al Sur (por cierto, la orientación bastante precisa), y caminando cerro abajo o sea descendiendo la eminencia, cuando se alcanza el borde de la meseta bien terraplenada en la que descansa dicho montículo piramidal, hay un talud muy violento, y reconociéndolo con atención, don Mauro pudo convencerse de que



Fig. 48. Escalera antes soterrada, del cerro Hun Chabín (Comitán).

ocultaba los peldaños de una escalera desaparecida (fig. 48). Hizo excavaciones entonces y sus conjeturas se comprobaron.

Un tramo de anchurosa escalera, con gradas a escuadra, quedó parcialmente descubierto. La gradería daba acceso a la meseta superior. Con propósitos que no se conocen, los aborígenes, en alguna época, prescindieron de la escalera; pero en vez de destruirla o remover sus elementos, la cubrieron con un gran relleno colmándola por entero hasta la altura de la meseta; y de tal modo fué cuidadoso aquel trabajo, que aun se aprecian restos de la capa superficial de cemento que revestía la plataforma primitiva, a la cual daban acceso los peldaños, viniendo encima nuevas hiladas del material hasta la altura definitiva, donde otra capa de cemento bruñido formó el pavimento. Este es análogo al de todos los pisos indígenas. El investigador supone que el objeto de tales extraños trabajos era ocultar los monumentos ante algún amago de invasiones o cosa parecida.

Nuestra visita a Hun Chabín se efectuó el 5 de junio; con posterioridad hicimos otras. No estoy convencido de la existencia de la rampa; pero sí de que hubo—y quedan los restos—diferentes terrazas a varios niveles arregladas probablemente para fines agrícolas. Es el sistema indígena, reconocido en multitud de partes. El deslave de los cerros, por causa de la lluvia, arrastra la tierra vegetal degradando la superficie cultivable; para evitarlo, los aborígenes, admirables hombres de campo, agricultores e ingenieros intuitivos, terraplenaban las laderas defendiendo sus bordes con rimeros de piedra y escalonando las terrazas. Aseguraban así una serie de plataformas de buena tierra vegetal indefinidamente cultivables. Sin ir muy lejos, cerca de la capital de México, en San Angel mismo, quedan vestigios patentes de esa clase de procedimiento. El caso del Hun Chabín puede ser uno de ellos. La eminencia frontera a dicho cerro, por el N.E., a causa, quizás, de que no sustentaba adoratorios, presenta más claramente el escalonamiento de terrazas.

Blom, aludiendo en su libro, ilustrado con fotografías por cierto bien logradas, a

los supuestos de don Mauro en el particular de la escalera cubierta con relleno, expresa no creer que se trate de una ocultación deliberada. He aquí sus palabras (tomo II; pág. 417): "A cosa de 20 metros debajo de la plaza en la parte alta del cerro, don Mauro hizo una gran excavación descubriendo porciones de una escalera muy bien conservada... Sabemos por crónicas antiguas y también como resultado de distintas excavaciones, que los mayos ensanchaban sus edificios de cuando en cuando agregándoles otra capa de material por encima de las estructuras erigidas. Este es, sin duda, el caso presente; una vieja escalera se cubrió con el propósito de agrandar la plataforma nivelada existente en la cima de la eminencia."

Conviniendo en que la supuesta ocultación habría sido muy improbable en presencia de un enemigo que amagase el lugar, pienso en la posibilidad de otro propósito que acaso la explique. Estudiando las tablas de correlación de la historia maya formadas con datos de los Libros de Chilán Balam (*Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, septiembre de 1927, p. 213), hice hincapié en la extraña recurrencia de ciertos katunes en asociación a eventos muy importantes de la vida del pueblo maya, particularmente en la iniciación de emigraciones. Nótese, en efecto, que el katun 8 ahau parecía elegido para los movimientos de la población o el abandono de asientos largamente ocupados. Con mucha aproximación a un 8 ahau ocurre el primer abandono de Chichén Itzá; en un 8 ahau abandonan los mayas Champotón; en katun de igual nombre tiene efecto el complot de Hunac Ceel, origen del fin de la Liga de Mayapan; en otro semejante, si es que no fué el mismo, los Xius destruyen esta ciudad. Con dificultad se persuade uno de que se trate de simples coincidencias. Si el katun de referencia no era escogido deliberadamente para abandonar los centros que habitaban a impulsos de un móvil supersticioso, mítico o de cualquier naturaleza, el cual presi-

diera sus movimientos migratorios, bien pudo suceder, en cambio, que ligaran los mayas con tal momento cierto linaje de ideas materializándolas en una u otra forma. El soterramiento de sus más notables edificios halla así alguna explicación.

Verdad que el propósito de agrandar o ensanchar una estructura daría semejante resultado. Se aprovecha, entonces, el material existente demoliendo el edificio y levantando el nuevo sobre sus escombros. Muchos ejemplos de esta especie han traído a luz las excavaciones arqueológicas en diversas partes del mundo. Pero en algunos casos se hace cuesta arriba, ante el aspecto de las construcciones soterradas, admitir que un propósito de ensanchamiento se realizara de ese modo. Algunas veces los más preciosos ornamentos, las filigranas escultóricas y arquitectónicas de un frente de edificio, por todos conceptos admirable, han quedado soterradas bajo una construcción inferior a todas luces, lo que desde luego resulta ilógico. El edificio de Quezalcóatl, en Teotihuacán; la cara oriente de la pirámide del Adivino, en Uxmal, constituyen expresivos ejemplos. Relieves de suma belleza y notables esculturas desaparecieron allí bajo enormes masas de material, rudamente amontonado en parte y regularizado después para nivelar las líneas de las estructuras sobrepuestas.

Y así en multitud de ruinas de las civilizaciones maya y la llamada tolteca, en tantos particulares asociadas una con la otra. ¿Vamos a creer que se soterró la preciosa cabeza de la Reina (nombre arbitrario) de Uxmal, únicamente para agrandar por ese lado la pirámide? Pero ni siquiera el ensanche parece allí justificado; no hay, de hecho, edificio nuevo en ese sitio. Sólo el material ocultador, adosado a la pirámide, bajo el cual desaparecieron los relieves, sin razón visible de orden práctico, utilitario o estético que lo justifique.

Alguna vez, estudiando los templos de Teotihuacán ("La Ciudad Sagrada de Teotihuacán") recordé, en presencia de fenó-

meno semejante, la tradición maya-tolteca de la esperada conclusión del mundo al vencerse un ciclo calendárico (la Rueda de Calendario) y las prácticas con tal creencia relacionadas, en particular la destrucción de objetos y erección de nuevos templos y edificios. Algún enlace con lo expuesto debe presentar, asimismo, aquella extraña costumbre atribuída a los reyes toltecas, según la cual nada más podían gobernar el espacio de uno de los ciclos, 52 años. Ahora señalo la recurrencia indicada, de ciertos *katunes*, en conexión con movimientos migratorios, al tenor de los relatos de la historia maya. Y esto puede explicarnos, mejor que la hipótesis de simple ensanchamiento, ciertas peculiaridades sorprendentes que las excavaciones de los monumentos suelen revelar.

En el caso del Hun Chabín encuentro que sería un tanto extraño semejante anexo al borde mismo de la parte superior del ce-

rro, porque allí, y no en otra parte, está la escalera cuyos peldaños desaparecieron bajo una muy regularizada capa de material.

Si los constructores veían próximo a vencerse algún término especial de su cronología—tan ligada a ideas míticas y de otros órdenes—; si aquel evento debía marcar el principio de una peregrinación a otros lugares con el consiguiente abandono de los centros entonces habitados; si, dentro de su concepto, pensaban que alguna vez retornarían, nada de extraño ofrece que, deliberadamente y con todo esmero, como el trabajo aparece ejecutado, procediesen a cubrir y soterrar algunas de sus más interesantes estructuras, ora bajo otra de menos importancia, no susceptible de despertar la codicia de intrusos, o bien comunicándole aspecto de montículo natural, según aparece en muchas partes. Pero esto, hasta ahora, no pasa de conjetura.

CAPITULO VII
UN DESCUBRIMIENTO ARQUEOLOGICO

Cerro de Gouc y Piedra Parada

EXPEDICIONAMOS rumbo al cerro de Gouc el domingo 6 de junio, descubriendo en su cumbre el monolito de la Piedra Parada. La exploración llevó por guía al señor Quintero, quien, por un campesino de su amistad tenía conocimiento de la existencia de una piedra erecta en la cima de un cerro. Al principio anduvimos a tientas, puede decirse, explorando la serranía del Suroeste de Comitán, en la que descuella el "Nehuestic." Una peña blanca visible desde lejos, tumbada a media falda de un monte, nos atrajo con su magnitud enorme. Hubimos de convencernos, sin embargo, de que no ostenta huellas de labor humana.

Son estos cerros ásperos, calizos, pedregosos; y los visten plantas de duros agujones, cactus, opuntias. Pero ¿cómo no fijar la atención en el cerro que por el Sur remata ese ramal de las montañas? De forma airoso, cónico, lindando con los llanos a los que parece atalayar eternamente, su mismo nombre inspira interés, cautivando la atención. Llámánle cerro de **Gouc** o **Guc**, palabra que puede valer por **pluma**; compone el primer elemento, ciertamente, del nombre aplicado al célebre Kukulcan (culebra de plumas preciosas), también apellidado **Gucumatx** en diversas partes de Centroamérica.

Acometimos afanosos el ascenso de la eminencia. Son las once de la mañana; estamos en junio; no ha llovido en la estación por atraso inesperado de las aguas; y el esfuerzo de la caminata nos acalora más de la cuenta. Pero ¡oh, sorpresa! Apenas llegados cerca de la cima una brisa refrescante, un céfiro deleitoso orea mi frente cubierta de gotas de sudor. No se trata de un atrac-

tivo peculiar a esta cumbre. Lo mismo experimenté en el Hun Chabín; lo propio se nota en Tenam, pocas leguas distante; idéntica sensación he podido apreciar en casi todos los lugares, altos por lo regular, donde los aborígenes dejaron ruinas. ¿Estará allí el secreto de que habitualmente construyeran en las partes elevadas? Pero, quién lo dudaría; en parajes semejantes, aparte el regalo de la brisa, la atmósfera se renueva con facilidad arrebatando gérmenes malsanos, etc. A más de buenos ingenieros y grandes agricultores y botánicos, los aborígenes fueron intuitivos higienistas, ejemplo que deberíamos imitarles. ¡Vana esperanza! Mientras el Zacualtipan moderno, vaya por caso, languidece en los terrenos bajos, he ahí los vestigios del Zacualtipan antiguo asentados en la altura!

Avanzamos reconociendo a cada paso restos de terraplenamientos artificiales practicados en la eminencia. Y he ahí un montículo piramidal, resultado evidente de labor humana. Enfrente, por el Este, señálase el encuadramiento de una plaza. No lejos, se distinguen cimientos o restos de muros de otras construcciones. Y a poca distancia, tal que un obelisco de añejos tiempos, aislado, imponente, he ahí un bloque de piedra erecto sobre el lugar mismo en donde pueblos de remota antigüedad lo levantaron, dándonos callado testimonio de las antiguas culturas: ¡es la Piedra Parada!

Dice el obispo Núñez de la Vega ("Constituciones Diocesanas;" núm. 35; XXXI, reproducidas por Paniagua, página 56): "Been es el tercio décimo gentil del calendario, en cuyo Cuadernillo Histórico escrito en idioma indio dice que dejó escrito su nombre en la Piedra Parada, que es un sitio que está en el pueblo de Comitlán..." (Léase Comitán.)

El alborozo que nos inspiró la presencia de tan célebre monumento, ya puede concebirse. Habíamos dado, con toda probabilidad, con una piedra histórica perdida largos dos siglos; pues que, a partir de Núñez de la Vega, residente en la región a fines del XVII, ningún autor posterior consigue localizarla, aun cuando todos hacen mérito del relato del obispo.

La figura 49 muestra el monumento, tal como lo hallamos. El monolito afecta forma vaga de stela; pero de stela muy primitiva, sin labrados: una simple laja enorme de material calcáreo duro. Mide 4.23 m. de alto; 90 c. de ancho y 30 c. de espesor. La superficie es lo bastante lisa; pero los cantos se ven irregulares. Está muy afianzada al suelo (fig. 50), hundida no sé en qué proporción. Grandes bloques acomodados en la base parecen asegurarla.

No quedan vestigios de figuras o jeroglíficos. Pero, ¿los tuvo alguna vez? El obispo declara que el nombre de **Been**, día decimotercio del calendario (y uno de los iniciales de los años mayas, equivalente al **ácatl** nahua) estaba escrito en la piedra. Aca-so el rigor de la intemperie borró los caracteres grabados. Quizá tales símbolos nada más estuvieron pintados, según ocurre en no pocas *stelae* de la zona maya, lisas y sin ningún género de símbolos al presente. Los arqueólogos las han encontrado con frecuencia. Tal vez, en fin, no sea este el monumento aludido por el escritor.

Pero hay varias circunstancias que me inducen a pensar que sí se trata de la piedra. Sábese que los indígenas del rumbo tributan culto al obelisco; y me aseguraron algunas personas que todavía encienden ceras y depositan oblaciones en su base. La piedra aparece **parada**, erecta en efecto; y el sitio es por extremo prominente: el ancho valle, hasta las montañas de Guatemala y el

lejano Tacaná, se dominan a maravilla. No hay noticia de otro monumento semejante en los alrededores. El cerro sobre el cual se levanta muestra diversidad de estructuras indígenas, pirámides, muros, cimientos, terrazas, etc. La propia eminencia se conoce por un nombre que da la primera radical de la palabra **Gucumatz**, término con que se designó al personaje por excelencia de las culturas conocedoras del calendario y que dejaron vestigios de naturaleza como la que admiramos allí; el cual personaje, en regiones de la altiplanicie, llevó asociado el nombre de **ce ácatl**, decimotercio de los días. Y se recordará que, según el obispo, dicho nombre (**Ben** en maya) hallábase escrito sobre la Piedra Parada de Comitán, ora en pinturas o en relieves.

El conjunto de estas circunstancias me parece sugestivo. Finalmente, don Mauro Quintero, con posterioridad a la época de nuestra visita, encontró y remitió a la Dirección de Arqueología la máscara que reproducimos (fig. 50 bis), la cual encontrá-



Fig. 59. Figura labrada en una stela de Chincultik de la "Piedra Parada," por don Mauro Quintero.

base enterrada a corta distancia del zócalo en que descansa el obelisco. Se confirma, entonces, que el lugar en cuestión poseía elevada importancia en el culto antiguo.

CAPITULO VIII
OTRAS RUINAS

Tenam

NUESTRA primera visita a las ruinas de **Tenam**, reconocidas previamente por la expedición Blom de 1925, se efectuó el 11 de junio. Recibimos los datos del administrador de la finca El Puente, en cuyos términos queda comprendida la sierra donde se levantan los vestigios. Trátase de una propiedad ganadera y de reclutamiento de peonaje para trabajos agrícolas de plantaciones alemanas, en el Sur del Estado; alguien me dijo que estos intereses pertenecían al famoso financiero alemán de la postguerra, Stinnes.

Cabalgamos por los llanos de Chichimá mirando el cerro Guc a la derecha. En el camino pasamos el ameno paraje llamado **Baños del Agua Bendita**. Un nacimiento de agua muy levemente termal, a la que atribúyense propiedades medicinales, se aprovechó construyendo estanques muy visitados de las familias comitecas; la arboleda circundante alegra aquel paisaje.

Recorridas cosa de tres leguas, llegamos a la finca, la cual se asienta sobre las primeras elevaciones montañosas. Consiste la vegetación en ocotes, espinos y güizaches. Frente a la casa de la hacienda miramos la stela número 1, retratada por Blom, y el fragmento inmediato, al que denomina stela número 2. La primera mide 1.80 m. de altura por 0.61 c. de ancho; la segunda, 0.82 c. por 0.60 c.

Como aparece en el libro del autor dinamqués, dos caras de aquélla ostentan labrados, presentando una figura humana de cuerpo entero por el anverso (fig. 51) y otra en el reverso. Estilo maya típico. Los marcos que encuadraban los jeroglíficos se reconocen en el acto, bien que los caracte-

res se han perdido, borrados por la intemperie. Pero había hileras horizontales de símbolos, en la parte superior de la piedra; y unos pocos dispuestos verticalmente se distinguen enfrente de la cara de los personajes.



Fig. 51. Stela existente en la finca "El Puente" (Comitán).

Los jeroglíficos servirían para conocer la fecha del monumento, ciertamente registrada allí; pero no son indispensables para su filiación cultural, porque, estilísticamente, se reconocen al momento. El aspecto de los personajes, su indumentaria, los adornos e implementos que portan, la técnica de la representación... todo es análogo a lo que se observa en muchas urbes mayas prehispánicas. En esta lápida el relieve aparece muy bajo, sin embargo. Las caras preséntanse de perfil y el cuerpo de frente; con los pies vueltos para afuera, en la posición poco natural de las *stelae* antiguas de Copán.

Ambos individuos portan complicado tocado, del que arrancan plumas de quetzal en elegante arreglo. El uno (fig. 51) luce rico manto o camisa acolchada, con mosaico de plumas, y que remata en una media luna

de material de jade u oro. Parece haber llevado a la espalda un armazón como las insignias (patzactli) de los guerreros aztecas, porque atrás de los brazos asoman grandes manojos de plumas. Tiene cinturón y lleva en la mano izquierda un haz de dardos; de la derecha pende una bolsa con colgajos, cuya parte central luce ornato de barras en cruz. Quedan trazas de jarreteras. El personaje lleva **maxtlatl**; quiere decir que es masculino.

Al reverso de la piedra la figura luce, también, penacho de plumas; pero tiene tocado diferente en el que se aprecian rayas en cruz. Lleva vistosa orejera y collar como de caracolillos de oro. Al pecho, una placa con cabeza como de culebra. En el delantal y el cinto dos o tres caretas, análogamente a muchas esculturas mayas de Piedras Negras, Toniná, etc., etc. En la mano parece portar un cetro. Bolsa semejante a la del otro personaje, suspensa de la diestra, y rematando en obra de mosaico de turquesa. Los pies con vistosa sandalia. Un manto de plumas parece caerle por la espalda.

La hilera de glifos verticales colocada frente al rostro equilibra muy bien la composición artística, a semejanza de muchos relieves mayas, como en Palenque, etc. El fragmento inmediato (stela 2, llámale Blom) presenta tres cabezas encimadas, como suele observarse en el tocado o cimera de muchas esculturas de Copán. Hacia los lados se desprenden magníficos manojos de pluma. Por detrás se aprecia esa combinación de barritas entrecruzadas, peculiar de ciertos adornos en Palenque y otras partes, interpretada por algunos como sugestión de vértebras.

Las semejanzas estilísticas patentizan, pues, la filiación maya de los objetos. Blom sugiere el Gran Período (9.18.0.0.0) como el tiempo probable en que fueron esculpidos; lo que es conjetural, naturalmente.

Proceden las piezas en cuestión, de ruinas existentes cinco kilómetros lejos, en la espesura de la serranía de Tenam y a 1,520 metros de altura; el Puente se halla a 1,400.

Zacatal, espinos, roble y ocote cubren los cerros. Pronto aparecen los montículos artificiales. Caminamos rumbo a Oriente. Las estructuras se suceden a corta distancia; y en breve nos miramos en presencia de una hermosa y alta pirámide, con cuerpos escalonados y paramentos revestidos de piedras en hilada. Hacen frente algunas de las construcciones, a encuadramientos a manera de plazoletas. Al centro de la que parece mayor distínguese un leve levantamiento, algo como un pequeño mogote; no lejos ven-se piedras en figura de **stelae** volcadas en el suelo, pero lisas, sin labrado.

Vi alrededor de diez estructuras dispuestas muy regularmente de Oeste a Este, con los frentes mirando para el Sur. Tan enmarañada es la espesura, que cuesta trabajo reconocer el arreglo de los edificios. De algunos sólo quedan restos de muros en pie, los cuales, desde lejos, y contemplados de abajo, hacen pensar en las crestas o peines de ciertos edificios mayas; pero no creo que ese tipo de edificio existiera en Tenam. La generalidad de las construcciones son basamentos piramidales con cuerpos en terraza, como los existentes por doquiera en el país. Lo notable aquí es el corte fino de las piedras del revestimiento.

Núcleos de piedra, con locetas naturales para consolidarlos. Pero lo notable es el es-

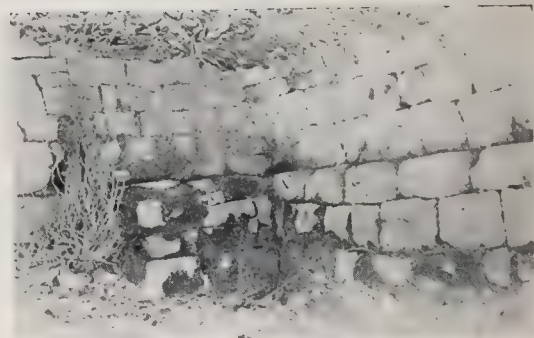


Fig. 52. Bloques de revestimiento de los edificios de Tenam (El Puente).

mero del corte de las piedras exteriores (fig. 52). No hay medidas uniformes; se trata de bloques, por lo regular pequeños (cosa de 0.30 c. de largo, 0.20 c. de ancho y 0.20 c.

de alto), muy bien acomodados y en escuadra (fig. 52). Las locetas naturales y el material en que tallaron los sillares proceden todos de la roca calcárea del rumbo, muy blanca por cierto.

En muchas partes los paramentos han venido por tierra; pero los hay bien conservados. Se aprecia la estructura piramidal; la sucesión de cuerpos escalonados con paredes en ligero talud; y los angostos pasadizos de cada cuerpo, hoy invadidos de escombros. En la fotografía se percibe el talud con claridad; y encima, hiladas de bloques mayores dispuestos verticalmente. Este pormenor constructivo tiene importancia en la filiación cultural de los edificios, según su estilo arquitectónico.



Fig. 53. Basamento de cuerpos escalonados.
Tenam (El Puente).

La estructura por sus dimensiones más importante (fig. 53), frontera a una plaza, consta de seis y quizá siete pisos, con altura aproximada de dos metros cada uno. Los

demás basamentos son menores; alcanzan menos de diez metros hasta su cima. El grupo central de estructuras descansa sobre una plataforma alta de 2.60 m., muy bien re-

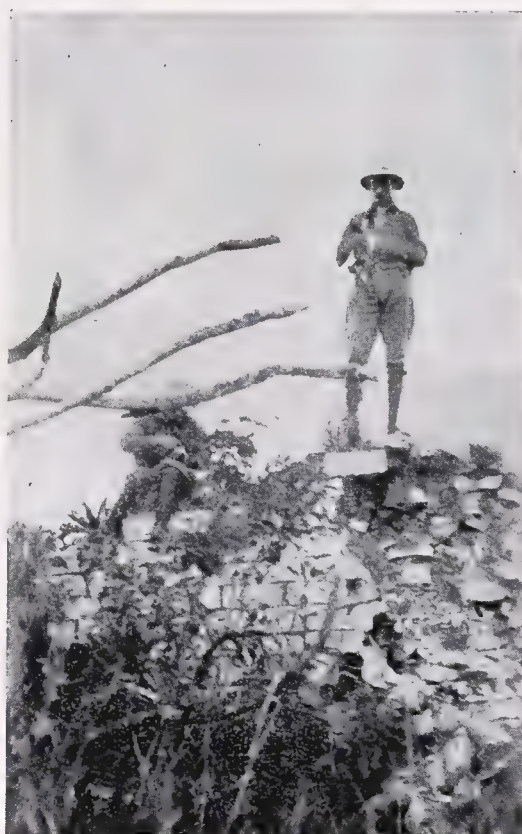


Fig. 54. En lo alto de las pirámides de Tenam.

gularizada; pero la plaza frontera a la pirámide mayor queda próximamente al nivel del terreno natural, es decir, 2.60 m. abajo; en consecuencia, contemplada desde aquí la pirámide se ve más grande asumiendo aspecto majestuoso. La escalera mira al Sur, hacia la plaza; pero apenas se distingue. Precisa limpiarla de escombros. Blom afirma que una de las stelae de El Puente procede de esa plaza.

Al extremo de las construcciones, por el Este, reconocimos una estructura de base extensa y provista de gran terraza en el lado Norte. Sus flancos caen en talud sobre el cerro, aquí muy cerca del límite del llano, cuyas lejanías se dominan perfectamente. Comitán y el Hun Chabín aparecen a lo lejos (fig. 54).

CAPITULO IX
POR LA FRONTERA

Zapaluta

PARA mediados de junio habíamos recorrido la región, visitando casi todas sus inmediaciones. Zapaluta y Tzimol quedaron reconocidos. Aquélla dista de Comitán poco menos de cinco leguas (fig. 55), sobre el camino de Tapachula. El Tacaná, cono de puros perfiles, asoma en lontananza. Población pequeña, mezcla de "ladinos" e indígenas; éstos hablan tzotzil. El primer nombre se aplica en Chiapas al meztizo conocedor del castellano. No dimos con vestigios arqueológicos de importancia. Al Sur de Zapaluta, a distancia de medio kilómetro, corre un ramal de cerros calizos, con rumbo Sureste-Noroeste. Sus flancos son acantilados. A treinta metros de altura ábrese la boca de una caverna, con vista al Noreste. Bancos de roca caliza con grosor de cosa de un pie y apenas plegados, forman el gran arco de entrada. Mide ese pórtico veinte metros de ancho, con una flecha de quince. Las estalactitas decoran el interior. Recorrimos un cañón con amplitud suficiente para reconocerlo, el cual forma codos hasta estrecharse en un sitio donde grandes piedras desprendidas y una estalactita gigantesca dificultan el paso. Pretenden que la cueva contiene ídolos. Lo dudamos; pero, como quiera que sea, no logramos dar con ellos.

Tzimol

Tzimol es un pueblecito encantador, distante unas seis leguas, al Suroeste de Comitán. Camino en bajada, el cual desciende algunos centenares de metros hasta hallar un clima propio para el cultivo de la caña de azúcar. Un río alegre y fertiliza la comarca en forma que la hectárea de terreno vale más aquí que en cualquiera otra parte del Es-

tado. De excelencia proverbial la calidad de las sementeras, la bondad de las cosechas. Productos de toda clase, inclusive la hortaliza.

El río forma bellísima cascada. El agua, al filtrarse, ha producido una gruta natural de mirajes encantadores. En tramos de su curso desata sus aguas que se deslizan lamiendo los soberbios troncos de un maravilloso bosque de ahuehuetes milenarios, llenos del orgullo de su juventud eterna. La visita de este lugar, abastecedor del mercado comiteco, pensil de la región, origen de la energía eléctrica que ilumina a Comitán y paraje de recreo como hay pocos, dejó recuerdos vivísimos en nuestro espíritu. No pudimos hallar reliquias de arqueología (salvo unos grupos de montículos ya muy destruídos, en el sitio que se llama Pueblo Viejo); pero estamos gratos a don Artidoro Pinto, por habernos dado a conocer sitio como ese deleitable.

Reconocimos, asimismo, el rumbo de las lomas de Pachton, tres cuartos de legua al Oeste de Comitán. El interés del paraje estriba en que hay montículos naturales de configuración a tal grado simétrica, que difícilmente se persuade uno de que la mano del hombre no les diera un toque. ¡Cómo es cierto que la naturaleza enseñó al hombre los modelos de todas sus creaciones!

Chincultik

Las ruinas de la hacienda del Rincón, orillas de la laguna de Tepancoapan, nueve leguas distante de Comitán, ofrecen especial interés. Su nombre indígena es Chincultik. Ya eran conocidas. El doctor Seler estuvo en el lugar examinando algunas de sus lápidas. Dos años antes que nosotros, Blom las reconoció minuciosamente, plani-

ficándolas y tomando fotografías de los monumentos, las cuales aparecen en "Tribes and Temples." Además, estudió con esmero las inscripciones jeroglíficas de las stelaes. Todo figura en su obra, con detalles, ahorrándome pormenores al respecto. Estoy conforme con la lectura de las fechas que propone el escritor; sus apreciaciones me parecen muy sagaces.

Me limitaré, pues, a breves líneas. Parte considerable del camino al Rincón, a partir de San Rafael (cercanías de Ojo de Agua), presenta cimientos de infinidad de montículos, puede decirse que en serie, los cuales fueron arrasados ha cosa de veinte años, si es cierto lo que me dijeron. Algunos atribuyen el atentado a las autoridades; otros, a los buscadores de tesoros. El hecho es que las cercas de San Rafael y ranche-

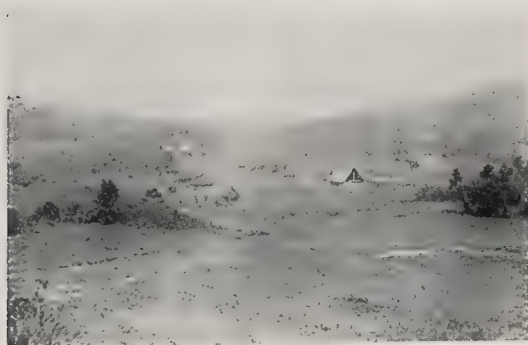


Fig. 57. Región fronteriza de Chiapas y Guatemala.

rías inmediatas están, en su totalidad, construídas de piedra bien cortada, procedente de las ruinas, las cuales debieron ser inmensas, según la cantidad abrumadora de sus vestigios.

Manifestación semejante de cultura se explica, únicamente, por la feracidad proverbial de la región (fig. 57), en la que se halla comprendido Juncaná, pueblo famoso por la talla de sus mazorcas de maíz. Por todas partes los cerros muestran rimeros de piedra y trabajos antiguos de terracería, obra de los agricultores prehispánicos para evitar el deslave de la tierra vegetal. El aspecto del país es en extremo ameno, pintoresco y agradable. Planicies dilatadas, tierras fera-

ces, alegres campiñas, bosques a trechos, y, al fondo... la laguna de Tepancoapan (fig. 58). Hacia la orilla septentrional de aquel precioso vaso de lapislázuli levantan-



Fig. 58. Laguna de Tepancoapan.

se de súbito cerros vestidos de arboleda (fig. 56) a cuyo abrigo mora rica fauna (batz, venado, jaguar); y más allá de su espesura, envuelta en el misterio, comienza la región de las selvas donde viven los postreros lacandones.

Por las cercanías de Tepancoapan pasa, asimismo, el camino que conduce a Guatemala. La vecindad de la frontera, junto con los horrores de las continuas guerras civiles, convirtieron tan apacible comarca en escenario de tragedia. Agréguese los episodios del contrabando, a que son propicios tales sitios. Lo cierto es que la escasa población indígena de las rancherías (indivi-



Fig. 56. Riberas de la laguna de Tepancoapan.

duos de filiación lingüística tzeltal), a la vista de cualquier extraño dejan una impresión inconfundible de recelo y timidez, har-to penosa, la cual habla con elocuencia de

los atentados de que esta pobre gente fué la eterna víctima. Reflexión que oprime el ánimo dolorosamente, como todo lo que significa agravio al débil e indefenso.

La finca El Rincón pertenecía, en el momento de nuestro viaje, a la familia Albores, de Comitán. Su posición es envidiable. Para los amantes de la naturaleza, difícil dar con un sitio igualmente poético y evocador. La soledad del rumbo; el miraje divino del lago; las islas con altos peñascos donde vienen a abatirse las garzas; las riberas saturadas de ensueño; los bosques espesos donde el hacha no deja aún sus bárbaros estragos... ¡Ambiente de misterio! La vida del remoto ayer, tan rica de palpitaciones, diríase que despierta de improviso, evocada como por magia en presencia de las pirámides en ruina, alzadas en medio de paisaje semejante; ante los obeliscos cubiertos de figuras y jeroglíficos, hoy cubiertos de líquen bajo cuya felpa apenas si pueden entreverse los rasgos de caudillos y dioses, quizás aquel Votán, famoso en las leyendas...

Esencialmente, las estructuras consisten en un montículo de base muy extensa y gran altura, hacia cuyo frente y costados se asientan otros varios menores. Blom observó acertadamente, y su plano lo revela, que todas las construcciones están orientadas con entera precisión.

Adosadas a la escalera de la casa de la finca hay varias piedras esculpidas, algunas en fragmentos; y otras mayores monolíticas, imponentes *stelae*, se levantan sobre los montículos de referencia. El arqueólogo dinamiqué las señala con los números 4, 5, 6, 7 y 8. No sin dificultades por el desgaste de las piedras reconoció signos cronográficos en dos de ellas, los cuales descifra proponiendo la lectura 9.17.10.0.0. — 12 ahau, 8 pax—, y 9.18.0.0.0 — 11 ahau, 18 mac (*stelae* 7 y 8). En una de las piedras adosadas a la escalera (*stela* 1) lee: 10.0.15.0.0—12 ahau, 8 Cumhu.

Aun cuando dichas lecturas son irregulares las encuentro verosímiles. Dije que irregulares porque los elementos existentes

en los obeliscos o reconocidos en ellos, no componen series iniciales completas. En la *stela* 8, por ejemplo, aparece el Glifo Introdutor, bajo el que viene una hilera de cuatro dobles glifos casi borrados. A la derecha de aquél vese el coeficiente 18, sobre una cabeza que puede ser la del katun, y en seguida dos glifos, uno de los cuales lleva el coeficiente 11. Hay que presuponer los demás elementos (baktunes, tunes, uinales, kines y la declaración de mes). Sin embargo, las tablas de Goodman revelan que el katun décimoctavo del ciclo noveno (al que pertenece la mayoría de las inscripciones) concluyó en un día 11 ahau (18 mac). Colígease, entonces, que el coeficiente de los baktunes es 9 y el de los tunes, uinales y kines, cero, obteniendo el resultado en cuestión, muy razonable.

En la *stela* 7 aparecen con claridad los baktunes (ilegible el coeficiente), los katus (17) y los tunes (10). Los uinales y los kines están borrados; pero hay que presuponer que tuvieron coeficiente de cero, atenta la frecuencia con que las *stelae* mayas registran mitades de katun (lahuntunes) o cuartos del mismo período (hotunes). En este caso se trata del lahuntun del katun decimoséptimo. La lectura es muy verosímil. Por mi parte, sin otro motivo que la intuición (y sólo este carácter le asigno, sin pretender posea otro valor), diré que el aspecto de la hermosísima *stela* 7 (fig. 59) con el majestuoso personaje revestido de traje talar y tocado con soberbio penacho de plumas, me sugirió involuntariamente la tradición de los votánides. Núñez de la Vega registra su memoria en relación con la no lejana zona de Teopixca. Dice el obispo:

“Votan es el tercero Gentil que está puesto en el calendario, y en cuadernillo histórico en idioma de indio van nombrando todos los parajes y pueblos donde estuvo, y hasta estos tiempos en el de Teopixca ha habido generación que llaman de votanes: dice más, que es el señor del Palo Hueco (que llaman Tepenhauaste)...: dice que en Huehuetan (que es pueblo de So-

conusco) estuvo, y allí puso dantas y un tesoro grande en una casa grande que fabricó a soplos y nombró Señora, con tapianes que le guardasen. Este tesoro era de unas tinajas tapadas con el mismo barro, y



Fig. 59. Figura labrada en una stela de Chinkultik (Tepancuapan).

de una pieza donde estaban grabadas en piedra las figuras de los indios gentiles antiguos, que están en el calendario, chalchihuites (que son unas piedrecitas verdes macizas) y otras figuras supersticiosas... a este Votan lo veneran mucho todos los indios, y en algunas provincias se le tiene

por el corazón de los pueblos." (Op. cit.; núm. 43, XXX.)

Por lo que toca a la stela 1 su descifración es menos probable. Nada más se reconoce un glifo de día y su coeficiente (12 ahau), adosado a un coeficiente 8, que corresponde a otro glifo del que se presupone ser la expresión del mes. Trátase de una simple fecha de Rueda de Calendario, las cuales, como sabemos, recurren con intervalos de 52 años. Resulta muy difícil situarlas en la cadena del tiempo. Sin embargo, concediendo que es un terminal de período (aun cuando el glifo respectivo no aparece) el Dr. Morley le asigna el valor 10.0.15.0.0—, 12 ahau, 8 Cumhu, final del tercer hotun del primer katun del ciclo décimo. Sólo la pericia del sabio en la apreciación estilística del monumento, garantiza semejante lectura; habilidad en la que debemos ver el resultado de multitud de comparaciones de jeroglíficos, estudiados sobre el terreno, al natural y en todas las zonas de la cultura maya.

En lo que me concierne, la de Chinkultik era la tercera stela maya que veía (aparte las del Museo de México, las cuales no ofrecen igual aspecto porque al limpiarlas y lavarlas pierden algo de la pátina que las distingue en las ruinas). Tampoco haré mención de los dibujos que las representan en Maudslay y otros textos, pues el carácter caligráfico difiere, como he llegado a comprobarlo prácticamente. Cada artista pone su sentimiento personal interpretando a su manera; pero cosa muy distinta, a veces, aparece en el relieve pétreo, ya alterado por el tiempo.

Tomado todo en consideración, no sé yo quien dispute la exactitud de la lectura de la stela 1, propuesta por el Dr. Morley y admitida por el experto señor Blom. La proximidad de la fecha en cuestión, respecto de las demás reconocidas por el último arqueólogo en el mismo Chinkultik y en Comitán, y de las halladas por el Dr. Seler en Sacchaná, constituye otra garantía de la bondad de la descifración.

CAPITULO X
DATOS DIVERSOS

EL centro de la región, objeto de las distintas exploraciones expuestas, Comitán, abunda en vestigios que los vecinos han encontrado en diferentes épocas, al recorrer las inmediaciones de su metrópoli. Los particulares guardan esas reliquias; y con amabilidad nos las mostraron, habiendo algunas venido a México, adquiridas por este o aquel miembro de la comisión.

La Piedra de la Aduana

Existe, además, en la aduana comiteca, una lápida con figuras y relieves esculpidos, muy interesantes (fig. 63), la cual fué previamente examinada por Blom, quien hizo su estudio publicando dibujos y fotografías en la obra antes mencionada. Según la lectura del arqueólogo, propuesta, a nuestro parecer, con todo acierto, la inscripción grabada en la piedra declara la fecha 10.2.5.0.0—, 9 ahau, 18 yax. No hay ciclos, katunes y demás elementos de la serie inicial; sólo la declaración del día y del mes, que el investigador considera suficientes en el caso.

En la parte inferior de la lápida, bajo los pies del personaje con atavío de piel de tigre allí figurado, hay otra banda de 8 jeroglíficos. Blom no los descifra; tampoco yo encuentro su inteligencia. El elemento Been-ik aparece en uno de los glifos. Lo curioso y que presta al monumento especial importancia, consiste en que la fecha cae en equinoccio (correspondiente al 23 de septiembre del año 613 A. D.) aplicando la correlación sincronológica del Dr. Spinden; habiendo la circunstancia de que, entre los símbolos figurados arriba de la inscripción, encuéntrase uno al que se tiene como emblema de los equinoccios. Me sor-

prende, sin embargo, que en la stela de Santa Elena, descubierta por nuestra expedición (de la que hablaré en seguida), junto con un glifo que, tal vez, denote el equi-

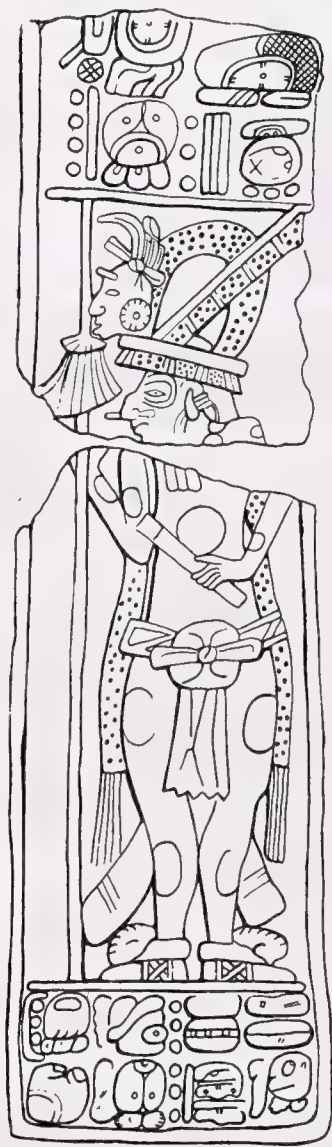


Fig. 63. Dibujo de una stela existente en la aduana. Comitán.

noccio, se registra una fecha que pudiera caer efectivamente en ese momento del año (674 A. D.), aunque aplicando un sistema

correlativo diferente, el de don Juan Martínez Hernández. Siendo diversa la sincronología, el doble resultado nulifica, por fuerza, alguna de las dos lecturas; la coincidencia sería muy extraordinaria.

El glifo equinoccial de la stela de la aduana ofrece semejanzas, pero no es idéntico al de Santa Elena. En uno y en otro casos presenta el elemento kin (día); pero en el relieve de Santa Elena lo acompañan dos grupos de barritas en cruz, mientras que en la lápida comiteca lleva sobrepuesto un segmento de círculo, la mitad en blanco y la mitad con una red obscura, símbolo reconocido de la noche y el día. Claro que esto puede aludir al equinoccio, y también a un día cualquiera completo, ocurriendo lo propio con el emblema de Santa Elena.

Entre las piezas arqueológicas existentes en Comitán, en poder de particulares, la mayoría fueron mostradas al autor dinamarqués, quien las fotografió y describe en su libro. Mencionaré, únicamente, entre las que pudimos adquirir:

a). Un cántaro procedente de Tepancoapan, ahora en las colecciones del Museo Nacional (fig. 61).

b). Una máscara en guijarro de cuarzo granítico de los que cubren el suelo del valle comiteco; esto significa que la piedra fué labrada en la región, bien que su propietaria (señorita Domínguez) nos dijo proceder de Medellín.

c). Un pequeño idolito ejecutado en diorita (fig. 63).

d). Un idolito fragmentario, de barro (fig. 63 bis).

Puntos por explorar

Mientras las anteriores investigaciones y viajes se llevaron a cabo, el tiempo corría, y prácticamente transcurrió todo junio sin que el jefe de la Comisión, a quien dejamos en San Cristóbal, diera muestras de vida. Tanto más perjudicial para nosotros resultaba la demora, cuanto que la expectativa de tener que recibir de un instante a otro aviso telegráfico, previniéndonos la marcha

rumbo a la zona inexplorada, nos mantenía sujetos en Comitán, sin permitirnos intentar expediciones de dos, tres o cuatro días, las cuales, de otra suerte, hubiéramos realizado con sumo gusto. A ello se debió que nos abstuviéramos de visitar sitios muy interesantes, sobre los que recogimos referencias de que tienen vestigios arqueológicos. Me limitaré, entonces, a enumerarlos:

"El Rosario."—Finca próxima a Zapaluta, propiedad de la familia Armendáriz. "Cerro Pajisité." — Próximo a Margaritas.

"Palma Real."—Finca de la propiedad del ingeniero Gordillo, sobre el camino de Comitán a Ococingo.

"Rancho de Xan."—Próximo a la frontera de Guatemala.

"El Quis."—Finca de la familia de la Vega, próxima a Margaritas.

"Colonia Tziscaco."—Junto a la frontera guatemalteca.

"Copanahuastla."—Al Occidente de Comitán. Población citada en varias crónicas como centro indígena antiguo al que se atribuye la mayor importancia.

Los objetos del Museo de Kanter, reunidos antiguamente en Sacchaná, se perdieron casi por completo en las guerras civiles de Guatemala, según nos aseguró el hijo del coleccionista, a quien encontramos cerca de Ococingo. La mayoría de esas interesantes piezas arqueológicas, algunas de las cuales conoció el Dr. Séler, procedían del rumbo de Colonia Tziscaco, lo que demuestra el interés de la visita a este lugar.

De Copanahuastla, dice el obispo Núñez de la Vega ser muy importante; hubo, sin embargo, quien me afirmara que las ruinas de este sitio nada más son coloniales. Lo primero me parece probable.

Oí hablar de una gruta en la que se contienen ídolos, por el rumbo de Tziscaco. Los informes prometen halagüeños resultados.

Quiero hacer constar cuánto siento haber suspendido la visita de esas ruinas, por la causa indicada. Ojalá sirva de experien-

cia a los organizadores de nuevas expediciones. Ello fué que, concluído junio, y hallándose encima completamente las aguas, ignorábamos aún, mes y medio después de nuestra salida de México, si la Comisión seguiría adelante; si existía aún; o si sus demás elementos habían sucumbido en San Cristóbal.

En ese estado las cosas, y corriendo los días sin recibir otra orden que la de esperar, dediqué mi obligada permanencia en

Comitán al estudio y exposición de los signos cronográficos y el sistema de medir el tiempo de los mayas, parte de lo cual se incluye en la presente obra. Puesto que, en final de cuentas, pertenecían a la cultura maya los vestigios de la zona recorrida y los que por delante de nosotros debían de encontrarse, procedente resultaba ocuparse en el asunto, no tratado en español, detalladamente, hasta el momento.

CAPITULO XI

TRIO DE VIAJEROS



Cántaro procedente del rumbo de Tepancuapan y Tziscac,
donación de la señorita Rosa Albores.

ESTA es la ocasión, creo, de consagrar unas breves pinceladas a los compañeros que permanecemos en Comitán, y quienes, al fin, realizamos el viaje penetrando ligeramente a la región desconocida y llegando en término de cuentas a Palenque, la maravilla sin par, que habiendo de ser el punto de partida de la exploración, constituyó, de hecho, el término de la misma por la fuerza de las cosas.

Tales compañeros quedamos reducidos a tres, en resumidas cuentas, habiendo los otros regresado a México desde San Cristóbal o desde Comitán, al desintegrarse la Comisión. Debemos agregar a don Artidoro Pinto; pero tan estimable compañero nos prestó su excelente compañía sólo hasta Ocoingo. El señor Navarrete y el artista barcelonés Rafael Sala, muerto con posterioridad, hicieron con nosotros varias de las expediciones de las cercanías de Comitán. También el doctor Enrique Méyer y los señores Soto y Zamudio recorrieron algunos de esos sitios y partieron después rumbo a México por el camino de Tapachula. Frank Tannenbaum, Miguel O. de Mendizábal y el que habla seguimos adelante.

Interesantísima personalidad la de Tannenbaum. Ignoro su origen exacto—tal vez alguna parte de Alemania—; pero la educación del individuo resulta norteamericana por entero, y él es el primero en afirmarlo. Frank no venía en solicitud de ruinas arqueológicas, por más que le halague verlas. La Economía Política constituye su especialidad; y en el caso presente, el estudio de la división de la propiedad en México ocupaba sus desvelos, habiendo recogido copiosísima cantidad de datos estadísticos. Tiene cuadros muy completos, los cuales abrazan toda o la mayor parte de la Repú-

blica, acerca de la distribución de la tierra en el país, incluyendo noticias sobre su valor y los distintos lugares, nacionalidad de los propietarios, etc., etc. Se comprende la importancia de la obra. Los últimos movimientos revolucionarios trastornaron profundamente la propiedad del suelo, haciéndola cambiar de manos con inusitada rapidez; Tannenbaum registra estadísticamente la proporción en que la tierra está repartida ahora, no sólo por áreas, sino según la calidad de los terrenos y situación de los mismos, sus valores relativos y la nacionalidad del propietario, amén de la filiación étnica cuando se trata de elemento indígena.

El régimen del trabajo de la tierra es otro fenómeno objeto de su estudio. Principalmente esa indagación le trajo a Chiapas. Quiso ver con sus propios ojos la relación entre patronos y peones de campo, con especialidad en esta región oprimida hasta tiempos muy recientes y víctima de positiva esclavitud, poco o nada disfrazada a virtud de maniobras y mañas de largo tiempo conocidas. El "baldillaje" o convenio regional entre trabajadores y finqueros le interesó de preferencia; en todas partes cuestionaba al indio sobre sus condiciones de trabajo, salario, el trato recibido del patrón, etc.

Tannenbaum no es un idealista ni un visionario; sino sólido hombre de ciencia. Quiere datos precisos, ante todo hechos reales. Pero esto no impide que sienta vivas simpatías por el proletario, en especial los indígenas; simpatías de carácter el más sincero, por completo ajenas a cualquier género de exhibición u oportunismo; posee un gran corazón y en cualquier instante se aprecia su carácter democrático y

la verdad de su cariño hacia el pueblo indígena. Le vi rasgos como éste: íbamos a caballo caminando cuesta abajo por las asperísimas montañas del Norte de Tumbalá, precedidos de un guía y acompañados de un muchacho de quince años, hermano de aquél, el cual hacía las veces de ayudante. Un chaparrón como los que allí se estilan abatió sobre la comitiva la catarata de sus inagotables chorros. El muchacho no llevaba sino una mala frazada, cubriéndole la camisa que, por lo demás, es suficiente, porque en aquel terreno caluroso se seca en poco rato cualquiera, aun cuando esté más mojado que una sopa. Sin embargo, Tannenbaum se quitó su espeso algodón de lana pura, comprado a los indios en Comitán, y el cual constituía uno de sus orgullos y lo destinaba para recuerdo de viaje; y acercándose al muchacho lo obligó a ponerse la prenda, casi puede decirse que a la fuerza.

El economista es hombre práctico en muchas cosas y menesteres manuales, desde remendar una montura maltrecha, hasta fabricar un aparato de pesca o una jaula destinada a tener en cautiverio a un loro; entre sus varias habilidades figura la de practicar curaciones sencillas, a cuyo propósito venía provisto de un buen arsenal y excelente botiquín. Repetidas veces le vi atender con sus propias manos a algún indígena lastimado o enfermo con quien tropezábamos en el camino, poniéndole vendajes y aplicándole medicamentos. Todo hecho con naturalidad, espontáneamente, sin reparos por el aspecto sucio que pudiera ofrecer el paciente. Así atendió a diferentes sujetos, jóvenes y viejos, en las casas y en los pueblos donde nos alojamos.

Inútil me parece decir que, entre nosotros mismos, se mostraba invariablemente servicial. Ni fatiga ni incomodidades lo retraen para un favor oportuno. Su equipo de hombre práctico, nada lujoso, pero excelentemente surtido, me sacó de apuros muchas veces. Ni escatimó ni negó jamás sus cosas.

Agregaré que es hombre franco, de buen humor y magnífico carácter. Muy trabajador, asimismo, aprovecha cualquier momento para dar forma a sus notas y recoger nuevos datos. Sus apuntes son muy metódicos; sus bultos siempre están listos; sus útiles de trabajo a la mano, y suele sobrarle tiempo para arreglar las cosas de sus compañeros.

Como animoso, baste decir que, en diversas ocasiones, cuando dificultades intempestivas nos dejaban en incertidumbre sobre la conveniencia de avanzar en tal o cual sentido, Tannenbaum nos estimuló siempre, debiéndosele que viéramos muchas cosas de interés. El pueblo de Ococingo, por ejemplo, disfruta de fama pavorosa como almáciga de paludismo, fiebres perniciosas y otras calamidades, amén que, aseguran, que su gente es levantisca. Queríamos evitarlo. Tannenbaum nos aconsejó no dar crédito a los fatídicos rumores, resultando, por fin, que pasamos allí días muy agradables, encontrando menos mosquitos que... en la ciudad de México. Dije **menos**, cuando debería decir que ninguno; porque en realidad no los había, al menos en esa época del año.

Conversábamos alguna vez, Tannenbaum y nosotros, respecto de ideas filosóficas. A mi juicio nuestro compañero es una especie de agnóstico. Nada sobrenatural, ni siquiera providencial admite, a lo que entiendo. Hago notar esta característica, atenta la excelente salud moral del individuo; su evidente contextura democrática y humanitaria. Podría llamarle cristiano puro, si no se tratara de un incrédulo resuelto. Lo que no impide que crea en el bien o que lo ejerza al menos.

Lleno de prevenciones acerca del norteamericano e inclinado desde mucho atrás a poner en tela de juicio sus pretendidas excelencias y virtudes, debo confesar, sin embargo, que en presencia de un sujeto así, tratándole por espacio de meses, y viéndole de cerca, tengo que declarar, repito, que, si lo que Tannenbaum asegura es verdad,

a saber, que su personalidad ha sido resultado de la educación de Norteamérica, podrán los yanquis en conjunto resultar insoportables; pero individualmente la educación que se imparte en aquel pueblo engendra, a veces cuando menos, hombres completos, capaces de todo y a quienes cualquiera en el lugar más remoto del mundo puede tender sin reticencias, en la generalidad de las circunstancias, una mano de cordialidad y aprecio. Lo que me reconcilió, siquiera en parte, con aquel país.

En dos cosas solamente resulta Frank tan detestable como insoportable: en asuntos de pesca y en su afición a los loros.

El personaje no siente la menor piedad por los inocentes pececillos; y, sobre todo, es capaz de olvidar la más perentoria obligación, poner en peligro a la caravana entera, desatender una conferencia de economista y aun olvidarse de cualquier cita, si un lago próximo o un arroyuelo bullicioso lo están atrayendo con sus tentaciones. Siempre en silencio, la inseparable pipa en los labios, y los vidrios de gruesos cristales fijos en el corcho suspenso a la caña de pescar, permanecerá nuestro hombre horas enteras en el muelle de un puerto o en la borda de un bote, sordo a los ruegos de sus amigos e inmóvil como un Buda de basalto, esperando que "pique" el bobo colocado al otro extremo. En esos momentos, Tannenbaum ofrece la solemnidad de un rito.

La segunda pesadilla de nuestro compañero, que le cuesta infinitos dolores de cabeza, es su amor por ciertas aves. En su empeño por adquirir un loro de su gusto, resolvióse, aunque infructuosamente, a hacer el cortejo de Lolita, una cocinera de Comitán, poseedora de un ejemplar magnífico. No se ablandó ella ante ningún requerimiento amoroso ni metálico, prefiriendo retener a Caralampio (así se llamaba el animalito), y no cambiarlo por caricias o dinero sajones. El segundo episodio tuvo por teatro la hacienda de El Real, cerca de la selva virgen y la morada de los lacandones. Con su propia mano don Enrique Bulnes, y a

pesar de las crueles mordidas con que quiso defenderse, entregó a Tannenbaum un gran perico de copete amarillo, que fué inmediatamente empaquetado dentro de un sombrero de palma y amarrado a los tientos de la silla del macho que montaba Frank. En semejante situación, lo único que asomaba era la cabeza del pájaro. Nuestro compañero, feliz! Nos despedimos del anfitrión tomando el camino de Ococingo, para lo que hubo que atravesar el Santa Cruz y proseguir a lo largo de incontables vericuetos. Todo allí son bajadas y subidas; ramas y lianas se entrecruzan de continuo por enfrente de la cara; y gruesos troncos embarazan la marcha a cada paso. En el primero de aquellos recovecos, el macho de Tannenbaum, roza con un árbol y sin poderlo remediar allí queda completamente aplastado el infeliz papagayo. Palenque fué el escenario de la tercera aventura. Entre todos los del trópico, sus loros son los más famosos, y he de decir, habilidosos para el manejo de los idiomas, que es lo que en el caso se busca. Regresábamos de las célebres ruinas, y tocamos el rancho del Aguacate, donde tuvimos que hacer noche. Allí moraba un hermoso perico palencano, el cual fué inmediato objeto de las transacciones comerciales del economista. Para evitar nuevos percances ocupó la noche en fabricarle un huacal o jaulita de madera que permitiera conducirlo con seguridad. Ya habíamos arribado a Montecristo y estábamos listos para embarcar en el vapor de río que debería llevarnos a Frontera, camino de Veracruz, desde donde continuaría a Nueva Orleans el buen amigo, hasta alcanzar el término de sus peregrinaciones. Insensible a los demás sucesos, era de verse la ternura, mimos y caricias que prodigaba a su consentido, posado ahora sobre uno de sus hombros. ¿Quiere usted mucho al animalito?—le pregunta un costeño del rumbo.—Pienso él platicar español en Wáshington, a mi hijito.—Pero esos no hablan, míster.—¡Cómo!... él aprender muy pronto.—Si

fuera perico ya lo creo; pero el que usted lleva es cotorra. ¡Esas no hablan nunca!

Poseído de consternación compra, entonces, Tannenbaum en Montecristo mismo, un perico certificado de buen hablador con diversas autoridades del lugar. Costó muy buenos quince pesos. Y, ya con él en su poder, navegamos para Frontera. Todo estaba listo, y nuestros equipajes en momentos de llevarse a bordo; ya procedíamos a comprar los boletos, pidiéndoselos al empleado de la oficina, cuando éste oye al perico, posado como de costumbre en el hombro del viajero. —¿El animal no viajará con usted, señor? interroga—. Y por qué no, replica Frank con ira.—Porque tendremos que matarlo; hay fiebre aftosa en Tabasco y está puesta la cuarentena!...

Así fué como el perico número cuatro, del señor Frank Tannenbaum, tampoco pu-

do ir a saludar, en español, el Capitolio de Wáshington.

Del otro componente de nuestro trío, el señor Miguel O. de Mendizábal, deberé abstenerme de toda referencia, ya que es bien conocido en los círculos intelectuales de México. Su vasta ilustración y alta inteligencia ameritan los mayores elogios. La actividad que mostró continuamente en el curso del viaje y sus iniciativas oportunas, despejaron favorablemente varias de las situaciones difíciles en que llegamos a encontrarnos. Su carácter sociable y rápida adaptación al medio—cualquiera que sea su naturaleza—lo acondicionan excelentemente para salir adelante en la mayoría de las circunstancias; lo que posee especial valor en una expedición como aquella de que estamos tratando.

CAPITULO XII

HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN LAS CAÑADAS

Por las Fincas Chiapanecas

PARTIMOS de Comitán el 17 de julio de 1926, resueltos a cruzar el Estado y llegar cuando menos a Palenque, tocando de paso aunque fuera los bordes de la región desconocida. La Comisión Científica del Sureste quedó desintegrada en definitiva y regresaron a México la mayoría de sus componentes. Esa misma orden de regreso nos fué trasmitida; pero resueltos a independernos y proseguir por nuestra cuenta, telegrafiamos a la Secretaría de Educación Pública, y gracias a las gestiones del Director de Arqueología, ingeniero Reygadas Vértiz y del Director del Museo, don Luis Castillo Ledón, pronto vino la autorización que necesitábamos. Tannenbaum no avisó a ninguno, porque no dependía de nadie; y fué el primero en animarnos a seguir adelante. Don Artidoro Pinto nos acompañó en una parte del trayecto, prodigándonos, como siempre, atinados consejos y atenciones; y no fué sino con gran contrariedad como nos despedimos de él en Ocoingo.

Dos meses casi completos, puede decirse, nos habían hecho perder los tejemañejos de la Comisión; y unos treinta días quedaban prácticamente disponibles, en materia monetaria y en lo referente a la estación. Las aguas estaban encima; y en realidad no se habían desatado por venir retrasadas ese año. Resumen de la experiencia que adquirimos: las expediciones de esta clase no son efectivas si muchas personas las integran. Su manejo administrativo debe ser personal: que cada viajero lleve su dinero en el bolsillo, su equipo a la mano y no dependa de otros, ni mucho menos de "situaciones" de fondos desde la metrópoli. Pocos individuos se entienden mejor, por

defectos que tengan de carácter, pudiendo combinar y armonizar sus movimientos más fácilmente. Un grupo numeroso sólo puede gobernarse **manu militare**, al menos en México; y los sabios, artistas e intelectuales no pueden ni deben dirigirse en esa forma.

El camino toca hacia el Noroeste. Avanzamos a buen paso, pero no de prisa; a lomo de no malas cabalgaduras compradas en Comitán al precio de \$ 200.00. Trátase de machos y mulas resistentes, más seguros que los caballos para los caminos difíciles; los hay que alcancen un valor de media talega de pesos.

Breves lomeríos con espinos y encinales de no elevada talla arrugan el llano comiteco. Una ceja montañosa, larga, de tres leguas, nos separa de Santa Margarita. A las cinco horas de camino llegamos a este lugar asentado al extremo de campiña muy amena.

La altura es de 1,530 metros; quiere decir, que hemos bajado alrededor de cien, a partir de Comitán. Entre los frutales, veo uno antes desconocido: el chulul. La población es pequeña; pero hay una plaza espaciosa. Aspecto parecido al de las demás villas del rumbo. Iglesia con la fisonomía peculiar de la tierra chiapaneca: una nave larga; el techo de dos aguas; la fachada alta y bien encalada, con el campanario central culminante y torrecillas a los flancos.

Vienen, después, San Joaquín y El Retiro, tres leguas lejos de Margaritas. Hermosas fincas de la familia Castellanos, descendientes, a lo que entiendo, del Matías de igual nombre que representó al partido liberal, por la región, en tiempos de las guerras de Reforma, origen de las leyes de desamortización. Tal vez procedan estas propiedades de los frailes dominicos.

La fisonomía del terreno la forman llanadas circuídas de cerritos bajos y boscosos. Adelante de Margaritas forman una herradura perfecta. Campiñas muy risueñas; pastales de excelente calidad (zacate Nilo, llámanle, de una vara de alto al menos). Me explico por qué prospera en el rumbo la cría de ganado. Nadie habla de otra cosa: que una partida de sesenta muleros vendidos a Guatemala en \$100.00 cada uno; que tres caballos muy finos comprados por el hacendado Carrascosa o el general Culebro de San Cristóbal... y así a cada momento.

El Retiro es finca muy amena, de casa bien construída y techo de dos aguas. Iglesia con atrio, y una cruz de gran tamaño en éste. La servidumbre indígena la besa cada vez que a ella se aproxima. Frutales en la huerta: mangos, plátanos, etc. A lo lejos, en terreno más bajo, el verde tierno de los cañaverales del ingenio. Agua en profusión regando el campo. Todo está verde.

El terreno viene descendiendo, como por gradas, desde Comitán. Cada escalón constituye una campiña o vallecito, de forma de herradura, a las veces. Margaritas es el primero; luego San Joaquín, El Retiro, San Mateo. En el segundo, certificamos una altura de 1,520 metros sobre el mar. Nos rodean las coníferas, en particular hacia los cerros: encino, ocote. Ni calor ni frío; un clima delicioso. Apenas se necesita abrigo en la noche; por las mañanas se goza de un fresco delicioso.

La gente del campo habla tojolabal, o sea el mismo chañabal comiteco, dialecto del maya; la mayoría entiende muy escaso español. Son individuos de baja estatura en promedio. Nariz fuerte y aguileña, por lo regular. Ojos negros. Pelo muy lacio, negro. El atractivo femenino nótase, más que otra cosa, como resultado de la juventud; porque la decadencia étnica es notoria. Apenas la sumisión de los indígenas ante los ahora algo más benignos mayordomos o capataces. Al acercarse a un blanco o ladino o bien cuando se trata de un cura, presen-

tan la cabeza a fin de que se les toque. Me resistía yo a la costumbre. Reflexionando sobre ella, ¿no será reminiscencia de costumbres prehispánicas? En algunos relieves o pinturas de los mayas la actitud del cautivo ante el jefe vencedor parece indicar una práctica parecida.

Para lo único que manifiestan los indígenas hallarse mejor dispuestos es para las ceremonias que tienen por escenario el atrio de la iglesia. Allí van vistiéndose el algodón de lana rayado, los hombres, y las mujeres con las "sábanas" y fajas guatemaltecas de vivo color y franjeadas. Sartales de cuentas de vidrio en la garganta. Danzan al són de la chirimía, siguiendo el ritmo de unos tambores de pellejo de carnero. Los encargados del arreglo del templo y el cuidado de poner las velas, llevan el nombre de "alféreces," cargo que dura dos años.

La finca ocupa a esta gente en las faenas del campo, sujetos al sistema que llaman de "baldeaje" o "baldillaje." Trabajan aquí, para el patrón, dos horas diarias.

Como en tantos sitios, se asegura que en los cerros vecinos abundan los cimientos y restos de construcciones prehispánicas; su importancia, sin embargo, no amerita una demora.

Cañada de La Soledad

Salvando un ramal montañoso, he aquí ahora la cañada de La Soledad, primera de las que separan Santa Elena de los llanos comitecos. Trátase de un hermoso accidente natural por cuyo fondo corre el río de Santo Domingo, a 1,200 metros sobre el mar, en terrenos de la finca que da nombre a la cañada. Sus bordes escarpados se levantan 300 y 400 metros por encima del lecho del río. Mide no menos de diez o doce leguas de largo, hasta morir en las tierras bajas, cerca de la confluencia de sus aguas con el Jataté, después llamado Lacantún. Nace al Occidente, en los bordes del altiplano chiapaneco, a los 1,500 y 1,550 metros de altura, y toma desde allí rumbo Sureste. Sus flancos y su fondo vense cubiertos de

vegetación exúbera, gala de la naturaleza. Pomarrosa, plátano, cañaverales, diversidad de frutas alegran el paisaje. Acostadas entre arboledas, cabe la franja de argento del río en cuyos espejos cópianse los esmaltes de un cielo tropical, he ahí, como adormidas, las casas de la finca ocultas en aquel edén. Primero Bajá; después La Soledad; más allá Medellín, a un nivel de 1,150 metros; luego, bajando, La Floresta...

Montículos artificiales

Conocieron los aborígenes La Cañada y sus vastos recursos de vida, de lo que prestan testimonio los montículos levantados frente a Medellín, en la margen izquierda de Santo Domingo, no lejos del lecho del caudal. La posición de los tlalteles, a la vista del arroyo, indica que no ha habido erosión muy considerable; quiere decir, el río ahondó pocos metros en el curso de los siglos. Si antes lamía la base de la plataforma de los tlalteles, ahora corre poco más abajo.

El sistema consiste en una plataforma bien terraplenada sobre la que se asientan estructuras en pirámide, alta de 18 m. la mayor, frontera a un encuadramiento como plaza, cerca del cual distínguense los montículos menores. El núcleo de la construcción piramidal consiste en piedra suelta y tierra; pero tiene revestimiento de piedra canteada. Hay restos de escalera, por la cara occidental. Pueden apreciarse varios pisos en terraza. Los taludes con vista al Sur y al Este son muy violentos.

El estado de las ruinas impide más indagaciones, a menos que se excave. Sin embargo, procede de aquí la figurilla de piedra verdosa (distinta del jade) obsequiada a la Dirección de Arqueología para las colecciones del Museo por las señoritas Domínguez, hermanas de don Arnulfo Domínguez, propietario de Medellín (fig. 63 b).

El arreglo de las estructuras encuadrando plaza, su tipo piramidal y demás características, revelan, creo, la propia filiación cultural de los constructores de Tenam, Hun Chabín y Chincultik.

Remontamos la gran cañada hacia su nacimiento, mirando a la izquierda ásperos acantilados de los que brotan manantiales; y por la derecha, hacia los cerros, bosques espesos donde, a decir del hijo del señor Aguilar, cazador de Comitán, pululan el batz y los jaguares, de cuyas pieles provee en abundancia a los viajeros. También allí o en la cañada siguiente (la de Patihuitz) anidan los quetzales.



Fig. 63 bis. Idolillo de diorita, procedente de la cañada de La Soledad.

Una vez arriba, el paisaje se uniforma dentro de un marco de austeridad y grandeza. Terreno apenas ondulado. Estamos a 1,500 m. sobre el mar, en el principio de las mesas continentales, cruzadas y bordeadas por arrugas montañosas. Manto interminable de coníferas, ocotes y encinos, cubriendo la extensión inmensa.

Diez leguas adelante, rumbo al Norte, y tocando antes Santa Rosa, encuéntrase la finca de San Francisco, a 1,480 m. de altura, donde hacemos noche. Llegamos bien oscurecido, y por terreno un tanto revuelto a causa del extravío de nuestro excelente guía, José Culebro, muchacho de Comitán dedicado a la arriería y conocedor de la comarca, sus idiomas y sus gentes. Al aproximarnos, una gran fogata en torno de la cual se agitan sombras indecisas, nos hace pensar al pronto en corros de bandidos; pero en breve nos tranquilizamos. Se trata de una costumbre chiapaneca de sabor amable y probable origen monástico. En el

patio de la hacienda y no bien oscurece, una gran lumbrada alienta al caminante retrasado o perdido en el fondo de las soledades.

Aparte el descanso de la jornada, el lugar nos sirve para procurarnos datos del itinerario. Distamos cinco leguas de San Carlos (cabecera municipal a que pertenecen estas fincas), comprendida en el departamento de Chilón, al que toca también Ococingo y la zona entera que tenemos por delante. Ya salimos del terreno comiteco. Distamos cosa de once leguas de Ococingo; algo así como seis de Panamabil; y unas ocho o nueve de Santa Rita, finca de la propiedad de un hermano de nuestro amigo Artidoro Pinto. Próximas a San Francisco se hallan las fincas El Verjel y Palma Real, propiedad la segunda del ingeniero Gordillo, de Comitán, y en cuyos terrenos apareció una cabeza de piedra caliza retratada por Blom, junto con otras curiosidades aborígenes.

Andamos ya próximos al río Tzaconejá, hermoso caudal afluente del Jataté. Su nombre, como de leyenda, evocador de zonas y paisajes de prodigio vírgenes al tránsito de la civilización, nos obsesiona. Entre la finca de San Francisco y el pueblo de San Carlos se interpone la elevada eminencia del Chaglif, vestida de altos cedros y visible desde muchas partes; vencidos sus contrafuertes bájase al abismo del impetuoso y espumante río, el cual se salva por un puente que parece el delirio de un artista.

No lo cruzaremos, ahora, nosotros pues seguimos el camino de Chiptic (cuatro leguas distante), desde la cual finca y pasando por el Nanche y Puerto Rico, llégase a Santa Elena.

Partimos al amanecer, en plena sierra. La neblina nos envuelve. Tan angosto es el sendero, tan quebrado, tan pedregoso el camino, que me explico el extravío que sufriera anoche el guía. Ya no vamos por mansas sabanas; todo es sierra. Descendemos los flancos del altiplano, lo que signi-

fica que la bajada es brusca... ¡majestuoso el panorama!

El punto más pronunciado de la bajada se toca en Honduras (¡apropiado nombre!), subiendo otra vez hasta un paraje dominante del que se descubren anchurosas perspectivas. Vislumbramos el rumbo de Santa Rita y la Cañada de Santa Elena que es en el caso actual... ¡nuestra tierra prometida!

Mientras descendemos cambia la vegetación. Dejamos la zona de los ocotes; ahora los encinos y los robles nos saludan. Más allá comienza la espesura. Los troncos de los árboles hállanse más cerca; el matorral intrincado quiere embarazar la senda. Brillantes hojas del follaje, aves gorjeadoras. Ya le vamos viendo aire tropical a esto.

Antes del arribo a Chiptic admiramos una bellísima dolina (fig. 64), abierta a la



Fig. 64. Dolina en las cercanías de Chiptic.

vera del camino. Diríase un cráter circular, con cien metros de diámetro y poco más de hondura. Pero la estratificación horizontal de las calizas, visible como las páginas de un libro, denota que se trata de hundimientos. Toda la formación es calcárea.

Chiptic.

Por la abertura de un claro del monte (fig. 65) aparece Chiptic. Albeante caserío, como parvada de palomas regadas sobre la campiña verde; regatos de agua cristalina arrullan la lascitud de esta hacienda, adormida entre mangos, limas, naranjos y

cafetal. El venado trisca libremente en los alrededores; hacia Oriente comienza el país de los monos.

Encontramos aquí indígenas de lengua tojolabal; en tanto que, por el Noroeste, en



Fig. 65. Panorama de Chiptic.

San Carlos, el idioma es tzeltal. De cualquier modo, la cultura precolombina era maya.

Apenas tres leguas nos separan de la gran cañada del Tzaconeja, visión de maravilla, que se encuentra por el Norte. Pero nosotros vamos a girar resueltamente al Este, con rumbo a la finca de Santa Elena, en los límites de la zona conocida. Allí nos aguardan sorpresas halagüeñas.

La finca de Chiptic presenta buena construcción de mampostería. El piso es de ladrillo. Grandes portales. Cuartos amplísimos. Una iglesia encalada del estilo típico: el frontis, torrecillas laterales, la nave de dos aguas con teja. El propietario actual es don Ventura Castro. Todo viene de la famosa Chayo (doña Rosario) Castellanos, heredera de trece haciendas de los dominicos, denunciadas al tiempo de la desamortización por don Matías Castellanos. Rica a ese grado cuéntase, sin embargo, que con su propia mano desgranaba las mazorcas, a los setenta años, en los desvanes de sus fincas.

En derredor de la casa central, diseminadas las de los indígenas, ceñidas por enterro de frutales. Aquello es un vergel: ciuelo, pomarroza, jonotes.

Como en todas partes, háblase también aquí de cimientos y trabajos artificiales en los cerros vecinos. Singular propensión de los aborígenes precolombinos: ¡siempre habitar en alto! ¿Defensa? ¿Hábitos de higiene? De seguro todo junto.

Aprovechamos la estancia para iniciar breves investigaciones respecto del régimen de trabajo en las fincas del rumbo. Ya estamos cerca de las famosas monterías. Bueno será conocer un poco de sus métodos.

Antes que en las monterías, presté mi atención a las fincas. Como apunté, se practica hoy el sistema llamado de baldillaje. Habita el peón en torno a la casona de la hacienda, dentro de sus terrenos o en chozas o casas que aquélla le suministra; a veces él mismo las construye. Diez días al mes trabaja en las labores del amo recibiendo un jornal ligeramente variable, según la finca; en El Retiro alcanza a \$ 0.25; en Bajá, Medellín y otras, no pasa de \$ 0.09. Otros diez días corresponden, asimismo, a la hacienda; pero sin retribución alguna. Finalmente, los restantes diez días pertenecen al jornalero. Puede, entonces, atender a sus siembras en parcelas de terrenos llamados baldíos.

Para ese objeto, préstaseles en algunas fincas una "mancuerna" de toros. El uso de la yunta durante un día lo compensa el peón con tres de su trabajo en las labores del patrón.

Hay algunos trabajadores dueños de cerdos, gallinas y una que otra yegua o mula o algún toro; pero son pocos. Rarísimos los que poseen vacas; y una o dos cuando mucho.

Las cuentas de las tiendas de raya llegaron a constituir en Chiapas, más tal vez que en otras partes de la República, una esclavitud abominable. Aquellas cuentas eran eternas. Pasaban de generación en generación. Enajenaban al hijo desde el vientre de la madre. Ni aun para casarse con quien le acomodara tenía libertad el indígena; había de hacerlo, por fuerza, con la mujer señalada por el mayordomo y en te-

rrenos de la finca. Algo semejante ocurría, asimismo, en el suelo yucateco, explicación asaz elocuente de las tremendas guerras de castas.

Afortunadamente, en tiempos de don Venustiano Carranza, la odiosa servidumbre quedó barrida de un golpe y por decreto. Las cuentas se declararon caducas; extinguiéronse totalmente, se redujeron a papel mojado. ¡Nadie negará que algo bueno y algunas veces santo traen consigo las revoluciones!

El trabajo en las monterías ofrece diferente naturaleza. Hácese por contrato, estipulado y firmado ante las autoridades (Ococingo y Chilón y un tanto Comitán constituyen, a este respecto, los principales centros), las cuales, no pocas veces se muestran complacientes a favor... de quien puede suponerse. El soborno en México, ya se sabe, ha echado raíces hondísimas, lo que obedece a causas muy complejas que no militan, necesariamente, en contra del prestigio nacional, puesto que se explican en mucho por prácticas sistemáticas del elemento extranjero que, admirablemente organizado, monopoliza las principales fuerzas vivas del país y todo cuanto a los recursos de riqueza atañe, formando invariablemente "carros completos" en sus organizaciones. Pero la materia es larga y no procede aquí su estudio.

Generalmente los contratos se estipulan por el término de un año; pero las tiendas de raya y la soledad en que trabajan los monteros, a merced absoluta de los capataces, prácticamente convirtió estos convenios, al menos anteriormente, en una esclavitud **por vida**, que la insalubridad e inclemencias del rumbo se encargaban de abreviar apresuradamente.

Divídense los trabajadores en grupos, siendo los principales el de los **arreadores** (conducen la madera al río haciéndola arrastrar con bueyes), el de los cortadores o individuos que labran el tronco volviéndolo

troza, el de los tumbadores, el de los cuidadores, etc., etc.

Labor muy ruda, de seis a seis, excepto poco más de una hora para la comida, a mediodía. La casa da alimentos (arroz, maíz, frijol, etc.); mujeres contratadas al efecto los preparan. Muy pocos tienen consigo a las mujeres propias; la montería las ve con malos ojos.

La empresa proporciona medicinas, quina en lo particular, dado lo tremendamente palúdico del terreno. Varían los salarios; regularmente un "arreador", que es uno de los trabajos más pesados, gana entre \$ 1.60 y \$ 1.65 diarios. Los enganchadores, españoles por lo general (a veces mexicanos), gustan de adelantar dinero en Ococingo, Comitán, etc., sumas hasta de doscientos pesos, aliciente a que muchos no resisten, con el estímulo de comprarse ropa o surtir a sus familias. Y para tienda abastecedora naturalmente se recomienda la de algún "paisano." Cualquiera entenderá la dificultad con que tropezarán los jornaleros para salir de semejante droga, multiplicada a las veces en forma maravillosa, en los papeles de la montería.

Muy a menudo el trabajo debe desarrollarse bajo los aguaceros continuos y copiosísimos de la región, a partir de junio o julio y hasta enero y febrero. Pero la faena no puede suspenderse ni un segundo; y entonces, menos que nunca. Hay que aprovechar la creciente de los ríos y el auxilio de los arroyuelos para facilitar el arrastre de las trozas. Ni qué decir cuán contadas naturalezas resistirán un régimen de esta clase. Por lo demás, la táctica de los propietarios suele ser procurar que el jornalero vuelva lo menos posible a su familia y a su hogar; y si no vuelve nunca, miel sobre hojuelas. Conviene que los relatos de las penalidades no se difundan.

Un cuadro de la región de los cortes de madera completaría esta imperfecta información. Bajo un calor apenas soportable, hundido en fangales perennes, atacado en

las noches por el mosco voraz y resistiendo la furia de chubascos torrenciales que desarrollan a cada momento miríadas de gérmenes palúdicos y malsanos de toda especie, empuña el trabajador de las monterías el hacha taladora, diez horas al día, atacando los gigantes de caoba dura como el hierro, aquellos mismos troncos arrojados al río, que descenderán en balsas hasta Frontera para seguir a Noruega, Hamburgo y Estados Unidos, de donde volverán después, en parte, convertidos en hermosos muebles, los cuales pagaremos a elevado precio, incluso el de tan numerosos fletes.

Mientras tanto, la floresta tropical entreteje su palio de esmeralda, bajo el que gorjean las aves, ritmando el eco del hacha... esas hachas mismas cuyo golpe no resuena más siniestramente que el de la sangre en el corazón del miserable jornalero, motor ciego y esclavo de una riqueza que dará la vuelta al mundo sin que de ella participe ni en la proporción de un átomo. ¡Y decían, atinadamente, los esclarecidos señores Bulnes, Flores, Macedo y Díaz Duffo, que el régimen del general Díaz era benéfico al pueblo mexicano!

La Cañada de Santa Elena

Partimos de Chiptic el 21 de junio, después de saborear, preparado en nuestro obsequio, un succulento almuerzo de tepetzcuintli, todo oloroso a yerba de monte. Hace fresco en este amanecer. La noche fué una delicia.

Apenas una ceja montañosa nos separa de la gran cañada del Tzaconejá, distante como tres leguas hacia el Norte. Pero, nosotros tomaremos resueltamente para el Este, rumbo a la cañada de Santa Elena, en los límites de la zona conocida. Allí nos esperan sorpresas halagüeñas.

La jornada será cosa de nueve leguas, entre Chiptic y El Amparo. Primero, una gran planada definida por los cerros de Chiptic al Oeste y la gran cumbre de la Ven-

tana, por Oriente. Caminamos rumbo a esta montaña, término de los planes de Chiptic. Antes de escalarla, tocamos el Nantze o Nanche, cosa de una legua distante del punto de partida; otras dos más allá se levanta la enorme eminencia cerrando por entero el horizonte.

Ascensión emocionante... Para los alpinistas sería materia de juego; mas las bestias de carga trepan, acezando, el angostísimo sendero trazado en recodos muy violentos, que conduce a las alturas, cosa de cuatrocientos metros por encima de la planicie de Chiptic.

Inmenso panorama distínguese en aquel paraje. Estamos, otra vez, entre los 1,500 o los 1,600 metros sobre el mar. A nuestras espaldas contéplase como en un relieve gigantesco la masa de la serranía, entre la que sobresale el áspero Chaglif. La Cordillera enarca sus lomos de Sureste a Noroeste, sosteniendo las mesas del altiplano chiapaneco. Los planes de Chiptic semejan una hoya adosada al flanco gris azulado de la sierra, toda empapada de colores.

Volviendo la vista para Oriente, he ahí, entre los claros de altivos liquidámbares que visten la eminencia, la gran cañada adonde dirigimos nuestros pasos. Corre pronunciadamente para el Este, incurvándose primero al Sur y luego con marcada inflexión al septentrión. Ensanchada más y más, a medida que se alarga, dibuja un vasto paréntesis en su extremidad; y, finalmente, estrechándose de nuevo, ciérrase en el confín como por un broche. Ese broche de azul lapislázuli sugiérela un cerro, por completo cónico, cuya forma hace pensar en el pico de un volcán. Crestas de grandes montañas ornadas del verdor opulento de los bosques limitan la cañada por el Sur y por el Norte. El ambiente está poblado de rumores de trópico. Tíñese el cielo de arreboles. El miraje es embriagador.

La gran cañada corre nueve leguas hasta sus límites en el Noreste. Descendemos

las estribaciones del cerro de la Ventana, el cual, visto de esta banda, deja un boquete entre la espesa vegetación que lo cubre, lo que ha dado origen a su nombre. La bajada es muy fuerte; pero no sentimos sus asperezas ante el encanto de las perspectivas. Llegamos en nuestro descenso hasta alcanzar niveles de 900 y 800 metros sobre el mar. El sol llueve lumbre.

Quédanse atrás los bosques de grandes pinabetes, los ocotes del rumbo de Chiptic. Encontramos, ahora, florestas donde exhiben sus galas y perfumes en competencia el mamey, el bananero, la naranja, el zapote y la tuna. Por todas partes cedros. A cada paso risueños cafetales. A trechos, manchones del magnífico liquidámbar nos hacen levantar los ojos a sus altas copas. Más allá otro árbol elevadísimo, esbelto, admirable, el **chuchum**, culmina en la arboleda. En la espesura de su follaje anidan los quetzales!

He aquí San Pedro acabando de bajar el cerro; media legua adelante, Puerto Rico; diez kilómetros más allá, El Carmen; en seguida las fincas.

Primero la cañada lleva una anchura de 3 a 4 kilómetros. Un poco adelante ya excede de dos leguas. Hacia el Sur culminan las altaneras moles del Yaxemen y el Zorogotz o Zoroncoc habitadas de batz, venados y jaguares. A sus espesuras llega el experto cazador de Comitán en pos de las pieles predilectas. La espalda de esas moles confina con la estrecha cañada de Patihuiz, vecina de la de Medellín, que antes visitamos. Por el fondo de la de Santa Elena corre un arroyo de rápidas crecientes, llamado Río de los Dolores. En algunos tramos forma saltos y cascadas—una hay, alta de quince metros—; describiendo inflexiones violentas pasa cerca de la finca El Amparo, y doblando para el Este sale, al fin, de la cañada y corre a unirse con el Tzaconejá, dos leguas adelante, en Paso de La Soledad.

Los caudales unidos se hacen navegables cruzándose en canoa. La región ya es tierra de caoba. Hace treinta años la montería de Bulnes desmontó la comarca; arrojadas las trozas al río llegaban hasta Laguna del Carmen, recogándose allí la preciosa madera después de su pintoresco viaje por el Jataté, el Lacantún, el Usumacinta y el Palizada.

Todo el rumbo, desde El Amparo y Santa Elena hasta La Soledad, era montería; todo estaba vestido de caoba. Centenares de miles de pesos se deslizaron por el río.

Ahora la región dedícase al cultivo del café. Primero, en Puerto Rico, al principio de la cañada; luego, en la parte donde ésta se ensancha y vuelve irregular y quebrada, en El Amparo, Santa Elena, La Aurora. Cuatro leguas adelante, por el Este, asiéntase Nueva Virginia, última de las fincas situadas a esta parte del país de los lacandones; un poco antes, al Sureste, hay otra finca cafetera: Livingston. No lejos y hacia la boca misma de la cañada de Santa Elena, hállanse los terrenos nacionales, parcelados por el Gobierno y repartidos entre población mestiza e indígena de los departamentos de Chilón, Comitán, San Cristóbal.

Por el Norte, más allá de las crestas montañosas, viene la cañada del Tzaconejá, corriendo de Oeste a Este. Después tuerce un tanto para el Sur; y ciñendo a la menor como con un brazo de gigante, recibe sus aguas en el paraje mencionado de La Soledad, no sin encajonarse antes en fieros barrancos, cuyas paredes, de color rojizo, acantiladas, exhiben al desnudo la calidad insuperable de las tierras.

La hermosa red fluvial de la región (fig. 66). queda, pues, perfectamente definida. Al extremo Norte ábrese la espaciosa cuenca del Jataté, encaminada de Occidente a Este y procedente del macizo montañoso, al meridién de Ococingo. Al Sur de ella, y un tanto paralelamente, viene la cuenca del

Tzaconejá, la cual también oblicúa rumbo al Sur juntando sus aguas al Jataté en terrenos de La Sultana; no sin haber antes recogido las de la tercera cañada, la de Santa Elena o sea el Río de los Dolores, que le afluye en Paso de la Soledad. La cañada vecina, Patihuiz, es muy estrecha y apenas

gas semejantes a una mano extendida, que flanquean el macizo montañoso, sobre el que se sostienen las mesas de esta parte de Chiapas, levantadas 2,000 metros sobre el mar. En lo sucesivo todas correrán para el Sur con el nombre de Jataté, y el de Lacatún adelante, para verterse más allá, gi-



Fig. 66. Croquis de las cañadas.

lleva caudal. En seguida viene el surco de la de Medellín y Soledad, también nombrada de San Pedro, la cual visitamos hace breves días; sus aguas, conocidas por río de Santo Domingo, corren a unirse con los otros caudales en Boca del Río.

Por fin, tenemos juntas aquí las aguas de la enorme red determinada por las arru-

rando hacia el Este, en el gran padre de las aguas, en la corriente donde moran los monos, en el incomparable Usumacinta, río de maravillas...!

Mientras consideramos el desarrollo de aquel vasto sistema, vislumbrando a veces, entre la espesura de la vegetación, a nuestra izquierda, es decir, hacia el lecho del

río, siluetas como de picudas pirámides, la noche nos sorprende y extraviando un poco el camino llegamos al Amparo en las inmediaciones de Santa Elena.

El Amparo. Una Fecha Maya

Recepción hospitalaria, de parte del propietario, señor Elías Guillén. Buena mesa y buena cama. La temperatura, apacible; no hay un mosco. El aire es un perfume; el cielo un tapiz salpicado de diamantes.

De sobremesa charlamos con el anfitrión. Como las vecinas, esta finca es cafetera. En otros tiempos tuvo caobales explotados por la casa Bulnes. La situación por el momento se presenta difícil. De cincuenta familias indígenas a que antiguamente daba trabajo El Amparo, ahora quedan sólo quince. La finca les paga jornales de \$ 0.25, y les proporciona tierras para el cultivo, maíz, caña, etc. Les presta los bueyes y les facilita el trapiche. Las condiciones exactas no las averigué. Según el señor Guillén, aquí no hay baldíos. Asegura que al condonarse todas las antiguas cuentas por el redentor decreto revolucionario de Carranza, su finca nada más perdió \$ 7,000, manteniendo entonces ochenta jornaleros.

La cosecha de café la estimaba el propietario, para ese año, en unos mil doscientos sacos. Cada uno contiene cuarenta y ocho kilos. A la sazón el kilo se vendía a \$ 0.15; precio que convierte en onerosa la contribución de \$ 0.04 por kilo, entonces en proyecto. Los finqueros no podían admitirla.

El método de trabajo agrícola en el rumbo es análogo al observado en tantas otras partes de la zona maya. Desmontada la tierra, pónese la milpa; aquel tramo descansa los años que siguen, procediéndose en igual forma con otras parcelas. Cuando se vuelve a la primera, el terreno está renovado.

La población rural es indígena. El habla, tzeltal o tojolabal; también los finque-

ros la entienden. Habitan caseríos de veinte o treinta casas. Encontramos algunos en el trayecto de la cañada, aun cuando no muy numerosos. En el curso de las nueve o diez leguas que hicimos, a partir de Chiptic, tropezamos con una familia únicamente, compuesta de cuatro personas—padre, esposa, hija, niño—; y ninguno hablaba el español.

Agraciada, por cierto, la muchacha.

La sumisión de estas gentes contrista. Al encontrar al extranjero—para ellos todos deben serlo, el ladino, el criollo, el español, toda gente de razón, en suma—saludan humildemente diciendo San Tat (restos de voces castellanas, creo); y los más bajan la cabeza y la ofrecen esperando se les toque. Esta humildad, sin embargo, no impide a las veces terribles explosiones. Cuando conocimos al propietario de Santa Elena, joven gentil y caballeroso como pocos, al que reconocimos la acogida más generosa, ¿quién nos había de decir que, no muchas semanas más tarde, sería asaltado en su finca y destrozado a machetazos por un grupo de esa misma gente sumisa que encontramos en el paso? ¡Caprichos del destino! La apacible y risueña comarca no hubiera parecido a nadie el escenario reservado para tal tragedia. Y luego lo difícil que resulta deslindar responsabilidades. Los indígenas, todos se parecen; son muy contados los que entienden español; todos, finalmente, se declaran ignorantes del asunto o se reconocen por igual culpables. Pensando en el lamentable suceso, no pudo menos de venirnos a las mientes la famosa y castiza copla:

“¿Quién mató al Comendador?
Fuenteovejuna, señor.
¿Y quién es Fuenteovejuna?
Todos a una.”

Entretenidos con las varias impresiones de la jornada, nos dormimos, al fin, gratamente, despertando en el siguiente ama-

necer a influjos de la fragancia del ambiente. ¡Oh delicia! Salimos al patio, y desde luego, indicio de la proximidad de ruinas arqueológicas, vimos un prisma de piedra, (fig. 67), con una vara aproximada por base y alto de 0.38 c., ostentando claramente una fecha en jeroglíficos mayas y signos estelares del mismo conocido tipo.

Talla en bajorrelieve, con buen estilo en tres de los costados de la piedra. Esta es dura y de color rosado. La data en cuestión parece una fecha de Rueda de Calendario. La fórmula diurna está muy clara (figs. 66 y 67); se trata de 12 ahau. Pero el signo de mes hállase algo destruido. Su coeficiente indudablemente es la cifra 3; el emblema aseméjase a Chen. Aceptando esta identificación, se trata, entonces, de la fecha 12 ahau, 3 chen. Su posición en la Cuenta Larga puede fijarse en 9.11.13.0.0.

Los signos estelares de los costados no dejan el menor lugar a duda; son característicos.

Elocuentemente nos estaba diciendo la presencia de la fecha en cuestión, que habíamos alcanzado, por fin, las ruinas de una urbe prehispánica de la cultura maya, jamás visitadas antes por ningún experto en arqueología o viajero que comunicara la

to de conducirnos a la cercana finca de Santa Elena, en la que, dicen, abundan los monumentos parecidos al del patio de su casa. Allá nos encaminamos, pues. En todo caso, era la primera ciudad arqueológica que nosotros visitábamos, sin tener sobre



Fig. 67. Piedra con una fecha maya.
El Amparo.

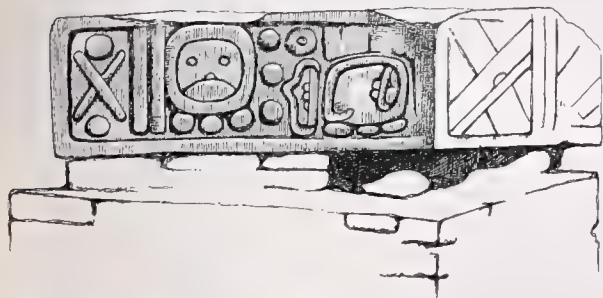


Fig. 66 bis. Dibujo de la inscripción de El Amparo.

noticia al mundo de la ciencia. Era, entonces, la primera ciudad maya, quizás, descubierta por mexicanos.

Con el alborozo que puede colegirse escuchamos del señor Guillén el ofrecimien-

ella constancias escritas ni otras referencias semejantes. Palpitábamos con la esperanza de admirar templos, pirámides, *stelae*, jeroglíficos, santuarios... toda una gloriosa expectativa! Algunas de estas ilusiones se lograron. Santa Elena—llamada Poco-Uinic por los indígenas de la comarca—es, en efecto, una urbe maya precolombina con reliquias de interés y suma importancia.

Apenas una hora más tarde, llegábamos a la barda que cerca el patio de la casa, ornada de tulipanes. Al fondo el edificio, con su tipo peculiar: base de mampostería; fachada encalada; portal espacioso sostenido

por columnas de madera; techo de dos aguas, con tejas; aposentos amplios. Inmediata, una segunda casa, utilizada para troje. No lejos, las cabañas indígenas, hechas de morillos. En medio del patio una gran ceiba; y allí junto, el poyo donde se enciende la lumbrada por las noches. Enredaderas vistiendo los muros. En el umbral, la-

jas con jeroglíficos casi invisibles, empotradas en tierra.

Y, sobre los primeros escalones, gentil y sonriente, como si hubiera estado aguardándonos, don Héctor Figueroa, joven de finos modales y aspecto el más amable, propietario de la finca, extendiéndonos la más graciosa bienvenida.

CAPITULO XIII

LA CIUDAD MAYA PRECOLOMBINA DE POCO-UINIC

Situación

LAS ruinas de Santa Elena encuéntranse en un ensanchamiento de la cañada del mismo nombre, por donde corre el río de los Dolores. El valle en este sitio mide sobre dos leguas de ancho. Limítanlo por el Norte el elevado cerro de Naj-Chuc o Naj-Chac (fig. 108) y una sucesión de crestas bajas, a cuyo opuesto flanco corre impetuosamente el Tzaconejá; al Sur, boscosas eminencias al pie de las cuales viene el río de los Dolores, entre barrancos acantilados; al Este, el abra o boca de la cañada, en confines de la finca La Providencia; y por Oeste el nacimiento de la propia cañada, a distancia de seis leguas, rematando en la alta cumbre de La Ventana.

El terreno inmediato a las ruinas es irregular y quebrado, especialmente por el Sur y por el Este. Numerosos arroyos parten caprichosamente la comarca. Todo está vestido de vegetación espesa descollando el liquidámbar, el cedro y el chuchum, abrigo de quetzales. Frutas de distinta clase por doquiera. El maíz, el frijol y el café se cosechan abundantemente en las tres fincas cercanas, Santa Elena, El Amparo y La Aurora. Puede decirse que la comarca presenta un aspecto paradisíaco.

Topografía

Trescientos metros al Sur de la casa de la hacienda, más allá del lecho de un arroyo minúsculo, el suelo se levanta con cierta brusquedad cosa de veinte o veinticinco metros, hasta nivelarse a la altura de una extensa plataforma, a primera vista natural.

Mirándola con atención se reconoce que hay una verdadera eminencia; pero el terreno fué remodelado. Queda, entonces, una mesa dilatada, la cual soporta los cimientos de muchas estructuras y edificios distribuidos con regularidad, formando Acrópolis. Las construcciones son precolumbinas.

El remodelado del suelo para dar asiento a templos, pirámides y otras estructuras agrupadas en orden y arrancando de un nivel uniforme; pero erigidas en alto con relación a la comarca adyacente, obsérvese en muchas ruinas aborígenes, Palenque, Yaxchilán, Toniná, Etzná-Tixmucuy, etc. Quiere decir que se trata de una práctica habitual entre los pueblos constructores de montículos. Con frecuencia dicha particularidad ha pasado inadvertida. En presencia de los basamentos piramidales, piénsase que a ellos se redujo el trabajo humano. Lo cierto es que, por lo regular, el terreno circundante está remodelado por la mano del hombre.

Superficie

El área de la plataforma sobre la que descansan las construcciones de Poco-Uinic mide, próximamente, 32,000 metros cuadrados.

Aspecto General

La mesa o plataforma sobre que descansan los edificios (fig. 68) se alarga longitudinalmente, conforme a una dirección general Oeste-Este. Su eje mayor sigue ese rumbo. En el sentido de su anchura se encuentra la línea Norte-Sur, bien que dicha orientación no sea enteramente precisa.

Hacia el extremo occidental de la plataforma levántanse cuatro terrazas escalonadas. La superficie de la superior forma una plaza, cerrada al fondo por un gran edificio de estructura en pirámide. Otros menores se levantan por el Norte, encuadrando una plazuela. Por su posición elevada constituye el grupo la porción más importante de las ruinas. Podemos llamarle Acrópolis o Grupo del Templo.

Así el edificio mayor como las terrazas en gradería que sostienen la Acrópolis ostentan escaleras en serie, las cuales dan acceso a una explanada inferior. Sobre esta última se descubren cierto número de montículos dispuestos, no con entera simetría, hacia los costados Sur y Norte. Otro tlaltel



Fig. 68. Reconstrucción de los edificios de Santa Elena Poco-Uinic (Chiapas).

de pequeñas dimensiones se encuentra próximo al eje de la plaza, aun cuando no en el centro del sistema. En fin, una pirámide de gran tamaño cierra el conjunto por la extremidad Oriente, coincidiendo con la línea eje. Podría designarse este conjunto como el Grupo de la Explanada.

Pequeños montículos se reconocen al Sur, un tanto exteriores respecto del sistema. Uno de ellos, muy breve en dimensiones, vecino de la pirámide oriental, manifiesta contener un sepulcro.

Estado de las Ruinas

La explanada y los montículos desaparecían bajo una capa densa de matorral cuan-

do nuestra visita; y árboles de gran tamaño crecían aquí y allá. El lugar formó parte de la montería de Bulnes. Quedan restos de un enorme cedro crecido al pie de la escalera (fig. 69) del edificio mayor, so-



Fig. 69. Restos de un cedro crecido al pie del Templo A.

bre los primeros peldaños. Tumbado el coloso a golpe de hacha y quemado después, desde el arranque, allí está aquel pedazo de tronco, elocuente testigo de la edad del monumento. Centenares de años debieron transcurrir para que sus vigorosas raíces prendieran entre los sillares de la gradería dando vida al árbol robusto, el diámetro de cuyo tronco excede de dos metros.

Nosotros hicimos desmontar el paraje, limpiando la explanada de la maraña (fig. 109) que la cubría y descubriendo las aristas de las estructuras.



Fig. 109. El basamento piramidal ch, con el cerro Naj-Chac, en el fondo.

En el templo principal encontramos vestigios de excavaciones practicadas por los buscadores de tesoros. Al pie de las pirá-

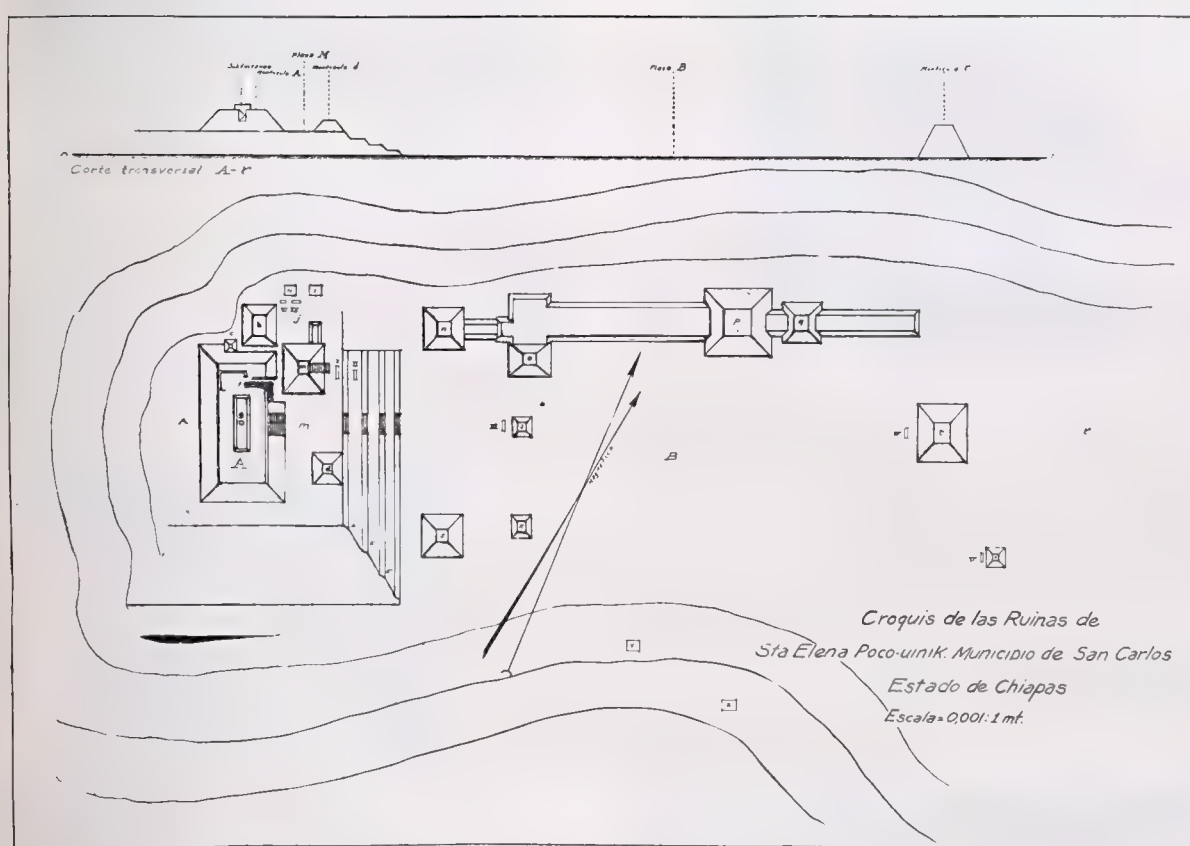


Fig. 70. Croquis de las ruinas de Santa Elena Poco-Uinic (Chiapas).

mides y en el centro de la plaza vimos *stelae* en fragmentos, desplomadas en tierra y hundidas en el lodo profundamente. En diversos lugares hallamos alteraciones más o menos importantes, ejecutadas recientemente.

Denominaciones

Designaremos con el nombre de Grupo del Templo o Grupo A (fig. 70) el conjunto de estructuras alzadas sobre las terrazas en gradería. El edificio del fondo será A. Las estructuras erigidas por el frente y los costados de aquel edificio serán *c*, *b*, *ch*, *d*.

La plaza frontera al edificio del fondo será *m* y la que corresponde a las pirámides *b* y *ch*, será *j*. Las plataformas o terrazas en escalón que sustentan el Grupo A, se designarán con A', A'' y A''', partiendo de la plaza *m* hacia la explanada inferior.

El conjunto de estructuras distribuidas en la explanada inferior se llamará Grupo de la Explanada, y esta misma se designará con B. Los montículos distribuidos en ella se señalarán con *n*, *o*, *p*, *q*, *r*, *s*, *t*, *k*, *x*. La gran pirámide del extremo Oriente será *r* (antes citada); el breve montículo inmediato a ella, por el Sur, es *x*. Los dos montículos exteriores al sistema, por este mismo lado, son *y*, *z*.

Los monumentos escultóricos se designan con números romanos. Al pie de la pirámide *ch* (lado Oriente) están la stela I y el pilar II. Hacia el centro de la explanada y cerca de la pirámide *t* hállase la stela III, principal entre todas las de estas ruinas. Al pie de la pirámide *r*, lado Poniente, está la stela IV. Junto a la pirámide *x* hállase la lápida grabada V. Finalmente, en la plaza *j* vimos dos breves restos de altar, VI y VII.

Distribución. Descripción General

Todas las estructuras (fig. 70) del Grupo B o de la explanada (*n*, *o*, *p*, *q*, *r*, *k*, *s*, *t*, y *x*) son basamentos piramidales, de

planta rectangular próximamente cuadrada.

n, *o*, *p* y *q* se encuentran ligadas como por una calzada en alto, la cual se prolonga al Este y al Oeste por un tramo considerable, ocupando prácticamente el costado Norte de la explanada.

r aparece aislada en el extremo Este del sistema. Prominente importancia debió poseer el culto a que se consagraba esta pirámide; todavía se descubre un obelisco o lápida con restos de jeroglíficos, semienterrado en el suelo frente a su cara principal. No lejos, hacia el Sur, hállase un montículo muy pequeño (*x*); sospechamos que contiene un sepulcro.

La superficie de la explanada, al presente, está llena de yerba, y aun árboles corpulentos han arraigado en muchas partes. Es verosímil, sin embargo, que haya tenido pavimento indígena consistente en el peculiar y fino cemento, mezcla de cal, arena y toba volcánica. No tuvimos tiempo de practicar excavaciones en confirmación del supuesto.

El Grupo A o del Templo descansa sobre las terrazas en gradería, construídas al extremo Este del sistema. Comprende cuatro construcciones: *a*, *b*, *ch* y *d*.

b, *ch* y *d* son troncos de pirámide de planta rectangular casi cuadrada. A es piramidal, de planta rectangular alargada; sus dimensiones son mucho mayores.

A, ocupa el fondo de la plataforma. *b*, *ch* y *d* aparecen distribuídas irregularmente por el costado Norte y hacia la parte de lantera.

Por su posición y aspecto, A debe tomarse como el templo o santuario principal. *b*, *ch* y *d* son basamentos sobre los que, probablemente, descansaban altares o adoratorios de material ligero (madera, etc.), de los cuales ningún vestigio queda.

Estructuras Principales

Edificio A. Estructura en pirámide truncada. Sobre su meseta, menor en dimensio-

nes, un edificio de planta rectangular alargada, reducido ahora al arranque de los muros (fig. 71). Hacia su centro, la abertura de una cripta con escalera (figs. 72 y 72 bis), penetrando al subterráneo; los peldaños dispuestos en dos tramos, hasta donde



Fig. 71. Restos de la construcción que coronaba el Edificio A.

aquello estaba descubierto cuando lo visitamos.

Escalera de acceso a la meseta, en la fachada exterior de la estructura. En gran saliente respecto de los paños de los cuerpos



Fig. 72. Escalera de la cripta abierta en el edificio A.

del edificio. Construída de sillares. El eje de la plaza *m* pasa por el centro de esta gradería. Hacia la parte inferior de los escalones, próximo al nivel de la plaza, nótase un macizo de grandes lajas a manera de altar o cosa semejante. Hállase en ruina, a causa

de haber arraigado un cedro enorme, del que los restos carbonizados quedan, encima de las piedras.

Por el lado Norte de la escalera un claro de los escombros permite apreciar varios cuerpos escalonados (entre tres y cuatro) integrando la estructura; sus alturas son di-



Fig. 72 bis. Otro aspecto de los peldaños del subterráneo del Templo A.

versas (figs. 73 y 74). En la actualidad sólo puede medirse el superior; para los demás serían indispensables las excavaciones. Cada cuerpo consta del paño vertical y la terraza o pasadizo respectivo. Los escombros sólo consintieron medir la del último piso,



Fig. 73. Cuerpos escalonados del Edificio A.

o sea el tercero o cuarto (fig. 74 bis), en un pequeño tramo descubierto. La siguiente terraza desaparece bajo el material des-

plomado (fig. 75). Es difícil, en el estado presente, apreciar si hay dos más o una solamente; en todo caso, el cuerpo inferior del edificio confina con el piso de la plaza m.



Fig. 74. Angulo de los cuerpos superiores del edificio A.

La meseta de A revela que el edificio consta de tres porciones, unidas al presente: una central y dos laterales. Las últimas son

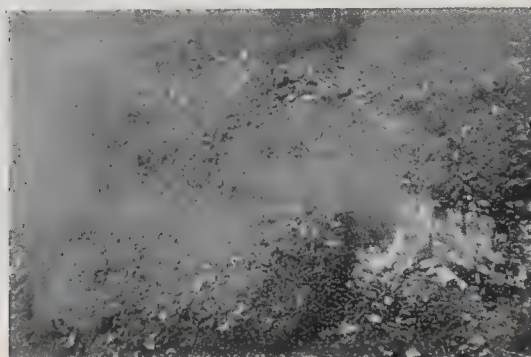


Fig. 74 bis. Escombros bajo el que desaparecía el Edificio A. Deja al descubierto una parte del cuerpo superior, con ligeros tramos de su terraza y del paramento vertical del cuerpo siguiente.

acrecciones o agregados añadidos al edificio. Sus límites se notan por el aspecto de las hiladas de piedra que establecen las juntas. Es verosímil que, en el lugar de la acreción septentrional, algún hundimiento allí ocurrido sugirió a los buscadores de tesoros la idea de excavar, a lo que procedieron abriendo un callejón o pasadizo y ahondándolo hasta que encontraron piso. Este piso es el de la terraza del cuerpo superior de la pirámide, correspondiente a su costado Norte.



Fig. 75. Otro aspecto de la figura 74 bis, mostrando el extremo donde el piso superior terminaba, antes de la acreción experimentada hacia este lado.

El pasadizo de referencia, por cierto muy angosto (fig. 75), aparece practicado penetrando en el macizo de la estructura, al Norte de la escalera y a la altura del tercer o cuarto cuerpo; pero repito que, a mi juicio, se trata de un trabajo reciente, obra de los buscadores de tesoros.

Las indicaciones expuestas permiten comprender que A es un edificio hecho de cuerpos en terraza, o sea escalonados, de los que únicamente puede apreciarse, y muy imperfectamente, la existencia segura de tres (fig. 76), a causa del escombros acumulado. El paramento del piso superior aparece vertical en el pequeño tramo donde es posible distinguirlo; e igual perfil creí advertir en el siguiente, menor en dimensiones. Su posición indica la existencia de otro por lo menos (invisible ahora, por el terrero desplomado), el cual, si en efecto fue-

re inferior descansará directamente sobre la plaza **m**, asiento de toda la estructura.

Una hilada de piedras en saliente (fig. 77), en lo alto del paramento o muro descubierto por el callejón, forma algo como

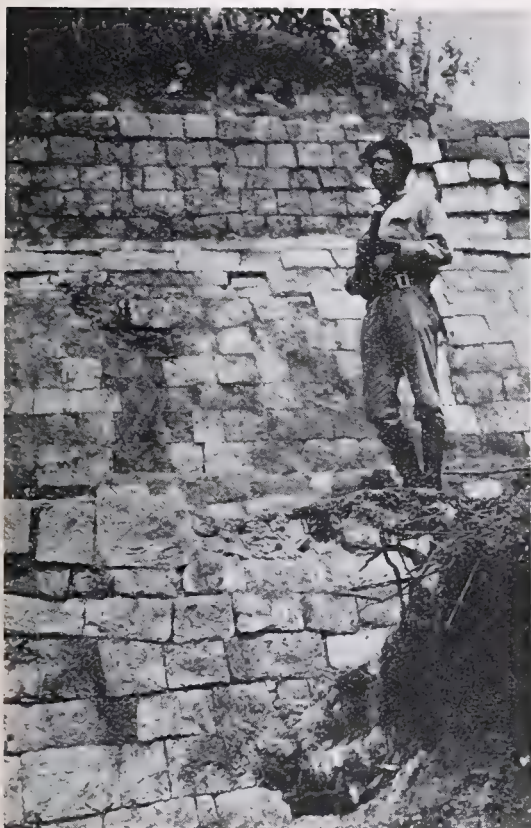


Fig. 76. Cuerpos de escalón, del Edificio A. Limpiados con posterioridad al descubrimiento de las ruinas, por don Mauro Quintero.

cornisa o friso. Como quiera que sabemos que ese muro constituye el costado septentrional de la estructura primitiva, a la altura del tercer o cuarto cuerpo, es decir, el límite hasta donde llegaba el edificio antes de la acreción que por este lado recibió, y la cual comienza precisamente en el sitio donde los buscadores de tesoros excavaron formando el callejón de referencia, esto significa, me parece, que el paramento de la estructura primitiva remataba por todas partes en el mencionado friso, lo que le habrá comunicado un peculiar aspecto decorativo.

Construcción

Sólo en un lugar pudimos examinar el núcleo de la construcción: en el fondo de la cripta. En un principio estaba cubierta de lajas o sillares; pero los buscadores de tesoros destrozaron aquellos elementos. Puede verse, ahora, que es de piedra en bruto y tierra muy endurecida.

El revestimiento de A se compone de bloques de sillería (fig. 81), cortados esmeradamente a escuadra. Varían sus dimensiones, siendo pequeños en su mayor parte. Aun las paredes del subterráneo mues-



Fig. 77. Bloques en saliente, a manera de cornisa, visible en el callejón practicado por los buscadores de tesoros, a la altura del cuerpo superior del Edificio A, y por el lado septentrional del mismo.

tran ese cuidadoso revestimiento (fig 78), hallándose los sillares, mayores y menores, alternativamente colocados. Tan perfectas son sus caras que en diversos sitios no se distingue mortero. Por el solo ajuste, cua-

trapeados en cierto modo, los bloques se sostienen entre sí con estabilidad perfecta.

El anexo septentrional está abierto o dividido en dos porciones, por el pasadizo



Fig. 81. Bloques cortados a escuadra, del revestimiento de los edificios de Santa Elena Poco-Uinic.

de referencia; pero, éste, sólo penetra en la estructura cosa de once metros. El fondo está cerrado. Su piso aparece embaldosado porque, según creo, corresponde a la terraza del cuerpo superior de la estructura primitiva, en el costado Norte de la misma. A virtud de esa circunstancia, vemos que dicho piso comunica directamente (fig. 75) a la terraza del frente de A, siempre a la altura del cuerpo superior de la misma; en otros términos, tratase en realidad de una sólo terraza formando ángulo, oriental la una y septentrional la otra de sus porciones.



Fig. 78. Bloques encuadrados de los peldaños de la cripta del Edificio A.

La arista de intersección por este lado, es decir, al extremo Norte del anexo, de las caras de la pirámide, es menor que la arista del extremo meridional de A. Mide

nada más 8.50 m., hasta alcanzar el nivel de la plaza frontera al edificio **b**, contiguo a A. Quiere decir que esta plazoleta (**j**) ocupa un nivel superior al de la plaza grande **m**. Probablemente este nivel correspondería al del primer cuerpo o piso de A, ahora cubierto de escombros. En otros términos, la terraza del primer piso de A comunicaría, tal vez, con la plazoleta **j**.

Las estructuras restantes, así del Grupo del Templo o del Grupo de la Explanada, se hallan muy en ruinas; o están en condiciones que impiden apreciar sus elementos a menos que se excave. No pudimos reconocer la naturaleza de sus núcleos y revestimientos. En todo caso, la abundancia de material de piedra, en los escombros (fig. 79) bajo los que se ocultan los res-



Fig. 79. Desmontando uno de los basamentos-pirámides.

pectivos paramentos, es bien perceptible. Mucho de ese material hállese en bruto, lo que no obsta para suponer que los revestimientos se compondrían de piedra cortada. La pirámide **ch** ostenta por su cara oriental vestigios inconfundibles de escalera. Verosíblemente todas las demás estructuras la tuvieron.

Terrazas

Cuatro plataformas escalonadas en terraza (fig. 80) sostienen el Grupo del Templo. Se comunican por escaleras situadas en serie, coincidiendo con el eje principal de la plaza **m**, la prolongación del cual hacia

el Este constituye el eje mayor de la explanada B. Esta gran línea lleva directamente al centro de la enorme escalera del edificio A o Templo de la Acrópolis, y al centro de la cara occidental de la gran pirámide r, que cierra el fondo de la explanada.

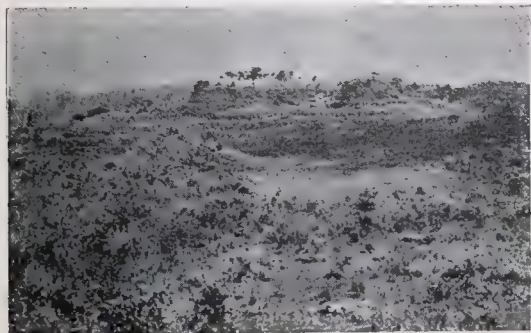


Fig. 80. Plataformas en serie que sostienen el Grupo A o Acrópolis de las ruinas de Santa Elena, vistas desde la gran explanada B.

Sólo desde la explanada se reconocen al presente (fig. 80) los paramentos y pisos de las plataformas o terrazas en cuestión, mirando a Oriente. Pero es posible que hayan existido por el Sur, como aparece en nuestra reconstrucción teórica (fig. 68).

Al presente allí se aprecia nada más una ancha superficie en desván.

Cada terraza limita con el paramento de la siguiente plataforma, cuya arista exterior forma a su vez el límite de la terraza siguiente. El estado de ruina de estas estructuras no me permite afirmar, categóricamente, si los paramentos componen paño vertical o tablero (como en la reconstrucción) o si estuvieron inclinados más o menos en talud. Sería preciso excavar para resolver el problema.

El nivel de la plaza m se levanta sobre 10 metros por encima del pavimento de la gran explanada B.

Orientación

Apreciadas con aparatos muy deficientes, en reemplazo de los que llevaba la Comisión y los cuales se quedaron en San Cristóbal, en manos de los topógrafos, po-

demo, sin embargo, afirmar que todas las estructuras presentan la misma orientación, es decir, sus caras son paralelas.

El frente de A mira a Oriente, con desviación de 23° al Norte, medidos con la brújula.

El frente de la pirámide oriental r, por el contrario, mira a Oeste, con la misma desviación hacia el Sur.

Por lo tanto, las aristas del paramento de A siguen la línea Sur-Norte, o Norte-Sur desviadas al Este y al Oeste respectivamente.

El eje de la plaza continuado en la explanada, entre A y r, lleva la dirección Oeste-Este con la misma desviación al Norte.

En esta posición respectiva de las dos estructuras principales, r y A, la visual dirigida desde algún punto de la plaza (acaso la ocupada por las *stelae*) hacia el sol occiduo, permitiría quizás distinguir su disco en el momento de los solsticios, con alguna relación a las aristas del templo principal. En esta hipótesis la disposición de los edificios de Santa Elena pudo haber sido deliberada. A fin de comprobarlo, nada tan oportuno como la fecha del 22 de junio o bien el 23 ó 24 en que afortunadamente estuvimos en el lugar. Sin embargo, las condiciones atmosféricas reinantes a la sazón (lloviznaba) me impidieron confirmar el supuesto; habrá que repetir las observaciones en nueva oportunidad.

Medidas

Las medidas que aparecen en el croquis (fig. 70) nada más deben considerarse como aproximadas, dado que nuestro reconocimiento del lugar fué con exceso rápido.

Consignaremos sólo algunas especiales:

Metros

Talud de la fachada del templo A, medido del ángulo S.E. de la meseta a la base del edificio..	11.03
Arista de intersección de las caras del templo A en el ángulo N.E.	8.50
Peralte de los últimos escalones des-	

	Metros
cubiertos bajo los escombros en el Templo A.....	0.66
Huella de los mismos escalones...	0.31
Anchura del pasadizo o callejón practicado en el macizo del Templo A, por el lado Norte en la parte superior.	0.73
Longitud del pasadizo.....	11.00
Altura del muro del cuerpo superior del templo A, que limita con el pasadizo.....	2.60
Alto del cornisón o friso en saliente del muro que limita con el pasadizo.	0.55
Ancho de la porción de terraza descubierta por el lado Norte de la fachada del templo A.....	1.34
Bloques a escuadra del friso del cornisón del muro que limita con la excavación del pasadizo...	0.29
Arista de intersección de las caras de la pirámide r.....	16.00

Sistema Constructivo

Por el análisis de los jeroglíficos de las *stelae*, según expondré adelante, cabe afirmar en lo absoluto que Santa Elena es una localidad arqueológica de filiación maya característica. Sin embargo, por lo que concierne al sistema constructivo observado en los edificios, unas pocas palabras parecen pertinentes.

Algunos de los elementos más importantes y peculiares de la arquitectura que llamamos maya, entre ellos la falsa bóveda y los "peines" o cresterías del techo, no se descubren aquí al menos hasta el momento de nuestra visita. Sólo encontramos los conocidos basamentos en pirámide truncada, comunes a los mayas y a otros pueblos procedentes de la altiplanicie o del Norte de la República. Sobre ellos descansaron santuarios al presente desaparecidos, los cuales estuvieron seguramente contruídos de material ligero.

Ni en la cripta del templo A aparece la falsa bóveda o bóveda apuntada de los

mayas; a pesar de que el sitio se prestaba a maravilla para fabricarla. Recuérdense los llamados subterráneos del Palacio de Palenque. Tanto más sorprende esta particularidad, cuanto que en Toniná, quince leguas al N.W. de Santa Elena, el uso de la bóveda en cuestión es prominente. Más cerca aún, en dirección oriental, a menos de diez leguas, ocurre lo propio en Agua Escondida, conforme a la interesante exploración de Blom (1926, "Tribes and Temples").

Con todo, recuérdese que en una de las ciudades clásicas del imperio antiguo maya, Copán, la falsa bóveda apenas aparece. A semejanza de Santa Elena, casi todas las construcciones son estructuras macizas, en pirámide truncada, con núcleos de piedra en bruto y revestimientos de sillares a escuadra. Casi no hay cámaras abovedadas; y puede presumirse que tuvieron cielo o techo plano.

No es único el caso de Santa Elena, por tanto, en la cultura maya. Se enlaza, además, este tipo de urbes y edificios, con los de algunas ciudades de la altiplanicie mexicana, Teotihuacan entre ellas. El paralelo no resulta improcedente aun cuando sorprenda de pronto, pues que, como en otra parte se verá, hay razones de peso para fiar culturalmente los emporios mayas y los llamados toltecas.

Por lo que toca a las cresterías o "peines" de los edificios, tan importantes en la zona de Tikal, así como en Palenque, Toniná, las ciudades del Usumacinta (Yaxchilán, etc.) y aun en la Península yucateca (Uxmal, Chichen, Tixmucuy, etc, etc.), faltan en lo absoluto en Santa Elena. Pero faltan también en Copán.

Por cuanto a los muros se refiere, por lo poco que puede apreciarse entre los escombros del templo A, Santa Elena se incluye entre los de paramentos verticales o casi verticales, no habiendo podido apreciar en el curso de nuestra exploración muros superiores inclinados, al estilo de Palenque y otras partes.

El uso de sillares bien cortados en el revestimiento, como los de la urbe objeto de este estudio (fig. 81), se extiende a la mayoría de las ruinas arqueológicas de la región maya y más lejos todavía.

Relieves y Esculturas

Encontramos objetos esculpidos en piedra, en los sitios siguientes:

I. Inmediaciones de la pirámide **ch**, al Este de la estructura, sobre la tercera terraza.

II. Junto a la escalera de la misma pirámide **ch**, sobre la cuarta terraza o plataforma.

III. Fragmentos 1-8. Al Suroeste de la estructura **t**, cosa de doce metros distante.

IV. Al pie de la cara occidental de la pirámide **r**.

V. Junto a la cara occidental del pequeño montículo **x**, al Sur de **r**.

VI y VII. En la plazoleta **j**.

Stela I. Hállase esta pieza dividida en tres fragmentos (1, 2 y 3). Unidos por los expedicionistas, presentó el aspecto que aparece en los dibujos (figs. 82 y 83). Trátase de una stela originalmente monolítica, con bajorrelieves en sus dos caras.

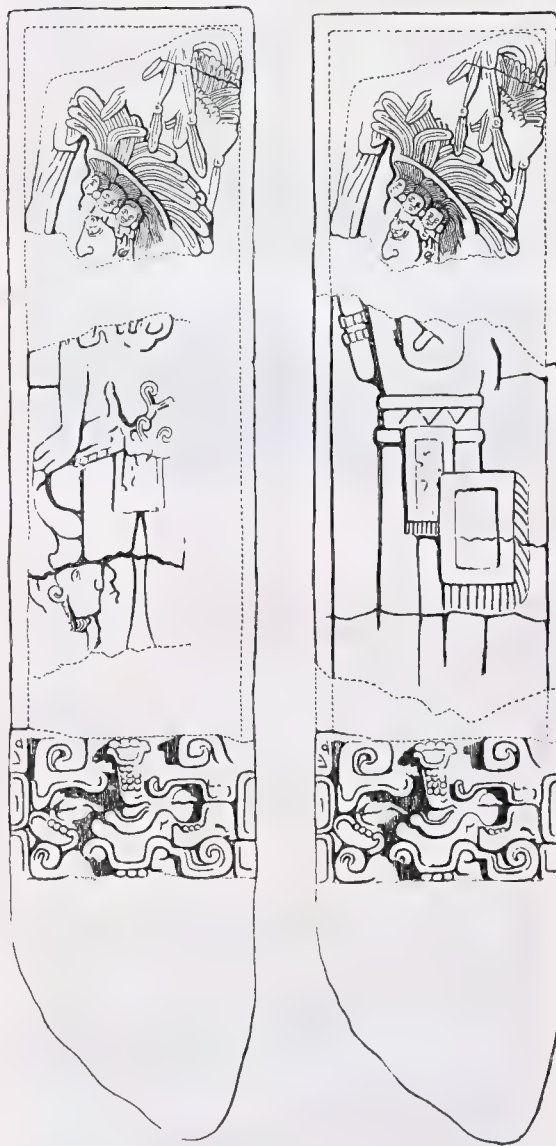
DIMENSIONES

	Metros
Longitud.	3.94
Anchura.	0.76
Espesor.	0.30

La forma es la típica de esta clase de monumentos. El extremo inferior de la piedra aparece aguzado en punta, y sin pulimento, indicando que el objeto se enclavaba en el suelo (fig. 84), para mantenerlo erecto.

Su posición a breve distancia de la importante pirámide **ch** (la más alta del Grupo de la Acrópolis), enfrente de ella, puede decirse, denota alguna relación entre los emblemas grabados en sus caras y el culto a qué se consagraba aquélla (fig. 85).

Regularmente en esta clase de piezas la cara dirigida al edificio y que se distingue con **a**, presenta figuras humanas; mien-



Figs. 82 y 83. Dibujos reconstructivos de la stela I.

tras que la opuesta exhibe jeroglíficos katúnicos. En el caso de la stela I ambas muestran imágenes humanas y zoomórficas en relieve; esto dificulta decidir cuál veía para la pirámide.

Quizá los costados o canto de la piedra tenían inscripciones katúnicas; pero no es posible afirmarlo atento el desgaste de la misma por los agentes atmosféricos. Lo po-

sitivo es que, al presente, no se reconocen ningunos emblemas jeroglíficos.

En la cara que, arbitrariamente, llamaremos a, aparece la figura de un personaje de pie, a cuerpo entero, y otro postrado a sus pies (fig. 86), hacia el lado derecho. Este segundo, del que sólo ha quedado la ca-



Fig. 84. Extremo terminado en cuña, de la stela I (rota en fragmentos).

beza, exhibe proporciones menores, como si se tratara de un cautivo. Hay analogía con las composiciones escultóricas y los relieves de Piedras Negras y otras ciudades mayas: en lugar prominente, el caudillo guerrero vencedor o bien la deidad imperante; a sus plantas, el cautivo o el adorador.



Fig. 85. Estructura piramidal ch. Santa Elena.

En la stela I el cuerpo de este segundo personaje que, en los monumentos similares, suele aparecer de hinojos, ha desaparecido. Por lo menos, no encontramos los fragmentos.

Como se dijo, la stela hállase rota en tres porciones 1, 2 y 3. Sólo el fragmento número 2, que es el central, presenta re-

lieves por el anverso y el reverso; en los otros, correspondientes a la cabeza y a la base, nada más por un lado se conservan los labrados, habiendo desaparecido en la opuesta cara, a causa del desgaste del objeto. Se hace difícil decidir a cuál de las del fragmento central (2) corresponden los



Fig. 86. Fragmento 2 de la stela I.

existentes en las partes 1 y 3. En la duda hemos intentado dos reconstrucciones, según aparece en los dibujos (figs. 82 y 83).

La cabeza de personaje, que se conserva (fragmento 1), sea que corresponda al anverso o al reverso de la porción central (fragmento 2), ostenta (fig. 87) airoso y hermosísimo penacho de plumas, tratado



Fig. 87. Fragmento 1 de la stela I; presenta la cabeza del personaje figurado en el monumento.

con gran audacia y libertad de líneas. En algunos relieves de Yaxchilán y Piedras Negras recuerdo haber admirado elegancia comparable.

Una y otra de las figuras del fragmento central hállanse desgastadas. Por los elementos existentes puede afirmarse que am-

bas representan personajes del sexo masculino. Uno porta (fig. 88) escudo con plumas; en el otro se advierte algo semejante a un ceñidor (fig. 86).



Fig. 88. Anverso o reverso del fragmento 2 de la stela I.

Rasgo peculiar y originalísimo del tocado de este personaje es un ringlero (fig. 87) de tres breves caretas o mascaritas, dispuesto por sobre la frente. Cada una luce espesa cabellera y largas plumas. Aspecto de vivo realismo. ¿Retratos? El detalle acusa suma habilidad en el artista, constituyendo al objeto en un ejemplar precioso y nada vulgar de la escultura maya.

Del rostro mismo del personaje y aun cuando ahí precisamente se rompió la piedra, queda lo bastante para distinguir el inconfundible perfil maya, en su mayor pureza; por cierto que, en el caso en cuestión, el acabado ofrece una suavidad y perfección admirables.

Como base de la figura central (cualquiera de las dos citadas), aparece en el fragmento 3, intacta por fortuna y en relieve más profundo, una gran cabeza estilizada (fig. 84) de serpiente o tigre (lo segundo más probable). El tratamiento de esta porción es muy enérgico; el relieve, profundo. En Quiriguá hay imágenes parecidas, también hacia la base de los labrados escultóricos de las *stelae*.

La stela II es una piedra cuyas características se borraron a causa de la intemperie. La forma como de pilar es manifiesta. Han desaparecido los relieves, si los tuvo. Su posición enfrente de la pirámide *ch* y cerca

de la escalera, indica la relación que con dicho edificio guardaba. Pudiera indicar, asimismo, la falta de inscripciones, que el monolito no alcanzó a terminarse; pero no lo encuentro probable. Me inclino a que los agentes atmosféricos las desgastaron. O bien se trata de un monumento que lucía pinturas.

Stela III. (Fragmentos 1-8). Culmina por su importancia entre todos los monumentos escultóricos de Santa Elena. Contiene, visibles en parte y labradas en relieve, inscripciones katúnicas, las cuales permiten, tal vez, fijar relativamente al menos, la edad de esta urbe maya.

La encontramos en la gran explanada B, 12 ó 14 metros distante de la pequeña pirámide *t*, y al Suroeste de la misma.

Hallábase volcada en tierra, hundida profundamente en el lodo y rota en no menos de nueve fragmentos, ocho de los cuales conseguimos ajustar reconstruyéndolos en la forma que se ve en el dibujo (fig. 90).

El material es una caliza blanco-amari-llenta, un tanto blanda y profundamente alterada por la humedad. El agua corroyó el relieve en varias partes, desgastándolo profundamente, lo que impide identificar algunos de los glifos y justamente en la porción más importante, la cabeza del monumento. En otras partes, sobre todo donde la inscripción finaliza, los elementos jeroglíficos se conservan clarísimos, ostentando, por cierto, sobriedad de adorno y suma firmeza de línea. Por la parte inferior, el monumento aparece aguzado en punta; quiere decir, que esta porción se enclavaba en tierra a fin de mantenerlo erecto.

La stela presenta ornato por sus dos caras: figura humana en el anverso (a) y columnas de jeroglíficos en el reverso (b). Esta parte es una inscripción maya, katúnica, del todo típica. Ambas, anverso y reverso, hállanse ejecutadas al relieve. En los glifos alcanza éste un centímetro de altura. En la cara *a* es mayor, sin que sea fácil medirlo con exactitud, porque la figura allí labrada reciente los efectos de la humedad.

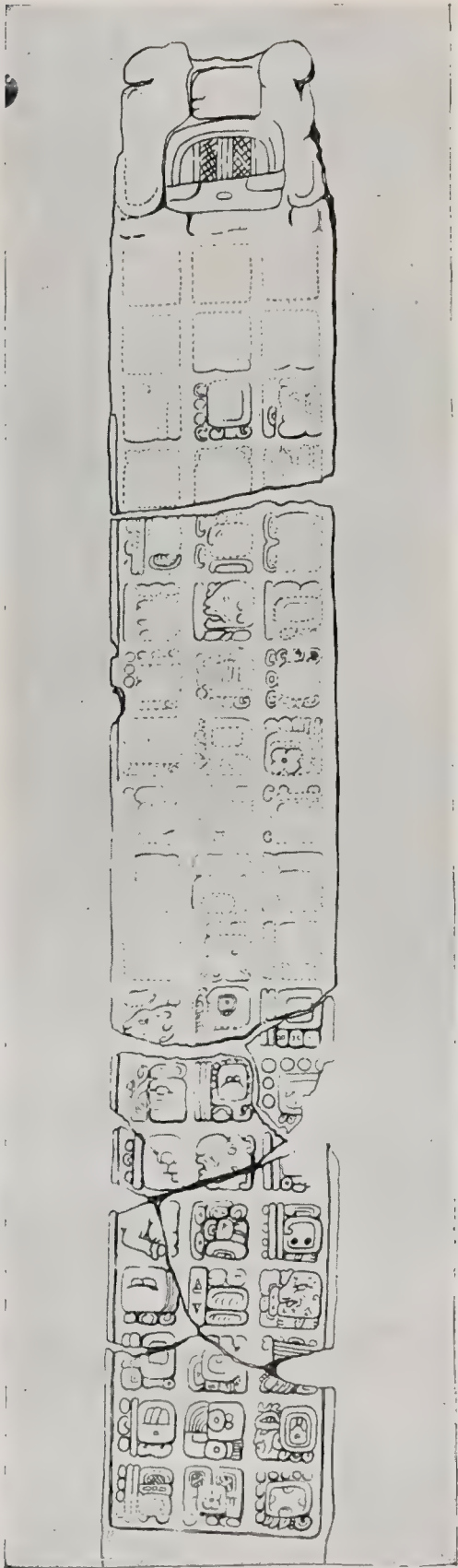


Fig. 90. Dibujo reconstructivo de los ocho fragmentos de la stela III.

Las columnas con glifos katúnicos ocupan, puede decirse, todo el cuerpo de la stela, salvo la porción inferior o cuña (fig. 90'), destinada a clavar el objeto en tierra. La figura humana del opuesto lado (figs. 91 y 91'), consérvese, únicamente, en una parte del anverso de la piedra, hacia la parte superior de la misma. Quizá las porciones restantes desaparecieron borradas por la humedad.



Fig. 90 bis. Figura labrada en la parte superior del anverso de la stela III.

Levantamos los fragmentos colocándolos erectos, como se aprecia en las fotografías (fig. 92 y 92'); y procuramos ajustarlos para ensayar la lectura de los jeroglíficos.

DIMENSIONES	
	Metros
Longitud de los fragmentos reunidos.	5.40
Ancho.	0.64
Espesor de la stela. . . .	0.23

Alto del relieve en la cara
de los glifos. 0.01

Relieves

Por la cara **a**, pero sólo en el fragmento superior (1), la stela presentaba el relieve muy destruido, que reproducimos en las fotografías (figs. 91 y 91 bis). El desgaste de la piedra es notorio. Apparentemente se trata de un rostro de tamaño enorme, labrado de frente, con restos de ojos y de boca tal vez humanos. El deterioro del monumento impide los comentarios. El aspecto de lo que se conserva resulta insólito en el bajorrelieve de la zona maya;

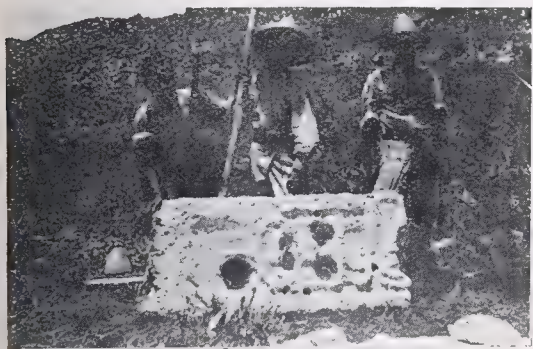


Fig. 91. Figura labrada en la parte superior del anverso de la stela III.

da la impresión de algo muy primitivo y con exceso tosco. Pero estoy en duda sobre si lo que al presente vemos se asemejará al aspecto original. Hay tanta diferencia de estilo y tratamiento entre lo que aparece aquí y el bajorrelieve del reverso de la piedra, que a no ser porque el anverso puede considerarse perdido o poco menos, se pensaría que la stela fué labrada en dos épocas lejanas entre sí, primero por su cara **a**, y con mucha posterioridad en la **b**, cuando los artistas poseían pericia superior.

Cara **b**. Precedidas por el peculiar y conocido Glifo Introdutor, el cual, por cierto, a diferencia de lo que se observa comúnmente, abraza aquí la anchura total de la inscripción, aparecen ocupando el conjunto de esta cara, tres series de emblemas arregladas en columna. El tipo de los sím-

bolos es el de la escritura maya; más particularmente la llamada cronológica o katúnica. Hay signos al presente bien cono-



Fig. 91 bis. Otro aspecto de la fig. 91.

cidos de los analistas; otros, no descifrados todavía. Pero el arreglo de los glifos manifiesta, con entera claridad, una inscripción

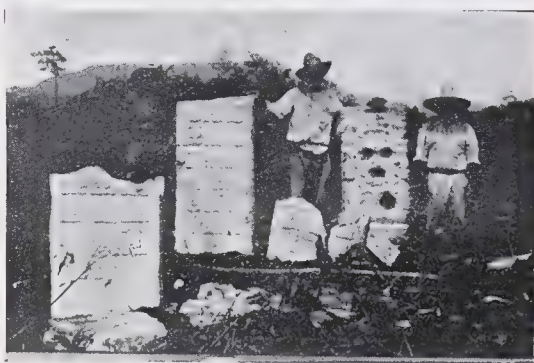


Fig. 92. Fragmentos levantados que componían la stela III.

análoga por naturaleza a todas aquéllas que han llegado a leerse en las ruinas de la cultura que nombramos maya, bien que los

jeroglíficos de Santa Elena ofrecen algunas particularidades insólitas, las cuales acrecen su interés y su importancia.



Fig. 92 bis. Otro aspecto de los fragmentos que permiten apreciar su espesor.

Numeración de los glifos

El dibujo (fig. 90) muestra la disposición y forma de los símbolos. Su identificación, hasta donde mis alcances me permitieron intentarla, durante la breve visita hecha al lugar, queda establecida en la lista que sigue, para la que empleo la notación usual; pero practicando la lectura a tres columnas, por motivos que se expresan adelante:

- A 1 — Glifo introductor.
- B 1 — Glifo introductor.
- C 1 — Glifo introductor.
- A 2 — Glifo introductor.
- B 2 — Glifo introductor.
- C 2 — Glifo introductor.
- A 3 — Glifo introductor.

- B 3 — Glifo introductor.
- C 3 — Glifo introductor.
- A 4 — 9 baktunes, ciclos?
- B 4 — 12 katunes?
- C 4 — 2 tunes?
- A 5 — 0 uinales?
- B 5 — 0 kines?
- C 5 — Glifo G de la Serie Suplementaria?
- A 6 — Glifo F de la Serie Suplementaria?
- B 6 — 2 **ahau?**
- C 6 — Glifo C de la Serie Suplementaria?
- A 7 — Glifo X de la Serie Suplementaria?
- B 7 — Glifo B de la Serie Suplementaria?
- C 7 — Glifo A de la Serie Suplementaria? con el guarismo 10.
- A 8 — 18 **Xul** o 13 **Pop.**
- B 8 —
- C 8 — Fin de?
- A 9 —
- B 9 —
- C 9 —
- A10 — 4 Kines, 6, 7, 8 ó 10 uinales de Serie Secundaria.
- B10 — 4 tunes de Serie Secundaria.
- C10 — 1 katún de Serie Secundaria.
- A11 —
- B11 — 2 **ahau?**
- C11 — Glifo G de la Serie Secundaria? ¿Repetido?
- A12 —
- B12 —
- C12 — 2 kines y 7 ó 10 uinales de Serie Secundaria?
- A13 —
- B13 —
- C13 —
- A14 —
- B14 —
- C14 —
- A15 — Cabeza de tigre.
- B15 — Glifo E de la Serie Suplementaria?

- C15 — 10 signo de día.
 A16 —
 B16 — 15 ó 18 Mol?
 C16 — 4 kines, 3 ó 4 uinales de Serie Secundaria.
 A17 —
 B17 —
 C17 — 10?
 A18 —
 B18 — Fin de?
 C18 — 14 Tzec o Yax?
 A19 —
 B19 — **Ben-lk.**
 C19 — Cabeza de tigre.
 A20 —
 B20 —
 C20 — ? kines, 17 uinales de Serie Secundaria.
 A21 — 7 tunes de Serie Secundaria.
 B21 —
 C21 — 5 ó 9, 11 ó 12 Cib.
 A22 — 14 Uo o Chen?
 B22 — Signo equinoccional o solsticial.
 C22 — 4 kines, 4 uinales de Serie Secundaria.

Los emblemas de identificación dudosa, bien por deterioro de la piedra o por falta de datos acerca de su inteligencia, están marcados en la lista con signo de interrogación; asimismo aquellos respecto de los cuales el autor propone una interpretación original. Respecto de los símbolos cuyo sentido no se conoce, se les describe únicamente aludiendo a alguno de sus rasgos más aparentes.

Desde luego se advierte que la cabeza de la inscripción está borrada, prácticamente perdida. Apenas, y con vaguedad, percíbese uno de los glifos (en B6) y se reconoce el Glifo Introdutor.

Su presencia, sin embargo, junto con otros diversos elementos, permite afirmar que se trata de una fecha de la Cuenta Larga expresada en Serie Inicial, análoga a las de las demás *stelae* mayas, e inscritas semejantemente, es decir, en la misma posición relativa del monumento, la cual es,

ciertamente, la principal. El hecho de haberse desgastado los glifos aquí precisamente, constituye un contratiempo por demás sensible, toda vez que desaparecen los recursos más importantes de que dispone el analista para intentar la lectura.

Algo puede lograrse, sin embargo, a lo que creo, con el auxilio de los elementos existentes.

El Glifo Introdutor se reconoce sin dificultad, bien que nada más se percibe la silueta de la figura sobrepuesta al tun, en la que parece distinguirse una cabeza probablemente de animal (fig. 93). El sufijo



Fig. 93. Cabeza de la inscripción, correspondiente a la Serie Inicial.

ha desaparecido. Los dos apéndices laterales tampoco se reconocen. Nótese, en todo el conjunto, cierta falta de elaboración y ornato, bien que algunas veces, en monumentos de época posterior, los glifos presentan un tratamiento más sumario.

El desgaste de la figura sobrepuesta al tun es sensible. Teeple ha demostrado que,

a veces cuando menos, hay relación entre estas figuras y los cálculos consignados en la inscripción; aparte que aquéllas prestan en ocasiones indicios para identificar el glifo de mes o uinal, al fin de la Serie Inicial, por más que me parece cuestionable la universalidad de esta regla.

Otras veces el emblema anuncia que los cálculos subsecuentes aluden a configuraciones del planeta Venus. En general, quizás el símbolo indica la naturaleza especial de la inscripción o, mejor dicho, el objeto concreto de las especulaciones más importantes en ella contenidas: reajustes del calendario, tablas lunares, registro de eclipses, etc.

Pero en el caso actual, el desgaste de la figura, cuyo contorno se asemeja a diferentes siluetas conocidas (la cabeza del tigre, el dios joven correspondiente al número ocho, el dios solar del número cuatro, etcétera), impide cualquiera inferencia. Sólo sabemos que el Glifo Introdutor presenta la figura en cuestión, junto con los demás usuales elementos componentes.

Sí extraña que el Glifo encabece la totalidad de la inscripción, abrazando las tres columnas que la forman. Por lo regular, comprende este símbolo una o cuando más un par de columnas (y lo segundo se repite con frecuencia), aun cuando la inscripción tenga varias, como en el tablero de la Cruz de Palenque; sólo si la totalidad del texto se desarrolla en una o dos columnas, el Glifo Introdutor abraza la inscripción entera, como en la stela N de Copán o en la A de Quiriguá. Casos hay (stela 3, Tikal) en que toda la inscripción comprende dos columnas; pero el Glifo Introdutor encabeza solamente la primera.

Añadiremos que, en sentido vertical, la figura de que se trata, en el ejemplar de Santa Elena, ocupa el espacio de tres bloques jeroglíficos.

La stela III de la ciudad chiapaneca que estudiamos, resulta, por tanto, anómala en tan interesante particular.

Serie Inicial

Al tenor del orden habitual, vienen a continuación (o hay que suponerlo) los glifos correspondientes a la Serie Inicial (fig. 93). Es la parte más desgastada de la stela, de la cual ocupa el fragmento I, entre los varios en que la piedra quedó dividida al romperse. Apenas se perciben el contorno de los bloques y alguno que otro detalle casi indefinido. Por los que mejor que verse se adivinan, creo que los glifos de período (tunes, katunes, etc.), afectan la forma de cara. En cuanto a los coeficientes, hasta donde se alcanza a percibir, su forma parece la normal, barras y puntos. Pero encontré muy difícil, aun recurriendo al tacto, determinar el número de éstos con precisión satisfactoria.

Existe, asimismo, el coeficiente que denota cero, también en la forma normal a juzgar por la silueta. De todas suertes, el deterioro del objeto es lamentable.

La posición relativa de los bloques, junto con los detalles más perceptibles en los glifos, suministra, sin embargo, luces muy útiles a la investigación. He aquí algunas sugerencias provisionales. Practicando la lectura en el sentido acostumbrado, resultarían los elementos de la Serie Inicial distribuidos como sigue:

A 4		? Baktunes.
B 4		? Katunes.
A 5		? Tunes.
B 5		? Uinales.
A 6		? Kines.

Téngase presente que el Glifo Introdutor abraza, como dijimos, el espacio de tres bloques en sentido vertical, quiere decir A1, B1, C1, A2, B2, C2, A3, B3 y C3.

Completo los glifos de período, vendría, entonces, la declaración de día. Confirmando la hipótesis, he aquí, efectivamente, en B6, un marco como aquellos en que regularmente se encierran los signos diurnos. Lleva coeficiente numérico, según debíamos esperarlo, el cual consiste en dos

puntos, aun cuando a primera vista parecen cuatro; pero los otros son crecientes de ornato.

Falta averiguar el nombre del día, los pormenores de cuyo glifo no se distinguen con claridad dentro del marco respectivo. Casi han desaparecido. Por analogía con multitud de monumentos cronológicos podemos conjeturar que se trata de **ahau**. Lo que sí conocemos, positivamente, es la cifra de su coeficiente, quiere decir, **dos**.

Con la lectura del nombre y el coeficiente del uinal completaríamos, ahora, una fórmula de Rueda de Calendario, muy útil con ayuda de otros elementos en la determinación de la Serie Inicial; bien que, por sí sola, no ofrece datos cronológicos más que dentro del término de 52 años. En otros términos, esta clase de fórmulas recurren al cabo de ese período. De todos modos, grande es su importancia. Conforme al método habitual, dicho glifo denotativo del uinal ocupa una entre tres posiciones: **a**). Inmediatamente a continuación del signo del día, quiere decir, en el caso que se estudia, en A 7; **b**). Tres glifos adelante, o sea en A 8, a seguida de los glifos G y F de la Serie Suplementaria, los cuales, dentro del supuesto, ocuparán los bloques A7 y B7; **c**). Después del conjunto de la Serie Suplementaria, integrada regularmente por ocho glifos (G, F, E, D, C, X, B y A). Según esto el uinal quedaría colocado en A11.

Examinando los jeroglíficos, la segunda posibilidad es la que parece viable. A7 y B7 hállanse al extremo borrados; mas por su posición relativa, pueden corresponder, ciertamente, a los glifos G y F. En lo que respecta a A 8 se encuentra en el segundo de los fragmentos en que la piedra se partió al romperse. Dentro del supuesto anterior, allí debe leerse el uinal. El bloque glífico no está completo (la ruptura lo afecta) y ha sufrido algún desgaste; pero sin lugar a duda se advierten los trazos de un glifo con el aspecto peculiar de los uinales, precedido, además, por un coeficiente

de barras y puntos, según debía suceder. La fórmula, por tanto, se completa.

Si el glifo mismo no se reconoce con perfecta claridad, en cambio se aprecia que el coeficiente consta de dos o tres barras y de tres puntos, quiere decir, denota la cifra 13 o la 18.

Uno de estos guarismos, efectivamente (13 ó 18), debe preceder al uinal, en la fórmula en cuestión, siempre que el día primeramente declarado sea **ahau**. Porque ahau ocupa solamente esas y otras dos posiciones en los meses. Y hemos supuesto que se trata de tal importante signo diurno. Principian a corroborarse, en la **stela** de Santa Elena, los datos esclarecidos por el análisis.

Lo expuesto no basta, sin embargo, para averiguar el nombre del uinal, sin cuyo conocimiento exacto resulta imposible leer la fórmula y establecer la declaración cronológica.

Cuando hay Series Secundarias subsecuentes, y se consigue ligarlas con la inicial, puede restablecerse esta segunda fórmula siempre que el texto exprese, directa o indirectamente, el punto de partida de la Serie Secundaria. En la **stela** III reconócese tales Series (A10, B10, C10; C12; C16; C20, A21); pero borrados o destruidos justamente aquellos glifos donde podrían figurar las declaraciones de uinales y kines de que se trata (A11, B11, C15, B16, C17, C18 y A22). Al henderse el monumento, la división de los fragmentos comprendió, precisamente, algunas de las partes más interesantes de la inscripción.

Antes de proseguir, conviene que se note una anomalía por demás interesante que ofrece la **stela**, al grado de singularizarla, pienso, entre todos los monumentos mayas al presente conocidos. El método usual de lectura de las inscripciones, todos lo saben, hácese por pares de columnas. En otros términos, B1 viene después de A1; síguense A2 y B2; a continuación A3 y B3, y así en lo sucesivo hasta el fin del par de columnas, procediéndose entonces a leer por

igual orden las columnas siguientes C y D, y luego las demás que hubiere.

La stela III comprende nada más tres columnas, A, B y C. Acaso por esto, apartándose de la regla que hasta ahora se creía invariable, la lectura se desarrolla a triple columna, a lo que entiendo; quiere decir, en el orden A1, B1 y C1. A2, B2 y C2, etcétera, etc. He aquí los motivos que sugieren ese método.

La primera Serie Secundaria adviértese en A10, B10. Al tenor acostumbrado, el primer glifo (A10) comprende los coeficientes de los kines y de los uinales, expresados con puntos y barras. Aquellos son cuatro; éstas, dos, o sea diez uinales. Por cierto que el deterioro de las barras induce a dudar si en vez de la superior aparecen dos o tres puntos, error en que incurrí al principio; un análisis detenido, sin embargo, convence de que hay dos barras horizontales. Como debía esperarse, B10 presenta el glifo del tun, con su coeficiente respectivo, que es 4. En el orden usual la Serie debería continuar en A11; sin embargo, he ahí en C10 el glifo del katun, con 1 por coeficiente. La Serie Secundaria leída en esta forma resulta perfectamente normal, a saber 1.4.10.4.

El caso, por sí solo, no sería concluyente. En C12 parece principiarse otra Serie Secundaria integrada por 10 uinales y 2 kines. Suponiendo que prosiga en A13, ahí estarían los tunes; pero es difícil comprobarlo por la destrucción del glifo. En C16 creo reconocer otra Serie Secundaria compuesta de 4 kines y 4 uinales; tampoco A17 muestra elementos bastantes para resolver si ahí están los tunes. Pero el caso de C20 y A21, ofrece suficiente claridad. Aunque roto el primer glifo, queda lo bastante para afirmar que contiene la primera parte de una Serie Secundaria, quiere decir, expresa los uinales en número de 17; la rotura de la piedra impide decidir si también consigna algunos kines. Y a continuación, en A21 patentemente se recono-

cen 7 tunes. La Serie, por tanto, declara claramente 7.17.?. Y sólo desarrollada a triple columna, la lectura, obtiéndose el resultado en cuestión.

Hay otro argumento corroborativo. C21 presenta un glifo de día (Cib, según creo) precedido por un coeficiente en forma de cara, al parecer 9, 5, 11 ó 12. Y a renglón seguido, en A22, aparece, aun cuando desgastado, un glifo de uinal con el coeficiente respectivo, claramente señalado como 14; juntos los dos bloques declaran una fórmula de Rueda de Calendario, perfectamente normal. Leyendo a dos columnas, en el orden usual, no se obtendría aquí resultado alguno congruente.

Todavía encuentro alguna consideración sugestiva en apoyo de la lectura propuesta: los elementos que restan de la Serie Suplementaria. El razonamiento descansa en la posición relativa de estos glifos, más bien que en sus pormenores, supuesto que esta parte de la inscripción, comprendida en el primer fragmento de la *stela*, es la que ha sufrido mayor desgaste.

Sabemos, sin embargo, que las Series Suplementarias vienen ordinariamente, a seguida de la declaración de *día*, en la fórmula de la Serie Inicial; y que el glifo A de ellas precede, puede decirse que invariablemente, a la declaración de uinal de la misma forma. El lugar ocupado por esta última lo conocemos, aun cuando el glifo ha sufrido desgaste; corresponde a A8. Asimismo, el coeficiente ahí puesto, 13 ó 18, manifiesta que se trata del uinal. Pues bien, examinando el bloque C7, el cual sería el glifo inmediatamente anterior, leyendo a tres columnas, nótanse trazas de la forma del glifo A, de las Series Suplementarias, a saber, el símbolo lunar, apreciándose muy especialmente un coeficiente formado por dos barras (quiere decir, 10) y colocado no a la izquierda, sino a la derecha del glifo, circunstancia enteramente peculiar del glifo en cuestión.

A mayor abundamiento, dicho glifo se acompaña, exclusivamente, ora de un coeficiente por valor de 9, ora por valor de 10, como en el caso presente. Todo concurre, según vemos, a persuadirnos de que se trata en C7 del glifo A de la Serie Suplementaria, leyendo la inscripción a tres columnas: (a) la posición, antes del símbolo del uinal; (b) el valor del coeficiente, a saber, 10; (c) la posición de éste a la derecha; (d) la forma del emblema lunar, en lo que se conserva del glifo mismo.

En esta hipótesis, y borrados los otros glifos del fragmento, excepto B6, donde reconocemos la fórmula diurna (por el coeficiente y el marco en que se encuadra el signo ahí contenido), podemos conjeturar la verosimilitud de la siguiente distribución de la Serie Suplementaria, en la **stela** III de Santa Elena.

- B7 será el glifo B.
- A7 será el glifo X.
- C6 será el glifo C.
- A6 será el glifo F.
- C5 será el glifo G.

No aparecen los glifos D y E, como vemos; pero tampoco los presentan todas las inscripciones. Quiere decir que, en la fecha declarada por la Serie Inicial de que se trata, vencíase cierto número de lunaciones cabales, sin ningunos días sobrantes.

Queda por explicar, dentro de esta lectura, la posición de los glifos G y F, anómala, en el caso, supuesto que preceden a la declaración del día, de la Serie Inicial. Casi invariablemente, dichos glifos de la Serie Suplementaria, cuando existen, siguen al símbolo diurno de la declaración citada; esto es, vienen inmediatamente después. Y aquí sucede lo contrario. Entiendo, sin embargo, que hay constancias, aun cuando raras, de otras **stelae** en que ocurre la propia anomalía; el doctor Morley dice que registra una de Quiriguá en esas condiciones.

He aquí, entonces, la distribución de los glifos de la Serie Inicial, en la stela de San-

ta Elena, al tenor de la hipótesis propuesta, quiere decir, leyendo a tres columnas:

- A4 — 9 baktunes.
- B4 — ? katunes.
- C4 — ? tunes.
- A5 — ? uinales.
- B5 — ? kines.
- C5 — Glifo G de la Serie Suplementaria.
- A6 — Glifo F de la Serie Suplementaria.
- B6 — Glifo de día, de la fórmula cronológica denotada por la Serie Inicial.
- C6 — Glifo C de la Serie Suplementaria.
- A7 — Glifo X de la Serie Suplementaria.
- B7 — Glifo B de la Serie Suplementaria.
- C7 — Glifo A de la Serie Suplementaria, con 10 por coeficiente.
- A8 — Glifo de uinal, de la forma cronológica denotada por la Serie Inicial, con 13 ó 18 por coeficiente.

Los datos expuestos autorizan, creo, la lectura del monumento a triple columna, comprobando que, en este particular, la **stela** de la ciudad chiapaneca descubierta presenta un orden anómalo en el **Corpus Inscriptionum Mayarum**, hecho que le comunica la mayor importancia.

*

* *

Hasta aquí no hemos ensayado descifrar la fecha declarada por la Serie Inicial, lo que sería muy sencillo si los glifos del día y el uinal estuvieran legibles. Pero este se halla desgastado presentando lineamientos confusos; y aquél se borró, casi por completo, al igual que los otros jeroglíficos inscritos en lo que ahora forma el fragmento 1. De cierto sólo sabemos que el símbolo diurno lleva el guarismo 2 por coeficiente; y que ocupa en el uinal una posición

que bien puede ser la décimotercia o la décimoctava del mes (13 ó 18), lo que robustece la hipótesis de que el nombre de aquél sea **ahau**. La primera parte de la fórmula cronológica señala, entonces, el día 2 **ahau**. Además, téngase presente que la mayoría de las **stelae** declaran días del mismo nombre.

No pudiendo ligar las Series Secundarias con la Inicial por la rotura lamentable de los otros fragmentos, deteriorados precisamente en los glifos que pudieran darnos puntos de apoyo para articular las series, sólo cabe recurrir a cálculos conjeturales.

Examinando los finales de tunes comprendidos en el ciclo noveno y en la primera parte del décimo, según las Tablas de Goodman, y entre ellos los que declaran días 2 **ahau** en alguna de las posiciones décimotercia o décimoctava del mes, encuentro dos que me inducen a analizarlas en detalle; a saber, 9.9.10.0.0, 2 **ahau**, 13 **Pop**; y 9.12.2.0.0, 2 **ahau**, 18 **xul**. A mi juicio, estas fórmulas ofrecen más probabilidades, atenta la forma de lo que se conserva en el glifo inscrito en A8. Puede, lo que vemos, representar a **pop** o acaso a **xul**; mas el examen del coeficiente, cuya forma es la normal (barras y puntos) deja poco pie al último supuesto, a causa de que claramente parecen advertirse con tres puntos, dos barras solamente, una de ellas más gruesa que la otra. No excluyo, sin embargo, la posibilidad de que pu-



Fig. 94. Glifos Uo, Ceh, Moan y Xul.

dieran existir tres barras, aun cuando ya muy desgastadas.

Admitamos, primero, la fórmula 9.9.10.0.0, 2 **ahau**, 13 **pop**. Expresa un fin de

lahuntun, esto es, el término de la primera mitad del katun noveno. Morley ha comprobado que la mayoría de las **stelae** declaran finales de hotunes; y el **lahuntun** corresponde al segundo de los cuatro que componen un katun. Hay acuerdo entre la hipótesis y los hechos revelados por experiencia.

La primera Serie Secundaria (figs. 95 y 96), consignada en A10, B10 y C10 se transcribe 1.4.10.4 (un katun, 4 tunes, 10 uinales y 4 días). Son 8,844 días. El



Fig. 95. Segundo fragmento de la stela III. Aquí cae el signo de uinal, de la fórmula Rueda de Calendario o que conduce la Serie Inicial; y también Series Secundarias.

guarismo equivale a 24 años y un excedente de 84 días, lo que implica que, proyectada la fecha de la Serie Inicial en el futuro o en el pasado (como es usual en las inscripciones, con propósitos, a lo que parece, de reajustes en los calendarios solar, lunar y venusino), alcanzaremos una posición en el año sólo distante 84 días de

la fórmula original. Calculando, entonces, hacia atrás, obtenemos la posición 14 Muan (día 11 cib). Si agregamos ochenta y cuatro días a esta declaración llegaremos, naturalmente, a otro 13 pop, 24 años anterior al primero.

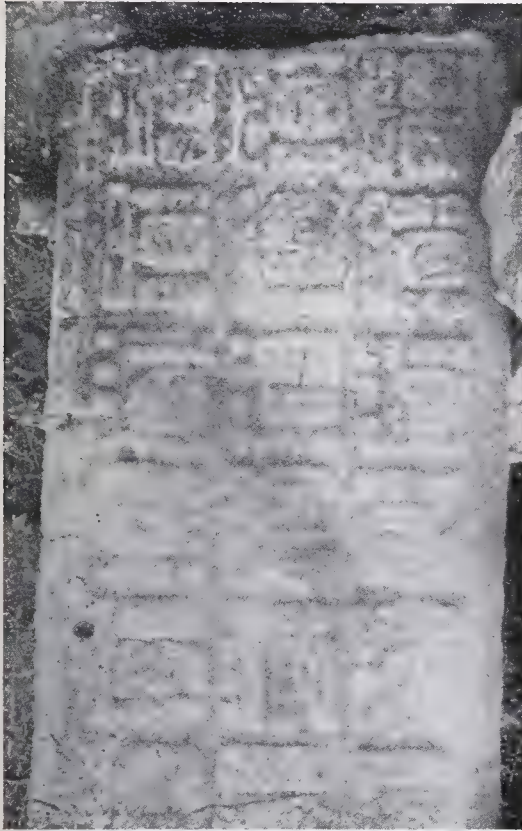


Fig. 96. Otro aspecto del fragmento de la figura 95.

El cálculo precedente parecería especulativo o tan bueno como otro cualquiera; pero es el caso que el monumento manifiesta una atención especial concedida por el astrónomo maya al guarismo 84. C16 contiene un bloque jeroglífico en el cual, bien que roto, me inclino a reconocer una Serie Secundaria de 3 ó 4 uinales y 4 kins, es decir, 64 o bien 84 días. Acaso la serie conste además de 7 tunes (A17); pero esto último no es seguro. Lo probable es la expresión de 84 días.

En todo caso, dicha fórmula aparece, sin lugar a duda, en C22, el último bloque jeroglífico (fig. 97) de la inscripción; trátase de una Serie Secundaria, clarísima

por fortuna, comprendida en la parte mejor conservada de la *stela*. A primera vista vense 4 uinales y 4 kins.

La coincidencia del valor de esta serie con el excedente de la primera Serie Secundaria del monumento (A10, B10, C10) indica por notorio modo, creo, un desplazamiento de 84 días respecto de la fórmula expresada en la Serie Inicial (B6, A8). Supongo que la causa de tal desplazamiento, aludido con semejante insistencia, sería algún cálculo importante relativo a correcciones calendáricas o momentos de impor-



Fig. 97. Fragmento en que concluye la inscripción de la *stela* III.

tancia en el año trópico. Lo segundo puede inferirse del glifo inmediatamente anterior a la Serie Secundaria inscrita en C22, es decir, el bloque situado en B22. Ahí vemos (fig. 97) el emblema solar (kin) en posición muy sugestiva. Su presencia en tal lugar induce a suponer que se trata, en el cálculo inmediato, de algún fenómeno solsticial o equinoccial. En esta hipótesis, el desplazamiento llevará por mira fijar la posición de un equinoccio o un solsticio, con relación al fin del lahuntun.

La comprobación de lo expuesto exige un sistema de correlación entre las cronologías maya y cristiana, perfectamente exacto. Como se sabe, hay varios en pugna. En escritos anteriores (estudio de la *stela* de Etzná-Tixmucuy; Boletín de la Secretaría de Educación Pública) he señalado algunas de las ventajas que ofrece el propuesto por don Juan Martínez Hernández. El nexo

sincronológico, al tenor de este sistema, vincula la fecha de la Cuenta Larga 11. 16. 0.0.0 **13 ahau**, 8 xul y el 31 de octubre de 1539.

Veamos qué fecha se alcanza en el día maya 11 cib, 14 moan, 84 kins anterior a la data 9.9.10.0.0, **2 ahau, 13 pop** o bien 9.8.5.12.0, **2 ahau, 13 pop**, 24 años antes.

Procediendo con la primera fórmula encontramos:

Diferencia entre 11.16.0.0.0 y 9.9.10.0.0, igual a 2.6.10.0.0, ó sea 334,800 días.

Descontando este guarismo, del 31 de octubre de 1539, alcánzase el 14 de marzo del año 623 A. D. (calendario juliano). Entonces cae el día **2 ahau, 13 pop**, 9.9.10.0.0.

84 días antes es el 21 de diciembre de 622 A. D.; quiere decir, el momento del solsticio de invierno. A tal fecha conduce la fórmula **11 cib, 14 moan**, 84 días anterior a **2 ahau, 13 pop**.

Según esto, el glifo antepuesto a la Serie Secundaria que expresa los 84 días al final de la inscripción (B22), posee valor solsticial; denota la posición del sol en el solsticio de invierno.

Ahora bien, inmediatamente antes, quiere decir, en C21 y A22, vemos (fig.97) una fórmula de rueda de calendario. El primer bloque contiene un signo diurno perfectamente legible; es **cib**. A primera vista, el coeficiente parece 5, en su conocida forma de cara: un rostro de viejo. Sin embargo, hay alguna diferencia. El tun puesto sobre la cabeza lleva aditamentos no presentes, por lo regular, en el signo que denota cinco; algo a manera de copete. Además, visto con atención, no se trata en realidad del glifo del tun; la figura sobrepuesta a la cara del viejo es menos regular, y, sobre todo, carece de las dos redecillas a rayas cruzadas encima de la piedra, características de aquel glifo. ¿Por qué, entonces, no ha de tratarse del símbolo de otro

número? Consultando las láminas de Bowdich, ninguno de los glifos que denotan guarismos se le asemeja, excepto un tanto, los emblemas correspondientes al 12, al 2 y al 11. Del último, en particular, apenas hay un modelo tomado del dintel 2 de Piedras Negras, glifo A 5-6. Se trata, pues, de un glifo cuyas variantes casi no se conocen. Bien podrá ser una de ellas la figura en C21, de la inscripción de Santa Elena.

Corroborando el supuesto, la segunda parte de la fórmula a que pertenece el signo diurno (11) cib, presenta con toda claridad un coeficiente de 14, prefijo a un jeroglífico parcialmente borrado. Es posible, entonces, que se trate de la posición **14 moan**, a que hemos llegado por cálculo.

En esta forma, la **stela III** de Santa Elena queda descifrada en sus elementos principales.

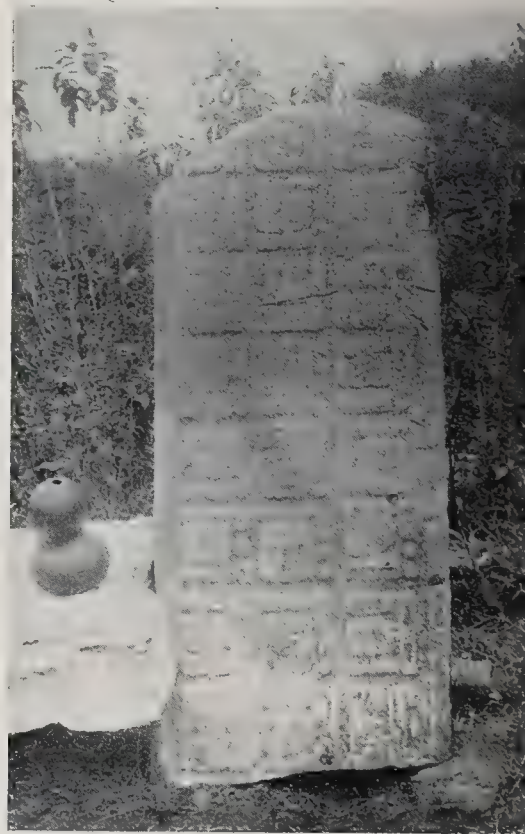


Fig. 98. Otro aspecto del fragmento en que se encuentra el glifo de uinal.

Operando con la Serie Inicial 9.12.2.0.0, **2 ahau, 18 xul**, posible, asimismo, aun

cuando menos probable, porque en el coeficiente de A8 más claramente parecen reconocerse (figs. 98 y 99) dos que tres barras, el resultado obtenido sería, al tenor de iguales métodos, el día 14 de junio de



Fot. 99. Un aspecto más del segundo fragmento de la stela III.

674 A. D. 84 días antes estamos a 22 de marzo, en el equinoccio de primavera. De seguro se trata de una coincidencia; si la fecha de la **stela** alude a un solsticio, no puede referirse a un equinoccio. Pero, en cualquier caso, el interesante glifo inscrito en B22, presenta elementos solares notorios. Hay que interpretarlo, entonces, con esa inteligencia. En consecuencia, creo que el sentido fundamental de la inscripción del monumento de Santa Elena ha quedado dilucidado en los anteriores conceptos.

Podríamos decir, parafraseando al escriba maya:

"El día 9.9.10.0.0, 2 **ahau**, 13 **pop**, concluyó el lahuntun noveno del gran baktun

de la civilización maya, inaugurándose una **stela** conmemorativa del acontecimiento. Ochenta y cuatro días antes el sol hallábase al extremo de su movimiento anual con rumbo al Sur."

Hasta aquí lo concerniente a la importante stela III.

Las demás **stelae**, hasta ahora descubiertas, muestran trazas de jeroglíficos; pero están totalmente desgastadas por la intemperie. Su aspecto es ilegible. En esas condiciones hállanse las **stelae** IV y V.

Otros objetos esculpidos (figs. 100, 101, 102, 103, 104, 105 y 106), fueron encontrados por don Mauro Quintero, encargado actual de los monumentos arqueológicos de Chiapas.



Fig. 100. Lápida hallada por don Mauro Quintero.

Sólo en El Amparo, a corta distancia, existe una piedra (fig. 66), con una fecha de Rueda de Calendario, 12 **ahau**, 3 **chen**, como antes dije, la cual puede transcribirse en 9.11.13.0.0. Son 2 katunes y 3



Fig. 101. Piedra labrada descubierta por el señor Quintero.



Fig. 103. Piedra con relieves, encontrada por el señor Quintero.



Fig. 102. Objetos hallados por el señor Quintero.



Fig. 104. Objetos labrados, descubiertos por el señor Quintero.

tunes de diferencia respecto de la data de la **stela** III; o sea, distan ambas fechas menos de 43 años. Correlacionada aquélla con la cronología cristiana, viene a caer hacia el año 667 A. D.

La proximidad que manifiestan corrobora la descifración expuesta.



Fig. 105. Don Mauro Quintero, en Santa Elena Poco-uinic.

Otros datos

Por lo que hace a cerámica, apenas encontramos restos. Posteriormente, don Mauro halló (fig. 107) en lugares cercanos, algunos ejemplares. A mi juicio, las excavaciones habrán de rendir copioso fruto.

Las fotografías tomadas recientemente por el mismo investigador (figs. 73, 74 y 76) presentan un aspecto del edificio principal, ya bastante descombrado y ostentando al descubierto la estructura de sus pisos. Al parecer, el cuerpo inferior hállase en talud; y los otros tienen paramentos vertica-

les. Cuando nuestra visita, no podían apreciarse esos detalles.

Concluiremos esta exposición de los monumentos de Santa Elena, con algunas consideraciones sumarias.

El nombre **Poko o Poco uinic** nos lo dieron los naturales del rumbo, tzeltales de nivel muy bajo de cultura. Al tenor de las fechas encontradas, la ciudad pertenece de lleno al llamado Imperio Antiguo; y más particularmente a la parte final del Primer Período y principios del Período Medio. Semejante posición asocia a la ciudad con Copán, Tikal, Uaxactún, Piedras Negras, Pa-



Fig. 106. Objetos descubiertos por el señor Quintero.

lenque, Altar de Sacrificios, Naranjo, Toniná y Tzendales, urbes arqueológicas cuyo florecimiento ocurría hacia la misma época que el de Santa Elena, prolongándose diversamente en uno y otro sentido, quiere decir, abrazando tiempos más remotos o más cercanos.

De un modo especial, nótase que localidades cercanas, como Tzendales, culminan justamente en 9.12.0.0.0 — la fecha de la piedra hallada en El Amparo. En Toniná, Blom recogió datas comprendidas desde el 9.6.0.0.0 hasta el 9.19.0.0.0. La fecha central de Palenque es 9.13.0.0.0. Piedras Negras inicia de plano su esplendor, a juzgar por las fechas, hacia el 9.8.10.0.0. Apenas son dos lustros antes que el momento marcado en la **stela** III de Santa Elena.

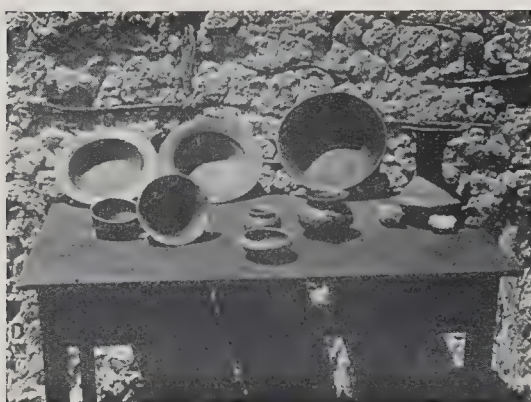


Fig. 107. Piezas de cerámica encontradas por el señor Quintero, en El Amparo.

Obsérvese, finalmente, que el momento correspondiente a 9.11.0.0.0, marca la época de mayor actividad y grandeza en Copán.

Desde el punto de vista del estilo artístico, las figuras de Piedras Negras ofrecen, asimismo, marcada afinidad con el tipo de la **stela** I de la ciudad chiapaneca.

Conócense, hasta el presente, que yo sepa, alrededor de 180 a 190 monumentos con inscripciones en el *Corpus Inscriptionum Mayarum*, incluyendo Series Iniciales. Las **stelae** de Etzná-Tixmucuy y de Santa Elena Poco-uinic, descubiertas en 1926 y 1927 por las comisiones mexicanas a que tuve la honra de pertenecer, enriquecen ese vasto y atractivo campo de interés histórico, científico y nacional, agregándole nuevos y preciosos materiales de investigación.

Una Divergencia

Ya concluído y en prensa este libro, recibí una carta del señor Blom, fechada en Ococingo, a 26 de abril de 1928, en la que se sirve comunicarme noticias interesantes.

Háblame de su reciente estancia en Santa Elena, visitada por él en el curso de su expedición de 1928 a través de la zona maya. A su paso por México, en enero del mismo año, conversamos del particular habiéndole mostrado mis fotografías imperfectamente logradas; y entonces me ofreció tomar algunas para mí, cuando llegara al sitio, sin que llegase al fin a remitírmelas, según me escribe, por escasez de esa clase de material. Agradezco, sin embargo, la bondad de la intención.

Estudiando los jeroglíficos dícame que, a su juicio, la Serie Inicial de la **stela** con inscripciones (III, en mi plano) declara la fecha 9.18.0.0.0, **11 Ahau, 18 Mac**. En seguida cree reconocer una Serie Secundaria 1. 4. 7. 4., la que, por substracción, conduciría a 9.16.15.10.16, **2 Cib, 14 Ceh**. Según esto, el glifo de uinal, de la fórmula cronológica (A 8), sería Mac y no **Pop** o **Xul**, como en mi análisis asiento.

Por lo que toca a la Serie Secundaria consignada en A10, B10, C10, Blom parece leer, como he propuesto en la reconstrucción que le mostré, a tres y no a dos columnas la inscripción; pero sugiere 7 y no 10 uinales como en mi hipótesis, a saber 1.4.7.4. Yo encuentro 1.4.10.4.

Finalmente, para C21 halla **2 Cib**, en vez de mi **11 Cib**; y para A22, al tenor de su carta, propone **14 Ceh**, en lugar del **14 Muan** a que mis cálculos conducen.

He aquí, literalmente copiadas, sus palabras: "The Initial Series on stela 1 (III, en mi plano) is fine. I read 9.18.0.0.0, 11 Ahau, 18 Mac, and find a secondary series subtracted of 1.4.7.4 leading to 9.16.15.10.16, **2 Cib, 14 Ceh**. I have not worked it out any further for lack of time."

Reconociendo la pericia del Sr. Blom y convencido, también, de que mis fotografías se tomaron en malas condiciones, encuentro algunas dificultades para aceptar la lectura citada. Posiblemente el glifo roto y algo desgastado de A8 lo haya visto con claridad superior a la mía; y es admisible que las barras de su coeficiente sean tres y no las dos que creo percibir en la fig. 96. Pero entonces, ¿cómo se reconcilia tal lectura con la presencia de ese inconfundible **2 Ahau** presente en B6 (fig. 93). Mostré, recientemente, al Dr. Morley dicha fotografía y no duda de la identificación. Es **2 Ahau**, patentemente. Su posición en B6 denota que pertenece a la Serie Inicial correspondiéndole el lugar de la fórmula diurna, quiere decir, el nombre del día al que la Serie Inicial conduce. Mas, en ese caso, la lectura de Blom resulta inadmisibile. Si el glifo es **2 Ahau** en ninguna forma puede leerse **11 Ahau**. En consecuencia, la serie no conducirá, tampoco, a 9.18.0.0.0. Y, por tanto, el glifo del uinal no será **Mac**, necesariamente.

En lo que se refiere a la serie secundaria consignada en A10, B10, C10, como quiera que aparece algo gastado el primer glifo, tuve dudas sobre si los uinales allí declarados son siete, ocho o diez. La fotografía de la fig. 95 me inclina al último supuesto, advirtiéndose que, en esta lectura (1.4.10.4), los días de referencia suman veinticuatro años y 84 kines sobrantes, siendo el mismo guarismo (84) el que se declara en la última serie secundaria del monumento, a saber en C22, coincidencia muy sugestiva.

Tratándose de la serie secundaria que aparece en C21, A22, el segundo de los cuales glifos en parte hállase borrado, mientras que el primero ofrece un coeficiente insólito, yo me decido, al tenor del cálculo, por la lectura **11 Cib**, **14 Muan**; en tanto que Blom propone **2 Cib**, **14 Ceh**. En la fig. 89 b presento, en dibujo, el glifo grabado en C21; y en c, d y e los jeroglíficos de los guarismos 2, 11 y 12, conforme a Bowdich. Si el 11 ofrece diferencias con la parte anterior de

C21, el 2 también las presenta y lo propio digo del 12. Como hay pocos modelos de los guarismos en cuestión, reconocidos en las inscripciones hasta ahora, creo que en el signo grabado en C21 debe verse una nueva variante; y tanto derecho tengo yo para atribuirle al 11 como Blom al 2. La articulación con las otras partes de la inscripción dará la clave del enigma.

En la fig. 94, a, b, c y d, presento dibujos de los meses Uo, Ceh, Muan y Xul. Como he dicho, el símbolo de A22 hállase deteriorado (fig. 90); sólo el coeficiente se lee con claridad, a saber, 14. Por mi parte, llevo allí a la fórmula **14 Muan**; Blom prefiere **14 Ceh**. Si las características de Muan difícilmente se reconocen en el glifo, resulta extraño asimismo, y, hasta donde sabemos, tampoco pertenece a Ceh el elemento que aparece en A22 colocado entre el superfiijo y la parte inferior del símbolo.

En la fig. 89a reproduzco en dibujo el glifo de B22, el cual, al tenor de mi análisis posee carácter solar (solsticial o equinoccial); en otros términos, alude a un día de solsticio o equinoccio 84 kines distante de la fórmula cronológica declarada en el monumento.

Sobre la inscripción de El Amparo, finca limítrofe de Santa Elena, dícame Blom, en su carta, que se inclina a referirla a un final de katún, correspondiendo la fecha, en ese caso, a 10.4.0.0.0, 12 Ahau, 3 Uo. En la fig. 94 a presento el símbolo de Uo, en nada semejante, por cierto, al que se ve en la piedra citada (fig. 66). Como antes expreso en este libro, leo allí **12 Ahau**, **3 Chen**, correspondiente al 9.11.13.0.0. Apenas hay 2 katunes y 3 tunes de distancia (menos de cincuenta años), respecto de la fecha que propongo para la inscripción de Santa Elena (9.9.10.0.0.). Por lo demás, no hallo motivo para que la pequeña lápida de El Amparo aluda necesariamente a un evento tan importante como la terminación de un katún. Faltaría, en ese caso, el glifo del katún con el símbolo de su conclusión, quiere decir, un "terminal de período," como les

llamo a tales emblemas en mi tratado de cronología maya próximo a publicarse, o lo que los autores de textos en inglés denominan "a period ending glyph."

Eso aparte, ¿no piensa, mi sabio amigo, que la fórmula 10.4.0.0.0 resultaría inusualmente moderna tratándose de una región que, verosímilmente, pertenece al llamado Viejo Imperio? ¿Región donde la mayoría de las fechas (en Palenque, Toniná, Piedras Negras, Tikal, etc., etc.) se comprenden dentro de los límites del Período Medio o a lo sumo el Gran Período?

Acerca de la **Piedra Parada**, de Comitán, a que aludo en este libro, manifiéstame Blom que duda se trate del monumento mencionado por Núñez de la Vega. En páginas anteriores expuse los motivos que tuve para pensarlo así; respeto, sin embargo, el parecer del entendido explorador.

Finalmente, en lo que concierne al nombre indígena de Santa Elena, me dice haber hallado que la forma **Poco-Uinik** (como yo la oí y anoto), es tojolabal; mientras que **Popo-Uinik**, según se dice en otras partes con ruinas, por él visitadas, es tzeltal. Admi-

to, desde luego, la probabilidad de acierto en esta investigación lingüística emprendida especialmente por el arqueólogo dinamarqués. Por mi parte, el único sitio de mí conocido con el nombre de **hombre antiguo** fué Santa Elena. Nadie me habló de otros lugares llamados semejantemente; creí que el término era privativo de aquél. Ahora veo que se trata de una voz genérica impuesta por los indios, actualmente, a muchos parajes donde ven reliquias de sus antepasados. Por lo demás, si aludí a la población indígena circundante, como miembro de la familia tzeltal, fué por habernos asegurado la gente del rumbo que esa es la lengua de los vecinos de la ranchería de El Carmen, congregación inmediata a Santa Elena, de donde proceden los peones de campo de esta última.

Queda, pues, definido, de acuerdo con el parecer citado, que las ruinas arqueológicas descubiertas en la expedición mexicana de 1926 llevarán el nombre de Santa Elena Poco-uinik o, si se quiere, mejor **Santa Elena Poco-uinic**.

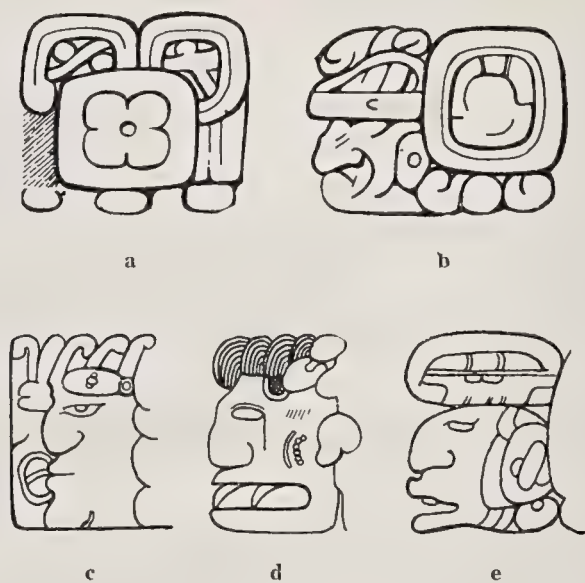


Fig. 89. a) glifo solar grabado en B 22; b) glifo de C 21; c) glifo del número 2; d) glifo del número 11; y e) glifo del número 12.

CAPITULO XIV

RUMBO AL PAIS DE LOS LACANDONES

Una red fluvial en Chiapas

PARTIMOS de Santa Elena el domingo 25 de junio, encaminándonos primero a Santa Rita para seguir de allí a El Real, cerca de la morada de los lacandones. El camino toca El Carmen (donde se nos habla de cuevas llenas de esqueletos humanos antiguos); y sigue después por Puerto Rico tocando en seguida los ranchos de San Miguel y El Encanto.

Estamos en una cañada transversal, por la que se comunican las de los ríos Dolores y Tzaconejá. Las peñas son altísimas. Precioso el paraje. Ambiente de idilio, de ensueño, de encanto. Jamás he visto lugar más hermoso. La floresta parece irreal; me recuerda paisajes fantásticos descritos en Ariosto.

Levanto la cara a las peñas elevadísimas que limitan la cañada. Por la uniformidad de sus capas compréndese que estas arrugas montañosas tienen un origen de plegamiento. En las inmediaciones de Puerto Rico aflora el cuarzo.

Así vamos avanzando entre milpas de altura increíble—cuatro y cinco metros, al menos—, rumbo a la cañada del Tzaconejá. Cuando desembocamos a ella, avistando la finca La Laguna, tenemos enfrente el alto cerro de Elena Moigt y otras enormes cumbres, más allá de las cuales hállanse Chiptic, San Francisco, El Verjel y Palma Real. Un escalón completo de la cordillera baja desde esos cerros a la cañada del río Tzaconejá.

Cruzamos este caudal por un pintoresco puente de aspecto primitivo, primaveral por las enramadas que lo visten. El agua es de un hermoso color verde y se desliza a gran velocidad augurando crecientes muy rápi-

das. La cañada es anchurosa, mayor que la de Santa Elena. Pasando a la otra margen penetramos en cañadas transversales, casi tan amenas como la de magia que acabamos de recorrer. A uno y otro lado del camino admírase la estratificación muy regular de las rocas calizas. Son bancos perfectamente horizontales y concordantes. Su semejanza con fantásticos castillos es absoluta.

Así llegamos a la gran cañada del Jataté, más ancha que las anteriores, aun cuando tal vez menos bella. Su orientación sigue el mismo rumbo, quiere decir, va en dirección Este-Oeste. A uno y otro lado enormes cerros acantilados se descubren.

Tocamos, primeramente, Pamanabil, finca del señor Adrián Caballero, situada a cuatro leguas de Laguna, ya en el Departamento de Chilón. Su altura sobre el mar son 1,025 metros.

Frente a la finca, en un cerro situado al Este, veo restos de construcciones arqueológicas de tipo tosco. Dícenme que en una cueva se ocultan osamentas gigantescas. Se ha encontrado alfarería en las colinas inmediatas. De allí procede el ejemplar que aparece en la acuarela (fig. 110) y una cabezita de barro (fig. 63 a).

A creer al señor Caballero, los esqueletos de tiempos antiguos encuéntranse dentro de ollas.

En los cerros del Oeste las rocas están completamente cubiertas de pequeñas conchas, al parecer marinas, empotradas en su masa. La formación llega a la cima de las montañas, confirmando que todo aquello constituía el lecho de un antiguo mar.

Pocas leguas adelante arribamos a Santa Rita, finca asentada junto al Jataté, en medio de anchísima cañada. La finca fué construída por los dominicos en la época colonial; ahora es de la propiedad de don Isi-

doro Pinto, quien nos recibe con atenciones que revelan su parentesco con la caballerosa familia de Comitán. Su esposa desciende del heroico chiapaneco, doctor Belisario Domínguez.

El principal negocio del lugar es el ganado; habría entonces alrededor de quinientas reses. El sistema de baldillaje no se aplica en la finca. Don Isidoro hace panela, elaborándola con el producto de la caña. La marqueta véndese ahora en Comitán a \$ 2.50, lo que da pérdida, pues el corte de la caña cuesta \$ 0.50, el flete a Comitán importa \$ 1.50 y la elaboración no menos de \$ 1.00. Su precio normal, al decir del fabricante, sería de \$ 4.00.

También se queja el señor Pinto de la deforestación practicada en la zona, sin tasa ni medida. A ello se debe, afirma, que la gente se aleje rumbo a los terrenos nacionales, es decir, para las parcelas que el Gobierno ha repartido libremente y las cuales se encuentran más allá de los pueblos habitados, en los confines de la selva virgen. Asegúrase, asimismo, que también el clima se ha transformado perjudicialmente, retrasándose o disminuyendo las lluvias.

La fauna del rumbo es muy rica; y hay animales temibles, como el nauyaque o cola de hueso, llamado **bajné**.

Gustamos de las delicias de un baño en el caudal del Jataté, que lleva ahora bastante fuerza; pero está muy bajo por fortuna. Abunda en pesca muy apreciada, especialmente el mataví. En la finca tomamos todos los días venado, faisán y tepezcuintle. La leche es magnífica. Suelen prepararnos un refresco de cacao y canela llamado **tizté**; otras veces nos dan pozole hecho de maíz reventado y puesto a hervir.

Santa Rita dista 28 leguas de Comitán y 6 del Real. Emprendemos al camino a este lugar cruzando los arroyos de San Francisco y El Zapote, los cuales forman tazas naturales que parecen bañaderas de ondiñas, en las que una agua como de ensueño

se desliza bajo la sombra de los robles, los encinos y los pinabetes.

La vereda avanza hacia el Noroeste. Dejamos a la derecha la vega del Jataté, el cual se encajona convirtiéndose en raudal terrible y rompiendo en dirección de las abras que conducen para el rumbo de La Martinica y La Sultana, al Sureste de donde nos encontramos. El camino que conduce al Real cruza una sierra situada al Norte del Jataté, una vez vencida la cual descubrimos en la lejanía otra cañada más grande aún, ancha y magnífica: es la del Real.

En El Real

Las laderas por donde descendemos hallanse cubiertas de hermosos bosques, entre los que descuella el liquidámbar y donde tejen las lianas una red impenetrable; a veces, por entre la espesura, vislumbramos la finca, atractiva son su blanco caserío. Cruzamos, después, habiendo tocado primero en El Paraíso, dos ríos de hermosas aguas: El Naranjo y el Santa Cruz, éste tan ancho casi como el Jataté y de linfas muy limpias. A la otra banda, se levanta la finca ofreciendo agradable perspectiva. Casa blanca y bien encalada; el techo de rojas tejas. Las puertas de fuerte madera pintada a colores rojo y gris. Un jardín con kiosko y bien cuidados camellones. Prodigalidad de flores. Aves trinando en el bosque.

Pertenece esta finca al señor don Enrique Bulnes, antiguo socio de las empresas de las monterías. El ganado vacuno es una de las principales riquezas de la propiedad; pero también tiene maíz y caña con que se fabrica panela, amén de frutales de los más variados.

Hállase esta cañada a una altura media de 600 metros sobre el mar; la vecina, del Jataté, alcanza cosa de 800. Hace algún calor; pero el tiempo está fresco. El agua es buena.

Todo en derredor son cerros. Al Norte, a gran distancia, el señor Bulnes nos enseña los que, dice, preceden a las espesuras

de Palenque. Más cerca de nosotros ondu-
lan las colinas, al flanco de las cuales pasa
murmurando el Santa Cruz. En los arro-
yuelos inmediatos encuéntrase frecuente-
mente el lagarto; y las espesuras vecinas
están pobladas de tigres de gran talla. La
víspera misma de nuestro arribo, una de
esas fieras había arrastrado cosa de sesenta
metros, desde la altura de un altozano, has-
ta lo denso del monte bajo, una ternera del
ganado de la finca. Por todas partes oímos
relatos de las hazañas de los felinos, ase-
gurándose que atacan a dantas grandes
como vacas, arrastrándolas hasta cien me-
tros. Dícese que antes se acercaban al cas-
co de la finca. De fauna de otras clases, ca-
si a diario puede verse en los alrededores
tepetzcuintle, faisán, jabalí, danta y la-
garto.

Nos hace los honores de la casa don
Enrique Bulnes, con gentileza verdadera-
mente castellana. Su hospitalidad es esplén-
dida. Gustamos a diario manjares de toda
clase, entre los que sobresale la carne de
venado preparada exquisitamente. No fal-
tan caldos de calidad excelente, que hablan
muy claro del origen de las bodegas.

El propietario nos comunica datos tan
útiles como interesantes. Cuéntanos que,
del Real a Tenosique y pasando por San-
ta Margarita, hay un camino de traviesa,
practicado en medio del monte, el recorrido
del cual exige de cuatro a seis días. Muy es-
caso es el tráfico a lo largo de esa vía. En
Santa Margarita tiene almacenes la monter-
ría de Bulnes, de la cual es gerente ahora
don Enrique. Esta empresa ha pasado a ma-
nos norteamericanas—un señor Morris, en-
tre otros—quienes fundaron la montería de
Filadelfia, donde están trabajando al pre-
sente. Como es usual en tales empresas,
tumban la madera, echándola a los ríos, y
de éstos sigue para el Usumacinta. En Te-
nosique hay gente dedicada a “pescar” las
trozas, trabajo por el que reciben un peso,
por cada una de ellas. Suelen atrapar has-
ta veinte y treinta a veces.

El viernes 30 decidimos avanzar hacia
el rancho de El Capulín, cinco leguas al
Este del Real y en cuyas cercanías habi-
tan los lacandones. Parte del trayecto nos
acompañó el señor Bulnes; y en su totali-
dad llevamos por guía a don Adán Albo-
res, gran cazador que viene con nosotros
desde Santa Rita.

La vereda avanza, primero, entre coli-
nas. Descubrimos a la distancia, por la ma-
no derecha, un cerro escarpado: es el Te-
cojá, a cuyo flanco pasa el río Santa Cruz
y se asienta la montería del señor don Pe-
dro Vega. Una jornada más lejos hállase
Agua Escondida, edificio precortesiano es-
tudiado por Blom. El señor Bulnes lo co-
noce.

En la Selva Virgen

Cruzamos dos hermosos arroyos y lue-
go vamos siguiendo la ribera del Santa Cruz,
ancho aquí de quince metros. La cañada se
estrecha y el monte va espesándose. Entra-
mos a un bosque magnífico. He aquí la
verdadera selva tropical, indescriptible. Por
vez primera admiramos el aspecto imponen-
te de un bosque virgen, en toda su magni-
ficencia, jamás talado por el hombre. Nues-
tro guía nos va mostrando los arrogantes
quiebrahachas, y, sobre todo, los caobos sin
par, monarcas de la selva, altos de sesenta
y setenta metros, gruesos de dos, erectos,
hermosos, incomparables. Entre ellos dis-
tínguese uno que otro cedro, también de
gigantesca estatura; sólo la corteza o cá-
saca del árbol aparece más blanca. La en-
ramada de los caobos ofrece una forma es-
pecial, que una vez reconocida no se con-
funde. En muchos tramos el Sol no logra
atravesarla. Por bajo ese dosel, que sugie-
re naturalmente las bóvedas de un templo
infinito, espesa alfombra de hojas acalla los
pasos de las caballerías. En muchos tramos
un follaje inextricable de lianas y bejucos
que parecen de oro, teje redes mágicas en
torno de nosotros; pero muchos de esos be-

jucos se dirían troncos. Todo es gigante en esta selva. Su grandiosidad no puede pintarse.

Recorremos así, llevando el ánimo suspenso, dos leguas por entre el riquísimo bosque llamado Banavil, cuyas maderas preciosas no se explotan todavía. Pertenecía esta propiedad, entonces, a la señora Caritina de Celorio, quien pocos días más tarde habría de ofrecernos graciosa hospitalidad, en su hacienda de San Antonio. Son mis deseos que pueda realizar convenientemente los productos de su maravilloso bosque. En términos generales, asegúrase que los caobos dan hasta cuatro y cinco toneladas de madera. Las compañías la compran a diez pesos en promedio, vendiéndola después, cuando menos, a cincuenta y muchas veces a cien. Quiere esto decir que un buen caobo rinde sus quinientos pesos.

Después de Banavil viene Santa Isabel, y legua y media adelante, El Capulín, propiedad de don Gabino Ordóñez, de Ocoingo. Estamos aquí en los límites de los **caribales**, como se llama a los aduares de los lacandones.

El rancho del señor Ordóñez encuéntrase en un breve claro, abierto en medio de la inmensa selva, donde todo camino parece impracticable, excepto la vereda en que venimos. Enfrente, al Norte, levántase un monte cubierto de espesísima vegetación: montaña virgen; al Este quedan los caribales; y por todas partes envolviéndolos, el bosque espeso, infinito, que no se interrumpe hasta más allá de Tzendales. Detrás del monte, por el Sur, los terrenos de Tecojá; y adelante las monterías de San Quintín, bañadas por las aguas del Jataté y el Tzaconejá.

Por la cañada grande—la de El Real—; pero muy al Oriente, corre el río Lacanjá, afluente del Lacantún. Rumbo a Tenosique interpónese otro caudal, el río de San Hipólito, de corriente brava, cuyos pasos son difíciles en muchos tramos, dícenos el señor Bulnes.

Forman el rancho una docena de casitas con paredes de barro y alguna cantidad de mezcla, y los techos de broza de caña o zacatón. En derredor, aguacates y zapote. El jabalí puebla la comarca; por dondequiera encontramos trillada la vereda con sus rastros; por cierto que, aseguran, se alimenta preferentemente con una fruta especial del monte, llamada tapoya o chamoya. Hay gran cantidad de aves canoras; y los loros viven a sus anchas en toda la región.

Como en el recorrido completo que hemos traído, también aquí nos refieren que las lluvias vienen retrasadas este año. La estación fué excepcionalmente seca; los ríos vienen muy bajos. Según don Enrique, hace treinta y seis años no se ha visto temporada semejante, de lo que me felicito en cierto modo, pues gracias a esta circunstancia hemos llegado aquí sin arrostrar los mayores peligros de expediciones de esta clase: el mosco y los terrenos encenagados.

Encontramos en el rancho algunos individuos procedentes de las monterías; se trata, pues, de un lugar de tránsito. Nos cuentan que ganan \$ 40.00 al mes y la comida, trabajando a diario con el hacha, hasta terminar una tarea. Algunos contratistas acostumbran pagarle a la gente según el tramo de monte que limpian. Al tenor de sus relatos, la gente está mejor tratada que antes.

Entre los artículos cuyo comercio goza de especial auge en El Capulín, figura la sal, solicitada por los monteros y los lacandones, que la compran a razón de un peso kilo. La carga consta de doce arrobas y la arroba de doce kilos.

No se da ración de aguardiente en las monterías, cuéntanos; en cambio los indios lo buscan con afán.

Los Lacandones

Cosa de una legua lejos del rancho, atrás de cerros boscosos de trescientos y cuatrocientos metros de altura, viven los fa-

mosos indígenas a cuya región al fin hemos llegado. Después de esta visita, podremos regresar a México, cumplido ya, en sus partes esenciales cuando menos, el programa de la expedición.

Estamos con mejor salud que nunca, lo que atribuyo sobre todo a que apenas ha llovido. A partir de Comitán cruzamos las cañadas de Margaritas, La Soledad, Medellín y La Floresta; en seguida la elevada mesa con los cerros de Santa Rosa y San Francisco, que bajan al Vergel, y la herradura montañosa de Chiptic. Después, la cañada de Santa Elena y Puerto Rico; a continuación la del Tzaconejá prosiguiendo a la del Jataté, con Panamabil y Santa Rita; y finalmente, la amplísima de El Real, con el Santa Cruz y El Naranjo. Más allá vienen el San Hipólito y el Lacanjá, para afluir todas estas aguas al orgulloso Usu-macinta.

Llegamos al Caribal a hora temprana. De pronto, a nuestro arribo, los indígenas desaparecen, no quedando en las casuchas sino tres o cuatro mujeres ancianas; recobra la confianza en presencia de nuestra actitud, poco a poco van presentándose.

Yo creía que esto era más extenso; pero sólo hallamos tres familias, una forma-

y se nos dice que el marido hállese ausente. Patriarca del caribal es un hombre (fig. 118) de edad con mucho pasada de la madura. Llámánle Crispín Caxlan; esta segunda palabra significa **ladino**. Uno de los muchachos tiene por nombre Nojinde. Todos hablan un dialecto para nosotros desconocido; pero en el que los conocedores reconocen afinidades con el maya. Lo cierto es que al tigre llámánle **balun**.

Son muy contadas las palabras españolas que conocen, y éstas las han aprendido por su contacto con la gente de El Capulín; algunas veces llegan hasta El Real. Sin embargo, no gustan de estos viajes y cuando los realizan es en grupos muy pequeños, dos mujeres por ejemplo. Entre las palabras de nuestro idioma que mejor entienden (así como algunas expresiones) recogí las que siguen: escopeta, trago, pistola, peseta, peso, dinero, barato, caro, casa, camino, pesca, milpa, morir, santo, papá, dios, malo, mujer y corazón bueno. Para significar edad, dicen tiempo. Conocen la palabra bonito, y usan las expresiones **no quere** y **quere**. Su pregunta más espontánea y frecuente dirigida al recién llegado, tocándole el pecho, es "¿corazón bueno?" Dicha expresión revela suma ingenuidad atestiguando el recelo con que ven a los desconocidos. Supimos que la gente de las monterías y los campesinos del rumbo han cometido con ellos tropelías sin cuento.

Son los lacandones de estatura media, a juzgar por los de este caribal. Acusan un debilitamiento muy grande, efecto del clima y de la decadencia general de la raza. Da lástima ver sus muñecas y tobillos. El color es amarillo, de tonos verdosos, francamente enfermizo.

No les faltan, sin embargo, rasgos en que se conservan los restos de una antigua hermosura. El perfil de los hombres es marcadamente palencano, diría yo aludiendo a la forma de la nariz, muy semejante al tipo de la que vemos en los relieves. Tienen la barba hundida. Los ojos son grandes.



Fig. 118. El patriarca del "caribal" portando las flechas lacandonas.

da de cuatro personas, el hombre, la mujer, un muchacho y un niño. Otra se compone de un viejo y dos hijos, el menor de los cuales está casado y tiene una criatura. En otra casa habitan una mujer y un niño

Usan pelo muy largo, que es enteramente lacio (fig. 111) y negrísimo. No les falta un bigotillo muy ralo y algo de barba. Las mujeres llevan trenza, que adornan con plumas de guacamayas y otras aves de colores. En uno y otro sexo el pie es pequeñísimo.



Fig. 111. Un lacandón joven y su mujer. Se aprecia el pelo lacio.

Hombres y mujeres son con exceso tímidos. Muestran pavor por el catarro, recelando siempre que el recién llegado les aporte la entre ellos terrible enfermedad, que de seguro ha hecho grandes estragos en su pobre raza. Para precaverse de ese mal, buscan afanosamente el aguardiente.



Fig. 117. Mujeres lacandonas.

Visten las mujeres (fig. 117) dos prendas: el huipil (camisa) y el cueitl (la falda); la primera, sin mangas. Los hombres no llevan sino una a manera de manto (fig. 118) o túnica de algodón que les cuelga de los hombros hasta las pantorrillas.

Ocho o diez casas agradablemente diseminadas forman ese caribal. Las paredes

son (fig. 115) de morrillos derechos, mezclados con otros atravesados, sujetos con lianas. Techos a dos aguas contruídos con limpísima chapaya, en masa de mucho espesor y sobresaliente a modo de alero (fig. 113), dando un aspecto pintoresco al conjunto. El color de esa planta es ligeramen-



Fig. 115. Armazón de la casa lacandona.

te dorado. Las cabañas, perfectamente aeradas.

No entramos a ellas por no alarmar a estos pobres indígenas. Percibimos, con todo, algunos de sus utensilios. Son vasijas grandes, sin patas, sin asa, de abertura enorme, esféricas o semiesféricas. También se



Fig. 114. La "iglesia" de los lacandones.

distinguen algunos calabazos donde guardan diferentes cosas, bultos envueltos en trapos, etc. Para beber, utilizan calabazos de tamaño breve. Forma la puerta de las cabañas un tablón. Las camas son de hamaca; quizá el empleo de este artefacto no sea enteramente original. De hecho, lo ignoro.

Había una casa entre las chozas, a la que procuramos acercarnos lo menos posible, sabiendo de antemano que los lacandones ven en ella su templo o cosa parecida. Pero, de lejos, pudimos apreciar que, encima de una a modo de mesa, hecha de

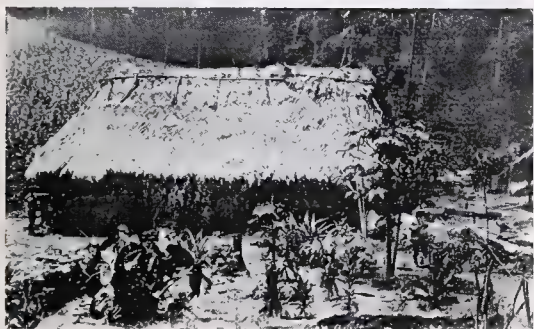


Fig. 113. Casa de los lacandones.

tablas, hállanse (fig. 114) varios tecomates o calabazos cerrados con trapos, al parecer muy apretados. Ni tratamos de averiguar lo que pudieran contener. ¿Reliquias de sus mayores? ¿Ofrendas votivas? Difícil decirlo en tan breve visita. Lo cierto es que no gustan de que los extraños se aproximen; y nosotros respetamos esa superstición o sentimiento.

Las inmediaciones del caribal aparecen cultivadas, en pequeños claros abiertos a la



Fig. 112. Aduar lacandón.

selva. Por cierto que aquellas sementeras, alternando con manchones de bosque y no lejos de eminencias cubiertas de vegetación exuberante, ofrecen un espectáculo muy agradable. Entre los diversos cultivos vimos maíz, base de la alimentación de los lacandones. Hay plátano junto con otros

frutales. Para comerciar siembran tabaco; y una vez cosechado enrollan las hojas en mazos, los cuales truecan por aquellos artículos que desean, tales como aguardiente y cerillos. No noté que las baratijas modernas, de que íbamos provistos por cierto, los



Fig. 119. Con los lacandones.

halagaran cosa mayor. Ya conocen las cuentas de abalorio, los espejitos y cosas semejantes; tan sólo mostraron interés por los paliacates, de los que les regalamos una buena cantidad. También ofrecen huevos a cambio de lo que desean, y cultivan la piña, exquisita por cierto.

Hasta ahí llega lo que en la brevísima visita de unas horas pude apreciar acerca de aquellos indígenas tan famosos como decadentes. Pero no olvidaré el espectáculo



Fig. 120. Con los lacandones.

del caribal, las casitas (figs. 112, 119 y 120) con techos dorados agrupadas en un claro de la inmensa selva circundante, el arroyuelo que se desliza en las inmediaciones como el mejor confidente de sus penas y alegrías.

¡Pobres descendientes de los antiguos señores del Palenque! Nos despedimos de ellos recibiendo sus últimos regalos (**mac-tán** dicen a la dádiva), pues en medio de su miseria procuraron obsequiarnos al convencerse de nuestras buenas intenciones. Nos despedimos condolidos de su extraña ingenuidad, que los hace víctimas de los monteros. Y no sin lástima, accedimos a darles lo que con ansiedad nos demandaban, el aguardiente fatal, sabiendo que ha

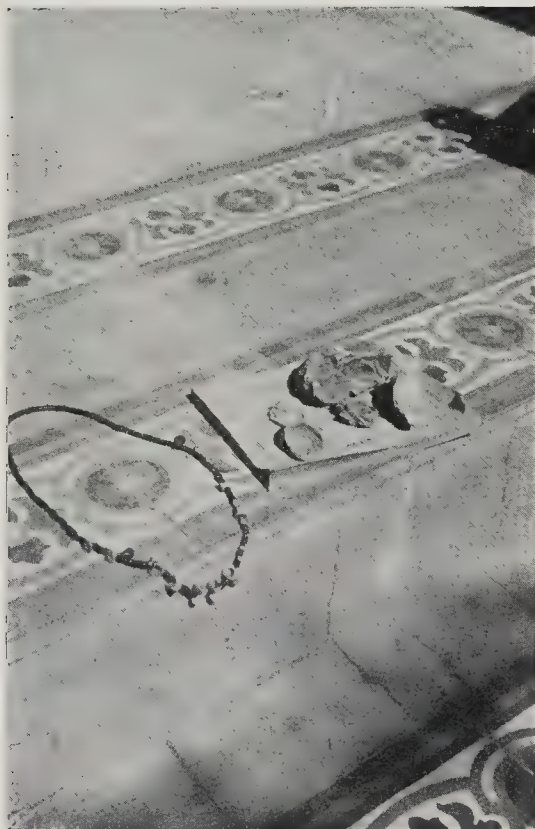


Fig. 116. (a). Un collar con colmillos de jabalí, usado por las lacandonas.—(b). Conchas fósiles.

de apresurar su decadencia y su muerte. Pero es el caso de un enfermo que pide con avidez un alivio momentáneo, y a quien se concede aquello que desea por más que vaya a dañarlo.

Traigo entre sus curiosidades (fig. 116) un collar usado por la más agradable de las mujeres de ese grupo humano (fig. 121) y en la cual prenda, junto con cuentas adquiridas de los barilleros, vienen unos colmillos de jabalí que constituyen el adorno

máspreciado de esa gente. De paso diré que aquellas hembras son aseadas, y manifiestan algo más de vigor que los hombres. Afanosamente trabajan en la molienda del



Fig. 121. El señor Tannenbaum y una familia lacandona.

maíz, empleando para ello manos de metate como las de otras partes de la República.

También trajimos paquetes con arcos y flechas (carrizos muy duros provistos de puntas de pedernal) que nos regalaron los lacandones para que conociéramos las armas con que se defienden de la fauna regional.

Una última observación al respecto: casi todos los habitantes del caribal eran jóvenes. No creo que las enfermedades y los extremos del clima los dejen vivir largos años. Aquella raza, creadora en otros tiempos de maravillas de arte y de civilización, está dando los últimos estertores de una dolorosa agonía, en el fondo del inmenso bosque donde residen sus postreros representantes.

Sólo la selva sobrevive, devoradora, implacable, victoriosa...

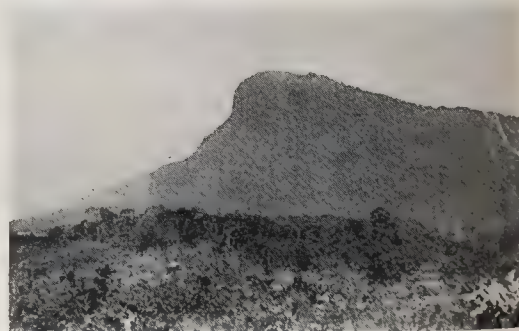


Fig. 108. Cerro Naj-Chac, frontero a las ruinas de Poco-uinic. Nótese su semejanza con el famoso cerro mítico de Culhuacán.

CAPITULO XV
ENTRE EL REAL Y OCOCINGO

El Corte de Maderas Preciosas

REGRESAMOS a El Real tomando rumbo diferente para admirar en otro de sus tramos el hermoso bosque de Banavil. ¡Embriaguez de la selva virgen! ¡Plenitud de vida! Hay que levantar el rostro para abarcar en una ojeada la copa de los caobos. Todo aquí es gigante... hasta los demás árboles: cedros, **chumiles**, guayacán... A momentos, cruzamos arroyos de aguas que dijéranse baño de ondinas, regalo de sirenas ocultas entre la fronda.

No obstante que las lluvias vienen con retraso ahora, un vaho inmenso de humedad álzase de la espesura. Se explica la fertilidad del suelo; pero se comprenden sus malsanas condiciones. Cuántanme que, aquí, suele llover ocho días seguidos por espacio de muchos meses al año. La precipitación pluvial de la zona no baja de tres metros.

De lejos en lejos, una que otra **champa** recuerda la existencia del hombre. Con todo, no faltan haciendas ocupando extensiones de terreno algo más plano en la comarca. Una de ellas es Filadelfia, donde los monteros trabajan actualmente con tractores para el arrastre de maderas. Pero en su mayoría trátase de terrenos sin desmontar, florista virgen; y allí se mezclan, en arrogante confusión, el chicozapote, el hule, el cedro, el quiebrahachas, el aguacate, la guayaba, la **chapoya** y el caobo. Los bejucos entretejen una red impenetrable o bien desaparece el suelo bajo la exuberancia del acahual inagotable.

En presencia de semejante riqueza forestal y maderera no resisto a la tentación de consignar algunos datos que, en momento de buen humor, se sirvió confiarme don

Enrique Bulnes a manera de charla y a la hora de los postres, después de un almuerzo servido en su casa con la bonhomía y largueza que le son proverbiales.

La montería de San Quintín (casa de Bulnes) y la de San Román Tzendales (casa de Romano) han sido las competidoras principales en la tarea de desmontar la selva virgen de las riberas del Usumacinta. Ahora deben añadirse las más pequeñas de Tecojá (propiedad de don Pedro Vega) y la del Agua Azul o Filadelfia, que es norteamericana. En las selvas del lado de Guatemala trabajan otras dos: la Guatemala Land y la de Artés. Calculando **grosso** modo, San Quintín sacaba al año 4,000 toneladas de madera fina; y cosa de 6,000 la casa de Romano. Aquélla lleva sobre 40 años de trabajar; y no son muchos menos los que tiene su competidora. Resulta, entonces, que los señores Bulnes han sacado alrededor de 160,000 toneladas por el río. Estimando a bulto el corte de las demás monterías, en ambas márgenes, podrá acercarse a un millón de toneladas la caoba, cedro y árboles finos que han seguido esa vía, a partir del año de 80, en que prácticamente comenzó el negocio en la región. Salvo algunas interrupciones producidas por los movimientos revolucionarios, el trabajo ha sido continuo.

Según otros cálculos más conservadores, la extracción de madera en el lado mexicano, un año con otro, puede estimarse en 10,000 toneladas, repartidas actualmente como sigue: la montería de Romano, 5,000; Tecojá, 1,500; Filadelfia y Bulnes, otras 1,000. En los cuarenta y tantos años transcurridos esto eleva la madera preciosa sacada por el Usumacinta a cerca de

medio millón de toneladas o sea sobre treinta millones de pesos.

Encuétrase árboles, aunque excepcionales, que rinden 25 toneladas, alcanzando su tronco 16 varas de brazada. Son los gigantes del bosque. Las trozas suelen llegar a dos toneladas, y alcanzan desde 7 hasta 12 metros, con diámetro de 16 a 40 pulgadas. Los caobos vírgenes hállanse en manchones de veinticinco y treinta palos, altos, con cuarenta o cincuenta metros de caño, de los cuales treinta al menos son utilizables. Quedan algunos, así, por La Sultana, en Banavil, en el Potosí, en las cercanías del Santa Cruz. Un manchón tan espléndido hace la fortuna de su propietario.

Según el señor Bulnes, la tonelada de caoba se realiza entre 35 y 37 dólares. La montería del Agua Azul (cuyo gerente es el mismo don Enrique) paga a los contratistas que se entienden con los cortadores de maderas, entre \$ 6.00 y \$ 10.00 la tonelada. Nuestro guía, Adán Albores, asegura que la Casa Romano paga entre \$ 25.00 y \$ 35.00 la tonelada de madera de primera puesta a flote. Los arreadores o bueyeros de las monterías ganan cosa de \$ 60.00 al mes; los tumbadores, \$ 30.00 ó \$ 40.00; o bien trabajan por contrata. La tarea del montero consiste en un árbol, al día; o 60 metros de callejón desmontado, para el arrastre; o una labra (cuadrar la madera) de diez metros. La Casa Bulnes nada más admite, ahora, rodetes, que echa al río.

En promedio, al decir de algunos entendidos, un caobo de buen tamaño produce cuatro toneladas. Calculando en un millón las arrojadas al río hasta el presente, podrá estimarse en cerca de medio millón el número de árboles que han venido por tierra. Han salido, entonces, por las bocas del Usumacinta, en los últimos cuarenta años transcurridos, por valor de 50 a 70 millones de pesos de maderas preciosas.

En las cercanías de El Real los árboles son más altos; en la zona explotada por la Casa Romano (río Lacantún) la madera es

más compacta y fina. Su calidad es superior.

Al tenor de los informes de la Casa de Romano (recogidos de un hijo del fundador, a quien conocí semanas después, subiendo el Usumacinta), esta empresa trabaja desde el 63, en tiempos de Juárez. Aún vivía el señor Romano, asturiano de Cangas, con 86 años a cuestas, en Villahermosa (San Juan Bautista); entre sus varios negocios, estableció la Compañía Mexicana de Navegación (Romano-Berreteaga), que llegó a mover no menos de diez vapores en el Golfo. Comenzó cortando madera en la Barra de Chiltepec y en Tonalá; después se fué internando poco a poco hasta llegar a la antigua concesión del marqués de Comillas, que es la que la Casa explota ahora. Tenía 100,000 hectáreas tituladas, de las que el gobierno revolucionario le quitó la mitad. Según sus datos, la tumba de la madera importa \$ 10.00; el arrastre, sobre \$ 30.00; y con las contribuciones resulta entre \$ 50.00 y \$ 60.00 el costo de la tonelada de madera buena, lo que compromete el negocio; además, el golpeo del agua, cuando la caoba baja por ríos como el Chocoljá, permaneciendo dos temporadas en camino, demerita la madera hasta en un 30%. Preténdese que el arrastre por tractores (implantado en Filadelfia) no da buen resultado por el costo de la gasolina; hay que volver a los bueyes. Se asegura que las compañías norteamericanas perjudican al negocio maderero, haciendo pasar la madera de Nicaragua—donde dominan—como de primera. Verdaderamente, la única de calidad suprema es la de México.

En lo que toca a los arreglos con los trabajadores, hácese por contrato y tiempo fijo; pero prácticamente sin limitación alguna. Mas sabemos que, con el adelanto de dinero, en Ococingo y otras partes, da principio la cadena sin fin de las cuentas. En lo que se refiere a los malos tratamientos, han disminuído; casos hubo, sin embargo, como el de un tal Celorio, que enyuntó

a un hombre. Otro empleado, llamado Mijares, mató arbitrariamente a un individuo.

También reducen sus gastos las empresas rechazando como de segunda o de tercera, madera que en realidad es de primera; artificio para pagarles menos a los contratistas.

La Nación otorga estas riquezas en la proporción de dos pesos por árbol.

He ahí el conjunto de las informaciones que sobre tan interesante materia obtuve en los límites de las monterías.

San Antonio

Partimos de El Real rumbo a San Antonio, seis leguas lejos, al Oeste, más allá de Los Dolores y El Paraíso. Se asciende un cerro altísimo, muro que la naturaleza formó al Jataté, por la banda del Norte. Desde su altura domínase la cañada de ese caudal, quebrada en ángulo recto hacia Tecojá, y subdividida en otra menor por donde corre el arroyo de Las Delicias. No lejos, hállanse la finca de El Porvenir y el rancho Chac, donde se encuentra una figura precolombina grabada en las peñas; dícelo su propietario, el señor Albores.

A cinco leguas de El Real descúbrese San Antonio desde una cumbre de gran elevación (el cerro Etzib, en Tzeltal), en la que remata este ramal montañoso. Hemos subido, desde El Real, no menos de 500 metros. Ocotes y encinos en el monte. Mucho venado. Temperatura fresca, a momentos algo fría.

Vienen, después, escalones inferiores como gradas de la sierra, los cuales se extienden en dirección a Panamabil y a Ocoingo. Los cerros mayores quedan por el rumbo de Lagunas, donde pasa el Tzaconejá (**agua añadida**). Las quebradas transversales parecen producto de fracturas. San Antonio mismo descansa en situación pintoresca; sobre un breve altillo flanqueado por un arroyuelo en cuya margen occidental el terreno está formado puede decirse que, totalmente, de conchitas cretáceas (fig.

116 b) de origen marino, empotradas a la roca. La potencia de esta formación me pareció enorme; aprecié espesores de 20 y 30 metros. Sin duda se prolonga rumbo a Panamabil, donde también las vimos. Otro detalle de interés geológico: aquel guijarro cuarzoso, reliquia de un mar pliocénico, que cubre los llanos comitecos, helo aquí, otra vez, reapareciendo en la bajada de Santa Rita para El Real; sólo que ahora se presenta más menudo. Claro se nota el régimen marino que prevaleció en esta parte de Chiapas. Pero el hecho de que las conchitas únicamente aparezcan en el lado Oeste del arroyo, muestra con evidencia, creo, los efectos de una falla. En otras partes, los citados elementos aparecen sustituidos por un conglomerado rojo, muy fino, que vimos hacia el Este por el rumbo de Santa Isabel y Banavil.

También la finca de San Antonio pertenecía al clero y también la denunció aquel infatigable don Matías Castellanos, que no se daba punto de reposo en hacerse de bienes de manos muertas. Posee, ahora, sobre 600 reses; su valor pasa de \$70,000. La propiedad estaba adeudada; existe, por el rumbo, quien preste sobre fincas al 1% de interés. La fisonomía de la finca es la que hemos visto en toda la comarca: el edificio principal de mampostería: pilares de madera en el soportal: alero de tejas en saliente: techo de dos aguas: posada anexa para los viandantes; a corta distancia la iglesia; por el lado opuesto, la casa de los criados; más lejos las bodegas y otras dependencias; un gran patio bardado, con poyo al centro para la lumbrada de ocote; el ceibo gigantesco en medio; jardín con cedros, aguacates, espinos y **bambimbos**. Agua en abundancia y buena. En derredor, las cabañas de los indígenas, con paredes de morillo y lodo y palos atravesados; los techos de bajarete.

Comprende la finca alrededor de 50 familias; las de extracción indígena hablan tzeltal. El mismo idioma y el tojolabal ha-

bla la gente que confina con los lacandones; y, asimismo, los **bachajones** de allende Ocozingo. Parece costumbre de estas haciendas formar la gente a la madrugada enfrente de la finca, portando machete y morral y con una piel cruda a las espaldas, en espera de que el mayordomo les distribuya la tarea.

Proseguimos rumbo a Ocozingo por el rancho Chijilté, costeano lomas extensas vestidas de encino y ocote. Abunda el venado en la región y el **censo** (jabalí bravo), el tepetzcuintle y el **bajné** (la temible culebra nauyaque). A cada paso, arroyos; algunos tan bellos como el Zaquila, que admiramos en el gran cerro Zapote (entre Santa Rita y El Real), el cual forma una sucesión de tazas naturales que se dijera talladas por orfebres. Por el Suroeste distinguimos el rancho **Huan-can-chaná** (voces del tzeltal), respecto al que corren consejas de tesoros enterrados. Más allá queda Ocozingo, al que los indios le dicen **Ucutzín**.

En Boluxbá aparta el camino para las famosas ruinas de Toniná, a las que nos acercamos deteniéndonos en el rancho de don Aeró Cruz. Se cultiva maíz, caña, frijol; y hay ganado en el monte. Recibimos cordial bienvenida. Casa como todas las de Bajareque. Las paredes, de varejón de caña brava, con tierra arcillosa entremezclada; el techo de caña brava cubierto de zacatal y sostenido por un tronco grueso. Arriba, un tapanco. Forman el menaje butaques forrados de cuero de venado, hamacas, mesas y sillas y calabazos para los usos domésticos. Machetes colgando en la pared. Algunas pieles adornando los muros. Alguna imagen religiosa con adornitos de papeles de colores.

Ruinas de Toniná

Poco trecho más allá descubrimos el asiento de las célebres ruinas. No intento describirlas, pues se conocen desde los tiempos de Stephens; recientemente, Blom hizo de ellas un estudio muy completo. Me

traducen el nombre, ignoro si con acierto, por **Casas de Piedra**.

Nos limitamos a recorrer la sucesión de plataformas en ascenso, majestuosamente dispuestas y de gran anchura y magnitud. Sobre ellas, multitud de estructuras en ruina ostentando la elegante bóveda angular



Fig. 122. Escultura de Toniná.

de los mayas. En los aposentos, restos de estuco de cal con vestigios de pintura azul formando labores y figuras. En la cuarta plataforma, dominantes, dos breves templos a gran altura alzados, con silueta airosa, a la que prestan extraña evocación las palmas arraigadas a sus piedras, tal que oriflamas orgullosos. Multitud de esculturas diseminadas por doquier, con variedad de jeroglíficos katúnicos, de las cuales el señor Mendizábal tomó distintas vistas (figs. 122, 123,



Fig. 123. Grupo de esculturas de Toniná.

124, 125 y 125') que darán idea de su aspecto. De gran adorno la figura humana representada en estas esculturas. Brazaletes, sartaes, placas en el pecho, tocado muy lujoso, máscaras ornamentando diversas por-

ciones del ropaje, etc., etc. El artista entiende el tratamiento de bulto redondo. La piedra que compone el material, amarillenta, de grano muy fino, con más dureza que otras muchas calizas; un tanto semejante a la piedra de afilar o caliza litográfica.



Fig. 124. Un "calendario" maya. Toniná.

Gran centro de esplendor cultural fué, ciertamente, la antigua Toniná. De sus ruinas, ignoro con qué fundamento, declara el historiador guatemalteco Millá: "Posteriormente vinieron los Nahuas, más generalmente conocidos con el nombre de Tultecas, que fundaron la ciudad de Tula. Las ruinas están cerca de Ococingo, al S.O. del Palenque, en el moderno Estado mexicano de Chiapas. El caudillo de ese pueblo era... Quetzalcouatl... al que las tradiciones gua-



Fig. 125. Piedra con jeroglíficos. Toniná.

temaltecas designaron con el nombre de Gucumatz. La capital de los tultecas llegó a ser más poderosa y grande que la del Imperio de Xibalba (alude al Palenque, a su juicio nombrada Nachan y cuya metrópoli fundó el célebre Votan) y acabó por

arrebatarle la supremacía en el país. Después los xibalbaides se vieron obligados a emigrar y se esparcieron por diversos puntos. Algunos fueron a fundar al Norte de México otra ciudad, a que dieron también el nombre de Tula... y establecieron un nuevo reino, al cual algunos escritores dan cerca de cuatro siglos de duración. Destruída esa monarquía... el último rey tulteca, Topiltzin Acxítl, emigró con los restos de su pueblo y se vino a Honduras, donde estableció el reino de Hueytlalto... Se conserva la tradición de estas inmigraciones, como la de ciertas tribus procedentes de hacia el Norte, que vinieron bajo el mando de dos familias... y apoderándose del país acabaron de destruir a Tula y a Nachan. Esta raza es la que se conoció des-



Fig. 125 bis. Grupo de esculturas. Toniná.

pués con el nombre de Man... que significa tartamudo... con la dificultad de aquel pueblo para pronunciar ciertas letras del alfabeto cakchiquel."

El historiador Juarros asienta por su parte (Tratado IV; Cap. I): "Mas lo que no tiene duda es que esta Provincia (habla de Chiapas), fué habitada de gente muy poderosa y culta, y que tuvo comercio con los egipcios, como lo comprueban las suntuosas ciudades de Culhuacán y de Tulha, cuyos vestigios se ven cerca de los pueblos de Palenque y Ococingo."

El comentario de las aseveraciones transcritas exigiría un volumen. Me limitaré a consignar que los caracteres de las esculturas de

Toniná (lo propio que los que se ven en Palenque y Santa Elena) pertenecen, en pleno, a la escritura cronográfica de la civilización que nombramos maya. Y aquí del gran problema: ¿dónde tuvo su origen esa cultura? ¿Inventaron el calendario y la escritura jeroglífica los habitantes de la cuenca del Usumacinta, que tan manifestamente empleaban ambos artificios, y fueron ellos quienes transmitieron la síntesis de su conocimiento a los pueblos de la altiplanicie, en particular los llamados toltecas? O bien, ¿mayas y toltecas son una sola cosa, dos ramas acaso del propio grupo étnico, sin que el segundo vocablo posea otro valor que el adjetivo, quiere decir, **sabio, maestro, artífice**, como los nahuas llamaban al pueblo de quien habían recibido los elementos mejores de civilización? El análisis de esta alternativa me llevaría, ahora, demasiado lejos. Dejaré la cuestión para otro volumen, haciendo constar ahora, únicamente, que el obispo Carrillo Ancona, preclaro historiador yucateco, ya sostuvo que los pretendidos toltecas hablaban maya. Por su parte los señores Mendizábal y Marquina abrigaban ideas un tanto semejantes, habiendo aquél aducido razones por demás originales y sugestivas. Por lo que toca al señor Marquina, su análisis descansa en la comparación de los elementos materiales (arquitectónicos, etcétera), dejados en una y otra zonas.

Ocotingo y su Comarca

Visitada sumariamente Toniná, llegamos a Ocotingo, en el corazón de las Chiapas, a 800 metros sobre el mar. Allí se encuentran hoy no pocas esculturas de la ciudad precolombina (fig. 126). Nosotros hallamos una hacha enorme (fig. 127). Dos ríos ciñen esta población: el Jataté y el de la Virgen. Inmensas cumbres la rodean: hacia el Suroeste, la mole del San Martín; hacia el Noreste, la enorme serranía del Zapote, en cuya vertiente septentrional habitan los afamados y temibles bachajones. El

terreno es muy monstruoso y fertilísimo. Azúcar y panela son sus productos principales; y también frutas de toda clase, maíz y café. La hortaliza es de primera clase. La elaboración de quesos se hace en grande escala.



Fig. 126. Escultura procedente de Toniná.

El negocio agrícola ha hecho prosperar a los habitantes, a pesar de lo malsano del clima. Mucha gente del rumbo se dedica a la explotación de la panela y el azúcar. 100 arrobas dejan cosa de \$ 500.00, con más 100 garrafones de aguardiente y 100 arrobas de panela.



Fig. 127. Hacha de piedra verde (19 c. por 7), procedente de Ocotingo.

Al Norte de Ocotingo están los cafetales. En terrenos próximos a Guatemala comienza la zona de los chicleros y los huleeros, otros dos negocios productivos. Págase el quintal de chicle a 60 y 70 dólares. Se pica el árbol por espacio de seis meses; y un chiclero consigue sacar un quintal en cosa de un mes, por lo que recibe 25 pesos. Cuanto al hule, rinde todo el año, y por espacio de varios, valiendo el quintal 50 pe-

sos. Árboles hay que dan hasta una arroba; otros, dos o tres kilos.

Ocotingo es el centro de los "enganchadores" de las monterías. Contratan hombres y mujeres con sueldos de 30 y 20 pesos respectivamente. Les adelantan \$ 30.00 y efectos de tienda, cargándoselos con mucho exceso. Las deudas del marido pasaban o pasan a la mujer. Ya en el trabajo, el montero recibe una ración de arroz, pozole, frijol y tortillas. Hay capataces y se persigue a los que escapan.

Pagan las empresas a la Nación un peso por tonelada de madera cortada; ahora, el municipio de Ocotingo recibe \$ 0.25 adicionales por cada tonelada. Por cada hombre enganchado se enteran al municipio entre 5 y 6 pesos.

Hacia el 4 de agosto íbamos rumbo a Bachajón, cruzando el río de las Lajas y contemplando sus bellísimas cascadas. Viene, después, la preciosa sierra de Jericó, donde escuché al verdadero clarín de las selvas. Pártese la montaña en dos inmensas alas divergentes, elevadísima la occidental. El terreno quebrado interior de la herradura—testigo de sangrientos episodios de las guerras civiles antiguas y recientes—conduce a Bachajón. Creíamos encontrar aquí un buen número de los temibles y altivos indígenas bachajones; pero sólo vimos un breve caserío medio en ruinas y una iglesia desmantelada e incendiada. Los indómitos bachajones, gente levantisca, viven remontados en el campo rumbo a Palenque. ¡Preferible no encontrarlos! Algunos que encontramos en Chilón son arrogantes, verdaderos atletas, de fiero y avieso mirar. Varias ocasiones cometieron horrendas tropelías en Ocotingo y San Cristóbal; y aun cuando fueron sometidos por don Toribio de Cossío (siglo XVII), queda la tradición de que se robaron muchas mujeres blancas, cuya mezcla los enorgullece. Su idioma es tzeltal.

Adelante de Bachajón viene una larga montaña con espesos robledales; y, cuatro leguas después, **Chi-ilum** (tierra dulce) o sea Chilón, como ahora le dicen. En seguida, **Yax-ilum** (tierra verde), que es el actual Yajalón; y más allá, la agreste Tumbalá, enclavada en un risco de la altura de las nubes. El lenguaje, aquí, ya es chol.

Había fiesta en Chilón, con vendimia popular y toques de tambor. Admiramos a las esbeltas y bastante hermosas indias, de limpio color y armoniosas facciones. Visten enagua azul, con franja de color a la altura de las caderas; camisa blanca sin mangas, con labores; portan triple gargantilla al cuello; y una cinta de color se anudan en la trenza. Grave y dulce, pero no sumiso el continente de tales indios. Aquí sí que la raza aborigen no aparece en decadencia. Lo miran a uno de frente, sin esa humildad que tanto lastima en otras partes. Aun pudiera notarse altivez y cierto aire de desafío en su actitud.

Tiene la villa cosa de 600 habitantes. Hasta aquí llegan los indios de Tenejapa, con su algodón rayado; o bien los chamulas luciendo su túnica de lana gris, rayada en negro, que les llega a las rodillas; y ceñida a la cintura por una faja de colores. Todos toman pozole. En la vendimia, ofrecen duraznos, cacahuates y otras frutas. También esta gente se dedica a fabricar azúcar y panela.

Yajalón dista tres leguas rumbo al Norte, a la boca de una hermosísima cañada. Estamos, ahora, en la región de los cafetales; los cerros aparecen vestidos del risueño arbusto. La población se compone de "ladinos," con preferencia al elemento indígena. El elemento alemán empieza a presentarse, dedicado por este rumbo al negocio del **theobroma**.

CAPITULO XVI

LA AGUJA DE DIAMANTE DE TUMBALA

SEGUIMOS rumbo a Tumbalá, paraje de fama como inaccesible, nudo de las montañas chiapanecas. Crúzase, primero, un río en Hidalgo, dos leguas adelante de Yajalón, a la salida de cañadas vestidas de cafetales; en sus quebradas, los gambusinos buscan las pepitas de oro o los aflores del petróleo.

Nos esperan, adelante, cerros de tamaño enorme, coronados por espesa ceja de soberbios liquidámbares, cedros, sangre de drago y huarumbos. Una eminencia de magnitud colosal cierra el paso al caminante, nada más dejando libres los cortes de los barrancos que la flanquean, hendidos en la rugosidad de la Cordillera, como por tajos de gigante. Hay que detenerse ante su mole o remontarla. Es la pavorosa cuesta de Tumbalá.

Un excursionista de sangre preferirá siempre caminos de escalofrío y ascensiones audaces como aquélla. En lo sublime radica una garra a que no es dable resistir, cuyo imán entraña inquietudes y desvanecimientos de vértigo. Larga, de tres a cuatro leguas, la terrible cuesta. No se remontan menos de mil metros desde la hondonada a la roqueña cumbre, sin que el viajero avance cosa mayor en dirección horizontal—brevísimos kilómetros a lo sumo. Vereda zigzagueante y horrendamente pedregosa. Bajo las lluvias, sus pasos malos y sus atascaderos meten espanto. Alguno se conoce por Paso del Diablo.

A media altura del cerro, he ahí una formación poderosa de conchas marinas que rellenan, literalmente, la piedra. Fósiles de variedad infinita de formas y tamaños muy diversos (entre 3 y 12 centímetros, de longitud). La roca encajonante, caliza, dura al

extremo, muestra en la fractura, cristalina de aspecto, las huellas del metamorfismo. Tan áspero terreno, pues, estuvo bajo las olas en un tiempo, hasta que el fuego central lo levantó entre bramadoras convulsiones.

Y llegamos a la cima, aguja que taladra el zafiro del cielo. Allí está el caserío de Tumbalá, una cincuentena de aduares, perennemente cortejados de las nubes. ¡Extraño paraje para asiento de un poblado: jamás la frase **nido de águilas** pareció igualmente oportuna!

Como titanes que el rayo fulminara en venganza a querer escalar una mansión extraterrena, he aquí, a derecha e izquierda, alineados en formación de verdad impresionante, una ingente hilera de peñascos precediendo a la entrada del lugar, tal que rebeldes hechos piedra o testigos, ahora mudos, de un drama cuyos actores fueran las deidades.

Desde aquella cúspide... ¡qué contemplación, robada a las cóleras cosmogónicas o a los cataclismos de la geología! A nuestros pies, en todas direcciones, abismos de mil metros. Hileras de montañas cabalgando unas en pos de otras, hasta el postrer confín del horizonte... Por Occidente, la horrenda mole del **Akbalnah** (casa oscura), eminente sobre todas las cumbres, crespada de bosque, hirviente de feroces animales, con repliegues contorsionados, en cuyas últimas ondulaciones ocúltanse los yacimientos de ámbar, de Simojovel, y las reliquias coloniales de Moyos y de Tila... Hacia levante y por el Sur, toda la crestería de la sierra de Don Juan, hasta el Palenque, a la que ciñe, más allá, el brazo prodigioso del Usumacinta, engaste azul en que se recoge la esmeralda palpitante de las selvas. Hasta nueve filas de montañas, en procesión fantástica,

convergiendo de Sureste a Noroeste... Y allí abajo, y hasta donde la pupila se dilata, la espesura impenetrable, negra en fuerza de apretada, devoradora, mansión de zaraguatos y de tigres, de jabalí y de pumas... extendiéndose desde la floresta del Palenque hasta la tierra lacandona. Por el Norte, las soleadas planicies de Tabasco, estríadas de líquidas venas, brillantes con los espejos de Catasajá y diluyéndose a la distancia en la cinta azul de Laguna del Carmen, cuyos últimos términos se mezclan y confunden en los cristales del Golfo... Como el airón de un penacho adamantino, la arriscada aguja a que aferramos nuestras plantas culmina sobre el orgullo de la cordillera tropical, visible desde el lomo encabritado de los mares...!

He visto, al fin, la tierra prometida de mis ilusiones... que tierra prometida es la comarca porque tanto suspiré, y donde bajo palios de felpa esmaragdina Palenque desafia el asalto de los siglos, recogiendo bajo bóvedas como de alabastro la gracia inmortal de curvas en las que, con encanto femenino, vibró la eterna juventud del mundo. Conozco, ahora, el lugar donde pueblos de misterio erigieron semejante maravilla; y no únicamente, sino que veo desde aquí, domino en este sitio de grandeza salvaje, extendida a mis plantas, y como si fuera a tocarla con la mano, la selva tropical que circunda a la ciudad sagrada... virgen selva donde los hombres nunca penetran, poblada toda de rumores... preñada de misterios... Veo la tierra de magia, que el Usumacinta fecunda, enrollando a su garganta un sartal cuajado en ópalos, oro, violeta, jade...

Cuando el corazón casi paralizado de emociones, parece próximo a suspender su ritmo, he aquí, por extraño modo, interrumpiendo la visión dantesca, una súbita cabalgata de nieblas asediando la roqueña cumbre y posesionándose, uno a uno, de todos sus altivos picos. Bajo blancos cendales desaparece la extensión, no más dejando aislados manchones de selva, como islotes en medio

a una mar agitada. Cortada al capricho la profundidad de los precipicios, azulea el abismo, en contraste con la albura de las gasas de neblina.

Estamos en la hora del tramonto: el Sol se hunde en las cavernas de la serranía. Un aire huracanado azota entonces la altanera cúspide. El crepúsculo se ahoga entre cárdenas tonalidades. Viene la noche tragándose al planeta. Borróse la visión de maravilla... la selva, las montañas, el Palenque... Aúllan sobre mi cabeza las voces del viento; y creo sentir en torno soplos del Espíritu...

Cuando descendí, después, en pos del refugio de alguna cabaña, ya serena la noche y fulgiendo estrellas en la comba del espacio, he aquí algo como de sortilegio que me afianza a tierra. Estoy en frente de una iglesia en ruinas, la antigua iglesia dominicana de Tumbalá. El templo se halla abandonado. Sus techos cayeron. No suenan las campanas en las torrecillas laterales. En los desconchados muros entrevense leyendas de arcaico carácter, donde alcanzo a leer el nombre de Nuestra Señora Inmaculada. Pero la yedra y el musgo visten los muros decorándolos con fantasía oriental... Manchones de violeta y púrpura, como brocados de ornato, aquí y allá los tapizan. El liquen finge damascos, reverbera con chispeo de tisús, combina claroscuros de profundos terciopelos, matiza jaspes desvaídos en seda... Se dijera que irradian claridad esas paredes. La luz estelar filtrase en la nave, como tamizada en un polvo extraterreno... Afuera, un gran atrio con informes siluetas de santos diseminados variamente, encuadra aquel conjunto, y la pétrea portada arropa en sombras de misterio sus aristas...

...Y cuando rompe en el firmamento la claridad matutina, los tapices de musgo, de la misteriosa iglesia, estallan en una magna acuarela, vibran en triunfales sinfonías de colores. ¡Iglesia de Tumbalá, ruinas evocadoras de inefable encanto: jamás he visto una sugestión becqueriana tan intensa!

Lamaré, sin ponderaciones, viaje de maravillas a mi expedición a Chiapas. Unos parajes hubo, sin embargo, que trascendieron la común belleza confinando a la emoción excelsa: Tumbalá, la selva de Banabil,

la cañada transversal que se abre sobre el río Tzaconejá, y el grande Usumacinta. Al par con estos espectáculos sublimes, y añadiéndoles el prestigio del arte elevado a rango máximo, Palenque!

CAPITULO XVII
EL USUMACINTA

ABREVIARE el relato a partir de la villa tumbalteca. Dejado atrás el caserío de 50 ó 60 moradas, centro de una población de cosa de 600 indígenas de idioma chol, diseminados en las vertientes de su gigantesca montaña, caminamos en dirección a Trinidad. Pero el camino sólo en tramos mejora; tiene pasos como el **No te lo dije**, antes de la Trinidad, en que no le arriendo la ganancia al más experto. Las pobres caballerías pierden hasta el resuello en aquellas sartenejas y atascaderos infernales. El terreno consiste en las compactas rocas calizas, a veces azu'adas y adelgazadas, con tendencia al apizarramiento. Con frecuencia, las vemos verticalmente levantadas o trastornadas en revuelta confusión. A ocasiones, se aprecia en ellas un aspecto talcoso. Quizá la formación comprenda dolomitas; los petroleros afanosamente exploran la comarca.

Tenemos a la vista una depresión anchísima, última vértebra de las sierras de Chiapas. Por su valle corren los ríos Bascán y Tulijá, venidos del rumbo de la quinta cafetera El Encanto, en los confines de la selva virgen. Franqueado el borde septentrional de la hondonada en la tremenda cuesta del Chival, breve pero más empinada que ninguna de las anteriores; y sin dejar un momento la floresta, que aquí engalanan hulars, tebeles y otros árboles, henos, por fin, encarados a terreno plano. El camino, en lo adelante, obra de la empresa El Aguila, admite tractores. Rápidamente nos conducirá a El Salto, donde, con dirección a Frontera, para tomar el vapor de río que ha de llevarnos en el Usumacinta a las cercanías de Palenque, embarcaremos en una de las canoas-motores que descienden y remontan el bellísimo Tulijá.

Era el 10 de agosto cuando saludamos, por primera ocasión, al más hermoso de los ríos mexicanos; y bien pudiera decir que de la América boreal, si la comparación ha de hacerse con el Mississippi—aun cuando éste sea mucho mayor—, porque, en punto a mirajes, el Usumacinta imponderablemente lo supera. En la confluencia de Tres Brazos traerá sus 230 metros de ancho, por 150 del Grijalva, y cosa de 150 del Tulijá. Digo en esta época del año, cuando principian a desatarse las lluvias. Su color, allí, es notablemente azul, en contraste con el turbio del Grijalva. Frente a Frontera bien excede de 600 metros el ancho del caudal; y en la mayoría de su curso estimo que el promedio no baja de 400.

Remontamos las profundas y azulinas aguas a bordo del Carmen, vapor de río impulsado por paletas. Corriente serena, poderosa... ¡la imperturbabilidad, la tranquilidad de todo cuanto es fuerte! Visualidades infinitas, como de espejos a veces. A la luz crepuscular, las ondas se anacaran. Plegado de peculiar elegancia en el oleaje. Dulzura incopiable del ritmo del agua. Siéntese el poder de la corriente: el impulso que viene de lejos, de las altas sierras ahora invisibles; de los profundos bosques ribereños. El aire está fresco. El pecho se dilata con las emanaciones del río. ¡Sensación de caricia! Bajo la cascada lunar, ambiente como de magia. ¡Río de magia es éste!

Suelen encontrarse en el caudal las trozas de madera fina, amarradas en balsas. Miden éstas desde 7 hasta 15 y más metros de longitud, por otros tantos de ancho.

En Jonuta el río conserva su imponente anchura; pero las orillas son bajas, con plataneros y palmas confinando a los potreros.

Hay islas a trechos, pintorescas como creación de una paleta. Un "cuyo" o montículo artificial dominante, se encara con el río.

Más allá de Santa Margarita, el Usumacinta se encañona en parajes de grandeza salvaje. Las márgenes son cantiles a pico, altos como catedrales; imponentes como si fueran a venirse encima. El agua precipítase en furiosas chorreras. Vorágines a que no sería posible resistir, conmueven la corriente. Resuena el estrépito de las cataratas... A momentos, en la inmensidad de los voladeros, el caudal desaparece; nada más la nie-

bla se percibe. ¡Nadie ha reconocido por ahí aquellos sitios!

Traspuesto el tramo torrencial, las aguas recobran su sereno curso. Alzanse los bosques de las márgenes, espesura de liquidámbares y cedros, con el peculiar elegantísimo ramaje que se encrespa como si estuviera rizado. Y, retratando aquel paisaje embelesador, majestad y silencio, fragancia de eterna primavera y hervores del trópico, el padre de las aguas se aquieta a la hora del crepúsculo y su cinta coruscante encalma la cintilación irresistible, trocada en sedas de oro, lila, tornasol, ensueño...

CAPITULO XVIII

PALENQUE

Y A vamos cabalgando hacia Palenque, dejada atrás la amena población de Montecristo. Terrenos de sabana prolongándose a distancia, hasta donde llega la vista. A una y otra vera del camino, ancho y espacioso, como hecho para tractores, densos bosques en cuya espesura anidan los faisanes y chilla el zaraguato. Un pasto crecidísimo alfombrando la campiña. Son doce leguas hasta la vecina sierra, en el primer estribo de la cual descansa la ciudad prehistórica.

Pasada la noche en el pueblo de Santo Domingo, proseguimos, temprano, en dirección a las ruinas, situadas nueve kilómetros adelante. He aquí una ancha calzada de **pabis, macas** y otros árboles corpulentos y majestuosos. Viene, después, una intrincada espesura. La sierra se aproxima. Ya percibimos sus estribaciones, altas de 400 a 500 metros, sobre el plan de la sabana. Es la famosa serranía de don Juan, que distinguieramos desde Tumbalá, plena de bosques e hirviente de leyendas. ¡Hermosa y admirable selva!

Sentimos, por instantes, la presencia de las ruinas, como si, aun cuando no las miramos, algo de su espíritu llegase hasta nosotros... Un encanto indefinible nos embarga.

He ahí un arruyuelo de delicias corriendo sobre arenas y guijarros. Lo ciñe una arboleda espléndida, cuyo ramaje forma toldo (fig. 128) que apenas deja paso a los venablos áureos del sol. Gorjean las aves en la fronda. El faisán habita en el vecino monte. Y, emergiendo de todo esto, como al producto de un conjuro... las ruinas que la fama pregonó en el orbe. ¡Dijérase una ciudad sagrada!

Volvemos los ojos... y ¡allí los edificios que venera el mundo!

No intento describirlos, que aun sus más breves detalles andan en álbumes y publicaciones, como si procedieran de los frisos del Partenón o del mausoleo de Alejandro. Unicamente me conformaré con sentirlos. Sólo, sí, haré constar, que ni las mejores fotografías y dibujos—ni siquiera los de Maudslay o Waldeck—dan sino una pálida idea del encanto y magnificencia de aquel sitio.



Fig. 128. Espesura en que se asienta la ciudad de Palenque.

Todo revela, aquí, una mansión de príncipes. La alberca, con el agua deslizándose calladamente bajo el macizo embovedado, a la sombra de fragantes árboles... Aquello dice a las claras que era un baño para reinas.

Cómo son enormes los sillares puestos en los dinteles de las puertas! Y cuál perfección la del corte de la piedra, tallada como blanda cera por la mano del orífice!

Aquello sería un palacio regio en cualquier rincón del globo. Galerías al aire libre para circular disfrutando el regalo de la brisa. Aposentos pintados y estucados, con labores emblemáticas, de indecible elegancia.

¡Y cuáles bóvedas! ¡Qué artista realizó el milagro de esas incopiables curvas, fu-

sión de gracia y gallardía, no superada ni en los alcázares de Arabia!

Alzanse los templos y santuarios sobre pirámides de arrogante estatura (fig. 129) y perfil armoniosísimo. La línea de los edificios, recortada sobre el azul celeste y el



Fig. 129. Santuarios sobre esbeltos basamentos piramidales. Palenque.

verdor de la fronda circundante, ostenta la nitidez de lo perfecto, la pureza de lo clásico. Frisos, pórticos, cresterías... todo tiene ritmo; y armoniza en precisión de estrofa.

Sobre los muros... aquellos estucos inmortales (fig. 130) donde el prodigio de la gracia helénica revivió para eternizarse al calor de la selva vernácula. Todo el misterio de la juventud de América, la palpi-



Fig. 130. Estuco de Palenque.

tación de las razas nativas, en el culmen de su florecimiento... helo ahí, por el golpe de un buril de genio, inmovilizado para la eternidad en contornos y siluetas donde el hombre y la mujer indígenas convertidos quedaron en arquetipos de inmortal belleza.

Al interior de los santuarios, los tableros de pétrea dureza en que la sabiduría antigua plasmó el secreto de mil años de contemplación del firmamento y medida sutil del concierto de los astros. En bloques de caligrafía exquisita, tallados en piedras como ámbar, una escritura jeroglífica de ingenio incomparable donde con vaticinios de irreprochable cálculo se marca el paso del tiempo, registrándose en lo pasado y en lo futuro la procesión inexorable de eclipses, conjunciones planetarias, equinoccios y solsticios... en una palabra, el juego armónico de las esferas.

Un prodigio de ciencia aunado a un milagro de arte... ¡tales las ruinas de Palenque!



Fig. 131. Árboles enormes arraigando sobre las bóvedas del Palacio de Palenque.

Un voto para terminar. Sobre aquellos edificios de impecable corte, que contempla atónito el viajero alzándose como por hechicería junto a la selva inhabitada, donde por la noche rugen los jaguares, arraigan (fig. 131) árboles enormes, cedros y zapotes gigantes, sobre los que se abate la furia de la tormenta tropical chocando con fragor de alud en los troncos que se afianzan, estremecidos, a los sillares de las bó-

vedas divinas. Cataratas de agua se desploman, largos meses al año, sobre los estucos de ensueño cuya consistencia admirable ha podido resistir, sin embargo, el embate de un milenio de estragos e inclemencias. ¿Sería posible revestir de cristales lo que se conserva de aquellas creaciones de la eflo-

rescencia virginal de América? ¿Sería posible salvar para orgullo de la patria y pasmo del orbe, las maravillosas ruinas del Palenque? El culto a la naturaleza y la belleza hízolas surgir; restáurenlas, de la belleza y la naturaleza el culto y el amor.

México, 7 de mayo de 1928.



Fig. 132. Ruta de la Expedición.

APENDICE I

Estadística de Tapalapa y sus Anexos

Exmo. Sor.

Desde 31 de Mayo de 1837. tube la satisfaccion de remitir al Gobno. Departam^{to} un informe q^e habrasaba los princip^{es} puntos de la Estadística de esta Seccion Ec^{ca}. Esta circunstancia particular, unida a la gral. de la Nacion amenasada en su existencia por una Potencia Europea, habian influido en la demora q^e ha sufrido esta contestacion. En ella repetiré algun^s de q^e hablé ya en mi informe, enderesando algun^s opiniones q^e seguí en él, cuya poca importancia me exonera de hacer especial mencion. Seguire el metodo mismo prescrito en la nota é instruccion del Sup^{mo}. Gobno. Nacion^l, y los puntos q^e callaré, deberá atribuirse ó á la desgracia de ignorarlos, ó á q^e son agenos en esta Seccion Ec^{ca}.

Estado físico

De la cordillera de los Andes, q^e desde por la Gineta q^e creo es nuestro limite con Oajaca, se dobla sobre el Pacifico, nace un ramal de zerros que corriendo, enroscandose y trensandose hacia el Norte cinē gran parte de nuestro Departam^{to}. El rio de Chiapa q^e desemboca en el Golfo por Tabasco, ha cortado y comido este ramal hasta la profundidad de mas de 650 varas por espacio de 10. y mas leguas q^e hay desde la Villa de Chiapa hasta Chicoacen: y tambien desde este pueblo hta. alg^s leguas despues de Quechula, de q^e resulta ser la incision de la zerrania de mas de 30. leguas de longitud. Esta larga abertura, no puede tener una causa ciega, feroz, tumultuaria y violenta, como un terremoto, cuyos efectos orribles son bien conocidos. La incision es hecha pasifica y metodicam^{te} en

linea vermicular como acostumbran los rios, cuyos angulos entrantes corresponden á los salientes constantem^{te} con anchura regular de alto á bajo en todo su curso, y proporcional á la cantidad de aguas del rio. Luego este es el q^e con sus fuersas, con su constancia y con los siglos se havrió este camino.

De este acontecim^{to} se sigue = 1^o Que tiempo hubo en q^e el lecho del rio de Chiapa fue 650 var^s mas alto q^e actualm^{te} pues q^e ha comido desde la cumbre, y por consecuencia él ha destruido, cargado y llevado al mar la inmensa cantidad de tierra q^e falta = 2^o Supuesto la abertura desde su cumbre hasta su base tiene anchura proporcional á la cantidad de aguas en todo su curso, el rio con su actual forma la originó, y no bajó la de un lago q^e tocando en la cumbre del zerro hubiera habierto en la altura bruscam^{te} desigual é improporcional á la base y aguas; y por concecuen-
cia el lugar en q^e es sita hoy la Villa de Chiapa, Tuxtla, Acala, &^a &^a &^a era en otro tiempo terraplenado y alto: lo q^e se corrobora obcervando la direccion de los barrancos, q^e es constantem^{te} hacia los rios, esto es, hácia al lugar á q^e ban las aguas de las llubias, siempre destructoras, si la naturalesa es inmutable: Luego estos hân creado los barrancos y comido el terraplen. La anchura media de este rio de Chiapa es de 180 var^s, su profundidad $1\frac{1}{8}$. vara, y su velocidad de $9\frac{1}{8}$. var^s por minuto. Asi es q^e corren anualmente en él 40.382.630.800. pies cubicos de agua, y en solos dos meses 6.830.438.400 pies cubicos agua; pero como en la estac^{on} de llubias un pie cubico de agua sucia de este rio lleva 4. escrupulos (de los de 24. por onsa) de tierra, segun mis observaciones y experimentos: si calculamos por solos dos meses el

tiempo de la suciedad de las aguas en todo el año, tendremos 27.321.753.600 escrupulos de tierra, q^e arranca y conduce al Golfo cada año, q^e se reducen a 2.846.916 arrovs^s de tierras q^e jamas vuelven al continente = 3^o Estos mismos Pueblos de Chiapa, Acala & hoy de clima calido, o los q^e estuvieron fundad^s perpendicularm^{te} sobre ellos, en el terraplen, fueron de clima frio. = 4^o Qu supuesto estos Pueblos de clima frio, con sus edificios, y el terreno q^e los sostenia fueron absorvidos en el abismo de la nada, no se deben hayar hoy monum^{tos} de ellos; pero de los Pueblos de clima calido, q^e el gusto de los homb^s fundó en los balles y bajios desde aquellos remotisimos tiempos fuera del ramal de zerros o mesa, nos quedan monumentos soberbios en el Palenque y montañas del Peten. = 5^o La antigüedad de esos Pueblos es la del Dilubio vniversal. = 1^o Porq^e la amazon actual del ramal de zerros no es de roca viva primitiva, sino de piedra calcarea dura, q^e es criatura de las aguas = 2^o Porq^e la piedra calcarea q^e hoy tiene el ramal, es durisima e indisoluble hta. cierto punto, y solo cuando ella fue una pasta blanda, pudieron abrirla las corrientes del rio, y cortarla como con cuchillo, y esa epoca es la del Diluvio de aguas, cuya accion viva creo presisam^{te} con sus sedim^{tos} grandisimos zerros compuestos de capas horizontales y paralelas como las q^e tiene el ramal sobrepuestas, q^e a su retirada dejaron blandos y de poca consistencia = 3^o Porq^e ese ramal tambien consta de inmensos promontorios de arena, provista de carbon en abundanc^a, aunque desmenuado, y alg^s pedados semi-petrificados, tal es el lugar en el pie del ramal de q^e se saca arena el Pueblo de Tapalapa p^a barro de su Industria; asi es q^e cuando este monton de arena, o el ramal de q^e es parte se formó ya habia carbon, ya se usaba del fuego, ya el mundo era viejo, y por concecuencia el no excede a la epoca del Dilubio = 4^o Porque el gusto marcado en los monum^{tos} del Palenque es el mismo q^e el de los Egipcios

Pueblo inmediato al Dilubio, y prueba por lo mismo ser ambos de un mismo siglo = 5^o Porq^e el puente de ladrillos del rio escopetaso cerca de Ystapa ha como 130. a^s q^e se puso, en cuyo tiempo el rio comio o bajó tres quartas de vara desde la base del puente; pero hoy el rio esta como 25. v^s mas abajo de la superficie del llano: luego ha necesitado de 4222. años para comerlos, q^e es poco mas o menos el tpo. transcurrido del Dilubio hta. hoy, porq^e $\frac{3}{4} : 130 :: \frac{100}{4} : 4222$ —Ya se sabe q^e un rio gasta su lecho igualm^{te} o casi, en un siglo q^e en otro, pues aunq^e unas partes del terreno sean mas faciles acabar, otras son mas duras y detienen los sedimientos y tierras arrancadas.—

Aunque las llubias han desfigurado con tantos siglos la grande mesa del ramal, no la han destruido completam^{te}: ella existe hoy defendida y bordeada constantem^{te}: por el zerro de Chiapa. Todos ntros. Pueblos de clima frio estan sitios sobre ella, y los de clima calido fuera de ella gosando todos de variedad y comodid^d, por esta Mesa Chiapaneca. A las orillas sob^e ella esta Seccion de Tapalapa a 17° 28' lat. 5° 25 long. desde la Ciudad Federal siguiendo el mapa de Humbolt de 1822: abraza como 60 leg^s cuadradas y confina por el norte con la Parroq^a Tapilula en el arroyo Pocpacocmo, por el Sur con la id. Copayuala en el Valle Huisnojon, por el Est con la id. Xitotol en el zerro Matasano, y por el Oest con la Parroq^a Magdalenas.

Su superficie es sumam^{te} escabrosa y casi sin valle alguno por la multitud de fosos y zerros. Vn tro^e del terreno es el q^e llamam^s de montaña, humeda, poroso, fertilisimo, en q^e la vida organica derramada con profucion, produce una vegetacion robusta, espesa y obstenida. En el resto hay barro y tierra colocara. Vn zerro entra por Coapilla y atraviesa la Seccion de Sur a Norte, dando direccion a las ag^s al Est y al Oest. A su falda es sito este de Tapalapa, y desde el Conv^{to} medí su altura por operacion geometrica y haye ser de 753—v^s la cual es casi la misma por todas partes.

Este zerro es creible sea ò contenga una sisterna de agua como muchos otros de Chiapas. En 1828. vimos rebentar el zerro tomate en la Fraylesca, y las cresientes de rios perjudiciaron las cosechas amontonadas en el mes de En^o hta. mas de 25 leg^s de distancia. De este nacen los rios de Magd^s Tecpatan q^e engruesados de otros manantiales son nabegables en la estación de lluvias, el de Copayuala y Chicoacen, ã mas de una multitud (mas de 50.) de ojos de agua y otro richuelos q^e el otoño tendrã una vara de diametro de un cilindro y en la ceca $\frac{1}{4}$ ¿De donde salen estas cantidades de agua vivas en todo el año, si este zerro, no es una gran sisterna? Y se confirma por una laguna redonda de 200. v^s diametro, sita con Coapilla, y cuyas buenas ag^s usan los havitantes, q^e debe ser una porcion descubierta de la sisterna, porq^e mientras mas tierra de su borde se ha ido destruyendo, ella ha ido agrandando. Debe tener comunicacion subterranea por Tabasco, de donde viene el mal-tiempo, ò lluvia menuda envuelta en viento dominante en esta Seccion, pues unas Chinampas como las de Chalco y Tescoco en Mejico, esto es, matochos de Sacate acuatil y cuyas raises son trensadas, flotan en su superficie con su movimiento de uno ã otro lado un día ò mas antes de venia.

El clima es frio, como el de todo Pueblo, sito sobre la Mesa de Chiap^s

En Agosto al salir el Sol variaba de 10. ã 12. gs. traumua, y al entrar de 14. ã 16. Ygnoro el grado med^o por q^e se me rompio el termometro. La atmosfera es humeda y nebulosa, con los vientos Noro—est y Oest dominantes. Entre la vegetacion habran secretas y grandes riquezas: se haya cedro, corcho y pino, para edificios. Liquidambar por su goma odorifica. Las escabrosidades, montañas y poca poblacion, devieran abrigar animales malignos, tigres Leones &. pero por fortuna son raros, quiza por la mucha lluvia fria, como tambien Alacranes, Zancudos, Chaquistes y demas bichos; pero hay Culebras vene-

nosisimas, no obstante el clima frio. Hay en la Seccion cuatro Pueblos, Tapalapa, Pantepec, Ocotepec, y Coapilla, con un rancho S. Sebastian de q^e paso ã hablar inmediateam^s

Estado civil

DOS MIL ALMAS hay en los cuatro Pueblos y Rancho todas raza pura bronceada tribu de zoques cuya lengua usan. Esta lengua zoque, q^e usan como 25. Pueblos de todo el Departam^{to}, es pobre, carese de voces para explicar toda idea abstracta: esto prueba la infancia del Pueblo q^e hayaron los Españoles en el siglo 16. El idioma indica q^e los Ynd^s tenian Calendario lunar, esto es, de 12. meses lunareos, por q^e Jama es el día, y Jama el sol, asi como poia el mes, y poia la luna, aquel llebo el nombre del día q^e causaba, y ésta del mes q^e hacia. Tambien tenian ideas del Espiritu, q^e entre nosotros quiere decir aire, aliento y entre ellos Ducci, el demonio quiere decir humo. Esta lengua cuenta como ntros.—sistema numerico con nueve cifras y el zerro q^e repetidas dos ò tres veces llamamos 20 ò 30., y empesamos de nuevo 21, 22.23, &c. &c. V gr.

Lengua — Zoque

uno ——— tuma

dies ——— macai

onse — mac-tuma

veinte — ips

veinte y uno — ips — tuma &c.

Este mismo sistema de contar con nueve cifras, es, me parece de todas las lenguas conocidas, y prueba indubitablem^{te} = 1^o La exist^a de una prim^a lengua q^e parió las demas, aunque variando el mecanismo de las voces, pero concervando el fondo y sistema de las ideas, y por concecuencia la existencia de un solo primer hombre = 2^o Que los Yndios penden de este 1^r hombre, asi como su lengua del primer idioma, y por concecuencia deben desecharse las opiniones atrevidas de ciertos Naturalistas modernos q^e se confunden buscando el origen de los Yndios por estar su continente

rodeado de mares, y por cuya causa hise mencion de este punto importante, pero desgraciadam^{te} olvidado, segun entiendo. Ni puede decirse q^e alg^a necesidad obligō ā los prim^s Pad^s de familia (si ellos hubieran sido muchos) ā contar del mismo modo con 10. cifras, por q^e las lenguas son puram^{te} signos advitrarios: de 20. y 30. idiomas distintos q^e hay en Americas, es imposible q^e sus imbentores huvieran tenido advitrariedades identicas si antes no tubiesen ideas identicas y comunes mamadas en la lengua comun.

La estupidez ē ignorancia actual de los Yndios los aproxima casi ā una vida animal. Sin instituciones sositables, pues las existent^s no son p^a ellos por estar concebidos en idioma castellano q^e no entienden, quedando asi una excomunion, origen de funestos males, entre los funcionarios y sus subditos; sin artes; sin los elementos de de la vida, la naturaleza solo sostiene en ellos y con fuerza sus Leyes de la propag^{on} del genero humano. Mas de 20. Pueblos de los fundados en la conquista, contados por mi en los archivos, perecieron bajo el llugo de sus opresores, aun los actuales q^e llegaron solam^{te} ā agonisar por fortuna, vinieron disminuyendo hasta mediados del siglo pasado en q^e emprendieron una progrec^{on} creciente. Esa es la data feliz q^e ha hecho sobrevenir los Pueblos. Humboldt asegura q^e hoy la clase indig^a es mas numeraria q^e nunca, y esto no puede ser verdad al menos en Chiapas. Bien sabemos la poblacion del defunto Copanaguastan. Esta creac. no se debe ā la legislacion colon^l concebida en castellano, y entendiendo entonces los indios solo y el mismo idioma de hoy y bajo la cual perecieron los otros Pueblos, la deuda es al poder la natur^a. El padrastro Peninsular no protejio la Agricultura; no derramo la ilustracion; no aprecio la sanidad, facilidad, y abundancia de alimentos, es verdad: pero enviaba visitantes q^e examinaban y contenian el despotismo y advitrariedad de Precid^{tes}; Yntend^{tes} y Subdelegados, cui-

daba la administracion de Justicia, y estos solos dos pasos producian una semi-seguridad individual, suficientes para q^e las Leyes de la generacion de la especie humana no quedasen entorpecidas y la Poblacion creciese.

Tengo por 2^a vez la satisfaccion de adjuntar ā V.E. los Estados 1^o 2^o 3^o y 4^o de los Bautismos habidos en los Pueblos de esta Parroq^a desde 1784. hta 1838. En todos se advierte aumento conciderable en cada diez años, de tal suerte, q^e del primer decenio de Tapalapa 165. al ultimo 276. se ha casi duplicado el numero de Baut^s en solos 40. años: y al primer de Pantepeq^s 184., con el ult^o 333. susedió lo mismo: y tambien al 32. de Pantepeq^s con el 172., y al 35. de Coapilla con el 186. de q^e resulta q^e esta Parroq^a crese como los num^s ÷ 536 + 623 + 662 + 876. + 973, como se ve en la suma de decenios hecha en el contramargen del numero 4^o El num^o med^o de Baut^s del ult^o decen^o es 97 q^e con los q^e faltan al 373. para ser el duplo del prim^o decenio; luego cada 41 años se dobla la Poblacion en esta Seccion.

En la proporcion q^e crecen los Bautisados, deben aumentar sus pad^s y Mad^s, y esto independiente del num^o de muertos, q^e es falible, porq^e fallecen sin apuntarse los q^e emigran, y porq^e los apunten de los anexos en q^e no recide el Parroco no son muy fidedignos. La proporcion entre nacim^{tos} y habitantes es la misma en los 4 Pueblos, como se vē.

	Tapalapa	Pantepeq ^s	Ocotepecq ^s	Coapilla	Totales
Baut ^s	1.072...	1.263...	688...	657	3.660.
Poblac ^{on} ...	575...	,,726...	334...	238	1.343.

En q^e se ve q^e ha proporcion q^e una Poblacion exede ā otra en esa misma exede en los Baut^s Luego tienen en su consumo igualdad proporcion^s.

El q^e sepa q^e estos habitantes sufren todas las desgracias de las estacion^s, todo el peso de la desnudes, ambre y miceria; q^e su ignotancia y estolides salvaje los aproxima ā los animales, q^e entre todos los Pueblos indig^s del Departam^{to} estos son

iguales a los mas desgraciados; q^e no tienen una razon mas p^a crecer, deducira conmigo q^e la Poblac^{on} de todo el Departam^{to} estā en progrecion creciente.

En esto la villa de Chiapa abund^{te} en carnes y granos, cuyo archivo Parroq^l hē registrado, progresa con mas velocidad q^e esta Seccion, pero Copayala escaso en milpas y abund^{te} en cañas y fabricas de Aguard^{te} progresa menos q^e ella.

Arriba vimos 3.660 Baut^s en toda la Seccion hechos en 50 añ^s: si los partiéremos por estos 50 añ^s, tendremos año comun 73 $\frac{1}{5}$. Baut^s, el cual estā con la poblac^{on} 1.343., en la proporc^{on} de 1 con 26 $\frac{1}{2}$, p^s 73 $\frac{1}{5}$: 1.343:: 1:26 $\frac{1}{2}$; pero como esta Seccion es de las mas infelises, se puede calcular aproximadam^{te} q^e en todo el Departam^{to} estan los nacim^{tos} con la Poblacion como 1 con 23.

No puedo dejar de obcerv^r p^a la list^a fictica del genero humano q^e en la raza pura bronceada nacen mas homb^s q^e mug^s o equiliban, y no asi es la de los Ladinos. Esta obcerv^{on} q^e ha sido hecha ya por Humboldt se ofrece de los adjuntos estados de Baut^s, segun los q^e nacieron.

Homb^s Mug^s

Tapalapa.....(indigena puro y sin un blanco)...	602...	612.
Pantepeque...(Yndga puro y sin un blanco).....	715...	716.
Ocotepeq ^e(indiga puro y sin un blanco)	413...	371.
Coapilla.....(indiga puro y sin un blanco)	356...	364.

2086...2063.

Por lo q^e se ve q^e en esta Seccion nacen mas hombres q^e mug^s, y q^e en el Pueblo q^e mas se retira el equilibrar de los sexos, es en Coapilla, en q^e hay alg^s vecinos de rasa mista.

La malicia hace propagar nuestra especie en todos los meses del año, burlandose del tiempo sancionado por la naturalesa; para ella, y p^a irracionales y veget^s, no obstante esta sale triunfante en todo. En el n^o 5. verā V. E. los nacidos en cada mes en el espacio de siete añ^s, q^e el mas esteril p^a esta Seccion es Julio, y el mas fecundo Nob^e: asi advierte q^e el orden de ellas pasa la generac^{on} desde la mas infelis es Otoño,

Estio Verano e Ynbierno Seria de deear saber si en todos los climas de Chiap^s es el Ynv^o la estac^{on} mas feliz para la propagac^{on} pues caso de no serlo convidaria ā meditacion^s profund^s, y utilicimas en politica, sobre la industria, clima, vientos y &c. de aq^l Pueblo.

Arriba hē dicho q^e la Poblac^{on} de esta Seccion crece en cada decenio como los numeros. ÷ 53 $\frac{2}{10}$. + 62 $\frac{3}{10}$. + 66 $\frac{1}{5}$. + 87 $\frac{3}{5}$ + 97 $\frac{3}{10}$, q^e es la progrec^{on} de los Baut^s, num^o med^o Quiciera ciertam^{te} y con todo mi corazon, q^e del examen mas serio y detenido de esta materia importante, no resultasen sospechas tristes q^e marchitan el animo y oprimen el corazon, cuya gravedad, sino fuera, dejaria entonses escapar ā V. E. noticias solas lisongeras y agradables.

En el estado num^o 6^o hecho en cumplim. del art^o 17^o de la instruccion constan los muertos havidos en el trienio ultimo con las edades de cada individuo. Suspendo, por no difundirme, discurrir sobre los muertos y provabilidades q^e resultan ā la vida de los habitantes de esta Seccion; pero no puedo dejar de advertir la suma escandalosa de 313. muertos, al lado de 300. Bautismos, lo q^e desde luego manifesta oposicion diametral ā marcha q^e havian traído estos. Vea V. E. el estado num^o 7. q^e compara los muertos con los nacidos, y en el corto espacio de tres años hay ya de exeso 13. muertos. Si esta decadencia huviere sido siempre en cada trienio de los tiempos pasados, claro es q^e los Pueblos se hubieran ya destruido: y si en lo venidero hubiesemos de tener 13. havitantes menos cada tres años, y progresando este azote, debieramos desde ahora temblar por resultados tan funestos. He aqui el punto q^e invoca la atencion entera del Gobno. Departamental. He luchado por desatar este nudo, he llegado ā obtener por fruto una sospecha, y es de mi deber exponerla ā V. E., y cuya aprovacion o reprobacion espero de sus altas luces.

La poblacion esta en razōn directa del consumo. Ha un siglo q^e Londres tiene

cerca de millon y med^o de havitantes, sin poder crecer, y cada Pueblo del mundo tiene su limite proporcion^l a su "producto y consumo" Quando hay en un paiz, dice Say, mas individuos q^e los q^e permite su producc^{on} ban consumiendose principalm^{te} los debiles, claces indigentes, achacosos, Niños, y Viejos. El retroseso no es creible, pues no hay una medida q^e lo produsca, antes ardor de lo contrario; pero es verocimil q^e no velando los juvenes Leyes (o su falta de cumplim^{to} q^e es lo mismo) sobre la moralidad de los Yndig^s: sobre el Aguard^{te} q^e los esteriliza e inutilisa para el trabajo, q^e es abundante, barato y venenoso: sobre la advitrariedad de funcionarios inferiores q^e segⁿ las leyes eternas de la especie humana, da sp^{re}. los mismos resultados, es verocimil, digo: q^e influyendo a su modo sobre la Agricultura, hayan producido el equilibrio funesto para el paiz decierto de Chiap^s entre el consumo y la Poblacion.

Moralidad. Aguardiente. Productos.

Hē aqui tres puntos q^e paso inmediatamente a examinar.

El num^o de casamientos es en algun modo verdadero termometro de la moral publica. En el estado num^o 8^o constan los celebrados en tres Pueblos de esta Seccion en 30. años p^{pdos}. = Los totales del 1^o 2^o y 3^o decen^o desde 1808. hasta 1837. son ÷ $155 + 167 + 102.$, cuyos num^s med^s son $15\frac{1}{2} + 16\frac{7}{10} + 10\frac{1}{5}$: y de ellos consta q^e el 2^o decen^o crecio sobre el 1^o, lo mismo q^e hemos visto crecieron los Baut^s: pero el 3^o decenio (q^e es despues de la independ^a, y es sensible lo sea) bajō asombrosam^{te} lo q^e fuera escandalo con solo no aumentar, pues hoy la Poblacion es mayor q^e entonces. ¡Que! Cuando crecieron los nacim^{tos} bajaron los matrimon^s! En la clase indig^a, Sōr. (suplico a V. E. su atencion), si, no hay educacion, no hay bien^s raises de erencia, q^e la figen en un lugar, en q^e reciba el yugo de la Ley, y refrene sus crímenes. La esposa sola y los hijos son elementos q^e

suplen por aquellos hasta cierto punto. Un Hombre q^e es, o q^e puede ser vitaliciam^{te} ambulante por no tener una raiz en su Pueblo ¿Que moralidad se le podra esperar, cuando se evade, o puede con facilidad evadirse de la Ley, cuando se burla, o puede con facilidad burlarse de sus Autoridades locales? Luego la moral publica de hoy, es a la del otro dia en la proporc^{on} de casam^{tos} como $10\frac{1}{5} : 16\frac{7}{10}$; Luego es muy natural ese equilibrio funesto entre la Poblac^{on} y el cons^{mo}.

Pero si esta facilidad de ejecutar el crimen, se agrega el aguard^{te} al cual el desnudo y hambriento Yndigena es tan inclinado por no tener educacion, q^e lo hay en abundancia, barato y venenoso, segun ntra. legislac^{on} actual, la doctrina del equilibrio gosara del grado de probable. Ynecesario es desenvolver los males q^e causa en el cuerpo y en el espiritu del vicioso este licor maligno, a favor del cual hay (hoy) tres circunstances ha saber: inclinacion a el, abundancia e impunidad.

La consideracion hecha sobre la moralidad y aguard^{te} serā conv^{te} juntarla a la de los productos, p^a aclararse mas esta materia, como paso inmediatamente ha hacerlo.

Entre un gran monton de masorcas de maiz escogi una porcion de grandes y otra de pequeñas. En aquellas eran muy comun las de 40. granos cada fila, y en estas las de 28. g^s, de q^e resultaron 34 gran^s p^a fila comun, por q^e $\frac{40+28}{2} = 34$. Pero el numero de filas variaba comunm^{te} en las grandes y pequeñas de 12. hta. 18. filas, por lo cual tendremos (partiendo la suma de 18. y 12. por 2.) quince por num^o de filas: y multiplicando estas quince hileras con los 34. g^s de cada una, el producto. 510. gran^s seran los q^e tienen una masorca mediana en esta Seccion. Pero como un lib^a de maiz contiene 1.240. gran^s de toda calidad, seran necesarias $2\frac{1}{8}$ masorcas para componer una libra de alimento.

El num^o de brasos utiles p^a la labransa acienden muy aproximadam^{te} a 300. dando a Tapalapa 85., a Pantepeq^e 100., a Oco-

tepeque 65., y a Coapilla 50. que son poco mas o menos el num. de Contribuyentes vnos con otros, segun mis pregunt^s a ellos, y lo que veo, Sembraran 30. masorcas, y por tanto, en toda la Seccion se sembraran 3.000. masorcas anuales. Mas la cosecha med^a es de $3\frac{1}{12}$ masorcas por sote y resulta a toda la Seccion 2313. sotes de cosecha anual, que ojala fuese segura para que el exceso de unos años, no fuese la carestilla y hambre de otros; la cual cantidad repartida entre 1.343. individuos y los 365 dias del año, les tocará mas de media libra de alimento diario, pero correspondiente ha $1\frac{4}{7}\frac{7}{3}$ masorcas, por solo el util grano de maíz.

Si las 3.000. masorcas sembradas anualm^{te} las multiplicamos por 510. gran^s comun^s a todas ellas segun lo dicho, serán 4.530.000 gran^s de siembra — Vna mata de maíz comunm^{te} por aca consta de cinco g^s, luego son 318.000 matas sembradas que ocupan una estencion de terreno de..... 1.433.108 var^s cuadradas. pero como el frijol, caña, y demas frutas y raises juntas y en comun ocuparán o lo mas, tanto y medio del maíz solo, resultarán 3.582.770. var^s cuadradas de terreno ocupado. Todo esto se entiende dando entre mata y mata la distancia de $\frac{5}{4}$. de vara y suponiendo un terreno plano, sin el impedim^{to} de piedras, fosos y arboles, que agranda la estencion de las sementeras, lo que en esta Seccion escabrosa será una mitad del total, lo que de por ult^o resultado, 5.374.355. varas cuadradas de terreno cultivado quedando casi las 60. leg^s cuad. de la Seccion inut^s, pues siendo de 5.000. v^s, tendran 25.000.000 var^s cuad.

La industria agricola es en Tapalapa la Grana Silvestre, que ha decaido, como en la Nacion la fina, pero aun se cosechan de 80 a 30 a^s, cuyo precio med^o es de 6. p^s arova; y se consumen en esa Capital Comitán y Chamula. En Ocotepeque la oriuela, fruta medicinal, y adorifera para el chocolate, y se cosechan de 12. a a 18 a^s, se consumⁿ en Tabasco a 6. p^s arroba.

La Yndustria fabril es Alfareria en Tapalapa, y aunque no usan la sencilla maquina de la rueda dan sumam^{te} barato sus sartenes, ollas, cantaros y jarros, unicos trastos que hacen, y benden como a 20. Pueblos entre Chiap^s y Tabasco. Pueden calcularse 12. c^s diarios por venta de este ramo en todo el Pueblo Familiar hay que hacerse solo cantaros, otros solo sartenes, "pues que asi es desde antiguam^{te} respondⁿ, cuando se les exorta a la multifactura. La Metempiscosis es doctrina practica en ellos.... Mi hijo decia una Yn^a, luego ba ha aprender a ler, por que fue Fiscal su padre. En Coapilla se ejercitan en hacer petates de que año comun seran 700. que aprecio de 2. r^s se consumen p^a enterciar cacao cocochado entre Chiapas y Tabasco. Las piedras de moler el maíz cosido, se hacen y muy buenas en Coapilla, y tambien en Pantepeque aunque inferior., que al precio de 6 r^s se consumen en Chiapas, Tabasco y Yucatan donde cuestan; dicen, de 5 a 6 p^s cada piedra.

En el num^o 3. vera V. E. la industria de cada Pueblo, su cantidad y valor que haciendo aproccidam^{te} en toda la Seccion a 2.237. p^s, sin contar, por spto. con el valor de fletes, dilig^s menudas y accidentales de cada vecino, que son incalculables por su irregularidad. El objeto es precentar no mas a V. E. idea aproximada del balor y cantidad de la industria.

Ya, Sor. Exmo., hable de los productos, pero su equilibrio funesto con la Poblac^{on} es necesario aclarar = Queda provado que el Yndio actual es de menos moralida, que el Ynd^o antiguo; que se ha criado mas necesidades aprendiendo mas vicios; que hay habundancia y barateria de Aguardiente: es asi, que la industria tanto agricola como fabril, ha sido estacionario, por que no ha crecido (llamo aqui de nuevo la atencion de V. E.) desde antiguam^{te} ni en su cantidad, ni en su calidad, ni en su balor, resultado previo del abandono en que la Poblacion que crecia, se paralisase por no hallar

cantidad de cosas consumptibles proporcional a su numº

Dese al Yndigª infeliz, Sōr. Exmō., deese moralidad, y con esta su Poblacion creceria a la par de la industria, no sera ignorante y casi animal, no estara arrastrado, desnudo, pobre y hambriento, no cambiara el grano alimenticio por aguardº no se alimentara con ojas del campo, con hurtos, torpesas y perfidias, no espirara calentandose al fuego, embuelto en senisas por falta de cobija ni absorbida por el abismo de la eternidad ira a obtener el fruto de una vida criminal y arrastrada.

Todas las clases de la sociedad han decaido por sus costumbres antiguas, y este es un desarroyo inevitable del siglo 19.; pero tambien es sierto qº perdiendo unas virtudes han adquirido otras, con qº concervan el equilivrio de la moralidad. ¿En donde, Sōr esta el tesoro por el qº la clase indgª cambio sus virtudes antiguas? No es pues la influencia del siglo, la qº los ha mobido, por qº ellos no comunican con el: el muro, la barrera altisima de sus lenguas los separa del siglo, de sus doctrinas, y de toda la generacion presº a grandes distancias. La impunidad, Sōr., el trastorno de los Tribº, la falta de Jueces propietarios amables, sinceros, desinteresados, son las causas verdaderas, que los ha degollado. Faltan Jueces de Ynstª (decia al Congº el Sōr Exgobernador D. Jose Ygº Gutierrez, de quien las Chiapas deben conecerbar memoria grata) en algª constitucionª, hace qº otros Funcionª no puedan cumplir bien, ni con las atribuciones judiciales, ni con las politicas economias (Memor. del año de 1831) Ya antes otro verb. Prefectos, qº los alcaldes exeptos los de algunos Pueblos (y no siempre) son faltos de aptitud, aun para desempeñar el Cargo puramente Municipal.

Este mal ha redoblado el de los Indigª bajo otro aspecto. Deviles y timidos sufren en silencio la operacion de sus tiramulos. Ygnorando el castellano, y con el sus dros., y sin esperansas de saberlos en la

carrera de los siglos, por la incomunicacion de lenguas ¿Como podran reclamarlos ante un Juez provocando continuamº al despotismo por la misma torpesa indgª, agregandose en el Yntº la circunstª de no respetar las leyes qº ignora en la persona del desgraciado? Los indigª fueron elevados a la dignidad de Ciudª, se ha esperado tengan, como tales, el valor y el sabor de reclamar y quejarse, y por lo mismo no se ha tomado providª para indagar el modo con qº son tratados. Las leyes han creado a V. E. Padre de los Pueblos y de sus manos esperan su felicidad.

No quiero ahora hacer mencion de qº en la arismetica politica de Americas, el Pueblo indigª es el sero con todas sus propiedades, qº solo hace nada, es la nulidad, pero qº acaudillado de un numero, de un individuo hace tanto como el que mas despliega energia, valor y actividad poco comun. Fupac-Amaro en el Perú, el Yltre. Hidalgo en Mexico los Zendales en Chiapas &c. son un exemplo qº pueban. = 1º qº no esta en nuestros intereses dejar corromper la clase indigª = 2º Que ilustrarlos, y destruir sus lenguas es peligrosisimo, si al mismo tiempo no se les cria propiedad en bienes raisez, ¿Vna inmensa multitud de pobres incorporados (ya no nominalmente) a la familia nacional, no engrosarian las revoluciones hasta no se qº punto?

En las cortes Españolas pidieron mil veces ntros. Diputados, se quitase a los Yndios el tributo, y esto quiza era un engaño: eran tres pº, hoy bajo el nombre de contribucion pagan 12. rº sin mejorar en cosa. Las obencionª parroqª qº eran (tambien) 500. pº han han tambien desendido a 250. pº, qº sumados con 600. qº me parece es poco mas o menos el total de contribºn seran 850. pº el gasto anual de esta Seccion. La contribucion actual no es grabosa, pero los Pueblos sufren vejacionª en su recaudacion ¿No seria bueno marcar una Semana en cada tercio de año para qº en ella, el Pueblo (qº es pobre) se predisponga al pago, y el Recaudador no lo sor-

prenda repentinam^{te}? Quiza se evitarian asi trabajos a este, y vejacion^s aquel. Ya, S^{or}., concluyo temeroso de ofender a V. E. con un escrito largo, y si la nota de difuso me es ya inevitable, espero de V. E. me acordara su benia, pues no me dable mas concision en la palabra, ni el valor de suprimir parrafos important^s, a no ser q^e atropellase las Leyes de la conciencia=La mezcla de clases, indig^a y ladina, para aprender aquella el castellano, protegiendo a los ladinos, q^e son hoy o quieran en lo futuro ser vecinos de Pueblo indig^a; pero inmemorab^e han causado a los Pueblos=La provicion en propiedad de las Judicaturas; pero velando su conducta en Pueblos q^e no saben quejarse, ni reclamar sus dros.

Entancar el aguard^{te} = Premiar a los Prefectos y Sub-prefectos por una cantidad dada de terreno q^e reduscan a propiedad particular q^e en esta Seccion no lo esta ni una sola vara, bendida presisam^{te} aunq^e muy barata, para q^e tenga el propietario

intereses en su cultivo, facilitando y activando este importante ramo, cuanto se pueda=Creare spiritupublico y comunidad de interes, principalm^{te} en los funcionar^s infer^s para q^e no eludan, ni vean con frialdad las providencias q^e a favor de la persona, industria y moralidad indig^a dicten o hallan dictado el Gobno. y Ex^{ma}. Junta Departam^l, sin la cual sera poco util lo demas, son S^{or}., los principales puntos q^e he tocado, o se deducen en este escrito. V. E. al tener la dignacion de lerlo, descubrira mis errores, y sobre ellos derramara su indulg^a con mano generosa, por la sanidad de mis intencion^s, por el poco tpo. q^e ha havido p^a observacion^s dicnas de una Estadistica.

El Sup^{mo}. Gefe del Vniverso q^e vela sobre los pueblos ilumine a V. E., conceda acierto y firmeza en las dificiles como complicadas atencion^s del Gobno. y concerve su importante vida p^a bien de las Chiapas =Tapalapa Abril 10. de 1833.=Fr. Victor Maria Flores.

APENDICE II

Copia de la exposición que los infrascritos Jose Farrera y José Inés Salvatierra, hacen ante el Exmo. Sr. Gobernador del Departamento, p^a explorar los obstaculos del rio grande de Chiapa desde Quechula, hta. dicha Villa, p^a poderse navegar.—Exmo. Señor—El rio grande de Chiapa rico y abundante en aguas por su profundidad y hanchura, que pasando casi por el centro de nuestro Departamento, vá a desenvocar al golfo, atravesando el de Tavasco hasta la varra, es el primero que los españoles del siglo 16. descubrieron y navegaron en el continente, vajo la conducta de Grijalva, con cuyo nombre lo bautizaron, subiendo por él, hta. la capital entonces de Tavasco. Es sorprendente, que no obstante su primacia y antigüedad, no sea p^a nosotros la piedra de toque del Comercio y Agricultura, el pimpollo de vida, y accion y movimiento de nuestros pueblos; sino que exciste este tesoro de navegación mudo, oculto, aislado, cubierto con la capa del misterio de la duda, y de cuentos divertidos. Quien dice que hay un sumidero o curioso subterráneo de las aguas que impiden su navegación; quien que un despeño o salto, o catarata de las corrientes; quien que raudales malignos sembrados de piedras formidables; quien que estrechos angostísimos, con recodos tremendos formados por las rocas elevadas, cortadas perpendicularmente quien, por ultimo, que no puede navegarse por ser lugares encantados y custodiados de brujos. Esta multitud de cuentos vagos, ridiculos, añejos y sin fundamento, ni mas apoyo que asi dicen que dicen, es un aliciente que provoca a un examen, pues indica que esta materia, está virgen é intacta, quisa desde los principios, del mundo. Este rio que al nacer en los Cuchumatanes territorio de

Guatemala, es un arroyo engrosado con las aguas de su curso, viene ya a ser navegable sin dificultad, desde Ostuta pueblo destruido cito mas acá de S. Bartolome de los Llanos, hta. el desenvarcadero del rio Sabino de cita de Tuxtla, que es como tres leguas mas avajo de Chiapa, punto llamado el Sumidero: asi es que es longitud navegable de mas de dies y nueve leguas calculadas aproximadamente.—Del Sumidero hasta Quechula, poco o nada se save, y es lo que conviene y queremos examinar, pues de Quechula hta. el Golfo, es camino trillado.—Aunq. ^c hemos diligenciado y pesquisado noticias de tentativas y examen, que en los tpos. de atrás se hayan hecho sobre este rio, ninguna hemos obtenido digna de merito, sino la del subdelegado D. Jose Pinto, que en 1805. pretendio reconocer el rio desde Tresvocas subiendo por Malpaso hta. Quechula.—Este examen fue promovido por la casualidad de haber descubierto y mostrado ser navegable desde Quechula hasta Guaimanguillo, el indio criminal Antonio Gomes Quechulteco, gefe de un alsamiento de su pueblo contra la persona de su Parroco Sr. Diego Chaves.—Espantado por su delito se lanzó rio avajo, llegó con facilidad a Guaimanguillo y mostró al mundo el error en que estaba Hilario Cortés del Guaimanguillo, fue el primero que subio con carga, y entonces el Comercio no titubio en uzar dtha. navegación, aunque con pocas ventajas todavía, por quedar Quechula muy distante de los puntos de consumo, y por el peligro de algunos raudales en estado de naturaleza, y que el arte podra mejorarlos.—El Subdelegado Pinto igualmente sospechó, que quisa también era un error publico la imposibilidad tradicional de lo demas del rio, y emprendio su descubrimiento en....

1805, cuyo resultado fue la demolición de algunas piedras y formación de un mapa topográfico del río, el cual tenemos a la vista; aunque la relación del viaje que debe estar en el Antiguo Archivo de la Independencia, no lo hemos podido conseguir. —En dicho mapa, que nos ha franqueado el Sr. Agrimensor D. José Gavriel Esquinca, consta y se asegura estar reconocido y ser navegable todo el trecho; menos dos lugares como de cuatro leguas cada uno, entre Chiapa y Osumacinta el primero; y entre Quechula y Chicoasen el segundo, sin decirnos no obstante que dificultades tuvieron para reconocer siquiera estos dos lugares, pues de cierto no tropesaron con imposibilidad alguna, antes ofrecen en el mapa reemprender el examen para después, lo que por desgracia no hicieron. = Inútil nos parece manifestar la importancia de esta empresa, por que lo tiene ya hecho el mundo culto de nuestros días, y el de los tiempos pasados. —El hombre en todos los siglos se ha persuadido y procurado la navegación por la facilidad, violencia y varatura de los transportes por la comodidad de la vida, por la satisfacción de las necesidades, por la intimidad de las relaciones sociales, raíz de la ilustración de los pueblos y de las virtudes su compañera. ¿Para qué manifestar a V.E. la multitud de artículos de exportación que hay entre S. Cristóbal, Comitán, Tuxtla, Chiapa, S. Bartolomé, Acala que resiviran vida y movimiento con la navegación del río? — Las maderas, cachos cueros, pan, arina, tintas, aguardiente, algodón despepitado, aniz, quesos, carne, sebo etc. etc. que hoy duermen por la dilación y dificultad de transportes; y precio de fletes serán elementos para formar y acrecer capitales, y para alimentar al ciudadano pobre pero honrado. — Lo mismo decimos por varios otros artículos de importación que hoy no se hace por las mismas causas, máquinas, trapiches de hierro y demás alajas de grave peso, inexorable a las espaldas del indígena cargador, cristales, vidrios, losa, cal-

dos delicados en su transporte, y costosos por la longitud y malignidad de los caminos. ¿No las tendremos en abundancia y varatos conducidos por agua? — De las manos bienhechoras de V.E. esperan los pueblos este bien. — Su cavasa será adornada con la guirnalda de la gloria, por que triunfara de un río, que del Gobierno peninsular se hizo temer por 300 años. — El pueblo quedara agradecido, verá a V.E. como su bienhechor, y su memoria dura como el bronce depositará por siempre este beneficio. = Ya se sabe que el tesoro público mejorará en sus ingresos, fruto del movimiento mercantil. = Los infrascriptos ciudadanos José Ferrara y José Inés Salvatierra, ofresen el primero veinte y cinco pesos de buena voluntad para gastos de la empresa, y el segundo si no pudiere ir personalmente dirigiendo las causas y animando en los riesgos (como se compromete con tal que sea en todo marzo próximo) da también otros veinte y cinco pesos espontaneamente y para el mismo fin. = Gradúanse treinta pesos diarios para alquiler de canoas, alimentos y sueldos moderados de los de la caravana exploradora, que se compondrá de veinte personas, y deseáramos que los fondos municipales de esta población, y la de Chiapa, contribuyesen con cien pesos cada una, reintegrandoles en la parte que sobre de las suscripciones voluntarias que se promoverá y que esperamos sean suficientes para llenar los gastos. = Para dar respetabilidad a la empresa y vencer la preocupación tradicional de los indios convendría una escolta de tropa armada. = Se debería conducir pólvora e inteligentes en el taladro para demoler algunas piedras, que puedan absolutamente impedir el paso, y examinar la calidad de la piedra en general, si es calcarea, tierna o dura, granito o roca viva &c. para así calcularse los gastos posibilidad o imposibilidad del completo allanamiento de la navegación para después. = Yrá también un divujante que venga mapeando el río, su giro vermicular, anotando el número de

tornos, raudales, cataratas, lagunas, remanses, remolinos, desenvocadura de los rios y arroyos, piedras remarcables, longitud y latitud del rio, y todos los obgetos dignos de atencion.=El Director de la empresa devera anotar en un diario todo lo que el divujante en su mapa, con mas, explicar lo andado en cada hora, o el trabajo en que se haya inventado.—Sera dever del Director alimentar al soldado, patron y bogas p^a que la empresa no se perjudique por falta de alimentos, si se confian al al aislado de cada particular y rendira cuentas p^a satisfaccion del Gobierno y el publico de todos los gastos hechos.=El punto de partida debera ser el pueblo de Quechula p^a arriva, sacando tres canoas con sus correspondientes Patrones y Bogas, la una pequena para descubierta, y otras dos grandes conduciendo a la demas gente y provisiones, y por las desgracias que puedan ocurrir a la delantera hasta llegar a la Villa de Chiapa si se pudiere.=Por ultimo estara obligado el Director, Divujante y demas personas a observar lo que ordene un reglamento que debera dar a la empresa esta Prefectura que está al cabo de las nesecidades y accidentes posibles, localidad &c.=Recapitulando todo lo espuesto en vista de las razones alegadas por la prosperidad del Departamento.=A. V. E. pedimos y suplicamos, 1^o—se sirva amparar esta empresa de quantos modos lo jusgue oportuno, y principalmente iniciando ante la Exma. Asamblea Departamental poseida de nuestros sentimientos, decrete la exivicion de cien pesos por cada tesoro municipal de esta poblacion y la de Chiapa, reintegrables en la parte que acaso alcansen los sobrantes de las subcripciones voluntarias—2^o—facilitar la fuerza de un cabo y cuatro soldados.—3^o—Despachar con la violencia posible este negocio, bien por aprovechar la sequedad del rio en la presente estacion y no se pierda el año, bien por la dificultad de encontrar otro acostumbrado en el trafico de canoas, cuya persona es tan importante

como el bueno o mal excito de la empresa, ya que uno de nosotros se ofrese a hacerlo p^a todo marzo proximo.=Si V. E. y nuestra Exma. Asamblea se dignan acordar su proteccion hasta lograr la ejecucion de la empresa, la menor ganancia que tendremos segura é infalible, es la noticia de renunciarse por ahora o p^a Spre. de dha. navegacion, y el havitante de Chiapas no cubrira su rostro avergonzado, cuando le pregunte el extranjero ¿por que no navega ese gran rio que lleno de magestad corre por el centro de sus tierras, a las orillas de sus mismos pueblos, cuya sed apaga y cuyo alimento provee derramando con mano generosa la vida vegetal?—No se avergonsara ni él, ni sus Gobernantes porque el rio queda en este año navegable, o sabremos la dificultad con que se responda a esa pregunta.—En fin dignese V. E. admitir esta respetuosa esposicion en papel comun por no haber del sello que corresponde.=Ciudad de Tuxtla, Febrero 20 de 1844.=Jose Farrera.=Jose Ynes Salvatierra.

Es copia. San Cristoval Marzo 5 de 1844.—J. Lino Montes de Oca. Srio.—Rúbrica.

Exmo. Sor.=La Honorable Asamblea há visto en la esposicion de D. Jose Farrera y D. Jose Ynes Salvatierra, dirijida por el Prefecto del Oest, que V. E. acompañó a su nota de 26 del corriente, relativa a practicar un reconocimiento del rio de Chiapa para hacerlo navegable, removiendo los obstaculos que se presenten, un proyecto grandioso digno del Siglo, y muy especialmente de la epoca de regeneracion en que há entrado el Departamento; y de q^e se les dispense por lo mismo toda proteccion, hasta realizarlo.=La espedita navegacion del rio de Chiapa seria un emporio para este Departamento=Ese hermoso rio, es el canal que la naturaleza há deparado para la riqueza, grandeza y esplendor de las Chiapas: lleno de magestad atravieza por el Centro del Departamento entre fertiles y pintorescas riveras, como ofreciendose a ser el con-

ducto de inmensos bienes. = En mas de tres senturias jamás fecundizo una sola idea que hubiere sido el principio y fundamento de glorias perdurables, y sus aguas yendose a perder en el Océano, han ido sepultandose en él, con el nombre que da al Departamento, sin dejar ni una huella, ni un recuerdo de lo grande y prospero que este deviera ser. Si despues há nacido el nombre que distingue al Departamento, que sea un nombre de felicidad, que sea un nombre que de a conocer un pueblo rico, un pueblo de accion, un pueblo de grandes esperanzas y realidades. = Ya ofrece lo primero de grande proyecto concebido por los SS. Farrera y Salvatierra. El Departamento es agricultor y necesita del incremento que da la extracción de productos, que los aumenta un canal de salida, asi como los impide y nulifica el estado de casi insuperables obstaculos que ofrecen los caminos de tierra del Departamento. Sera industrial, por que la industria es hija de la Agricultura floreciente: tendrá vida mercantil, porque esta resulta de la facilidad de transportes y comunicaciones; y será lo que un pueblo Agricultor, industrial y comerciante, grande vajo todos aspectos. = La Arca de Chiapas no es pequeña: variada en climas y sumamente ferás, sus producciones son inmensas, preciosas é innumerables: y este pais de una riqueza infinita que mantiene oculta la falta de exploración. Sea accesible y conocido, y aparecerá como un Tesoro. = Esta es la realidad que ofrece la empresa de los

SS. Farrera y Salvatierra, para hacer navegable el rio de Chiapa. Por lo mismo la acogió la Asamblea con entusiasmo; y zelosa por el bien Departamental a que se dirijen todos sus designios, para que su epoca sea la dichosa que tanto hán deseado los pueblos, declaró la solicitud de los empresarios de obia resolucion, y en el acto, y con pocitiva desicion de proteger ampliamente el proyecto, acordó en sesion del dia de ayer lo siguiente: = Concedence a la empresa exploradora del rio de Chiapa cien pesos de los fondos municipales de la Ciudad de Tuxtla, é igual cantidad de los de la Villa de Chiapa sin el reintegro que ofrece, destinandose el producto de las suscripciones para auxilio de los gastos que ocurran en el renonosimiento. La Prefectura del Distrito del Oest prestara a la empreza los demas auxilios necesarios, y dará á la mayor posible brevedad cuenta con el resultado. = Y lo transmito a V. E. con la manifestacion que precede, por disposicion de la misma Asamblea, para que esta nota se transcriba a la Letra a los empresarios, á fin de que llegue á su noticia la buena acogida que há merecido su patriotismo, renovando a V. E. todo mi aprecio y distinguida concideracion. = Dios y Libertad. — San Cristoval Febrero 27 de 1844. = Ramon Larramirar = Presidente. = Jose Lino Montes de Oca. = Secretario. Es copia. San Cristoval Marso 5 de 1844. — J. Lino Montes de Oca. Srio. — Rúbrica.

APENDICE III

INFORME de los trabajos realizados por la Expedición Científica organizada por la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, La., en colaboración con la Secretaría de Educación Pública de México, en los Estados de Chiapas, Departamento del Petén en Guatemala, Campeche, Yucatán y Territorio de Quintana Roo, en el primer semestre del año de 1928.

El objeto de esta expedición fue hacer una exploración en la Zona Maya, comprendida en los Estados de Chiapas, Campeche, Yucatán, Territorio de Quintana Roo y parte del Departamento de El Petén en la República de Guatemala, a fin de practicar estudios de Arqueología en las ruinas mayas que existen en esa extensa zona y de Antropología Física, Etnografía y Lingüística en las tribus indígenas que habitan en la región expresada.

Los miembros de la expedición fueron los siguientes:

Frans Blom.....Jefe de la expedición.
Arqueólogo de la Universidad de Tulane.

Louis Bristow....Estudiante de Medicina, médico de la expedición y encargado de trabajos de Antropometría.

Félix McBryde...Encargado de los trabajos de fotografía.
Estudiante de la Universidad de Tulane.

Carlos Basauri...Representante de la Secretaría de Educación Pública de México. Encargado de los trabajos de Antropología Física y Etnografía.

Además de los citados miembros que compusieron el personal científico de la expedición, se agregaron a ella los señores Gustavo Kanter y Ciriaco Aguilar como

ayudantes y los mozos y arrieros requeridos para el transporte de carga y demás servicios.

El 15 de enero de 1928 salieron los expedicionarios de la Ciudad de México, por el Ferrocarril Mexicano, rumbo a Veracruz, lugar donde llegaron el 16 en la mañana. Invirtieron en el puerto dos días en los preparativos para la expedición y el 18 salieron hacia Tapachula en el Ferrocarril Pan-americano.

Una vez en Tapachula, se procedió a la compra de mulas tanto de silla como otras destinadas para la carga; se adquirieron víveres así como útiles e implementos indispensables para el transporte de las 16 cajas de cartón comprimido empleadas para guardar los aparatos científicos, películas para fotografía, tiendas de campaña, catres, equipaje, etc., etc.

Completado el equipo se inició el viaje rumbo a Comitán, empleándose en este trayecto los días del 22 de enero al primero de febrero. Se visitaron varias fincas cafeteras, se hizo una inspección en las ruinas arqueológicas de Motozintla y de El Rosario, tomándose fotografías de conjunto y en detalle de ambas. En Zapaluta, que es la última jornada para llegar a Comitán, se hizo una exploración en una gran cueva que se encuentra en las cercanías de esta ciudad, tomándose fotografías del interior así como vistas cinematográficas. Probablemente, si se practicaran excavaciones en determinados lugares del interior de dicha cueva, se encontrarían ídolos y ce-

rámica arqueológica, por creerse que alguna vez fue destinada para adoratorio por los indios.

Comitán

La expedición permaneció en esta población ocho días que se emplearon en completar el equipo indispensable para internarse por dos meses en las selvas casi inexploradas que se encuentran entre este Distrito y el de Chilón del Estado de Chiapas, haciéndose además visitas a las ruinas arqueológicas de los alrededores. El diez de febrero se inicia la fiesta de "San Caralampio," que se verifica anualmente en el santuario del mismo nombre que se encuentra en Comitán; con este motivo se impresionaron gran cantidad de películas cinematográficas con escenas de "La Entrada de Flores," "Danzas de Enmascarados," y otros aspectos relativos a dicha fiesta.

Comitán a Ocosingo (Desierto Cendales)

El mismo día diez de febrero, después de mediodía salió la expedición de Comitán rumbo a El Rincón, para dirigirse de ahí a la Laguna de Montebello, a la de Tizcao, a la "Colonia" del mismo nombre, continuando rumbo a La Boca del río Jataté y de este lugar a San Quintín y, por último, de San Quintín a Ocosingo (al llegar a la finca "San Antonio," el señor Frans Blom hizo un viaje rápido para visitar las ruinas de Santa Elena, incorporándose cinco días después con el resto de la expedición en Ocosingo).

Durante este extenso recorrido se hicieron los siguientes trabajos: visita e inspección de todas las ruinas arqueológicas (Mayas) ya conocidas; descubrimiento de diez ignoradas anteriormente y cinco "juegos de pelota" y de dos "chultunes," causando verdadera extrañeza la presencia de dichos juegos de pelota y chultunes en esta zona arqueológica. Además se hizo un valioso descubrimiento, pues se logró extraer de una pequeña cueva una olla que conte-

nía varios trozos de tejidos mayas (tela de algodón) de época precolombina y que exceptuando el pequeñísimo trozo que existe en "Peabody Museum," serán los únicos que se conserven de esa remota época. Estos tejidos ya se encuentran en poder del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía de México, institución a la que fueron entregados por el suscrito. Las condiciones excepcionales en que se encontraban estos tejidos, dado el lugar en que existe la cueva, la temperatura, la roca calcárea en que está practicado; así como el hecho de que la olla en cuyo interior se encontraron estuviera herméticamente cerrada con una tapa de barro y enterrada en ceniza, hicieron el milagro de conservar en excelente estado este precioso hallazgo. Los mencionados tejidos fueron hallados personalmente por el señor Blom en una cueva como de un metro de profundidad en "La Tierra Caliente" como a diez leguas al SE. de Comitán en las cercanías de un rancho llamado Cieneguilla.

En este mismo lugar se encontró otra cueva llamada "Cueva de Cieneguilla," de la que el encargado del rancho del mismo nombre extrajo varias vasijas de barro. Al visitarla sólo se recogieron algunos fragmentos.

Localización y descripción sucinta de las ruinas

POCO-UNIC CIENEGUILLA: Ruinas mayas, en la cumbre de un cerro a poca distancia de la finca Cieneguilla. Estructuras de piedra labrada, probablemente ruinas de un templo, por existir un edificio.

Tenam-Soledad

(Se ha adaptado el mismo nombre con que se designan las de la zona arqueológica de Comitán.) Grupo de ruinas en un cerro. Estructuras de piedra labrada, dos edificios en ruinas, dos "Chultunes" y un juego de pelota. (La existencia de "chultunes" y juegos de pelota era desconocido en esta zona).

Los cimientos

Gran cantidad de cimientos hechos de piedra calcárea en bloques de $1 \times 5 \times 6$ metros alineados en un plano, pequeños corrales circulares o en forma de herradura. Deben existir muchos cientos de estos bloques, pues el antiguo dueño del terreno nos informó que estos "cimientos" cubren una superficie no menor de cincuenta hectáreas.

En toda la parte comprendida entre Juncaná y la frontera con Guatemala, se ven multitud de diques artificiales hechos para defender la tierra de los deslaves producidos por las lluvias. Lugares dedicados por los antiguos mayas a la agricultura.

VALLE DE SACCHANA. Además de las dos stelae mayas fechadas el 10.2.5.0.0 y 10.2.10.0.0 de la cronología maya, encontradas por el señor Seler y que corresponden a las últimas fechas encontradas en el antiguo imperio, existen en este valle las RUINAS DEL DESCONSUELO que consisten en un grupo de ruinas de piedra labrada (estructuras); un juego de pelota y una stela sin jeroglíficos. Algo abajo de ésta hay una gran cueva llamada por los indios "Cueva del Rayo," donde se encontraron varios tiestos de origen maya y huesos humanos así como un altar con cruces. A esta cueva concurren los indios a practicar ceremonias de índole religiosa mezclando prácticas paganas con católicas.

Zona de la Laguna de Tepancoapam

Además de los monumentos descubiertos por el señor Blom en 1925 (Tribes and Temples) se encontró hoy un grupo de ruinas al N. de Chincuictic. La falda de un cerro adopta la forma de una pirámide y tiene una elevada escalera que mide 80 metros, encontrándose bien preservada. En la cumbre existen dos pirámides, siendo una un edificio. Frente a ésta se encuentra una stela con la figura de un sacerdote maya que está en excelentes condiciones de preservación, aun cuando los jeroglífi-

cos están algo borrados. La fecha es: 9.19.0.0.0. Entre este grupo de ruinas y un peñasco que se encuentra a corta distancia, hay una gran profundidad o sima en cuyo fondo hay un "ojo de agua" cristalina, algo parecido al Cenote sagrado de Chichén.

Cuevas de Huxhal

Siguiendo durante una hora el curso del Río de la finca El Rincón, rumbo al lago de Tepancoapa, se llega a una laguna que se encuentra al pie de un peñasco. En la orilla de esta laguna hay dos cuevas, habiéndose hallado en la mayor gran cantidad de alfarería despedazada y huesos humanos. Como esta cueva ha sido constantemente visitada por los vecinos, ya no tiene importancia para investigaciones científicas. En la parte E. de la laguna, existe una pequeña bahía en cuya orilla está la otra cueva formada por una grieta con varias ramificaciones angostas en las que se encuentran varias ollas y multitud de calaveras y huesos humanos. Parece ser un Osario de gente humilde, dada la pobre calidad de la alfarería. Todas las ollas encontradas están "muertas" ceremonialmente, es decir, se les hizo una perforación en el momento de colocarlas junto al cadáver para "matarlas" según las creencias de los mayas. Fueron medidos doce cráneos, encontrándose algunos muy interesantes por las marcadísimas deformaciones artificiales que presentan (diámetros transversos mucho mayores que anteroposteriores).

Cueva de Ialmus

Esta cueva contiene cerámica y huesos humanos. Se encuentra en una finca a orillas de la laguna de Tepancoapan.

Cueva Laguna de Tiscoao

A la orilla de la laguna, cueva que contiene calaveras y osamentas humanas.

El Zapotal

Ultimo lugar habitado para entrar al desierto de Cendales. Allí existe un montículo arqueológico y una cueva con osamentas.

El Triunfo

(Vieja montería.) No fue visitada, pero se obtuvieron informes sobre la existencia de ruinas en la orilla de la laguna.

El Túnel

En el túnel del río Santo Domingo, en la orilla izquierda del río, existen tres montículos de piedra labrada.

Ruinas de Chacpuyil

Entre la vieja Montería de Dolores y el pequeño río de Chacpuyil, existen grandes ruinas de piedra labrada y un juego de pelota muy bien conservado.

FINCA EL XHAC (no confundir con S. Gregorio El Xhac, cercano a Comitán). Hay varias ruinas extendidas y una figura de un sacerdote-tigre maya, grabada en la roca viva.

Finca El Rosario

Entre esta finca y la llamada Las Delicias, hay varias agrupaciones de montículos.

Santa Elena Poco-Uinic

Además de lo descubierto por Enrique Palacios, según el Sr. Blom se encontraron otras dos stelae (descubrimiento personal de Mr. Blom).

El Amparo

Piedra con dos jeroglíficos.

Tzajalob

Rancho en el Valle de Tzaconejá. Se encontró una tumba cruciforme en cuyo interior se hallaron varias ollas de barro conteniendo cenizas de carbón de madera

y huesos humanos quemados, así como algunos esqueletos bien conservados. La tumba es de piedra labrada. (El dueño de el rancho extrajo hace un año la mayor parte de la cerámica y la destinó a su uso y el de los indios sus sirvientes; pero ofreció recoger todas las ollas que existen en su casa y guardarlas cuidadosamente.) En el mismo lugar se encontró otra tumba de piedra labrada y varios montículos.

Trabajos de Antropología Física y Etnografía

El suscrito hizo el estudio de antropología física y el etnográfico de los indios TOJOLABALES que habitan en el Distrito de Comitán, recogiendo además un extenso vocabulario de su idioma llamado también Chañeabal. Estudio etnográfico de los Tzeltales, del Distrito de Chilón, y recogido abundantes datos respecto a la fiesta de "San Caralampio" verificada en Comitán, a la que concurren la mayoría de los indios tojolabales. Tomó además multitud de fotografías que servirán para ilustrar estos trabajos.

Otras investigaciones

Se hicieron investigaciones geográficas muy importantes en toda esta zona tomándose alturas, distancias y localizaciones de muchos puntos. Se impresionaron alrededor de dos mil pies de película cinematográfica, con escenas etnográficas de los indios de esta región; gran número de fotografías; escenas de la vida en el campamento de los expedicionarios, vistas de paisajes, de las ruinas arqueológicas, etc.

Ocosingo a Flores

A fines de abril llegó la expedición a Ocosingo, Chis., y permaneció en esta población diez días abasteciéndose de los elementos necesarios para continuar el viaje rumbo al río Usumacinta. Durante estos mismos días, se hicieron dos viajes al pueblo de Sivacá donde a la sazón se verificaba

la fiesta patronal y anual, pudiendo tomar interesantes datos respecto a ese acontecimiento, así como películas cinematográficas tanto de la fiesta como de asuntos etnográficos relativos a industrias (tejidos de algodón, sombreros de palma y cerámica) de los indios Tzeltales.

El día dos de mayo del año en curso, salimos de Ocosingo rumbo a las ruinas de Toniná; pero en el camino tuvimos informes de que en un lugar llamado Pestac, situado a dos kilómetros al sur de Toniná, existe un monumento arqueológico. Con este motivo nos dirigimos al mencionado lugar que es un pequeño rancho y, efectivamente, logramos encontrar una estampa con jeroglíficos en ambos lados y cuya inscripción cronológica es: 9.11.12.4.0. 1 *ahua* 8 cumhu (posiblemente 305 años de nuestra era).

Al día siguiente continuamos el viaje y llegamos a Toniná, donde se practicó una minuciosa inspección de los edificios, monumentos, etc., habiéndose descubierto cuatro nuevos monumentos de los cuales uno tiene jeroglíficos y que no figuran en ninguno de los estudios hechos anteriormente.

De este lugar proseguimos la marcha hacia el río Jetjá (agua repartida) adonde llegamos después de cinco días de camino, encontrando a los indios LACANDONES que buscábamos. Estos indios llevan una vida completamente primitiva, tal como la describe Tozzer, según las observaciones que él hizo. Logramos recoger muchos datos etnográficos, tomar muy interesantes escenas de su vida y costumbres con los aparatos de vistas cinematográficas y practicar el primer estudio de sus características físicas, pues se logró tomar medidas antropométricas de todos ellos.

Terminado el estudio de los Lacandones, abandonamos el lugar y continuamos nuestra expedición rumbo al río Usumacinta a cuyas orillas llegamos después de doce días de caminar en plena selva tropical, instalando nuestro campamento en

un lugar llamado Anaité, para de allí trasladarnos en botes y en aguas de dicho río a las famosas Ruinas DE YAXCHILAN. El 16 de mayo llegamos a la playa que conduce a las ruinas de la ciudad Maya; y nos instalamos en uno de los antiguos templos, tomando posesión de el llamado "El Laberinto," donde quedamos alojados confortablemente después de expulsar a los murciélagos y de limpiar de plantas y bejucos los alrededores del templo.

Al practicar la inspección debida en estas ruinas, pude darme cuenta de que en este mismo edificio se instaló recientemente un horno para quemar cal, pues se notan las huellas del fuego en las paredes y aún existe bastante piedra calcinada en el interior. Los desperfectos causados con esto no son de gran importancia. En el edificio número 30 (según el plano de Maller) fue arrancado un árbol que había crecido sobre el techo, lo que provocó que varias capas de piedras se derrumbaran y que se partiera un dintel de la puerta.

Inspeccionamos minuciosamente todos los edificios, stelae, dinteles, etc., etc., teniendo a la vista las fotografías del estudio de Maller y observamos que todo se ha conservado en magníficas condiciones, logrando encontrar junto a la Stela número 1 (del plano citado) un nuevo monumento que escapó a las investigaciones de Morsley y de Maller y que consiste en una columna con seis jeroglíficos.

Durante cinco días permanecemos en Yaxchilán, una de las ciudades mayas más antiguas y tan importante como Palenque, habiendo tomado multitud de fotografías, vistas cinematográficas, etc., etc.

De Yaxchilán continuamos nuestro viaje por toda la orilla mexicana del río Usumacinta, visitando varias monterías, de las que se tomaron varias películas cinematográficas de los trabajos de corte y arrastre de caoba. Yo recogí muchos datos relativos a la situación social y económica de los trabajadores.

En este recorrido encontramos una la-

guna al NE. de Anaité (que no figura en ningún mapa conocido) y en cuyas orillas observamos un grupo de montículos arqueológicos.

En un lugar denominado "El Chorro," cruzamos el río Usumacinta y nos internamos en territorio guatemalteco y después de siete días de camino llegamos a Flores, del Departamento del Petén de la República de Guatemala.

En esta población hubo necesidad de permanecer varios días con el fin de hacer los preparativos indispensables para reanudar el viaje hacia Yucatán; pero considerando de mucho interés el hacer una visita a la región ocupada por los indios mayas de Quintana Roo, se resolvió que los expedicionarios enviados por la Universidad de Tulane se dirigieran a Tikal y Huaxhactum y prosiguieran su exploración directamente rumbo a Chichén Itzá, mientras el representante de México, se trasladara a Quintana Roo con objeto de hacer el estudio de los referidos indios. Con este motivo el día 8 de junio del año en curso me separé del señor Blom e inicié mi viaje rumbo a Quintana Roo, vía Belice.

Los mayas de Quintana Roo

Después de vencer grandes dificultades motivadas por la escasez de acémilas que existe en la región, la falta de poblados importantes donde puedan obtenerse elementos de vida para el viajero, la hostilidad manifiesta de los indios hacia los individuos de raza blanca y la carencia de agua potable en un radio muy extenso dentro del camino que me vi obligado a seguir, logré visitar varios grupos de estos indios y hacer el estudio etnográfico y antropométrico de ellos.

Existen tres grupos principales de indios mayas en Quintana Roo: Uno al Norte del Territorio, mandado por el "General" Juan Bautista Vega y cuya "capital" es Santa Cruz Chumpom; otro en la parte central, siendo éste el más importan-

te en cuanto a número y por considerarse a su Jefe el General Francisco May como el Jefe supremo de todos los Mayas. La "capital" de este grupo es Santa Cruz de Bravo. El tercer grupo se encuentra al Sur del Territorio, es menos numeroso que los dos anteriores, su Jefe es el General Queich y su capital Icaiché.

Consideramos como más importante el grupo central para hacer los estudios y por esta razón hice el viaje en la forma siguiente: de Payo Obispo por la Laguna de Bacalar, hasta Santa Cruz Chico, y de este lugar a Santa Cruz de Bravo. Después de permanecer una semana en esta población y hecho un recorrido visitando poblaciones de los alrededores, me trasladé a Valladolid, del Estado de Yucatán, abandonando aquí las cabalgaduras y haciendo el viaje en ferrocarril a Chichén Itzá, lugar al que llegué el día 16 de julio.

Los señores expedicionarios de la Universidad de Tulane aún no habían llegado. Los esperé varios días, que empleé en visitar detenidamente las ruinas arqueológicas; pero en atención a que ya tenía yo concluidos todos mis trabajos y la Secretaría de Educación me había enviado ya mis órdenes de pasajes para mi regreso a México a bordo del barco "Coahuila" que zarpaba del puerto de Progreso el 21 del propio mes de julio, abandoné Chichén Itzá para regresar a esta Capital sin despedirme del señor Blom y de sus acompañantes.

Resumen de los trabajos efectuados

Estudio arqueológico de las ruinas de los Distritos de Comitán y Chilón, del Estado de Chiapas, por el señor Frans Blom de la Universidad de Tulane. Exploración arqueológica y estudio de las ruinas del Departamento del Petén, Guatemala, y exploración entre los límites de este Departamento con el Estado de Yucatán hasta la Zona arqueológica de Chichén Itzá por dicho señor Blom y sus acompañantes.

Estudios de Antropología Física, Etnografía y Lingüística de las siguientes tribus: TOJOLABALES de Comitán, TZELTALES del Distrito de Chilón (alrededores de Ocosingo); LACANDONES de Jetjá y MAYAS de Quintana Roo, por Carlos Basauri, Representante de la Secretaría de Educación de México.

Se hicieron además interesantes investigaciones de carácter geográfico; se impresionaron 5,000 pies de película que constituyen una vista valiosísima por contener admirables paisajes de aquellas lejanas y desconocidas regiones; aspectos muy interesantes del beneficio de maderas preciosas de la Región de Chiapas; y de la explotación del chicle. En esta película podrán apreciarse además escenas etnográficas de gran valor de los indios de toda esta región y de manera muy especial de los LACANDONES, que, como es sabido, son unos indios que llevan una vida semi-salvaje, alejados de todo contacto con las poblaciones civilizadas.

Conclusión

Con todo este extenso material recogido tanto por los expedicionarios de la Universidad de Tulane como por el Repre-

sentante de la Secretaría, se formará una obra la que será publicada en dos ediciones simultáneas, una en Castellano por la Secretaría de Educación Pública de México y otra en Lengua Inglesa por la Universidad de Tulane. Este libro constará de dos partes, la primera será la descripción de la expedición y las impresiones de viaje expresadas con sencillez y con fines literarios y de divulgación. La segunda parte constará de los estudios científicos tanto arqueológicos como de antropología física y etnografía.

De la película cinematográfica obtenida durante la expedición se sacarán dos copias, una destinada para la Universidad de Tulane y otra para usos de la Secretaría de Educación Pública de México.

Para terminar este Informe Sintético debo hacer presente mi gratitud por todas las atenciones que recibí de parte del señor Frans Blom, Laois Bristow y Félix McBryde y declarar que gracias al talento, la energía y los grandes conocimientos que como explorador y arqueólogo posee el primero de ellos y a la entereza y buena voluntad de los segundos, se debe el éxito alhagador alcanzado por esta expedición.

México, a 1º de agosto de 1928.

Carlos BASAURI.

APENDICE IV

Realizada la expedición, materia de este libro, en los meses de mayo a agosto de 1926, la presente obra, en que se pormenorizan sus resultados, aparece dos años después, como contingente al XXIII Congreso de Americanistas, por acuerdo especial del C. Ministro de Educación Pública, Dr. D. José Manuel Puig Casauranc, autorizado por el señor Presidente de la República, General D. Plutarco Elías Calles.

Algunas noticias se han publicado entre tanto, en la prensa diaria, aislada y esporádicamente, con datos suministrados por los miembros de nuestra expedición acerca de las ruinas de Santa Elena Poco-Uinic, cuyo hallazgo constituye el hecho esencial y más importante del viaje referido.

Considero oportuno incluir aquí un extracto del artículo que dí al periódico de la ciudad de México, "El Universal," en marzo de 1927, al emprender un segundo viaje a la zona de la cultura maya, esta vez por el rumbo de Yucatán. Fue un anticipo de datos, que consideré necesario entonces. Dice así:

"Algunas instituciones nacionales y extranjeras, y en particular periódicos de Nueva York, a nuestro regreso, en septiembre del año pasado (1926), de la exploración del Estado de Chiapas, pidieron con insistencia datos y fotografías de la ciudad arqueológica de Santa Elena Poco-Uinic, descubierta en el curso del viaje, solicitándolos en diversas formas y aun oficialmente.

Ocurre que el hallazgo de esa clase de reliquias interesa vivamente al público, sobre todo ahora que la arqueología de México y la arqueología de la civilización que nombramos maya vienen suplantando el atractivo y la fascinación antes ejercida, en el ánimo de los conocedores y en el de

la generalidad de las personas de cultura, por Egipto, Italia o Caldea.

Los sabios se preocupan por los datos técnicos del descubrimiento; saber si entre los elementos encontrados—cerámicos, escultóricos, constructivos, ornamentales y jeroglíficos—hay algún material, alguna fecha, algún glifo que pongan en claro problemas pendientes acercando la solución de cualquiera de las incógnitas de origen, filiación cultural o étnica y época, cuyo misterio envuelve todavía los vestigios de las civilizaciones precolombinas. Y la mayoría del público siente despertarse su curiosidad ante el aspecto que pudiéramos llamar externo de la cosa: magnitud y número de los monumentos, grandeza de las pirámides, hermosura y valor de tal o cual material utilizado, realización artística en relieves, pinturas o esculturas. En especial este último aspecto, el artístico, y no sin motivo ciertamente, solicita de preferencia la atención de la generalidad.

Todo lo mencionado y más, a saber, monumentos, pirámides, edificios, obeliscos o *stelae*, criptas, bellos relieves, esculturas admirables y jeroglíficos con fechas de la afamada y en parte enigmática escritura katúnica, existe en Santa Elena Poco-Uinic. Y existe en forma de constituir a esta urbe chiapaneca escondida en el fondo de selvas inmensas, en un arcaico emporio de cultura maya, ruinoso y abandonado, pero pleno de revelaciones para la ciencia y para la historia: emporio que se suma a los ya célebres centros similares del Viejo Imperio Maya: Seibal, Tikal, Menché, Piedras Negras, Palenque, Copan y Quiriguá, cuyo descubrimiento hizo época en los anales de las exploraciones.

El de Santa Elena Poco-Uinic se debe a mexicanos, a diferencia de lo ocurrido con

la mayoría de las citadas poblaciones; y viene a reanudar las actividades nacionales en este terreno, entregado desde luengos años a la iniciativa extranjera, en la que se registran nombres como los de Stephens, Maudslay, Charnay, Maler, Perigny, y más recientemente los de los exploradores de la Carnegie, Tulane y el Museo Peabody, de Boston.

La desatención de nuestros gobiernos a este linaje de empresas sólo obedecía, en realidad, a lo apartado de las regiones del florecimiento maya, circunstancia que obliga a preparativos especiales para internarse en lugares deshabitados y peligrosos, asiento de las familias indígenas más extrañas a la civilización, como son los lacandones—aun cuando sus abuelos fueron los mayores sabios, matemáticos y astrónomos del mundo precolombino—; explicándose, así, que el alto personal de la administración dudara en patrocinar proyectos semejantes cuando la situación del erario nacional ponía en primera fila otra clase de atenciones.

Pero, aprovechando la coyuntura de una expedición científica organizada por el Ministerio de Fomento, la Secretaría de Educación Pública puso esmero y gentileza en procurar que sus representantes, un miembro del Museo Nacional y otro de la Dirección de Arqueología, dispusieran de las mayores facilidades; y gracias a tan elevado criterio, pudo lograrse un éxito feliz, descubriéndose, entre otras cosas, las ruinas monumentales aludidas antes, las cuales por su magnitud y los tesoros que encierran son dignas, como dije, de añadirse al acervo maya sobre el que permanecen hoy fijos los ojos de los *americanistas* y aun los del mundo culto en general.

Tuvo la suerte, el que escribe, aunque ni de lejos intenta equipararse a los exploradores mencionados, de asistir a la aparición de aquella ciudad milenaria, entre la espesura de bosques donde anidan los quetzales—¡así es aquella soledad!—Algo como de prodigio suscitaba a mis ojos el

surgimiento de obeliscos y pirámides en medio de la fronda de los trópicos. Y mis acompañantes, los señores Mendizábal y Tannenbaum mostraban bien a las claras su complacencia.

Al regreso de Chiapas, avivó nuestro estímulo un acuerdo del Dr. Puig Casauranc disponiendo que presentáramos en forma de monografía el resultado de la expedición, a fin de que se publicase en adecuada forma, siendo esa la razón de que sólo breves noticias se transmitieran a la prensa y a las instituciones que las solicitaron, limitándome a las muy lacónicas que era de rigor comunicar."

A principios de marzo de 1927, y en compañía del señor Director de Arqueología, ingeniero José Reygadas Vértiz, el arquitecto don Federico Mariscal y el inspector señor don Roque Ceballos, emprendí nuevo viaje a la zona arqueológica de Yucatán y Campeche, escenario del segundo florecimiento de los constructores de Palenque, Copan y Santa Elena. Para mi trabajo relativo a la expedición de Chiapas, resultó de extremo valor dicho segundo viaje, como complemento del conocimiento del ambiente maya. A la vez, pudieron realizarse entonces felices descubrimientos. Aludo a ellos, en las líneas que siguen, transcribiendo un *Informe* del Dr. Morley.

En los primeros meses de 1928, el arqueólogo dinamarqués Franz Blom, al frente de la expedición organizada por la Universidad de Tulane, visitó Santa Elena recogiendo datos e ilustraciones, según me escribe en carta fechada en el mes de abril, en el pueblo de Ococingo. En algunas páginas de este libro hago mención de varias apreciaciones de esa carta. Ignoro si el señor Blom habrá transmitido a la prensa de Estados Unidos otras referencias; pero entiendo que la película cinematográfica tomada durante su viaje va a ser exhibida en el curso de las sesiones del XXIII Congreso de Americanistas, en septiembre de 1928, en la ciudad de Nueva York. Desde que conversamos en México a principios

del año, y le mostré el extracto de nuestros trabajos en Chiapas, comprendí que el proyecto de tomar vistas cinematográficas daría muy buenos resultados al investigador de Tulane.

En la misma carta citada, háblame de la visita hecha por el señor F. Torsvan, fotógrafo noruego, a las ruinas de Sta. Elena y al caribal del Capulín, donde viven indios lacandones. Dicho viajero estuvo en esos puntos una semana antes que Blom. El arqueólogo dinamarqués no lo conocía; pero nosotros sí, puesto que formó parte de los expedicionistas que en número de cosa de treinta llegaron hasta San Cristóbal las Casas, en el curso de la primera parte de la expedición a Chiapas descrita en el presente libro. Cuando regresamos a México, los tres exploradores que proseguimos adelante, relatamos con amplitud a nuestros compañeros los detalles del viaje subsecuente, y les mostramos al efecto ilustraciones, itinerarios, fotografías, etc., etc. En el Museo Nacional se dió a conocer, entonces, una parte de ese material.

Posteriormente, el señor Torsvan, que reside habitualmente en la ciudad de México, hizo el viaje al que la carta de Blom alude, efectuándolo hacia abril de 1928, y tocó los mencionados lugares de nuestro recorrido. Aún no he visto sus fotografías, que, regularmente, son excelentes. Espero llegar a conocerlas para emitir un juicio; y aun le he escrito pidiéndole comprarle algunas. Como el citado sujeto, según entiendo, envía correspondencias a la prensa de Estados Unidos, ignoro si a la fecha habrá dado a la publicidad algún relato de su viaje.

He aquí el extracto del *Informe* del Dr. Morley relativo a las ruinas de Etzná-Tixmucuy (Campeche), visitadas por la expedición mexicana de 1927, según expreso en párrafos anteriores. Aparece completo dicho documento en el *Year Book*, número 26, de la Institución Carnegie, de Washington, págs. 263-266, el cual comprende

el resumen de los trabajos de 1926-27. Lo incluyo en este apéndice a causa de que consigna en concreto la fecha de la *stela* de Etzná-Tixmucuy, omitida en el relato de esa expedición que aparece en el interesante libro de don Federico Mariscal, publicado por la Secretaría de Educación Pública conjuntamente con las obras de los señores ingenieros Reygadas y arquitecto Marquina, así como con la presente, como contribución al citado Congreso de Americanistas. Dice el Dr. Morley:

“En 13 de enero de 1927, el señor Nazario Quintana Bello, inspector de monumentos arqueológicos del Estado de Campeche, descubrió una importante ciudad del Viejo Imperio, situada cosa de 40 millas al Sureste de Campeche, la capital del Estado; y a unas ocho al Oriente de la moderna población de Tixmucuy. Un templo, alto de cinco cuerpos, fue lo principalmente aludido en los reportazgos dados a la publicidad con referencia al descubrimiento, atribuyéndose a esa localidad arqueológica, incorrectamente, el nombre de Tixmucuy.

A principios de marzo, los señores Reygadas, Palacios y Mariscal visitaron el propio sitio en representación de la Dirección de Arqueología (dependencia del Gobierno de México), e hicieron descubrimientos adicionales de mayor importancia científica. Se encontraron varios monumentos con caracteres jeroglíficos; y el señor Palacios consiguió descifrar, en el frente de la Stela 2 una inscripción en exceso difícil y muy desgastada por la intemperie, la cual registra la fecha de Serie Inicial 9.15.0.0.0, 4 Ahau 13 Yax (aproximadamente en los 472 A. D.), lo que fija la posición cronológica de esta ciudad.

Esta nueva Serie Inicial ocupa el lugar décimocuarto entre las encontradas hasta el presente en Yucatán, y la tercera hallada en el Estado de Campeche, siendo las otras dos una procedente de Holactun, en la sabana de Xalumkin, al sur de la estación del ferrocarril de Dzitbalche; y la otra

la hallada en la isla de Jaina, hacia la costa del Noroeste.

En el 15 y el 16 de mayo, el Dr. Morley y los señores Ruppert y Crandall visitaron el sitio, a nombre de su Institución, y descubrieron otros 15 monumentos, lo que eleva el total de *stelae* esculpidas a 17, junto con una escalera jeroglífica enfrente del templo principal. Y entonces fue cuando se averiguó de los habitantes de la vecina aldea de Tixmucuy, el verdadero nombre de las ruinas (Etná).

.....De los 16 monumentos encontrados enfrente del Templo de las *Stelae* solamente 2 (las *Stelae* 2 y 11) fueron halladas erectas por el señor Keygadas y sus compañeros del mes de marzo; y en la primera de ellas fue donde el señor Palacios consiguió descifrar la fecha de Serie Inicial 9.15.0.0.0, 4 Ahau 13 Yax, única hasta ahora encontrada en Etná.

.....Por lo que se refiere a las fechas de las *stelae* de Etná, gracias a la feliz descifración de la Serie Inicial de la Stela 2, hecha por el señor Palacios, de la Dirección de Arqueología, una fecha cuando menos puede fijarse positivamente en la historia de esa ciudad. Adicionándola, el

Dr. Morley encontró otras dos fechas de Terminal de Período, en las *stelae* 5 y 6. Las tres fechas de Etná, hasta el presente conocidas, son:

Stela 9 — 9.11.17.0.0	9 Ahau	3 Mol	hacia 410 A. D.
Stela 2 — 9.15. 0.0.0	4 Ahau	13 Yax	hacia 472 A. D.
Stela 5 — 9.18. 0.0.0	11 Ahau	18 Mac	hacia 531 A. D.

Estas tres fechas, y en especial la segunda, que es una Serie Inicial, fijan la posición cronológica de Etná extendiéndose por lo menos desde la mitad del Período Medio del Imperio Viejo hasta el Gran Período pleno; y su posición geográfica muy al Norte del centro de la región del Viejo Imperio (quiere decir, del Departamento del Petén, en Guatemala), indica con la necesaria claridad que se trata de una ciudad periférica y por ende provincial respecto de aquel centro; pero a la vez en nada secundaria o poco importante en el mundo de entonces."

En el resto de su *Informe* el sabio norteamericano pormenoriza las particularidades de las otras 15 *stelae* que tuvo la fortuna de encontrar, y las cuales presentan relieves muy interesantes y figuras de alta calidad artística.

Los dibujos y acuarelas de este libro fueron ejecutados en las oficinas de la Dirección de Arqueología, en México, de acuerdo con las instrucciones del autor, por el Sr. Luis Orellana, entendido artista y dibujante que forma parte del personal de la misma.

Las fotografías fueron obra, bastantes de ellas, del Sr. M. O. de Mendizábal, compañero nuestro en toda la excursión, y del Sr. Frank Tannenbaum. También debo algunas al Dr. Enrique Méyer y a los señores Soto y Zamudio, quienes llegaron hasta Comitán. Otras me ha remitido, después, don Mauro Quintero. A todos dedico expresión de gratitud.

Los grabados de las figuras 95, 97, 98 y 99 están volteados, por la posición en que se tomaron las fotografías, levantando las piedras como se facilitaba en el terreno; por lo tanto, la lectura de los glifos debe hacerse en sentido contrario.

Con la *stela* de Santa Elena, dos son los monumentos materiales hasta ahora, que parecen comprobar la exactitud del sistema sincronológico de D. Juan Martínez Hernández, cuyo nexa es el 31 de Octubre de 1539 equiparado al 11. 16. 0. 0. 0. maya. La inscripción de Etzná-Tixmucuy es el otro. Leyendo los libros de *Chilam Balam* conforme al sistema del autor yucateco, la disseminación de los itzáes en Champotón cae en el año 731 (A. D.), en un *4 ahau* maya, siendo justamente ese año, y en *4 ahau* también, el que resulta de la lectura de la *stela*: 9. 15. 0. 0. 0, *4 ahau, 13 yax*.

Y en la inscripción de Santa Elena vemos un interesante glifo solar (solsticial) confirmando, al parecer, la lectura sincronológica del monumento hecha con el propio sistema, ya que el día alcanzado, 21 de diciembre de 622 (A. D.), es un solsticio hiemal.

Motivo de complacencia, para el que escribe, es que ambas corroboraciones de algo tan importante y debatido en cronología maya, aparecieran por virtud de los esfuerzos de expediciones mexicanas.





BIBLIOGRAFIA

- Becerra Marcos*.—Etimología del nombre de Chiapas. En "Memorias" de la Sociedad Antonio Alzate. México.
- Beyer Hermann*.—1926. Las dos estelas mayas de Tila, Chiapas.—"El México Antiguo."
- Blom Franz*.—1927. "Tribes and Temples." New Orleans.
- Böse Emilio*.—1905. Reseña acerca de la Geología de Chiapas y Tabasco. Boletín núm. 20 del Instituto Geológico de México.
- Bowdich C. P.*—1910. The numeration, calendar system and astronomical knowledge of the Mayas. Chambridge, U. S. A.
- Carrillo Ancona Crescencio*.—1882. Historia de Yucatán. Mérida.
- Farrera José e Inés Salvatierra*.—Exposición ante el Exmo. Gobernador de Departamento, para explorar los obstáculos del río grande de Chiapa.—Ms. de los papeles de la "Colección Larráinzar."—En poder del autor.
- Flores Víctor María*.—Estadística de Tapalapa y sus anexas.—Ms. de los papeles de la "Colección Larráinzar."—En poder del autor.
- Juarros Domingo*.—1810. Historia de Guatemala.
- Landa Fr. Diego de*.—1864. Relación de las cosas de Yucatán.—Publicada por Brasseur de Bourbourg.
- Larráinzar Lic. Manuel*.—Papeles y documentos relativos a la historia de Chiapas y de Centro-América, incluyendo estadísticas, acuarelas, cuadros, dibujos, etc., etc., con diversos originales sobre la anexión de Soconusco a México y las relaciones de este país con América Central.—En poder del autor.—Se proyecta publicarlos en volumen especial.
- Maler Teoberto*.—1901. Researches in the central portion of the Usumasintla valley. Memorias del Peabody Museum. Cambridge.
- Maudslay A. P.*—1889-1902. Biología Centrali-Americana. Archaeology. Londres.
- Milla José*.—1850. Historia de la América Central.
- Morley Dr. S. G.*—1920. The Inscriptions of Copan. Washington.
- Núñez de la Vega Francisco*.—1792. Constituciones Diocesanas. Roma.
- Paniagua Flavio Antonio*.—1908. Documentos y datos para un Diccionario Etimológico, Histórico y Geográfico de Chiapas. San Cristóbal las Casas.—Contiene extractos muy importantes de Remesal, Núñez de la Vega, Gage, Fr. Antonio Margil de Jesús, Juarros, García Peláez, Robles Domínguez y Milla.
- Popul Vuh*.—1861.—Le livre sacre...—Publicado por Brasseur de Bourbourg. Bruselas.
- Remesal Fr. Antonio*.—1619. Historia de la Provincia de San Vicente de Chyapa y Guatemala de la Orden de nuestro glorioso Padre Santo Domingo. Madrid.
- Robles Domínguez de Mazariegos Mariano*.—1813. Memoria al Congreso. Cádiz.—Publicada por Flavio A. Paniagua en 1908.
- Sapper Dr. Carlos*.—1896. Sobre la Geografía Física y la Geología de la Península de Yucatán. México.
- Seler Cecilia S. de*.—1900. Auf alten Wegen in Mexico und Guatemala. Berlín.
- Seler Dr. Eduardo*.—1902-908. Gesammelte Ablungen zur Amerikanischen Sprach und Alterthumskunde. Berlín.
- Teeple John*.—1925-27. Estudios sobre jeroglíficos mayas en "American Anthropologist."

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN
LOS TALLERES GRAFICOS DE LA NA-
CION, A SU CUIDADO Y AL DE LAS
DIRECCIONES EDITORIAL Y DE AR-
QUEOLOGIA, EL DIA 31 DE AGOS-
TO DE 1928, EN LA CIUDAD DE
MEXICO, Y ES PARTE DE LA
CONTRIBUCION DE MEXICO
AL XXIII CONGRESO DE
AMERICANISTAS, DIS-
PUESTA POR ACUERDO
DEL SEÑOR DOCTOR
JOSE MANUEL PUIG
CASAURANC, SE-
CRETARIO DE
EDUCACION
PUBLICA.



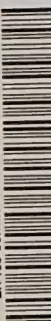




F 1256 M59

En los confines

cen. over



3 0081 002 635 856